

MARIA NIKOLAI

La mansión de los chocolates

LOS AÑOS INCIERTOS



MAEVA

MARIA NIKOLAI

La mansión
de los
chocolates
Los años inciertos

Traducción:

MARTA ARMENGOL ROYO
y LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Epílogo
Personajes
Glosario
Trasfondo histórico
Agradecimientos
Notas
Sobre Maria Nikolai
Créditos

Chocolatería Bonnat en Voiron, Francia, principios de junio de 1936

UN PROMETEDOR BAÑO de chocolate se derramó sobre el pálido bizcocho relleno de crema de vainilla y lo envolvió con una capa reluciente. Una vez frío, resultaría agradable y crujiente al primer mordisco, por eso era importante que la cobertura fuera finísima y se viera impecable, sin goterones ni irregularidades.

Con un pulso firme fruto de muchas horas de práctica, Viktoria recubrió un pastelito tras otro mientras observaba con gran concentración cómo la cobertura se repartía y el chocolate sobrante caía gota a gota. Para finalizar, decoró cada una de las piezas con mimo con una celosía de azúcar y una almendra y metió la bandeja de bocados deliciosos y únicos en el refrigerador. A la mañana siguiente se exhibirían en el mostrador de la *chocolaterie*, donde esperarían a los compradores junto con otras exclusivas delicias de ensueño.

Con un suspiro apenas perceptible, se relamió los restos de chocolate de los dedos, se lavó las manos y se quitó el delantal.

Había llegado la hora.

—¿Estás triste? —Su compañera, Colette, se acercó a ella, que se encontraba junto al fregadero—. Pareces muy... melancólica.

—Ay, sí. Es mi último día.

—Te echaremos de menos. —Colette se echó jabón en las manos y las puso bajo el chorro de agua—. Sobre todo, Luc. Ya se ha ido, por cierto. ¿Tenéis algo planeado para hoy?

—La verdad es que no tengo tiempo —dijo Viktoria poniéndose la chaqueta.

La chica le guiñó un ojo, cerró el grifo y agarró una toalla.

—¿Te has despedido ya del *maître* Bonnat, Viktoria? —preguntó entonces—. Está en el despacho.

—Ya lo sé. Ahora voy a verlo.

—¡Te tiene en tan buena consideración! No serás fácil de sustituir.

Viktoria asintió. Sabía que *maître* Bonnat apreciaba el trabajo que realizaba.

—A veces no nos corresponde elegir nuestro propio destino —dijo en un tono apagado—. ¿Estarás cuando salga? ¿O tengo que despedirme ya de ti?

Su amiga esbozó una sonrisa.

—Ve a despedirte de él sin prisa. Te espero para que volvamos a casa juntas —dijo. La muchacha vivía en la rue Carabonneau, no muy lejos de Viktoria.

—Vale. No tardaré mucho.

Salió de la sala de producción y se dirigió al despacho del propietario. Unos aromas fabulosos la acompañaron por las escaleras que conducían al piso de arriba, donde se ubicaban las oficinas de la empresa de gran abolengo.

Se detuvo frente a una pesada puerta de encina y titubeó. Le pareció oír voces que provenían

del interior de la habitación, pero no estaba segura. ¿Y si el *maître* tenía visita y lo molestaba?

Por fin se atrevió a llamar. Esperó a oír el familiar «*Entrez!*» y abrió la puerta.

—¡Ahí viene! —exclamó una multitud de voces.

—¡Viktoria!

Alguien descorchó una botella de champán con gran estrépito y, antes de que se diera cuenta, se encontró rodeada de gente: el *maître* Bonnat, su esposa, los *chocolatiers*, las dependientas, los chicos de los recados... Solo faltaba Luc.

Colette entró detrás de ella con una gran sonrisa.

—¿Qué me dices? —preguntó en un susurro—. ¿Estás contenta?

La joven se había quedado sin palabras.

—¡*Mademoiselle* Rheinberger! ¡Parece usted asombrada! —exclamó el *maître* Bonnat, que llevaba plasmada en la cara la alegría por el éxito de la sorpresa—. ¿Cómo íbamos a dejarla marcharse sin una despedida como es debido?

—Yo... Yo... —tartamudeó—. Sí, bueno, no. No contaba para nada con algo así.

—¡Pues mejor! —exclamó Colette mientras servía el champán—. ¡A tu salud, querida mía!

Le ofreció a Viktoria una copa llena hasta arriba y a continuación la condujo al centro del despacho. El *maître* pidió silencio.

—*Mademoiselle* Rheinberger —empezó sin andarse por las ramas—. Cuando llegó a esta casa, lo hizo llena de ambición y dispuesta a conseguir experiencia en el puesto. Dos años más tarde, se ha convertido usted en una *chocolatière* extraordinaria.

—¡Bravo! —todos se deshicieron en aplausos.

—Su familia es muy afortunada de que vuelva a casa —prosiguió Bonnat—. Ha sido una suerte tenerla con nosotros. Conoce el oficio, pero, además de eso, tiene ideas propias. Una creatividad como la suya es un tesoro para cualquiera que trabaje con usted. Todos nosotros —dijo mientras señalaba a los presentes con un gesto— le deseamos lo mejor en los nuevos retos que la esperan. Aunque sabemos que no será fácil —añadió con un carraspeo—. Pero, por encima de todo, le damos las gracias: gracias por formar parte de nuestra familia chocolatera. Estamos muy orgullosos y la recordaremos gracias a todas las creaciones que ha desarrollado durante estos años, y que por supuesto seguiremos produciendo. ¡A su salud!

El tintineo de las copas de champán llenó la estancia.

Conmovida, Viktoria bebió de la copa. Aquel momento le parecía irreal.

Uno tras otro, los trabajadores se despidieron de ella. Estrechó manos y repartió besos, respondió preguntas sobre su familia y la fábrica de chocolate que tenían en Stuttgart y prometió que escribiría.

Acto seguido apareció el *maître* con un cofre de madera en la mano.

—*Mademoiselle* Rheinberger. Quisiera ofrecerle este obsequio como recuerdo del tiempo que ha pasado en Voiron.

—Ay... No hacía falta...

—Le aseguro que sí que hace falta —le respondió mientras abría la cajita para que viera lo que contenía.

Sobre una base de terciopelo azul había un juego de diez utensilios con el mango de nogal para trabajar el chocolate, todos diferentes. Había tenedores de dos, tres y cuatro dientes, espirales, anillas e incluso una pequeña rejilla, todos con su correspondiente empuñadura de madera torneada. Eran ideales para aplicar coberturas a los dulces y a los bombones, y también para decorarlos con precisión.

—No... no puedo aceptarlo —tartamudeó Viktoria, pero Bonnat le dirigió una sonrisa afable.

—Claro que puede. —Entonces cerró la cajita y la puso en la mano de la muchacha con firmeza—. ¡Que la disfrute!

Ella acarició la madera pulida.

—Gracias, *maître*. La conservaré con orgullo.

—No lo dudo. ¡Úsela a menudo! —dijo tendiéndole la mano—. Pero no nos haga mucha competencia.

Aquello la hizo sonreír.

—Lo haré lo mejor que pueda.

El *maître* asintió.

—Le deseo lo mejor, *mademoiselle* Rheinberger. Le diré *au revoir* y no *adieu* porque me gustaría que volviéramos a verla aquí, en Bonnat.

Rue du Jardinnet, Voiron, dos horas más tarde

EL LEVE CHASQUIDO de la puerta de entrada anunció su llegada. Viktoria sonrió para sí al oír los pasos de Luc mientras subía por los gastados peldaños de madera antes de llamar a la puerta con ímpetu y entrar de forma brusca sin esperar respuesta.

—*Ma belle!* —Como siempre, la estrechó entre sus brazos, la besó y la hizo girar en volandas hasta que ella le pidió sin aliento que parara. Él dio dos vueltas más antes de dejarla con cuidado en el suelo.

—¡Luc! —Viktoria se aferró a él hasta que se le pasó el mareo—. ¡Te has perdido mi fiesta de despedida! —dijo en un tono que no quería sonar a reproche, aunque era evidente la desilusión que sentía.

—Tenía mis motivos —respondió, estrechándola contra él.

—Ah... Y ahora te presentas aquí sin más, a sabiendas de que no quería que me molestasen —protestó ella—. Tengo que hacer las maletas.

—Si yo no vengo a molestarte... —Su acento del sur de Francia no hacía más que subrayar el aire travieso de aquellos ojos castaños—. ¡Vengo a secuestrarte!

—¿A secuestrarme? —Viktoria se soltó con cuidado y se acercó a la gran maleta abierta que había sobre la cama—. Mañana me voy y aún tengo muchísimo que hacer —dijo, y señaló los montones de ropa que yacían amontonados de cualquier manera sobre el diván, las dos sillas de madera y la mesa que había en el centro de la habitación.

El joven paseó la mirada por todo aquel desorden.

—Mañana será otro día —dijo con una sonrisa—. Y hoy todavía estás aquí. ¿Qué me dices?

Ella suspiró. Así la despedida sería aún más difícil.

—Está bien, voy a cambiarme. Pero solo si me esperas abajo. —Después de casi dos años en Voiron, hablaba francés con fluidez—. Y ándate con ojo, no vaya a pillarte *madame* Dupont.

La sonrisa de Luc se ensanchó.

A decir verdad, él no debería estar allí, Viktoria tenía prohibidas las visitas masculinas. Pero como *madame* Dupont, la casera, era un poco dura de oído, no le resultaba muy difícil pasar sin ser oído frente a la puerta de sus aposentos para colarse en el piso superior de la casita de la rue du Jardinnet.

—Ya me voy —dijo lanzándole un beso—. ¡No me hagas esperar mucho!

Viktoria meneó la cabeza mientras él ya corría escaleras abajo. Luc era una fuerza de la naturaleza, espontáneo e impetuoso. Le llamó la atención desde su primer día en Chocolat Bonnat.

Recordaba a la perfección que estaba preparando una crema de pistacho que anunciaba un resultado desastroso... hasta que Luc acudió en su auxilio con un par de consejos muy acertados, gracias a los cuales pudo ofrecer al *maître* dos bombones de pistacho muy logrados. Después de aquello, sus sentimientos por él ya no tuvieron remedio.

Pero ¿qué pasaría cuando se marchara?

La vida cambiaría por completo. Al principio pensaba quedarse otro año más en Bonnat, pero los sucesos de las últimas semanas habían dado al traste con sus planes. Tenía que apoyar a su madre en aquellos tiempos difíciles. La muerte de su padre había dejado un vacío atroz.

Viktoria se aflojó el cinturón del vestido entallado de algodón azul cielo y se lo quitó. Conociendo a Luc, la llevaría al campo, así que se puso una blusa y una falda pantalón y se peinó con los dedos la rubia y ondulada melena que le llegaba hasta los hombros, y que el sol había llenado de reflejos dorados. Solía llevar el pelo suelto, solo se lo recogía para trabajar. Muy raras veces se hacía un moño bajo, el peinado de moda, que por muy bonito que quedara, a ella le resultaba incómodo. Por último, se puso unos zapatos con cordones y bajó.

SE ENCONTRÓ A Luc apoyado en la fachada mientras daba caladas indolentes a un cigarrillo junto a su motocicleta Peugeot P107. Al verla llegar, arrojó la colilla al suelo, se sentó a horcajadas sobre el asiento y la invitó a montar con un gesto.

—*On y va* —dijo antes de arrancar.

Viktoria se había conseguido colocar entre Luc y una cesta de pícnic que iba atada al portaequipajes, y lo abrazó por la cintura para no caer.

—¿Adónde vamos?

—¡Es una sorpresa! —exclamó él mientras aceleraba.

La motocicleta salió disparada con un petardeo. Por el rabillo del ojo, Viktoria vio cómo el nubarrón oscuro que el tubo de escape dejaba atrás rodeaba a un gato atigrado que se había quedado observando con curiosidad cómo arrancaban. El animal se apresuró a desaparecer dentro de la casa más cercana.

La motocicleta recorría veloz las calles y callejuelas de la ciudad, y Viktoria pronto sospechó adónde se dirigían. Era buena idea ir al lago de Paladru en una tarde tan bonita como aquella, aunque, lo que se dice original, no era. Ya habían estado allí muchísimas veces. Aquello no hacía más que aumentar su curiosidad por saber lo que Luc le tendría preparado en la última tarde que pasarían juntos.

Pegada a su espalda, disfrutó de los tres cuartos de hora que duró el trayecto. No era un tipo alto, ni atlético, sino más bien esbelto y nervudo. Llevaba el cabello castaño oscuro siempre revuelto y nunca iba bien afeitado. Tenía veinte años, la misma edad que ella, pero parecía mayor, cosa que tal vez se debiera a la piel tostada por el sol y a las pensativas arrugas de la frente, que no encajaban en absoluto con su aire despreocupado.

A Viktoria no le había quedado más remedio que aceptar que era muy popular entre las chicas. Apreciaba en él su sentido del humor y su inclinación por la cara más bonita de la vida, además de su ternura.

Iban de excursión siempre que el tiempo lo permitía: habían coronado la cima del macizo de la Chartreuse, habían recorrido crestas rocosas y valles de piedra caliza y se habían bañado en ríos que partían el paisaje en dos. En una ocasión, ella se rompió un brazo en una de aquellas excursiones y él no se separó de su lado hasta que acudieron en su auxilio. En otra ocasión, habían realizado un osado recorrido en motocicleta que no parecía tener fin hasta llegar al mar Mediterráneo, donde habían pasado una noche en la playa y habían compartido una *baguette* y una botella de vino tinto bajo la luz de la luna. Viktoria sufría el agotamiento de aquellos viajes durante días, pero eran experiencias bellas e inolvidables.

—¿Estás bien? —preguntó él por encima del hombro, como si le leyera la mente.

—Sí, ¡no podría estar mejor! —respondió mientras trataba de apartar de su pensamiento la despedida inminente. Mañana sería otro día, como él había dicho. Todavía estaban juntos.

Se concentró en el paisaje que discurría a toda velocidad ante sus ojos. Campos y prados, bosquesitos de castaños, robles y hayas, las casas de los pueblos por los que pasaban. El viento que le acariciaba el pelo era cálido y agradable, propio del mes de junio.

En cuanto pasaron de largo del pueblecito de Charavines, Viktoria se enderezó. A la derecha, el azul turquesa del lago refulgía entre las ramas de los árboles y los matorrales que separaban la carretera de la orilla. Finalmente, Luc se salió del camino y la Peugeot P107 avanzó unos cuantos metros por un terreno irregular hasta detenerse junto a un roble gigantesco, cuyas pesadas ramas se inclinaban sobre el lago. Con un restallido sordo, el motor enmudeció.

Se giró hacia Viktoria.

—Ya hemos llegado.

—¡Ah! —dijo apeándose de la moto mientras él aparcaba y sacaba la cesta de pícnic del portaequipajes—. ¿Vamos a tomar algo aquí?

—Aquí no. ¡Ven!

La tomó de la mano y echaron a andar junto a la orilla. Los pasos crujían sobre la gravilla, las delicadas olas del lago lamían con un chapoteo silencioso el pequeño terraplén que conducía al agua.

Al poco, Viktoria vio un bote de remos en un rincón.

—¿Haremos una expedición en barco?

Él rio por lo bajo.

—Pues sí —contestó y le soltó la mano. Se acercó al bote y dejó la cesta en el interior. Entonces se giró hacia Viktoria, que se había acercado a él—. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

—Pues claro que me acuerdo. Acabé con los pies empapados.

—Ese bote tenía una fuga, pero este parece que está bien.

—¿Lo has traído tú? —preguntó.

—He pedido que lo trajeran. A un pescador —respondió Luc mientras se afanaba en meter la barca en el agua. Viktoria se puso a su lado para ayudarlo a empujar y, unos minutos después, el bote se deslizaba sobre la superficie del agua.

—Ahora ya sé adónde querías traerme —dijo ella mientras observaba a una madre pato acompañada de sus cinco patitos, que nadaban junto a ellos—. Pero no tengo ni idea de qué sorpresa me espera aquí. ¿Tal vez un monstruo, como el del lago Ness?

Luc se echó a reír de una forma muy sugerente mientras continuaba adentrándose en el lago a golpe de remo, hasta que el tono verde azulado de la orilla dio paso a un profundo azul oscuro. Al lago de Paladru también lo llamaban *lac Bleu*, el lago azul, y con razón. Se contaban innumerables leyendas sobre aquellas aguas y sobre la *Dame Blanche*, la Dama Blanca, que desapareció con su amado en el lago siglos atrás. Desde entonces se la veía a menudo por el lugar.

Era evidente que ellos no iban a desaparecer, pero ¿y si él se disponía a mostrarle uno de los lugares en los que se aparecía la Dama Blanca?

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo él entonces, como si le leyera el pensamiento.

—¿Aquí?

Viktoria miró a su alrededor. Se encontraban a medio camino entre la orilla este y la oeste del

lago alargado, que en aquel punto debía de tener cerca de un kilómetro de amplitud.

Él asintió y metió los remos dentro del bote.

—¿Vamos a pescar? —preguntó Viktoria.

—Espera un momento. —Luc había agarrado la cesta de pícnic para colocarla sobre la banqueta de madera que había frente a ella.

—¿Tienes ahí el cebo?

—Se podría decir que sí —dijo y sonrió de oreja a oreja.

—Ay, Luc, no, no... —replicó Viktoria con aire apurado—. Ya sabes que yo no...

—No se trata de eso, *ma belle* —dijo él en un tono algo molesto.

—Perdona, por favor —dijo Viktoria, que se arrepintió enseguida de su reacción precipitada—. No insinuaba que te propusieras hacer nada indecente.

—Bueno, un poquito sí —respondió él inclinándose ante la cesta para desabrochar las correas de cuero—. Ya sé lo que opinas de esas cosas.

La joven suspiró. Los franceses se tomaban muy a la ligera eso del *amour*.

—Pero sí que podría decirse que en la cesta hay un cebo —siguió él mientras levantaba la tapa y sacaba un mantel de cuadros blancos y rojos—. Al menos, algo para que no me olvides.

Viktoria se asomó curiosa para ver lo que había en la cesta.

—¿Tarritos en hielo?

—Exacto —respondió Luc mientras extendía el mantel. A continuación, empezó a sacar los tarros de cristal uno detrás de otro y los dispuso en dos hileras.

—¡Ah! ¿Es chocolate?

Él asintió a la vez que abría el primer tarro.

—Vamos a hacer un pícnic de chocolates.

Viktoria aplaudió entusiasmada.

—¡Es una idea maravillosa, Luc!

—¿A que sí?

—Te perdono que no estuvieras esta tarde en la fiesta. Debías de estar ocupado preparando todo esto.

—La verdad es que sí. —Con una sonrisa de satisfacción, le tendió un palillo de madera con un bombón ensartado en un extremo—. ¡Prueba este! Pero con los ojos cerrados.

Aceptó el palillo, cerró los ojos y se lo metió en la boca.

—¡Es un... *Pralin Sport*! Sí, desde luego, qué aroma más intenso a avellanas tostadas.

—¡Lo has adivinado!

—¡Pues claro! —Viktoria abrió los ojos—. He vendido un montón de ellos a turistas que se van de excursión.

—Ahora prueba el siguiente. —Luc abrió otro tarro y se lo ofreció.

Ella tomó uno de los triángulos recubiertos de chocolate y clavó los dientes en la cobertura crocante.

—Un *Gâteau Sphinx en miniature*. Riquísimo. ¡Anda que no pasamos tiempo trabajando en ellos!

—Desde luego. Y nos salieron buenísimos —recordó él y se metió uno en la boca—. El relleno de merengue es fantástico.

A continuación, abrió el resto de los tarros y dispuso, una a una, las distintas creaciones sobre el mantel para que Viktoria las probara.

—Llevo semanas reproduciendo las mejores recetas de Bonnat. Esta, por ejemplo —dijo

mostrándole un pastelito rectangular—. Nuestro *plum cake*, con ron de verdad —explicó mientras se lo tendía con un guiño.

—Mmm... —murmuró ella con la boca llena—. ¡Qué buena idea lo del ron!

Luc le guiñó el ojo de nuevo.

—Y se me ocurrió otra cosa un poco... digamos, peculiar. —Metió la mano en el cesto y sacó una *baguette*, una botella de champán y una cajita—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta desayunar? Una *baguette* con chocolate.

Viktoria asintió entusiasmada.

—Como un *pain au chocolat*. Eso lo comía en casa.

—¿Ya lo has probado?

—Pues sí. En Stuttgart, desde hace algunos años, se vende un chocolate que se puede untar en el pan.

—¿Lo fabrican tus padres?

—No, otra empresa.

—Vaya, y yo que creía haber inventado algo novedoso —dijo él con un movimiento teatral de la cabeza—. Bueno, sea como sea, te presento mi *pain au chocolat*. ¡Seguro que está más bueno que el de la competencia! —exclamó mientras partía la *baguette* y abría la cajita metálica—. Es chocolate con leche en polvo y vainilla, nada más.

—Las cosas más sencillas suelen ser las mejores.

Observó que Luc desenvolvía una fina tableta de chocolate con dedos ágiles y la colocaba sobre el pan.

—¡Toma!

—Gracias. —Viktoria sostuvo el pan entre las manos y esperó a que él cubriera el chocolate, que ya empezaba a derretirse al calor de los dedos, con otra rebanada.

—Y, por supuesto —continuó él—, hay que acompañarlo con... ¡champán!

Dejó la *baguette* rellena de chocolate sobre el mantel y descorchó la botella.

—Será un acompañamiento maravilloso —dijo Viktoria—. Aunque hoy ya he bebido un poco.

—De eso hace un par de horas —replicó Luc ofreciéndole la botella—. Además, solo he traído una taza, nada de copas, *ma belle*.

—No hacen falta copas. A mí me gusta más así. —Le guiñó un ojo, esperó a que él le sirviera y dio un sorbo a la taza. A continuación, le dio un bocado al *pain au chocolat*.

—Delicioso. Sencillo, refinado... ¡y riquísimo!

Disfrutaron del pícnic entre bocados de chocolate y sorbos de champán. Entonces Luc se puso en pie de repente e hizo zozobrar el bote. Viktoria se agarró al asiento.

—¿Qué te propones?

—Voy a bañarme.

—Pero... —Antes de que pudiera expresar sus reservas, Luc ya se había sacado la camisa por la cabeza, se había quitado el pantalón y se había tirado al agua. Ella se arrodilló al borde del bote—. ¡Luc! —exclamó con severidad—, si esto es otro intento de convencerme para que... ¿Luc?

Había desaparecido.

El agua, ondulada por el chapuzón, regresó a la calma, pero él aún no había vuelto a la superficie.

—¿Luc? ¿Dónde estás? —Estaba intranquila. Se inclinó sobre el borde del bote para

inspeccionar la superficie del agua. Luc no había bebido tanto champán como para que fuera peligroso meterse en el agua.

Se descalzó. ¿Debía ir en su busca?

Al final no pudo soportarlo más y se deshizo del pantalón y de la blusa. La ropa interior no se la quitó. Pasó una pierna sobre el borde y luego la otra. El bote se inclinó enseguida. Viktoria se dejó caer al agua con rapidez.

—¡Ah, *ma belle*! —Antes de que se pudiera orientar, él apareció a su lado con un jadeo y la rodeó con los brazos.

—¡Ay, Luc! —exclamó mientras intentaba soltarse—. ¡Que yo no soy ningún cebo!

—Es una lástima. Pero seguro que sabes nadar un poquito. ¡Dentro de nada empiezan los Juegos Olímpicos en Alemania!

Viktoria se liberó, dio unas brazadas enérgicas y se volvió hacia él.

—¡Pues claro que sé nadar! Y muy bien, además, ¡no necesito ningún maestro! —exclamó salpicándolo—. ¡Y tampoco unos Juegos Olímpicos!

—¡Espera! —Luc se le acercó mientras ella se apresuraba a refugiarse detrás del bote, que se mecía a su lado.

Se persiguieron por el agua entre risas y bromas mientras Viktoria disfrutaba de la alegre complicidad, aunque los abrazos estaban llenos de nostalgia y los besos sabían a despedida.

Al cabo de un rato, ella se puso bocarriba y cerró los ojos. Luc se le acercó.

—Viktoria...

—No, Luc. No digas nada más.

—Solo nos queda esta noche.

Ella cambió de postura para agarrarse a su hombro.

—No... no me siento preparada.

Él le dio un beso largo y apasionado y la miró a los ojos.

—Aunque eres una sirena irresistible, te daré cinco minutos de ventaja para que te vistas. Más allá de eso, no prometo ser capaz de controlarme —dijo izándola fuera del agua para que pudiera agarrarse al borde del bote.

Se metió en la embarcación, se quitó de prisa la ropa interior empapada y se puso los pantalones y la blusa. Mientras se escurría el pelo, Luc subió a bordo, haciendo zozobrar el bote de nuevo.

Viktoria apartó la mirada con pudor mientras él se vestía. Al menos, lo intentó... hasta que la curiosidad la obligó a mirar por el rabillo del ojo. Llegó a la conclusión de que entendía a la perfección por qué los corazones femeninos se disparaban en presencia del joven. Pero su historia de amor terminaría al día siguiente, en cuanto subiera al tren que la llevaría de vuelta a Alemania.

Mientras Luc guardaba los restos del pícnic en la cesta, metía los remos en el agua y ponía rumbo a la orilla a ritmo pausado, Viktoria acarició con la mirada la superficie arrugada del lago y la orilla de un color verde profundo, antes de dirigir los ojos hacia el cielo.

La tarde había dado paso a la noche, el sol se había escondido detrás de las colinas al oeste. Ya se veían las primeras estrellas desperdigadas por el cielo. El último resplandor del día relucía en el horizonte en un tono rojo anaranjado y anunciaba que este llegaba irremediablemente a su fin, como todo en la vida.

Ese pensamiento se le clavó como un aguijón.

¿Cómo sería volver a Stuttgart sin su padre? Era incapaz de imaginar la casa, la Mansión de

los Chocolates, sin él, ni tampoco la fábrica de chocolate. ¿Saldrían adelante en su ausencia?

—¿En qué piensas? —La voz de Luc entró de puntillas en sus pensamientos.

Viktoria suspiró.

—En la fugacidad.

Él asintió, comprensivo. Había estado a su lado cuando recibió la noticia de la grave neumonía de Victor a mediados de abril, seguida por la de su muerte dos semanas después. La acompañó a la estación de Grenoble para que pudiera ir a casa para el entierro y la recogió una semana más tarde. Estuvo presente cuando Viktoria informó al *maître* Bonnat de que debía regresar a Stuttgart.

—¿Sabes qué? —dijo y detuvo los remos por un instante—. Mi padre también falleció. Era pescador y un día no regresó. Yo tenía doce años. Sé cómo te sientes.

Viktoria lo miró sorprendida. Hasta entonces apenas había hablado de su familia o de sus orígenes, lo único que sabía de él era que había nacido en Marsella.

—No te lo digo para darte pena —siguió él—. Solo quiero decirte que la vida no siempre es como esperamos. A veces solo con el paso del tiempo nos damos cuenta de que en los momentos difíciles también suceden cosas buenas.

—No creo que pueda salir nada bueno de la muerte de mi padre —dijo Viktoria en voz baja—. Nada de nada.

—No me refiero a eso. Su muerte nunca será algo positivo. Pero a veces, en la vida pasan cosas que nos llevan en nuevas direcciones y... Ay, es difícil de explicar. —Hizo una pausa—. Yo iba a ser pescador, como mi padre. Es probable que nunca me hubiera preguntado si había otro trabajo que pudiera hacer, otro que me hiciera más feliz y me llenara más. Y eso que de niño apenas soportaba el olor a pescado.

Viktoria guardó silencio. Le costaba aceptar el consuelo que él le ofrecía con aquel relato.

—Claro que hoy en día me sigo poniendo triste al pensar en él —continuó Luc—. Para mi madre fue difícil, tuvo que sacar adelante a cuatro hijos, apenas tenía lo suficiente para comer. Pero también se le abrieron algunas puertas. Ahora tiene su propio taller de costura, que regenta con mi hermano mayor y mi hermana. ¿Entiendes lo que quiero decir? Date tiempo, Viktoria.

A ella no se le ocurrió ninguna réplica apropiada. Se hizo el silencio entre los dos. El bote se balanceaba ligeramente. Con la llegada de la noche, el agua del lago se había calmado.

—¿Puedo remar? —preguntó ella de repente.

—Si quieres, claro.

Se cambiaron de asiento.

Aunque le costaba esfuerzo, el movimiento rítmico le hizo bien. Luc la guio en voz baja hacia la orilla. A cada golpe de remo, Viktoria se sentía mejor, parte de la ligereza de la tarde había vuelto a ella. Él tenía razón: la vida seguía adelante. Aunque aún no pudiera imaginar cómo.

—Bien hecho —le dijo Luc cuando la gravilla crujió bajo la proa. Se apearon y arrastraron la barca hasta tierra firme.

—Bueno, no es que llevar un bote de remos sea algo muy difícil. Pero gracias por apreciarlo.

—Ha sido un trayecto muy agradable —insistió él—. Hubieras podido volcar.

—Jamás. De niña solía remar en el lago Constanza. Pasábamos un par de días allí cada verano.

El chico se echó a reír.

—Se le nota, *mademoiselle* Rheinberger. Rema usted con mucha finura.

Viktoria le dio un manotazo en el hombro.

—Y tú eres un sinvergüenza, Luc. Pero te perdono porque me has preparado una tarde maravillosa.

—Ha sido un placer —dijo él mientras se encendía un cigarrillo—. Viktoria... Aunque vuelvas a Alemania, siempre me tendrás aquí.

—Es bueno saberlo. —Cansada, se recostó contra el lado del bote.

—Corren noticias muy feas de lo que sucede allí.

No supo qué responder. No tenía nada claro lo que la esperaba en Stuttgart.

—Pero bueno —siguió él mientras exhalaba una nube de humo al aire—. Tú conseguirás todo lo que te propongas, *ma belle*.

—Eso espero.

—Y si las cosas no van bien, escíbeme o llámame. Iré enseguida.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa.

—Te llamaré y gritaré: «¡Socorro!».

—Por ejemplo. O di, simplemente, *chocolat* —bromeó él.

—*Chocolat*, ¿por qué no? —repitió ella con una risita—. Luc, ¡ven enseguida, *chocolaaat*!

—Iré corriendo —insistió él, y aunque su tono era jocoso, a Viktoria no se le escapó que hablaba muy en serio.

El extremo del cigarrillo relumbró en la oscuridad cuando él le dio una calada.

Viktoria se detuvo un instante antes de alejarse del bote.

—Creo que es hora de volver. Tengo que hacer la maleta.

Como de costumbre, él dejó caer la colilla al suelo y la tomó de la mano.

—Claro. Y no lo olvides, Viktoria: hace seis semanas volviste a casa de luto. Mañana regresas para comenzar de nuevo.

Stuttgart, fábrica de chocolate Rothmann, dos días después

TODO LE RESULTABA familiar. La amplia escalinata, la gran puerta doble tras la cual se encontraban las oficinas, el repiqueteo de las máquinas de escribir que le irrumpía en los oídos al entrar. El olor a papel, a documentos y a cinta de máquina de escribir, la concentración silenciosa que se percibía en la habitación, la conversación apagada de las secretarias... Eran cosas que Viktoria conocía desde su infancia. Cerró la puerta en silencio tras de sí.

—¡Buenos días, señorita Rheinberger! —dijo una mujer de unos treinta años que se le acercó para tenderle la mano—. Soy Lydia Rosental.

Viktoria estrechó la mano que le ofrecía.

—¡Buenos días!

Sabía que Lydia Rosental se encargaba de la oficina desde que la señora Fischer se jubilara un año antes. Su madre le había hablado del cambio la noche anterior.

—Debe de venir a ver a su madre. Ahora mismo está en la fábrica, pero volverá enseguida. ¿Me permite que le presente a las trabajadoras de la oficina mientras tanto?

A Viktoria aquella situación le resultaba rarísima. Conocía a la mayoría de las secretarias y una presentación oficial se le antojaba innecesaria, pero la señorita Rosental ya se había acercado a la primera mesa para empezar a recitar los nombres de las chicas y sus correspondientes responsabilidades. Sin embargo, comprendió al cabo de poco que aquella mujer estaba actuando de una forma muy deliberada para subrayar su nuevo rol en la empresa. A partir de ese momento ya no sería la hija del propietario, sino la jefa. Las chicas parecieron encajar bien el cambio; la saludaron con educación y le explicaron el trabajo que hacían.

Escuchó con atención, se interesó por las condiciones de las trabajadoras y aseguró que siempre estaría dispuesta a atender preguntas y sugerencias.

Para cuando alcanzaron la última mesa, la madre de Viktoria llegó a la oficina.

—¡Vicky! ¿Cómo es que no estás en casa? —dijo mientras se acercaba a su hija con prisa—. Ya te dije que te tomaras unos días para recuperarte del viaje.

—No pasa nada, mamá. Es que en Degerloch me aburro y no me apetecía andar dando vueltas por la ciudad. Prefiero tener algo que hacer. Y seguro que trabajo aquí no falta.

—Eso desde luego —dijo Judith Rheinberger apartándose un mechón de pelo que se le había soltado del moño en un gesto que dejaba entrever un gran cansancio. El hermoso rostro de la madre de Viktoria estaba pálido, casi cetrino, y bajo los ojos tenía unos desacostumbrados cercos oscuros. Su cabello rubio estaba veteado de innumerables mechones grises, muchos más de los que tenía tan solo unas semanas antes. Su profundo dolor ante la pérdida de su amado marido era evidente.

—Será mejor que empiece ya —siguió Viktoria—. Al fin y al cabo, hasta ahora me he ocupado más de la producción del chocolate que de la parte comercial. Tengo mucho que aprender.

—Desde luego. —Judith clavó la mirada en el infinito un instante. Entonces miró a su hija y le puso una mano en el brazo—. La fábrica de chocolate es la herencia de tu padre y de tu abuelo. Los dos se sentirían orgullosos de ver que sigues su camino. Ven, vamos a mi despacho. Y... gracias, señorita Rosental, por dar una bienvenida tan cálida a Viktoria —dijo con un gesto de la cabeza a la joven.

—Ha sido un placer —respondió ella, y señaló una pila de carpetas sobre su escritorio—. Tengo que hablar con usted. Hay un par de facturas pendientes y dos ofertas a las que tenemos que echar un vistazo.

—Muy bien, venga a verme en una hora. Hasta entonces, quiero hablar con mi hija sin interrupciones —dijo Judith mientras abría la puerta del despacho que había compartido con su marido durante décadas.

—Faltaría más —respondió Lydia antes de dirigirse a Viktoria—. Me alegro mucho de tenerla aquí. —En su voz había un tono apremiante imposible de pasar por alto.

La necesitaban. Más de lo que ella suponía.

De repente, recordó las palabras de Luc: «Mañana vuelves a casa para comenzar de nuevo». Así era. Un nuevo comienzo, por difícil que le pareciera. Y debía poner lo máximo de su parte para dar tiempo a su madre de procesar los acontecimientos de las últimas semanas y recuperar las ganas de vivir.

—¿Vienes, Vicky? —le preguntó en un tono impaciente nada habitual en ella.

—Claro —repuso Viktoria, y siguió a su madre al despacho, que, como novedad, disponía de dos grandes ventanales que permitían ver la sala de secretarías.

—¿Cierras, por favor? —preguntó Judith al tomar asiento tras el gran escritorio que perteneció a Wilhelm Rothmann, y después a Victor Rheinberger a la muerte de este. Se la veía algo perdida detrás del mueble, aunque parecía que ya lo había hecho suyo. Con manos firmes, empezó a clasificar documentos, dejó un archivador a un lado y sacó una carpeta atestada de papeles.

Mientras, Viktoria cerró la puerta, acercó una silla y se sentó al lado de su madre. Posó la mirada en la escribanía plateada de su padre, con sus iniciales, VR, grabadas. Su abrecartas estaba a un lado, junto a un organizador de mármol que había sido un regalo de cumpleaños de Judith y de su hermano Martin. Parecía que se hubiera ausentado de su mesa un instante y que fuera a volver en cualquier momento.

—De verdad que por mí hubieras podido quedarte algo más de tiempo con Bonnat, Vicky... —La voz de su madre llegó hasta sus pensamientos—. Sé que estabas muy a gusto allí. Pero... —continuó mientras revolvía los documentos, como si buscara una cosa concreta— ... aquí tenemos un buen lío.

—Ya lo sé —asintió Viktoria—. Y es lo más normal del mundo hacerme volver a casa. Mi sitio está a tu lado. Juntas saldremos adelante.

—Nos espera muchísimo trabajo —dijo Judith, y se detuvo un instante—. Para empezar, hay que resolver unos asuntos legales, por más que tu padre y yo ya tomamos precauciones para el caso de que uno de los dos falleciera. —Dejó los papeles—. Gracias a Dios, la producción sigue adelante —continuó—, aunque hay interrupciones en el suministro de cacao. Sin embargo, creo que es de esperar en una situación como la nuestra y será algo temporal. Los encargos están bajando, pero todavía no de forma preocupante. Además, estoy segura de que tanto los clientes como los proveedores pretenderán renegociar sus condiciones.

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. Pero ¿por qué iban a...?

—*Heil Hitler!* —Una voz masculina llegó desde el otro lado de la puerta. Viktoria giró la cabeza al instante y, a través de la cristallera, vio a un hombre achaparrado vestido con un uniforme pardo plantado en la sala de secretarías. Alzaba el brazo derecho en el gesto de saludo que se había hecho habitual en Alemania. Las secretarías se habían puesto en pie todas a la vez y también levantaron el brazo. La señorita Rosental, sin embargo, apenas insinuó el gesto. Siguió un breve intercambio entre ella y el visitante, que a continuación se acercó a paso presuroso hasta la puerta del despacho y la abrió sin ceremonia alguna.

—*Heil Hitler!* —exclamó de nuevo, y después entrechocó los talones de las botas y volvió a poner el brazo en alto. El uniforme pardo con la insignia de color rojo y botones dorados en el cuello enfatizó su aparición—. Señora Rheinberger, tengo que hablarle de un tema importante.

Hablaba en un tono cortante, como si fuera un militar dando órdenes. Viktoria hubiera querido taparse los oídos. Tenía una voz insoportable.

Judith se puso en pie, hizo un gesto indefinido con el brazo derecho y murmuró algo incomprensible.

—Buenos días, señor Weber —dijo con frialdad—. ¿Qué puedo hacer por usted?

A Viktoria le pareció de mala educación que el hombre no se presentara. Por más que conociera a su madre, para ella era un extraño.

—Es un asunto que debe hablarse en privado, señora Rheinberger —replicó Weber. Mostró una carpeta que llevaba en la mano izquierda, cruzó la estancia sin que nadie lo invitara a hacerlo y la depositó con un movimiento enérgico en la mesita de reuniones que había en un rincón.

—Le presento a Viktoria Rheinberger, mi hija —dijo Judith con mucha calma señalando a la muchacha—. Hoy empieza a trabajar en la dirección de la fábrica de chocolate, así que escuchará lo que tenga usted que decir con tanto interés como yo.

Él carraspeó.

—Si no queda más remedio... —Se giró para saludar a Viktoria apresuradamente con un gesto de la cabeza—. Soy Kurt Weber, jefe de sección local.

—Buenos días —saludó ella con frialdad mientras se levantaba y se acercaba a la mesa de reuniones.

El visitante entornó los ojos.

—Siéntese, señor Weber —dijo Judith con aire inquieto. Ella no se movió.

—Señora Rheinberger. —Kurt Weber tomó asiento, abrió la carpeta y sacó unos documentos—. Con la muerte de su esposo, a quien yo, por cierto, tenía un gran aprecio, la fábrica de chocolate Rothmann ha perdido el liderazgo.

—¡De ninguna manera! —replicó Judith al instante, y su hija se dio cuenta de que le temblaba la voz—. La empresa seguirá funcionando como hasta ahora.

—Bueno —repuso él—. Yo lo veo de otra forma.

—¿Perdone? —Viktoria se había propuesto morderse la lengua, pero no pudo controlarse.

Weber le hizo caso omiso.

—Vamos a ver, señora Rheinberger —continuó, clavando la mirada en Judith—. Es evidente que en su familia no hay un sucesor varón. Según mis averiguaciones, su hermano, Karl Rothmann, vive en Berlín, y su otro hermano, Anton, regenta una fábrica de pianos aquí, en Stuttgart. Y su hijo, Martin Rheinberger, que actualmente vive con usted, es pianista, por lo que no estará interesado en entrar en el negocio.

—Veo que está usted muy bien informado —respondió Judith, y a Viktoria no se le escapó el

tono sarcástico—. Y, por lo tanto, estará usted al corriente de que sí hay un sucesor, y de que no es un hombre.

—Señora Rheinberger —respondió él esbozando una sonrisa indulgente—. Los tiempos han cambiado, bien lo sabe usted, gracias a nuestro Führer. —Se arrellanó en su silla—. En los últimos años, las féminas se... digamos que pretendieron equipararse a los hombres. Pero esos desmanes ya no se toleran.

—¿Qué quiere decir con...? —empezó Viktoria, pero su madre la interrumpió:

—No se me ocurre por qué el Führer no iba a querer que una fábrica próspera como esta siguiera en manos de personas que conocen la empresa y tienen años de experiencia en la gestión. Así contribuimos al bien del pueblo. Y se trata de eso, ¿verdad?

—Estimada señora —adujo en un tono indulgente—. No estamos hablando de conocimientos ni nada de eso. Se trata del orden natural, que determina que a una mujer decente no le corresponde otra cosa que proporcionar a su marido un buen hogar, engendrar niños para el Führer y educarlos en la mentalidad apropiada. Y si miro a su hija —hizo un movimiento con el pie, pero no la miró directamente—, se hace evidente lo cierto de esta afirmación. Es más: en enero del año pasado se promulgó que las jóvenes deberían prepararse única y exclusivamente para la vida como amas de casa y madres. Con eso sí sirven al Führer y a la patria.

—Señor Weber —dijo Judith en tono resuelto—. Creo que podemos dar por terminada esta reunión. Mi hija y yo seguiremos al mando de esta fábrica. No hay nada más que añadir.

—Mire, ahí es donde se equivoca —dijo él mientras sacaba un montón de documentos que parecían un complejo contrato—. Según las leyes vigentes en el Reich respecto a los deberes y obligaciones de hombres y mujeres, es nuestra responsabilidad velar por el cumplimiento de los mismos en interés del pueblo nacionalsocialista —recitó de corrido—. De entrada, tal vez esto le parezca... inadmisibles. Pero con el tiempo se dará cuenta y hasta agradecerá que le abriéramos los ojos al camino recto.

—No lo entiendo. —El tono de Judith se endureció. Se acercó a la mesa de reuniones y tomó asiento—. ¿Pretende echarnos de nuestra fábrica?

—A ver, señora Rheinberger —Weber suavizó la voz—. Claro que no pretendemos echarla. Solo quiero hacerle una... propuesta —dijo y deslizó el contrato hacia Judith para que pudiera leerlo—. Tiene usted delante una oferta extremadamente buena. La empresa Creaciones de Chocolate Adler anda en busca de posibilidades para ampliar su producción. ¿La conoce?

—Es un fabricante que no lleva mucho tiempo en el mercado —replicó ella. A Viktoria no se le escapó el desprecio que rezumaban sus palabras.

—No, señora Rheinberger, ahí se equivoca usted —repuso el otro con suficiencia—. Adler surge a partir de un negocio de toda la vida, que continúa bajo un nuevo nombre. Pero al margen de eso... —continuó, manoseando los papeles— ¡Adler ha alcanzado un gran éxito con sus tabletas de chocolate con cafeína, llamadas Scho-Ko-Kola! —Weber alzó la voz de nuevo en su tono militar, cortante y chillón—. ¡Y en el futuro será muy importante!

—Me parece fenomenal —repuso Judith—. Pero no tengo ninguna intención de ceder una parte de mi empresa a Creaciones de Chocolate Adler.

—Nadie está hablando de repartir la empresa. Adler le está haciendo una oferta única para comprar su negocio por un precio más que razonable —concluyó Weber con una pausa teatral mientras observaba la reacción de Judith.

Viktoria sintió que la ira borboteaba en su interior. Por las finas arrugas en el ceño de su madre, dedujo que a ella le pasaba lo mismo.

—No. —La respuesta de Judith fue clarísima—. No vamos a vender.

—¿Cómo dice? —Weber parecía irritado.

—He dicho que no vamos a vender —repitió Judith incorporándose—. Creo que con esto termina nuestra reunión. Sea quien sea el que le ha encargado hacerme esta oferta ridícula, que no se haga ilusiones de adquirir nuestra empresa. Chocolates Rothmann permanecerá en manos de la familia. —Dicho esto, se levantó, fue hacia la puerta y puso la mano en el pomo—. Que tenga un buen día.

Weber miró a Judith, luego a Viktoria, y de nuevo a Judith. Su expresión pasó de la incredulidad a la indignación.

—¡Señora Rheinberger! —exclamó, y se levantó con tanto impulso que derribó la silla, que cayó con un fuerte estrépito. Sin disculparse por su descortesía, empezó a recoger sus documentos—. Está usted poniendo en jaque su futuro.

—No lo creo.

—Tenemos... otras posibilidades. —Con la cara colorada, volvió a meterlo todo en la carpeta—. Doy por sentado que se lo pensará mejor tan pronto como haya podido reflexionar algo más sobre mi propuesta. La muerte de su marido la ha trastornado, algo por otro lado totalmente comprensible, y no es usted capaz de valorar el alcance de esta decisión. Le daré cuatro semanas para reflexionar.

—Mi decisión será la misma dentro de cuatro semanas.

A Viktoria no se le escapó el temblor de la mano que su madre aún tenía apoyada en el pomo de la puerta.

—Adler le ofrece una pequeña fortuna. Le recomiendo que no deje pasar esta oportunidad.

Mientras Weber daba los pocos pasos que lo separaban de la puerta, sujetó la carpeta torpemente bajo el brazo izquierdo para liberar el derecho y escenificar el inevitable *Heil Hitler!*. Viktoria sintió que nunca se acostumbraría a ese saludo grotesco.

Judith abrió la puerta.

Los ojos de todos los presentes siguieron a Weber mientras recorría a paso militar el pasillo entre los escritorios de las secretarias en dirección a la salida.

Viktoria vio que su madre respiraba aliviada cuando la pesada puerta doble por fin se cerró detrás de él. También percibió que Lydia Rosental las miraba a través de la cristalera con una expresión aterrorizada.

—Todo esto parece una farsa, mamá —dijo Viktoria, que tenía la sensación de que el mundo luminoso y alegre que había conocido se desvanecía para dejar paso a una nueva y sombría realidad.

—No es ninguna farsa, Vicky —dijo Judith mientras se frotaba la frente con el dorso de la mano y emitía un profundo suspiro—. Va totalmente en serio.

Cherburgo, a bordo del SS Manhattan, mediados de julio de 1936

EL BARCO DE vapor se abrió camino lentamente en dirección a mar abierto. Grandes bandadas de gaviotas acompañaban al transatlántico mientras dejaba atrás el fondeadero interior del puerto de Cherburgo. Los graznidos de las aves se fundían con el aullido de la sirena y la melodía del emotivo concierto de despedida procedente de la capilla del barco. Pasaba poco rato del mediodía.

Andrew Miller se apoyó en la barandilla y contempló el bullicio de los edificios portuarios que se hacían cada vez más pequeños. Se había subido una copa a la cubierta y se la llevó a los labios mientras paseaba la mirada del puerto a los remolcadores que escoltaban al transatlántico hasta el fondeadero exterior. El cóctel Manhattan, que sabía a vermut y a whisky, le bajó por la garganta con un ardor agradable. Desde la popa del *SS Manhattan*, el rumor sordo de la sala de máquinas llegaba hasta la cubierta de primera clase.

Sin que pudiera evitarlo, le vinieron a la mente las imágenes de su partida varios días antes: una multitud de personas entusiasmadas se agolpaban en las calles y parques de Nueva Jersey y Nueva York, en el puerto de la Gran Manzana y por el muelle para poder ver el barco de la United States Lines y, sobre todo, al equipo olímpico que iba a bordo. Conformaban un océano de banderitas americanas agitadas por innumerables manos. Las lanchas de bomberos que habían acompañado al *SS Manhattan*, que iba cubierto de banderines, las sirenas de los barcos que los habían saludado en su trayecto a Hamburgo... Los jóvenes deportistas estaban entusiasmados por toda la atención que recibían.

Andrew nunca había experimentado una euforia como aquella y el efecto aún no se le había pasado. Ni a él, ni a los casi trescientos atletas olímpicos, ni al resto del pasaje. Ni siquiera el aire frío del Atlántico que le soplaban en las orejas en alta mar había logrado templar el fervor deportivo. Mientras surcaban las aguas en dirección a Europa, los atletas habían estado muy ocupados con los preparativos para los Juegos Olímpicos de Berlín.

Andrew, que dedicaba sus días en el barco a la planificación de la difícil misión que lo aguardaba en Alemania, disfrutaba de la extraordinaria atmósfera a bordo. En sus paseos por la cubierta no dejaba de encontrarse con nadadores y luchadores, levantadores de pesas y corredores, hombres y mujeres jóvenes que se enfrentaban, en muchos casos, a la mayor oportunidad de su vida. Los había jaleado y había admirado su disciplina, igual que otros muchos pasajeros. La fiebre olímpica se había propagado por todo el barco. Todos estaban convencidos de que el equipo americano iba a arrasar.

Entre tanto, el *SS Manhattan* dejó atrás el fondeadero exterior. Los remolcadores dieron media vuelta y soltaron el transatlántico en las aguas verdeazules del canal de la Mancha. Pronto desaparecería la silueta de la ciudad portuaria francesa y la calma del mar se posaría sobre la cubierta antes de echar anclas en Hamburgo.

Ensimismado, Andrew hizo girar el vaso lleno de líquido marrón rojizo y dio un trago más

antes de ponerse en marcha hacia el salón de fumadores. Entonces, alguien chocó con él por un lateral. El impacto fue tan fuerte que tropezó, tuvo que agarrarse a la baranda para no caer y soltó el vaso, que estalló en mil pedazos con un chasquido agudo al estrellarse contra el suelo.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina junto a su oído—. ¡Cuánto lo siento!

Andrew se enderezó y encontró a su lado a una mujer vestida con un traje deportivo negro que contemplaba asustada los fragmentos de cristal en el suelo y las últimas gotas del Manhattan que se escurrían entre ellos.

—No pasa nada. —En realidad había estado a punto de soltar un exabrupto, pero al ver el arrepentimiento sincero en los ojos de aquella joven, se olvidó enseguida de su irritación—. Mandaré que lo limpien enseguida.

—Qué torpe soy —dijo ella—. Es que andaba algo... ensimismada.

La mirada de Andrew se posó en el logotipo bordado en su jersey: «USA». Debía de pertenecer al equipo olímpico estadounidense.

—¿Ya tiene la mente puesta en Berlín? —preguntó con algo de sorna mientras avisaba a un camarero con una seña.

Ella se echó a reír.

—Podría decirse que sí.

El camarero acudió de inmediato.

—¿Qué puedo hacer por...? —Interrumpió su cortés pregunta al ver el desaguisado—. Enseguida me encargo de limpiar los cristales, caballero —aseguró.

—Gracias —dijo Andrew con un gesto de la cabeza mientras ofrecía el brazo a la joven—. ¿Puedo invitarla a una copa? Para que se le pase el susto.

Ella le dedicó una gran sonrisa.

—Será un placer.

Andrew se despidió del camarero con una última mirada de disculpa y guio a la bella desconocida hacia el salón de fumadores, que estaba casi vacío a primera hora de la tarde. Pidió dos Manhattans y le ofreció uno a la deportista.

—*Cheers!* —dijo alzando la copa—. Por su victoria en Berlín, ¿señorita...?

—Señora Eleanor Jarrett —replicó ella mientras se apresuraba a responder al brindis y se bebía el cóctel de un trago—. Puede llamarme Eleanor.

—Como usted quiera, Eleanor. —Andrew se quedó mirándola algo perplejo. Para ser una mujer casada mostraba un descaro nada habitual—. ¿Viene usted de Nueva York?

—Sí. De Brooklyn —respondió contemplando el vaso vacío.

—Ah, Brooklyn. —Admiró sus rasgos armoniosos, que por un momento se volvieron para contemplar el agua a través del ventanal—. Yo vivo en Greenwich Village.

—Me encanta Greenwich Village —dijo ella y lo miró de nuevo.

—Sí, allí la vida es muy relajada —repuso él dando un trago—. ¿Y competirá usted por nuestro país en Berlín?

—Bueno...

—¿Es usted corredora?

Ella negó con un gesto leve de la cabeza.

—No. Nado.

—Ah. Y...

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, ella lo interrumpió.

—¿Qué lo trae a usted a Alemania? ¿El deporte también?

—No, negocios —respondió Andrew.

—Ah, negocios. —Su interés parecía acabar allí. Entonces se puso derecha—. ¿Planea asistir a los Juegos?

—La verdad es que no. Pero para verla ganar a usted, creo que podría organizarme...

—No voy a ganar en Berlín. —Su rostro se ensombreció, aunque tenía la voz firme.

—¿Por qué no? ¿Tan dura es la competencia?

—Es que no voy a competir.

Entonces fue Andrew quien vació el vaso de un trago.

—¿No va a competir?

—Me han suspendido. Esta mañana —dijo meneando la cabeza.

—¿Cómo? ¿Que la han suspendido? —preguntó él con incredulidad—. Lo siento mucho.

—Yo también. Parece que Brundage está dispuesto a renunciar a mi medalla.

—¿Avery Brundage?

—Sí, el presidente de la Asociación de Atletismo. Es un... cerdo.

—¿Le ha puesto la mano encima? —Andrew no sabía mucho sobre aquel hombre.

—No en ese sentido —dijo Eleanor mientras su semblante se endurecía—. Opina que ya no soy apropiada para el equipo. Y solo porque anoche me divertí. Dice que estaba borracha como una cuba. Menuda tontería. —Le tendió a Andrew su vaso vacío—. ¿Sería tan amable de pedirme otro?

—Por supuesto.

Andrew fue a por dos Manhattans más, aliviado por la breve interrupción. Aquella conversación le estaba resultando incómoda.

—¿Sabe qué, señor...? —empezó ella cuando volvió a su lado.

—Miller. Pero puede llamarme Andrew —dijo, con ganas de regresar a la ligereza con la que habían empezado a hablar.

Pero antes de que pudiera decir nada más, Eleanor siguió:

—No encajo en el concepto que Brundage tiene del mundo por ser una mujer que va a clubs nocturnos y se gana la vida por sus propios medios. —Suspiró, más furiosa que resignada—. Pero no pienso regresar a Estados Unidos en cuanto lleguemos a Hamburgo, por más que eso sea lo que él se propone.

—¿Quiere mandarla de vuelta?

—Vaya que sí. Como castigo por mi mala conducta —dijo con una mueca de desprecio—. A los deportistas nos trata como si fuéramos niños. Y no tiene ningún derecho. Y mucho menos cuando yo ya... —Hizo una pausa dramática—. He ganado un oro olímpico.

Andrew recordó:

—¡Claro! Hace cuatro años, en Los Ángeles, ¿verdad? —Recordaba los titulares—. Como Eleanor Holm.

Ella asintió.

—Cien metros espalda —dijo con una voz que traslucía orgullo y melancolía—. Y está claro que mi éxito no fue consecuencia de negarme la diversión —dijo al tiempo que vaciaba el segundo cóctel de un trago, como si quisiera subrayar sus palabras—. Además —continuó, señalando con un gesto enérgico del vaso la copa de Andrew—, ahora se puede beber en todas partes. Tanto en la cubierta de un transatlántico como en un buen restaurante. Un poco de alcohol no hace ningún daño.

Hablaba con una jovialidad exagerada.

Sus constantes cambios de humor hacían sospechar que tal vez sí se hubiera excedido un poco la noche anterior, por no hablar de los dos Manhattans que se había echado al colete en un santiamén. Andrew carraspeó.

—Se refiere a...

—Exacto. A la Prohibición —dijo, recalcando cada sílaba. Una profunda arruga se le marcó en el ceño—. Dijeron que era necesario prohibir el alcohol. ¿Y para qué sirvió? La gente siguió bebiendo y los que vendían alcohol de forma clandestina se hicieron de oro.

En eso tenía razón.

—Y el deporte es igual de hipócrita —continuó ella—. Brundage es un petimetre arrogante. A su club deportivo de Chicago no se les permite el acceso ni a judíos ni a negros. Y a las mujeres tampoco nos ve con buenos ojos, y mucho menos para las Olimpiadas. No anda muy lejos de ese de Alemania, ese... Ay, me he olvidado del nombre.

—¿Adolf Hitler?

—Sí, así se llama, creo. Pero eso da lo mismo —dijo con un gesto de la mano, como si ahuyentara a una mosca molesta.

—Las leyes raciales que han impuesto en Alemania me parecen muy peligrosas —replicó Andrew—. No hacen más que avivar la llama del odio. Eso en Estados Unidos lo sabemos de primera mano.

—Puede ser. Ahora vamos a verlo con nuestros propios ojos. Por suerte, Brundage impidió el boicot a los Juegos. Es lo único bueno que puedo decir de él. Hubiera sido una lástima que no pudiéramos viajar a Berlín por razones políticas.

—Deberíamos plantearnos un boicot, en cualquier caso —intervino él—. Pero creo que participar en los Juegos es lo correcto. Tal vez el deporte ayude a los países a entenderse, a superar las fronteras. Un combate pacífico, por así decirlo.

—¿En Berlín, por encima de todo, mostraremos al mundo que somos los mejores! Por eso no pienso volver a casa. —La voz de Eleanor se había vuelto desafiante.

—¿Tiene alguna posibilidad de quedarse en el equipo? ¿Como asistente o con alguna otra función?

—Bueno —dijo ella con énfasis—, la verdad es que ya he aceptado una oferta como reportera para *Associated Press*. Y ahora... —hizo una pausa dramática—. Me gustaría ir a dar un paseo por la cubierta. ¿Me acompaña?

—Por supuesto. —Aunque hubiera preferido despedirse de ella, se apresuró a quitarle el vaso y dejarlo sobre la barra. Entonces volvió a ofrecerle el brazo.

Juntos salieron del salón de fumadores hacia la cubierta y se dirigieron tranquilamente en dirección a la popa. Algunos pasajeros de primera clase se habían acomodado en las tumbonas de mimbre. Unos leían libros o periódicos, otros fumaban, descansaban o charlaban entre ellos.

—¿Señora Jarrett!

Eleanor giró la cabeza y Andrew siguió el gesto con la mirada. Dos hombres se les acercaban corriendo por detrás. Uno de ellos llevaba una cámara fotográfica a cuestas. Andrew los reconoció: eran dos de los periodistas que viajaban en el barco. Los dos se quitaron el sombrero a modo de saludo.

—¿Qué alegría volver a verla por aquí, señora Jarrett! Temíamos tener que renunciar a su compañía —dijo el fotógrafo sin saludar a Andrew ni presentarse.

Ella se echó a reír y soltó el brazo de su acompañante.

—Pero, bueno, caballeros, eso es imposible. Nada me impedirá disfrutar de la cubierta

superior.

—¿Ni siquiera el señor Brundage? —preguntó el fotógrafo con aire provocador, arrancando otra carcajada a Eleanor, que respondió:

—No. Nadie.

—Además, es usted una de los nuestros —dijo el otro, observándola con satisfacción antes de posar la mirada en Andrew—. Es increíble, ¿a que sí? Estamos muy contentos de haberla convencido para que nos acompañe a los Juegos como periodista. ¡Una reportera que ha ganado medallas de oro tendrá una visión única! ¡A nuestro público le encantará!

—¿Qué me dice, señora Jarrett? ¿Echa una partida con nosotros? —dijo el fotógrafo con un ademán que señalaba hacia el salón.

—Si me ponen una copita de champán junto a los dados, lo haré con mucho gusto —contestó, y echó la cabeza hacia atrás en una pose tan coqueta como desafiante. Entonces se giró hacia Andrew—. ¿Usted qué dice? ¿Se apunta?

—Hoy no, Eleanor, pero gracias por la invitación.

—¿Tiene miedo de perder?

—¿Contra una mujer como usted? ¡Pues claro que tengo miedo!

Los otros hombres disfrutaron de su réplica con una risotada.

—Caballeros, Eleanor. Que pasen ustedes una buena tarde y que gane el mejor.

Andrew se despidió de ella con un gesto mientras la nadadora se alejaba con los dos periodistas.

—¡Que tenga un buen viaje, Andrew! —exclamó por encima del hombro. Lo siguiente que dijo ya no iba dirigido a él.

Se frotó la frente con aire pensativo antes de volver a su camarote. Eleanor Jarrett era una mujer atractiva que, sin duda, hacía girar las cabezas masculinas a su paso. Para él, sin embargo, resultaba demasiado veleidosa, y eso que Andrew solo tenía veintinueve años. Por no hablar de que estaba casada.

La vida no se había portado muy bien con él, y mucho menos con su empresa. El año anterior se había caracterizado por unas pérdidas inmensas, y varios de sus clientes más importantes habían cancelado pedidos sin explicar el motivo y sin que aparecieran nuevos y lucrativos encargos para sustituirlos. Los pocos pedidos que aún entraban no bastaban para que la empresa volviera a generar beneficios, y más teniendo en cuenta que todavía estaba lidiando con las consecuencias de la Gran Depresión. Solo le quedaba un camino. Y ese camino llevaba a Stuttgart.

La mansión Rothmann en Degerloch, una semana más tarde, al atardecer

LA FINA GRAVILLA del camino curvo de acceso crujió bajo sus pies. En cuanto la mansión señorial apareció ante sus ojos, Mathilda aminoró la marcha, dejó la maleta en el suelo y se apartó de la cara un molesto mechón de pelo que se resistía a doblegarse a las órdenes de las horquillas. Se detuvo un instante para pasear la mirada por la fachada amarillo claro, los ventanales blancos y las columnas que flanqueaban la puerta principal.

Hacía casi tres años desde su última visita. Por fuera, la casa le resultaba tan familiar que parecía que hubieran pasado apenas unas semanas. Pero la muerte de Victor ensombrecía su regreso. Había sido como un padre para ella. ¿Cómo sería todo sin él?

Una leve brisa sacudió las tupidas copas de los tilos que custodiaban los últimos metros del camino. Sintió que aquellos árboles imponentes tendían un puente hacia el pasado, como si hablaran entre susurros de días más felices, de banquetes en mesas largas, de los bailes de verano que habían presenciado, además de todas las tragedias grandes y pequeñas de las que habían sido testigos. Mathilda se había criado allí desde los doce años junto con Viktoria, la hija legítima de la familia, que la trataba como a una hermana aunque no las unieran lazos de sangre.

Los rayos vespertinos que el sol derramaba sobre el rojo reluciente del tejado arrancaban destellos al revestimiento metálico de las dos chimeneas que coronaban la cumbre. Se oían risas por una ventana abierta. ¿Serían las doncellas? ¿O Vicky?

De repente, Mathilda se sintió como si nunca se hubiera marchado. Recordó cómo ella y Vicky correteaban por la casa; cómo ponían la cocina de Gerti, la cocinera, patas arriba, los paseos en coche con Theo, el chófer; las tardes de estudio y juegos en el salón grande; las ideas descabelladas y a menudo prohibidas de Vicky, cuya puesta en práctica solía traer cola.

Mathilda se dio cuenta de que todos aquellos recuerdos le habían puesto una sonrisa traviesa en la cara. Se acordó especialmente de la noche que pasaron las dos en la casita abandonada junto a la cantera, que desencadenó una búsqueda frenética de las niñas por todo Degerloch porque olvidaron dejar una nota de aviso. Hasta que el jefe de bomberos no dio con ellas en su acogedor escondrijo, no fueron conscientes de lo preocupados que estarían en casa por su desaparición. Y, como si con eso no bastara, Vicky, cuya pasión por las ranas era legendaria, hizo caso omiso de las reservas de Mathilda y se llevó a casa un sapo de vientre amarillo que había pescado en la charca de la cantera como recuerdo de aquella noche memorable. El batracio les causó aún más problemas y a Vicky la castigaron sin salir dos días, un confinamiento que Mathilda compartió en señal de solidaridad.

Por un lado, Judith y Victor nunca fueron unos padres particularmente severos, pero, por el otro, Vicky no dudaba en poner a prueba sus límites.

El tañido lejano de las campanas de la iglesia, que llegaba hasta allí desde el centro del pueblo, arrancó a Mathilda de sus pensamientos. Decidida, agarró la maleta, subió los peldaños de la entrada y llamó al timbre.

DESDE EL DESPACHO, Martin oyó el ruido estridente del timbre, pero lo ignoró. Toda su atención estaba puesta en la carpeta que acababa de encontrar en la caja fuerte de su padre. La sacó y la puso sobre el recio escritorio de nogal que dominaba la estancia desde los tiempos de su abuelo. En la cubierta estaba escrito «Martin Rheinberger» con la caligrafía nerviosa de Victor.

Hacía más de una semana que se afanaba en organizar y tasar los bienes de la familia para poder cumplir con las instrucciones del testamento de su padre. Y no dejaba de encontrar documentos personales entre las acciones, recibos bancarios, contratos y pólizas de seguros almacenados en la caja fuerte. Su madre le había pedido que los guardara aparte para poder leerlos con calma en cuanto tuviera tiempo.

Sin embargo, al ver su nombre en aquella carpeta azul, le picó la curiosidad y fue incapaz de dejarla a un lado con el resto de papeles. Se sentó en la butaca giratoria que Victor había comprado un par de años atrás y la abrió, seguro de que contendría documentos que hacía tiempo que quería guardar en sus propios archivos.

Como era de esperar, su certificado de nacimiento estaba en primer lugar, dando fe de que había llegado al mundo el veintiséis de junio de 1904 a las cinco y media de la tarde en la casa familiar. Un domingo. Sacó la resma de hojas y la sostuvo unos instantes con aire reflexivo.

Sus pensamientos regresaron a su infancia, que había sido alegre y despreocupada. Se pasó los años dando tumbos con sus amigos por los prados y los campos alrededor de Degerloch. A medida que crecían, también lo hacía su radio de acción. Algunos días llegaban hasta el río o hasta los bosques del parque natural de Schönbuch. En las noches de verano casi siempre regresaba a casa después de que anocheciera, y los días de invierno solía plantarse en la puerta empapado y temblando de frío. Sus padres nunca intentaron atarlo en corto; sabían que era osado, pero no imprudente. Además, siempre había sacado unas notas excelentes.

Del pasillo le llegaron voces apagadas, pero tras la puerta cerrada no entendía lo que decían. Sería Dora dando indicaciones a la nueva doncella. Tine era un poco dura de mollera, y Martin se había preguntado en más de una ocasión por qué la habría empleado su madre después de que su predecesora, la tímida Walli, se marchara al casarse, aunque, a decir verdad, últimamente encontrar doncellas era como buscar una aguja en un pajar.

Martin siguió revolviendo los papeles. Aparecieron viejos recibos de compra, acuerdos sobre acciones de la empresa por valor de cien mil marcos transferidas al viejo Ebinger, el padrino de Martin. Qué raro. Los documentos de ese tipo deberían haber estado archivados con la documentación de la empresa, no allí. Además, eran de 1904, el año de su nacimiento. Victor debía de ir con una copa de más cuando se dedicó a organizar el papeleo. Martin los dejó a un lado para dárselos a Judith y que ella los llevara a Stuttgart cuando pudiera.

Las voces del pasillo habían enmudecido.

Entre los papeles había dos fotografías infantiles. Martin sonrió al encontrarlas. En una de ellas aparecía sentado en el regazo de su madre mirando a cámara muy serio mientras sus padres también se esforzaban en mantener el rostro inexpresivo. Martin le dio la vuelta. En el dorso aparecía escrito «Mayo de 1907». Él tenía apenas tres años.

En la otra instantánea era algo mayor, tal vez tuviera cinco o seis años. Estaba sentado frente al flamante piano de cola que su madre acababa de comprar y que aún seguía en el salón de música. Sus piernecitas se balanceaban a dos palmos del suelo porque aún no llegaban a los pedales. Recordó lo mucho que su escasa estatura lo había frustrado entonces, porque sin los

pedales no se podía tocar del todo bien. Pero ya en aquella época tenía muy claro que una cosa hacía latir su corazón por encima de todo: la música.

Devolvió las fotografías a la carpeta.

Antes de que pudiera inspeccionar el siguiente documento llamaron a la puerta, y eso que había dado instrucciones de que no lo molestaran.

—Sí, adelante —dijo en un tono algo seco, suponiendo que se trataría de la nueva doncella. La había echado de su habitación un par de veces, pues tenía la habilidad de presentarse en los momentos más inapropiados. Daba la impresión de que no supiera orientarse por la casa: nunca estaba donde se la necesitaba y andaba siempre por donde no se le había perdido nada.

La puerta se abrió con cautela. Martin echó un vistazo al siguiente documento de la carpeta antes de levantar la mirada para ver quién entraba. «Acuerdo de confidencialidad», resonó en su mente mientras sus labios se abrían en una gran sonrisa.

—¡Mathilda!

—Cuánto me alegro de verte, Martin —dijo ella en tono cálido mientras cerraba la puerta tras de sí—. ¡Hacía una eternidad que no nos veíamos!

Él se levantó al instante y rodeó el escritorio.

—Pues sí. Una eternidad...

Mathilda llevaba la melena, de un pelirrojo intenso, recogida en un moño, con algunos mechones rebeldes que le enmarcaban el rostro. Ella le dedicó una gran sonrisa que le llegaba hasta los ojos, de un azul profundo que recordaba a un lago alpino. Hasta ese momento, Martin no se había dado cuenta de lo atractiva que era. Sin que pudiera evitarlo, la mirada se le fue a los labios gruesos y a los dientes blancos y rectos.

—La última vez que vine, tú no estabas. Ya han pasado tres años.

—Es verdad, en el treinta y dos me salió un trabajo en París. Y tú seguías en Bonn.

—Sí. —De repente los ojos se le llenaron de tristeza—. Incluso en... el entierro de Victor.

—Seguro que fue por una buena razón, Mathilda. Nadie te lo tiene en cuenta.

—A pesar de todo —dijo con un gesto de asentimiento— me hubiera gustado estar presente y honrar así su memoria. Para vosotros debió de ser muy difícil...

—Sí. —Martin se frotó el cuello mientras las imágenes del entierro en el cementerio del bosque volvían a su mente. La gran cantidad de gente que acompañó a Victor Rheinberger en sus últimos momentos. Discursos y panegíricos, expresiones de condolencia. Un inmenso mar de flores. Y la terrible certeza de que su padre no volvería.

—¿Martin?

Se dio cuenta de que le rodaban lágrimas por las mejillas. Antes de que pudiera reaccionar, Mathilda se las secó con ternura.

—Yo también lloré —dijo ella—. Tanto que al final me quedé sin lágrimas.

El silencio que se hizo entre los dos durante un instante hablaba de un vínculo muy especial entre ellos, marcado por el duelo y el recuerdo.

Al final, Martin la estrechó entre sus brazos en un gesto tímido y respetuoso. El cuerpo de Mathilda era delicado y blando, y cuando ella le puso las manos sobre los hombros, sintió de repente un afecto impetuoso.

La soltó de inmediato con un carraspeo y le ofreció asiento en las butacas.

—Solo quería saludarte un momento—dijo Mathilda, rechazando su ofrecimiento con un gesto. Parecía sentirse tan avergonzada como él—. Dora me ha dejado muy claro que tienes mucho trabajo y que necesitas concentrarte. Y me gustaría saludar también a mi madre.

—El trabajo no se va a mover de aquí. Y a tu madre ya tendrás tiempo de saludarla. ¡Hay que celebrar que has vuelto a casa!

Echó mano del decantador de vino tinto dispuesto en una mesita lateral.

—Yo no quiero, gracias —se apresuró a decir Mathilda.

—¿Qué te sirvo, entonces?

—De momento nada, te lo agradezco. Gerti me ha dado un zumo de manzana. No tengo sed.

—Como quieras. —Martin dejó el decantador en su sitio y la miró con indecisión. La joven seguía de pie junto al escritorio. El vestido, de color verde claro, resaltaba todavía más el peculiar color del pelo—. Oye, Mathilda —continuó—, ¿saben mamá y Vicky que llegabas hoy?

—Le mandé un telegrama a Judith, pero no recibí respuesta —respondió con una sonrisa.

Como ella no daba señales ni de querer sentarse ni de marcharse, Martin regresó a su sitio detrás del escritorio, aunque no se sentó.

—Tal vez el mensaje se perdió. Mi madre todavía está en la fábrica.

—Me lo imaginaba. Pero no podía postergar más el viaje, ya tenía el billete de tren comprado y di aviso de que dejaba la habitación de alquiler —explicó con una inspiración profunda—. Los pasados semestres y los exámenes no han sido nada fáciles en las circunstancias actuales.

—¿Te resulta muy difícil? Los estudios, quiero decir. Derecho es una disciplina muy... dura. O eso imagino yo.

—No, no es difícil ni duro. El Derecho Mercantil y el Industrial me parecen interesantísimos. Pero ya no se ve con buenos ojos a las estudiantes mujeres en las universidades. El acoso es cada vez peor.

—Entonces es ir a la universidad lo que te da problemas —aseveró Martin.

—Están por todas partes —asintió ella—. Son muy cortos de miras. No creen que las mujeres puedan convertirse en abogadas. Insisten en que nos formemos en Economía Doméstica, ¡imagínate! Pretenden que nos convirtamos en buenas amas de casa y engendremos un montón de hijos para el Führer. —Se frotó la cara—. Dicen que esa es la vocación natural de la mujer. Es para no dar crédito.

Al oír la amargura en su voz, Martin recordó lo que les había pasado a Judith y a Vicky unas semanas antes.

—A mi madre también la presionaron para que abandonara la dirección de la empresa —respondió—. Weber, el jefe de sección local, fue a hablar con ella. Aunque todavía no tengo claro si sus actos obedecen a intereses del régimen. Antes creía que se movía por motivos personales. Es un hombre de origen humilde y ha tenido poco éxito en la vida. Y ahora lleva un uniforme y se cree muy importante.

—¿Quieren que Judith ceda la dirección de la fábrica de chocolate? ¿Al jefe de sección local? —preguntó Mathilda, y acercó una silla para sentarse frente a Martin.

—No, no a él. Se ha sacado de la manga una empresa de Stuttgart que parece ser que fabrica chocolate estimulante. —En cuanto Mathilda se hubo sentado, él también tomó asiento en la butaca de cuero de su padre.

—¿Y qué dijo tu madre?

—Tanto ella como Vicky rechazaron la propuesta. De una forma muy categórica, ya conoces a Vicky.

—Y también conozco a tu madre. Es tan poco dócil como su hija.

Martin asintió.

—Aunque mi madre tiene miedo de que Vicky se ponga demasiado respondona.

—Te entiendo. Pero de alguna forma tendrán que defenderse. ¡Si no, os quitarán vuestro modo de subsistencia!

—Por descontado. Hay que ser prudentes, eso es todo. —Martin se llevó un dedo a la sien con aire pensativo—. En lo que respecta a Weber, creo que es todo fachada. Perro ladrador, poco mordedor.

—Yo no estaría tan segura, créeme. Si se lo proponen, conseguirán imponer su voluntad. En Bonn obligaron a tres profesores de la universidad a marcharse por ser judíos o por defender otras ideas. Lo que está pasando en todas partes es terrible. Si las cosas siguen así, no querré seguir viviendo aquí.

Aunque Mathilda hablaba en voz baja, sus palabras se abatieron sobre la habitación como una profecía funesta. Martin sintió que lo invadía un vago temor.

—Yo confío en que se impondrá el sentido común —dijo con voz firme para ahuyentar aquella sensación amenazante—. Pronto empezarán los Juegos Olímpicos de Berlín. El mundo entero tendrá los ojos puestos en el Reich alemán. Si las cosas fueran tan terribles, ningún país extranjero querría participar.

—Espero sinceramente que tengas razón. Pero mi intuición me dice otra cosa. —Mathilda lo miraba con aire titubeante. Entonces se levantó y dijo—: Me voy a mi habitación a deshacer la maleta. Gerti ya está preparando la cena. —Se giró hacia la puerta—. Nos vemos en el comedor.

Martin aprovechó el cambio de tema.

—Se me abre el apetito, seguro que Gerti ha preparado algo delicioso—. Al ponerse en pie para despedirse, recordó una cosa—: ¿Tienes un momentito, Mathilda? Me gustaría enseñarte algo.

—¿Sí? —dijo ella mientras se acercaba de nuevo al escritorio.

Martin rebuscó en la carpeta para sacar las dos fotografías que había vuelto a guardar de cualquier manera. Al hacerlo, su mirada se posó de nuevo en el «Acuerdo de confidencialidad» que seguía en lo alto del montón. Sin poder evitarlo, leyó apresuradamente las primeras líneas:

En cuanto al origen de Martin Friedrich Rheinberger, nacido el ventiséis de junio de 1904 en Degerloch: a los abuelos biológicos, Josefine y Artur Ebinger, se les concede el derecho de trato con el niño de por vida. A cambio, ellos se comprometen a no revelar ninguna clase de información sobre su ascendencia, ni siquiera al padre biológico (su hijo Max Ebinger).

Se quedó totalmente helado.

—¿Martin? —Oía la voz de Mathilda como si tuviera la cabeza envuelta en algodón. Meneó la cabeza y se obligó a seguir leyendo.

El presente acuerdo se formaliza por deseo de la madre del niño y por el bien del propio menor...

—¡Martin! ¿Se puede saber qué te pasa?

No podía ser, era imposible. Cerró los ojos. Se sentía como si estuviera al borde de un océano embravecido. La incredulidad y la desesperación, la tristeza y la ira lo golpeaban como olas.

—¡Martin, dime algo!

Sintió que Mathilda le ponía la mano en el hombro y se aferró a ella para encontrar asidero en un mundo que había empezado a darle vueltas en cuestión de un segundo.

—Victor... Victor Rheinberger no es mi padre —dijo antes de que le fallara la voz.

Stuttgart, taller de Alois Eberle, en ese mismo momento

—VENGA, ENTRAD. YA tengo la sidra preparada —saludó Alois Eberle a sus invitados con la cordialidad habitual.

—Hola, Alois. A un vaso de sidra no te diré que no —respondió Anton Rothmann, que cerró la puerta principal una vez entraron él y su acompañante, Isaak Stern—. Pero antes que nada queremos ver eso que nos has anunciado con tanto misterio. A juzgar por tu llamada, debe de tratarse de algo interesantísimo.

—Por supuesto que sí —dijo Alois con una gran sonrisa—. Anda, venid conmigo.

Llegaron al espacioso taller anexo a la casa de Alois, lleno hasta los topes de aparatos y herramientas.

—¿Se trata de una grabación? —preguntó Anton. Diez años atrás, Alois había convertido una parte del taller en un estudio de grabación que no paraba de ampliarse. Diez años era también la edad del exitoso conjunto de jazz de Anton, la Southern Swing Band. Habían producido y publicado una veintena de discos junto con Alois Eberle bajo el sello de su empresa discográfica A.K.A. Musik.

Sin embargo, cuando Alois les señaló una caja de madera con uno de los lados cubierto por un cristal lechoso, Anton se dio cuenta de que el viejo manitas quería mostrarles algo muy distinto.

—Un televisor —afirmó Isaak Stern, que dirigía desde hacía muchos años la fábrica de pianos de Anton Rothmann.

—No exactamente —replicó Alois mientras empezaba a trastear con el aparato hasta que, al cabo de pocos minutos, apareció una imagen parpadeante en la pantalla—. Un receptor de televisión y radio.

—No se ve gran cosa —dijo Anton, poco impresionado—. No me quejo, pero la imagen... digamos que pone a prueba la imaginación —añadió, guiñándole un ojo a Alois.

—Es que esto todavía está en pañales —farfulló mientras giraba algunos diales—. Pero aún tengo tiempo hasta las Olimpiadas —concluyó con aplomo.

Anton miró a Isaak Stern. Era la primera vez que su mano derecha pisaba el taller de Alois y parecía realmente impresionado por la colección de herramientas y cachivaches que los rodeaban. Anton sonrió con satisfacción: era justo la reacción que esperaba. Le pasaba lo mismo a todo el que entraba en el taller por primera vez.

Entonces, Anton prestó atención de nuevo al anciano de cabellos blancos, cuya cabeza había desaparecido dentro del televisor.

—Podemos ver las imágenes ahí y encender la radio para escuchar la retransmisión —propuso, en referencia a la pantalla parpadeante.

Anton ya había visto un televisor el año anterior, cuando había visitado con su gemelo, Karl, uno de los salones de televisión que se habían abierto en Berlín. Pero el programa

propagandístico del Partido Nacionalsocialista que se emitió lo había asqueado.

Alois volvió a aparecer del interior del televisor.

—No tienes fe, Anton —dijo en un tono prosaico.

—Yo no diría eso. Creo que es un gran reto —repuso Anton, y apoyó la mano en el hombro de su viejo amigo—. No sé cómo te las has apañado para conseguir un tubo de rayos catódicos y montar este aparato, pero ¿de dónde vas a sacar la imagen? Las emisiones no tienen un alcance suficiente como para que llegue hasta Stuttgart algo de Nipkow.

—¿Quién es Nipkow? —preguntó Isaak Stern con interés.

—La emisora de televisión de Berlín. Se llama Paul Nipkow.

—Ah —respondió Stern.

—Ahí tienes razón, Anton —admitió Alois Eberle—. Algo latoso sí que será. Pero en ese punto a lo mejor mi amigo de Berlín, Manfred von Ardenne, puede echarnos una mano. Además, estuve preguntando en la radiodifusora pública de Stuttgart.

—Allí no te serán de mucha ayuda —dijo Anton meneando la cabeza—. No sigues la línea del partido. Da gracias de que no te arresten por lo que estás haciendo aquí, dirían que con estos aparatos puedes captar emisoras extranjeras.

—Pues claro que puedo —replicó Alois con orgullo—. Me llega la BBC. ¡A mí nadie me tiene que decir lo que tengo que escuchar y pensar! —exclamó y apagó de nuevo el aparato—. Pero ahora me interesa esto de la televisión. Lo ajustaré todo, sea como sea. Cuando consiga captar la imagen, ya veremos.

—Bueno, pues crucemos los dedos —dijo Anton, muy convencido de que Alois se contaría un día entre los primeros vecinos de Stuttgart en ver la televisión desde su casa, pero no a tiempo de sintonizar los Juegos Olímpicos, que empezarán dentro de diez días—. Cuando lo consigas, traeré champán —concluyó sin dejar de sonreír.

—Pues ya puedes ir poniéndolo a enfriar —propuso Alois—. ¡Usted también está invitado, señor Stern!

—Será un placer. Muchas gracias, señor Eberle.

Alois asintió, de buen humor.

—Ya puedes decírselo al resto de la familia, Anton. El uno de agosto veremos cómo encienden la llama olímpica.

—Lo que es seguro es que lo oiremos —replicó él.

—Será un momento grandioso —intervino Isaak Stern en un tono casi reverencial—. Imaginaos: la antorcha se enciende en Atenas y los atletas la transportan a través de un montón de países. ¡Por fin llegará a la meta!

—Sí, será una gran celebración —coincidió Anton.

—Ya han izado las banderas de los países participantes frente a la puerta de Brandenburgo —dijo Stern, haciendo un gesto indefinido hacia el norte.

—Y en la plaza del Mercado de Berlín está plantado el árbol olímpico —añadió Alois—. Pero yo no me trago todos esos aspavientos pacíficos de los de arriba —matizó.

Antón recordó la inscripción al pie del árbol olímpico: «¡Amigo! Al regresar de las Olimpiadas, proclama que Alemania quiere la paz».

Él también dudaba que aquellas palabras fueran sinceras, pero la emoción ante el gran acontecimiento deportivo le hacía albergar la esperanza de que el gobierno entrara en razón en algunos aspectos. Stuttgart parecía haber vuelto a la normalidad. Se habían retirado los letreros que prohibían comprar en negocios judíos, y los camorristas que marchaban día y noche

berreando sus proclamas intolerantes se habían vuelto más discretos. Ojalá el Gobierno recuperara la sensatez y acabara por fin con la difamación de ciudadanos judíos inocentes y de todos aquellos que no encajaran en su visión cerrada y estricta del mundo.

—Ya sé lo que piensas, Anton —dijo Alois—. Ni se te ocurra creer que van a olvidarse de todo esto. En cuanto terminen los Juegos van a continuar, y será peor que hasta ahora.

—Ay, Alois —contestó el otro con un suspiro. La profecía de su amigo andaba muy cerca de sus propios pensamientos.

—Pero, al menos, disfrutaremos de los Juegos —dijo Alois con aire pragmático mientras se metía las manos en los bolsillos del delantal—. Poco más podemos hacer. Estar atentos, nada más.

Anton asintió.

—Además, Isaak se marcha a Estados Unidos.

—¡Vaya, vaya, señor Stern! ¿Se marcha usted de Stuttgart?

—Así es, señor Eberle. Nada me ata aquí y me será fácil empezar de nuevo.

—Se hará cargo de la sucursal de Nueva York de la fábrica de pianos —explicó Anton—. Allí estará más seguro que aquí, y así yo tendré a uno de mis trabajadores más capaces sobre el terreno. Estamos creciendo tan rápido que vamos a tener que hacer una ampliación.

—Lo mejor será que te vayas con él, Anton —dijo Alois con una expresión muy grave—. Esto no va a ser ninguna fiesta cuando vayan en serio.

—¿Temes que haya guerra?

—¡No hay más que fijarse! El año pasado promulgaron la ley de protección aérea. Ya tengo pensado dónde construirme un refugio aéreo. Y lo de los simulacros de los apagones está claro por qué lo hacen.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia todo lo que está pasando —dijo Anton con la mirada clavada en la pantalla apagada del televisor—. Tal vez yo también debería emigrar a Estados Unidos con Serafina y Emil, y trasladar toda la empresa a Nueva York.

—No es mala idea —respondió Alois mientras se rascaba la cabeza—. Yo ya estoy viejo para empezar de nuevo, pero vosotros...

Isaak Stern, que se frotaba las manos con un gesto nervioso, no dijo nada.

—Pero no puedo dejar solas a Judith y a Vicky. —Anton lanzó una mirada de ánimo a su empleado—. A Isaak le irá bien por allí. Y nosotros esperaremos a ver cómo van las cosas. Seguro que aún hay tiempo de sobra para tomar este tipo de decisiones. No hay que precipitarse.

Jardín de la mansión Rothmann, finales de julio de 1936, al atardecer

EL LIBRO QUE Mathilda tenía en el regazo no lograba cautivarla, y eso que tenía muchas ganas de leer *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie, que había comprado en una librería pequeña pero muy bien surtida de Bonn antes de partir hacia Stuttgart. Le encantaba la lengua inglesa y prefería leer las novelas en el idioma original. Sin embargo, esa tarde sus ojos erraban sobre las letras sin comprender el significado de las palabras. Tal vez fuera culpa de los acordes pesados de la atronadora pieza de piano procedente del salón de música que hacía un buen rato que sonaba y la distraía de la lectura.

A pesar de eso, siguió tratando de concentrarse en la lectura, pero cuando se dio cuenta de que era incapaz de seguir leyendo, colocó con resignación un marcapáginas de color amarillo claro y cerró el libro.

Conocía perfectamente la melodía que Martin estaba tocando.

El *Preludio en do sostenido menor* de Rajmáninov recorría con su belleza arrebatadora el idílico jardín lleno de matorrales en flor y setos bien podados. Mathilda percibía en cada nota la carga que le había caído sobre los hombros desde el momento, un par de días antes, en el que descubrió por casualidad quién era su verdadero padre. La apenaba profundamente que le costara tanto hablar del tema. Siempre había preferido expresar sus emociones a través de la música. De una forma intensa y conmovedora.

La música enmudeció de repente. Un fuerte chasquido hizo que Mathilda se levantara de un salto de la butaca blanca de jardín. El libro le resbaló del regazo y cayó al césped en aquel rincón umbrío bajo el manzano.

Siguiendo una corazonada, echó a correr hacia la puerta de la terraza que conectaba el jardín con el lateral del edificio principal de la mansión. Allí se encontraba el salón de música, junto a la biblioteca y un pequeño taller.

Cuando llegó, Martin ya estaba en el pasillo.

—¿Adónde vas? —preguntó Mathilda.

Él no solo ignoró su pregunta, sino que ni siquiera dio muestras de advertir su presencia. Pasó de largo rápidamente. A su espalda, la puerta del salón de música seguía abierta, con la vibración de las cuerdas del gran piano de cola aún suspendida en el aire como testimonio de la furia con la que había cerrado la tapa.

—¡Martin! —exclamó Mathilda mientras se disponía a seguirlo. Él se detuvo un instante y la miró a la cara durante unos segundos.

—Déjame en paz —dijo en voz baja pero clara.

Su tono cortante fue como una puñalada, pero ella apenas titubeó y lo siguió a cierta distancia por el largo pasillo hasta la parte delantera de la casa, y a través de la cocina hasta las antiguas cocheras, donde, junto a un viejo carruaje, se encontraban los automóviles de la familia.

No parecía darse cuenta de que lo seguía. Recorrió a paso veloz el camino de gravilla que

llevaba al edificio anexo y abrió la puerta pintada de verde del garaje con la misma impetuosidad con la que había cerrado la tapa del piano.

Mathilda sintió aún más inquietud. Martin se comportaba de una forma muy extraña, como si lo persiguieran. Preocupada, siguió su silueta esbelta y atlética hasta la semipenumbra del garaje, pero se quedó escondida entre las sombras de la puerta. ¿Cómo reaccionaría si la veía?

En cuanto los ojos se le acostumbraron a la escasa claridad, advirtió las dos plazas vacías de los coches de Judith y Viktoria, que aún no habían regresado de Stuttgart. Tampoco había ni rastro de Theo, el chófer, que a pesar de su edad avanzada seguía cuidando con ahínco de los vehículos de la familia.

Martin se aproximó a un automóvil que estaba aparcado en un rincón, a cierta distancia de los demás. Con cuidado, retiró la enorme sábana que lo cubría, y Mathilda reconoció el descapotable verde que Judith había recibido como regalo de Victor. ¿Cuándo fue la última vez que se puso en marcha?

Abrió la puerta del conductor y se sentó al volante.

—Sube —dijo sin mirarla mientras comprobaba los frenos y el cambio de marchas.

Mathilda se encogió.

—Martin... —Aquella situación la incomodaba.

—¿Crees que no te había visto? —dijo en un tono un poco más suave.

—Yo... —La joven meneó la cabeza y se acercó al coche—. ¿Adónde vas?

Él no respondió e intentó arrancar el motor. Pero este solo respondió con un quejido.

—Era de esperar —murmuró él, irritado—. Que yo recuerde, este coche no ha arrancado a la primera ni una sola vez. —Volvió a bajarse, rodeó el descapotable y activó una palanca que se encontraba entre los faros delanteros. El coche enseguida cobró vida—. Ya está —murmuró en voz baja antes de volver a sentarse al volante.

—Voy... Voy contigo. —Antes de que Martin pusiera el vehículo en marcha, Mathilda abrió rápidamente la puerta del copiloto.

Él asintió y esperó a que ella se sentara antes de dar marcha atrás para salir del garaje. El descapotable iba como la seda. Era evidente que Theo velaba por que así fuera.

Recorrieron el camino de acceso, cruzaron la cancela y fueron calle abajo hasta pasar de largo la estación del tren cremallera. El trayecto le resultaba familiar a Mathilda, incluso a pesar de que en todo el tiempo que llevaba viviendo en Bonn había regresado a Stuttgart en contadas ocasiones.

El sol del crepúsculo arrojaba una luz de ensueño sobre las colinas y los viñedos que rodeaban la ciudad. Mansiones imponentes se alzaban en las laderas, testimonio del progreso económico de años pasados. Era uno de los paisajes característicos de la zona.

Era un atardecer muy agradable. De no ser por el silencio taciturno de Martin, Mathilda hubiera disfrutado del paseo, pero le preocupaba el abismo que notaba entre ellos.

—¿Hasta cuándo te quedarás en Stuttgart, Martin? —preguntó con la esperanza de arrancarlo de su mutismo con un tema intrascendente.

—Hasta que no se me necesite —dijo en un tono más tranquilo, aunque iba cuesta abajo a tal velocidad que Mathilda se agarró con nerviosismo al gastado asiento de cuero.

—¿No tienes actuaciones este verano?

—No.

—Pero este año has estado de viaje, ¿verdad?

—Sí, en Praga y en París.

—Ah. ¿Mucho tiempo?

—Un par de semanas cada vez.

Era agotador arrancarle nada más que monosílabos. Mathilda se preguntó por qué se esforzaba tanto. A lo largo de los últimos años habían mantenido un contacto esporádico que, por parte de Martin, se había limitado a alguna postal desde la ciudad en la que se encontrara. Siempre fue ella quien procuró mantener la relación, mientras que él se había mostrado más distante.

Miraba de reojo al hombre por el que se había sentido atraída desde que lo vio por primera vez con doce años en los peldaños de la entrada de la mansión de los Rothmann. Su perfil, de nariz afilada y labios carnosos, le resultaba tan familiar como las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos cuando reía, el mentón prominente y el corto cabello rubio que empezaba a rizársele en cuanto crecía un poco. Incluso en momentos como aquel, en los que la preocupación y la angustia ensombrecían sus facciones, había algo luminoso y encantador en él que la fascinaba. Hacía tiempo que su impetuosidad infantil había quedado atrás para dar paso a un respeto y una dedicación propias de la madurez, además de una confianza inexplicablemente profunda.

Mathilda suspiró de un modo imperceptible antes de volver la vista al frente. Habían llegado al fondo del valle sobre el que estaba construida la ciudad y recorrían una calle flanqueada por casas altas con fachadas al estilo clásico que enfilaba la colina de Karlshöhe, desde donde se divisaba todo Stuttgart. Empezaba a sospechar adónde se dirigía Martin, que seguía conduciendo a gran velocidad y adelantó muy de cerca a un ciclista que avanzaba haciendo eses bajo el peso del gran bulto que llevaba en el portaequipaje. Un viandante que se disponía a cruzar la calle tuvo que esquivar no solo la bicicleta, sino también el descapotable.

Mathilda no respiró tranquila hasta que no dejaron atrás al ciclista y al peatón ilesos. Se dirigían hacia un cruce cuando, de repente, apareció otro vehículo.

—¡Cuidado!

Su exclamación se quedó flotando en el aire mientras Martin pisaba el freno con todas sus fuerzas. El coche derrapó, invadió el cruce y se detuvo justo en medio de la calzada con un chirrido estridente. Una motocicleta estuvo a punto de chocar con el descapotable, pero consiguió enderezar el rumbo y siguió calle abajo. El coche que había cruzado la intersección sin mirar ya había desaparecido.

—¡Maldita sea! —exclamó Martin dando un puñetazo al volante.

—Tranquilízate —dijo Mathilda en voz baja mientras le ponía la mano en el antebrazo.

Él agarró el volante tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos. Entonces exhaló profundamente y maniobró para poner el coche en el sentido adecuado antes de marcharse de allí a toda velocidad.

Ella, con el susto aún presente en todo el cuerpo, evitó hacer ningún comentario sobre el estilo de conducción de su acompañante.

Poco después doblaron hacia Humboldtstrasse. Ya no tuvo dudas sobre el destino del viaje.

La mansión del empresario de maquinaria se encontraba hacia la mitad de la calle. Al acercarse, Mathilda reconoció enseguida el Mercedes descapotable que estaba aparcado delante.

—Tu madre está aquí.

—Eso parece —respondió él en un tono tenso al pasar junto al coche de Judith—. Me pregunto por qué lo ha dejado en la calle en lugar de aparcarlo en el patio.

—Quizá tenía prisa —aventuró Mathilda mientras se frotaba nerviosa la suave tela de punto

del vestido de verano, que tenía un estampado de flores azules—. ¿Vas a entrar?

—Claro.

—Yo no lo haría.

—¿Por qué no? Tengo derecho a una explicación.

—Eso por supuesto. Pero tal vez sería mejor esperar a un momento más adecuado, cuando no estés tan agitado.

—¿Y cuál es el momento adecuado para algo así? —respondió Martin mesándose el pelo—. Además, el momento más adecuado para hablarme de esto hubiera sido, como muy tarde, cuando cumplí la mayoría de edad.

—Seguro que tenían un buen motivo para no hacerlo.

—No hay un solo motivo posible. Permitir que un niño crea que el hombre con el que vive es su padre aunque sea una mentira... ¡Es indignante!

—Victor fue, a todos los efectos, un padre para ti. A saber lo que hubiera sido de ti si Max Ebinger hubiera asumido su paternidad y hubiera hecho valer sus derechos.

—Al menos hubiera sido la verdad. —Martin no había apagado el motor y mantenía la vista clavada en el salpicadero. Mathilda se dio cuenta de que él no las tenía todas consigo. La determinación feroz con la que había llegado hasta allí había dado paso a una cierta inseguridad. Le temblaba la barbilla.

—Vámonos —dijo ella en voz baja.

En lugar de responder, Martin se quedó contemplando el inmenso portón tras el cual se encontraba la imponente residencia de los Ebinger.

—Al menos ahora ya sé por qué los invitábamos a todas las celebraciones familiares. ¡Mis padrinos!

—Son tus abuelos. Seguro que para ellos tampoco fue nada fácil. No tienen otros nietos. ¡Solo a ti!

—¿Quién sabe? —dijo él con una risotada amarga.

Mathilda ignoró sus insinuaciones.

—Querían formar parte de tu vida. Si no como abuelos, al menos como padrinos. Te quieren, de eso estoy segura. Si no, se hubieran mantenido alejados.

—Eso no es amor. Es... Bah, no sé ni lo que es.

—Martin —lo interrumpió con suavidad pero con firmeza—. ¿Y si seguimos adelante y damos un paseo? Si después todavía quieres hablar con ellos, podemos volver.

Él meneó la cabeza, pero al mismo tiempo dio marcha atrás y siguió avanzando por la calle. Poco antes del cruce más cercano, detuvo el coche y se apeó.

—Tienes razón —dijo mientras le abría la puerta en un gesto caballeroso—. Primero necesito airearme un poco las ideas. —Y, con una media sonrisa, le ofreció la mano.

Sorprendida por su repentino cambio de humor, aceptó la mano que le tendían. Experimentó un leve cosquilleo cuando sus dedos se tocaron. Juntos dieron unos pasos hasta el pie de una escalera de piedra que llevaba hasta lo alto del cerro de Karlshöhe. Ese tipo de escaleras, llamadas *stäffele*, eran tan típicas de Stuttgart como los viñedos que cubrían las laderas de las colinas, a los que se accedía desde hacía siglos por aquellos primitivos peldaños.

Tras los primeros escalones, Martin le soltó la mano y se le adelantó.

El ascenso era agotador incluso para ellos, que practicaban deporte a menudo, así que subieron en silencio colina arriba, sin más sonido que el de la respiración y el de las pisadas de los zapatos sobre los escalones cubiertos de hierba y flores silvestres. Ella se sorprendió al

constatar que el silencio entre los dos ya no le resultaba incómodo, como lo había sido en el coche, sino que, de una forma extraña, era incluso agradable.

Al llegar a la cima, buscó un punto desde el cual pudiera contemplar el mar de tejados de Stuttgart que se expandía a sus pies entre las copas de los árboles. Las primeras sombras del atardecer se extendían sobre el valle mientras el sol dibujaba rayas de amarillo claro y un suave naranja sobre el horizonte azul. La luz se enredaba en las colinas en derredor como una guirnalda decorativa sobre el pintoresco paisaje.

Martin, que se había detenido unos pasos más atrás, dijo con un carraspeo:

—¡Es increíble!

—Sí, es una vista preciosa —dijo ella mientras se protegía los ojos del sol con la mano. Llevaba el pelo peinado en suaves ondas y recogido en un moño flojo a la altura de la nuca.

—Quiero decir que es increíble que, por lo que parece, soy el único que no lo sabía —continuó él.

—Ah, te referías a eso. —Mathilda se giró hacia él—. Yo creo que lo sabía muy poca gente —replicó—. Si no, algo hubiera trascendido a lo largo de los años. Todo lo contrario: el secreto se guardó muy bien.

Martin meneó la cabeza. La joven trató de leer su expresión, pero parecía ensimismado en sus pensamientos.

—Martin...

—¿Por qué? —exclamó él de repente—. ¿Por qué? —Se cubrió la cara con las manos—. ¿Por qué no puede Victor ser mi padre?

Mathilda recorrió los pocos pasos que los separaban.

—Es que es tu padre.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo él sollozando.

Cuando por fin dejó salir la pena y empezó a temblar intensamente, ella lo abrazó con cuidado por la cintura. Él no la rechazó, todo lo contrario: aceptó agradecido el consuelo que le ofrecía y la estrechó contra sí. Ella cerró los ojos.

Se quedaron así un rato, en una comprensión mutua. Mathilda lo sostuvo mientras él lloraba por el padre que había perdido dos veces en los últimos días.

Entonces sintió cómo él le recorría la espalda con las manos. Un anhelo repentino se apoderó de ella, seguido de una sensación de felicidad de lo más inapropiada. Cuando él le rozó la coronilla con los labios, sintió escalofríos. Casi sin quererlo, pegó su cuerpo al de él. Cada fibra de su ser reaccionaba a esa cercanía que tanto había ansiado.

Al final, él le sostuvo la cara entre las manos y la miró a los ojos. En los suyos, tan claros, había una ternura increíble.

Un torrente de sensaciones largo tiempo reprimidas empezó a correr cuando la boca de Martin por fin rozó la suya, primero con timidez, luego suplicante y, por fin, adueñándose de ella. La brisa acariciaba las copas de los árboles y el leve susurro de las hojas se entremezcló con el cantar vespertino de los pájaros en una melodía de amor estival que la naturaleza compuso para ellos. Una melodía que, para Mathilda, el día que se apagaba llevaba más allá de los tejados, de los prados y los bosques, de los lagos y los campos, hasta llegar a todos los confines del mundo.

Delante de la mansión Ebinger, media hora después

JUDITH ARRANCÓ EL coche. Josefine Ebinger había mandado abrir el portón para que pudiera maniobrar con comodidad. Cuando por fin llegó a la calle y emprendió el camino a Degerloch, el cielo estaba iluminado con tonalidades amarillas y anaranjadas que aumentaron en intensidad a medida que se acercaba a la casa que Victor siempre había llamado la «Mansión de los Chocolates». Allí también estaba abierto el gran portón de hierro forjado, de modo que pudo enfilarse directamente el camino de acceso hacia el garaje.

La plaza que había junto a la del coche de Judith estaba vacía, lo que significaba que Viktoria aún no había regresado. El inventario de las variedades de cacao puro debía de haberle llevado más tiempo de lo previsto.

Al apearse, Judith constató que el descapotable verde tampoco estaba en su sitio. La funda estaba tirada de cualquier manera en un rincón. Tal vez Martin se lo hubiera llevado para dar una vuelta, aunque era raro que no hubiera dejado la funda en su lugar, no era nada descuidado en ese sentido. Pero él también parecía desconcentrado y nervioso desde que la vida familiar saltara en mil pedazos. Volver a recomponerse le llevaría un tiempo.

Judith suspiró. No dejaba de preguntarse por qué Victor había tenido que morir. Rumiaba día y noche, aquella pregunta le robaba el sueño y no le daba tregua. Victor, su piedra de toque, su amor, su confidente. El hombre que le había tendido la mano cuando ella estaba al borde del abismo. ¿Cómo podría volver a experimentar una felicidad sincera sin su fuerza, su sentido del humor y su visión de futuro?

Se llamó al orden y trató de contener aquellos pensamientos sombríos. Tenía que mostrarse fuerte, Victor no esperaría menos de ella. Por todo lo que habían conseguido juntos, por sus hijos y por todos los que dependían de ella.

Caminó hacia la casa enfrascada en sus pensamientos. Dora, que la había visto venir, le abrió la puerta.

—Buenas tardes, señora—la saludó con una sonrisa que hizo que Judith sintiera calidez en el pecho. A pesar de todas las adversidades a las que se enfrentaba, no estaba sola.

—Buenas tardes, Dora. Es muy agradable que la reciban a una tan calurosamente.

La mujer le cedió el paso y cerró la puerta.

—Ha estado mucho rato fuera.

—Me he pasado por casa de los Ebinger.

—¿Cómo se encuentra el señor Ebinger? —preguntó Dora mientras sujetaba el bolso de la recién llegada.

—No muy bien. Los pulmones...

—Sí, hace tiempo que le dan la lata.

Judith asintió con un suspiro mientras se quitaba los guantes.

—Ay, Dora. Ahora que está tan mal y... Victor... ya no... —se interrumpió y se puso frente

al gran espejo del recibidor, flanqueado por dos jarrones de porcelana china decorados con un dibujo de dragones enroscados a su alrededor.

—¿Lo dice por su hijo? —preguntó la doncella con cautela. Judith asintió—. Cree que va siendo hora de decir la verdad.

Judith retiró el alfiler que le sujetaba el sombrerito de fieltro de ala corta que llevaba ladeado sobre la cabeza. Vio reflejada en el espejo al ama de llaves detrás de ella. Llevaba a su lado muchísimos años, primero como doncella y luego, a medida que se habían precipitado los acontecimientos de su vida, también como confidente, cómplice y consejera. Vivió de primera mano el drama del nacimiento de Martin, y había sido uno de los referentes en la vida de Judith. Igual que Victor.

—Es un tema que ha ido surgiendo a lo largo de los años, ¿verdad?

—Pero ahora que se están removiendo todas estas cosas... —empezó Judith, tendiéndole el sombrero y el alfiler—. Primero tenemos que recuperarnos, y luego ya veremos...

—No voy a ser yo quien le diga lo que tiene que hacer, pero entiendo perfectamente a los Ebinger. Sobre todo teniendo en cuenta que el señor está enfermo.

—Sí, yo también —replicó Judith con un profundo suspiro—. Pero la noticia afectaría mucho a Martin.

Un fuerte estrépito sobresaltó a las dos mujeres.

—¡Ha sido sin querer! —dijo Tine, agachada en el quicio de la puerta que conectaba el recibidor con el gran pasillo mientras recogía los fragmentos de una jarra—. ¡Ay! —exclamó, metiéndose en la boca el dedo que, al parecer, acababa de cortarse.

—¡Tine! —dijo Dora con severidad—. ¿Qué se te ha perdido aquí? ¿Adónde ibas con esa jarra? Te he mandado al pueblo a por huevos y leche.

—Alguien, a saber quién, se dejó la jarra aquí olvidada— aseguró Tine mientras se envolvía el pulgar herido con el delantal blanco—. Además, los huevos y la leche los traen a casa, ¡no tengo por qué pegarme el viaje hasta el pueblo!

Judith sintió náuseas. ¿Cuánto habría oído la doncella de su conversación? Solo faltaba que se corriera la voz por el pueblo. No se fiaba mucho de Tine. La muchacha, de diecisiete años, venía de una aldea del Jura de Suabia, vivía en Degerloch con unos parientes y hablaba un dialecto casi incomprensible. Judith habría pasado por alto ambas cosas si no fuera por dos características que cada vez eran más evidentes: Tine ponía el ojo y la oreja en todas partes y era muy parlanchina. Hacía tiempo que tenía decidido hablar con Dora para encontrar una nueva candidata al puesto de doncella. Miró a su ama de llaves con preocupación. Dora la comprendió al instante.

—Vete a la cocina y pídele a Gerti que te vende el dedo —ordenó a la doncella—. Y luego recoge los cristales y haz lo que te he mandado. Antes de que te vayas a casa quiero hablar contigo.

Judith advirtió el brillo en la mirada de Tine, que posó en Dora y después en ella, y su inquietud creció. Hasta que la muchacha no se dispuso a marcharse, no respiró aliviada. Dora siguió a la doncella con la mirada hasta que desapareció por el pasillo de la cocina. Entonces, Judith se despidió con un gesto de la cabeza y enfiló la gran escalinata curva que llevaba hasta la planta noble y los dormitorios del segundo piso.

—NO SÉ QUÉ habrá oído —le dijo Dora en voz baja cuando se encontraron las dos en los

aposentos de Judith.

—Tenemos que suponer que algo habrá pescado. La pregunta es si puede sacar algo de ahí. Yo creo que no.

—Puede ser —respondió Dora mientras dejaba el sombrero y el bolso sobre la cómoda con un carraspeo—: ¿Me permite hablarle con franqueza, señora Rheinberger?

—Claro, eso siempre.

—Creo que no sería nada bueno que Martin se enterara por rumores de que hay algo que... ¿cómo se lo digo? Algo que se ha callado.

Judith tragó saliva.

—No, eso no puede pasar.

—Tiene que decírselo hoy mismo, señora.

Judith negó con la cabeza y cerró los ojos un instante. Justo en el momento en el que tenía tantos frentes abiertos, tantas batallas por librar, la vida le ponía por delante aquel capítulo oculto de su pasado. No solo la había agitado lo sucedido con Tine; la conversación con Artur y Josefine Ebinger la había conmovido más de lo que se atrevía a admitir. Los dos querían al fin reconocer a su nieto.

—Me lo pensaré —le dijo finalmente Judith a Dora, que se disponía a meterse en el vestidor para sacar un vestido para la cena.

—Muy bien —replicó el ama de llaves por encima del hombro.

Mientras la mujer rebuscaba entre los armarios, Judith se quitó el traje, pero se dejó puestas la cotilla y las medias y se sentó en la gran cama de matrimonio.

Se sentía superada. Lo de Weber, que quería quitarle la empresa. La soledad. Y, encima, Martin...

—Mire, señora —dijo Dora, que regresó con un vestido de lana negra con la falda hasta la pantorrilla.

—Hoy cenaremos un poco más tarde —dijo Judith mientras dejaba que la ayudara a ponerse aquel atuendo sencillo—. Vicky aún no ha vuelto y parece que Martin también ha salido.

—Es verdad. Ha salido en coche y la señorita Mathilda se ha ido con él. Se me había olvidado decírselo.

—No pasa nada. Me alegro de que se lleven tan bien —respondió Judith, tras lo cual le dio la espalda a su empleada para que le subiera la larga cremallera—. Me retiraré media hora al despacho para hacer unas llamadas. Por favor, ¿te encargas de que se sirva la cena a las nueve en el comedor? Sé que es tarde.

—Un día es un día. Avisaré a Gerti.

POCO DESPUÉS, JUDITH estaba sentada al escritorio de Victor con el auricular del teléfono en la oreja. Enseguida la conectaron con Múnich.

—Hélène Bachmayr al aparato —respondió su madre. La había pillado en casa.

—*Maman*? ¡Qué alegría oírte!

—¡Judith, mi niña! ¿Qué hay?

Siguió una pausa llena de angustia.

—Nada extraordinario, *maman*. Vamos tirando.

—Pienso mucho en vosotros, Judith. Qué pena me dio que, por culpa de la tienda, tuviéramos que marcharnos tan deprisa después del entierro.

—Sí, fue una lástima. Karl y Elise tampoco pudieron quedarse. Por eso me gustaría reunir de nuevo a la familia. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

—¿Andas metida en un lío?

—No, no, no te preocupes. Pero es una situación que nos afecta a todos.

—Pensábamos volver a Degerloch a veros. ¿Tienes ya una fecha en mente?

—¿Qué te parece el veintitrés de agosto? Es domingo. Karl ya me ha dicho que sí.

—Un segundo, déjame que mire la agenda.

Judith oyó un rumor al otro lado del teléfono. Al final, su madre le preguntó en voz baja a Georg, su marido, por sus planes para el futuro próximo.

—¿Judith?

—Aquí estoy.

—Pues resulta que Georg tiene entradas para el teatro ese sábado, un espectáculo al aire libre, pero la verdad es que tampoco se muere de ganas de ir. Si te parece bien, iremos el viernes.

—Me parece fenomenal, *maman*. A decir verdad, sería maravilloso tenerte aquí. ¿Cuánto podéis quedaros?

—Yo me quedaré todo el tiempo que me necesites, pero Georg tendrá que volver a Múnich el domingo. Estamos cerrando la venta de nuestra librería, no puede ausentarse mucho tiempo.

Judith sintió un alivio inmediato. Tenía una relación muy cercana con su madre, aunque no siempre había sido fácil. Hacía más de treinta años, Hélène abandonó a su familia para empezar una nueva vida en el lago de Garda y dejó a Judith y a sus hermanos gemelos, aún niños, en Degerloch. La herida había sanado, aunque habían hecho falta muchos años y aún más conversaciones para que Judith entendiera que la depresión que sentía su madre no le había dejado otra elección. Atrapada en un matrimonio infeliz con un hombre colérico y autoritario, Hélène pretendía salvarse con su huida, incluso si el precio a pagar era no volver a ver a sus hijos. Judith la había perdonado mucho tiempo atrás.

—Me das una alegría, ¡gracias! ¡Y no te olvides el caballete!

—¡Pues claro! ¿Yo sin mis pinturas? ¡Sería como un año sin verano!

A Judith casi le parecía oír la risa clara de Hélène al teléfono.

—Seguro que Vicky aprovecha para que le des un par de clases de pintura.

—¡Encantada! Ya verás, lo pasaremos muy bien. Hace falta tiempo para curar las heridas, pero tienes que creermelo: algún día dejará de doler.

—Eso... Eso espero.

—A lo largo de la próxima semana te comunicaré a qué hora llegaremos.

—Sí, fenomenal. Dale recuerdos a Georg, ¡que tengáis buena tarde!

—De tu parte. Un abrazo para Vicky y Martin. ¡Hasta pronto!

Colgó el teléfono y se acercó a una mesita auxiliar en la que Victor siempre tenía una selección excelente de vinos y licores. Concentrada, se sirvió un Armañac de 1930.

Con la copa en la mano se acercó a la ventana y contempló el jardín. El sol aún no se había puesto. La suave luz vespertina daba un aura sugerente al hermoso espacio con sus sinuosos caminitos de grava, los arroyuelos, las esculturas dispuestas con ingenio y los parterres de flores de aire silvestre. Tal vez más tarde saldría a dar un paseo.

El armañac le ardía en la garganta. No solía beber brandy o licor, y al primer trago ya sintió que el peso de la tristeza cedía un poco. Decidió que volvería a revisar las escrituras y la distribución de la propiedad de la fábrica de chocolate. Si Weber regresaba durante los próximos días, quería estar preparada.

Las carpetas se guardaban en la caja fuerte del despacho. Judith dejó la copa sobre el escritorio, sacó los documentos y se sentó sobre la butaca forrada de cuero marrón claro. Martin ya había revisado una parte de los papeles, pero no sabía hasta dónde había llegado, así que se zambulló en el trabajo.

Estaba todo tal y como habían acordado: el ochenta por ciento de la parte de Victor pasaría a su muerte a Judith, y Viktoria y Martin recibirían un diez por ciento respectivamente, aunque Judith administraría la parte de Viktoria hasta su mayoría de edad. Con la entrada de Viktoria en la dirección del negocio tras su vigesimoprimer cumpleaños, la parte de Viktoria debería tasarse de nuevo. Karl Rothmann, el hermano de Judith, poseía acciones por valor de un veinte por ciento, pero no tenía ningún rol en la gestión del negocio y se planteaba venderle su parte a Judith. Anton, por su parte, había traspasado su parte a Judith y a Victor hacía más de veinticinco años con el objetivo de conseguir capital para fundar su fábrica de pianos. Así que Judith ostentaba en total un setenta y dos por ciento de la empresa y era, en aquel momento, la única directora.

Dejó los documentos a un lado y apuró la copa de armañac antes de abrir de nuevo la caja fuerte. Había un asunto urgente que no lograba encontrar entre los documentos de la fábrica de chocolate: existía una especie de participación en una fábrica de dulces en Nueva York. En su momento, Victor le había hablado de las gestiones, pero ella estaba demasiado ocupada con sus responsabilidades en la fábrica y no le había hecho mucho caso.

Resultaba que el socio estadounidense de Victor andaba de camino a Stuttgart. En realidad, se trataba de un nieto del fundador de la empresa, que parecía empeñado en renovar su colaboración. Había anunciado por telegrama su llegada el cinco de agosto. Judith tenía hasta entonces para ponerse al día.

Rebuscó con ahínco en la caja fuerte de madera de raíz lacada. Victor tenía sus documentos pulcramente ordenados y etiquetados: asuntos familiares, las herencias de sus respectivos padres, seguros, documentos bancarios, acciones y participaciones. Buscó allí en primer lugar, aunque sin éxito. Entonces, al fondo de todo, sobre la parte inferior forrada de fieltro verde de la caja fuerte, encontró al fin una carpeta negra: SweetCandy Ltd./Robert Miller, USA. Ahí estaba.

Inspiró profundamente, volvió al escritorio y se dispuso a examinar los documentos. Un cuarto de hora más tarde descolgó de nuevo el teléfono y llamó a su hermano Anton.

La fábrica de chocolate Rothmann, más o menos a la misma hora

EL AROMA ERA lo más especial. Un olor seductor e inconfundible, de una dulzura sutil, que llenaba la sala de una forma sugerente e irresistible. Si uno seguía su llamada silenciosa, llegaba a la fuente de aquel aroma exquisito: una cascada reluciente de chocolate líquido que caía por etapas hasta un barreño semiesférico de esmalte de color verde jade. Aquella corriente deliciosa estaba rodeada de un paisaje de árboles de cacao artificiales, helechos y flores exóticas. La proa de la réplica de un navío mercante emergía entre la vegetación con un torrente de habas de cacao que se derramaba de un saco en cuya tela un sello especificaba su origen sudamericano. Un gran disco solar apoyado en un lateral del navío recordaba a los pueblos maya y azteca, en los que el cacao desempeñaba un papel esencial. La pintura dorada del sol tenía algunos desconchones, pero no desmerecían el efecto simbólico.

Sobre un viejo barril de ron había un cuenco de loza lleno de fruta de verano. Viktoria tenía prisa, pero no pudo resistirse a agarrar una de las relucientes fresas rojas, bañarla en el chocolate caliente y devorarla tan pronto la cobertura de chocolate se solidificó. Desde que la cascada de chocolate se había puesto en marcha siete años atrás, cumplía ese ritual cada vez que pasaba por El Mundo del Chocolate.

—¡Se me ha caído el helado! —chilló en ese momento una aguda voz infantil.

Viktoria miró hacia el puesto de helados que ocupaba el lateral del Mundo del Chocolate que daba a la calle. Había dos niñas frente al mostrador, en el que se podía elegir entre muchos sabores diferentes de helado. La más pequeña sostenía un cucurucho vacío del que aún goteaban restos de helado de chocolate sobre la bola de color marrón que se había desparamado en el suelo.

La niña más mayor seguía lamiendo su helado de fresa.

—Ay, Charlotte —dijo con aire compasivo—. ¡Ibas meneando el cucurucho como una bruta! Las comisuras de la boca de la pequeña adoptaron un mohín de disgusto.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se quejó con aire lastimero.

—Ven aquí, Charlotte —dijo Trude Schätzle, la vendedora a cargo del puesto de helados—. Te pondré otra bola en el cucurucho.

—Pero es que ya no tengo más dinero.

—Te la regalo —replicó Trude mientras volvía a rellenar el cucurucho.

—¡Gracias! —Con una educada reverencia, Charlotte atacó la nueva bola de helado.

Mientras las dos niñas abandonaban El Mundo del Chocolate sin dejar de lamer los helados, Viktoria pasó junto a las vitrinas en las que se exponían habas de cacao de distintas procedencias. Cada variedad iba acompañada de un pequeño texto explicativo sobre el origen y el sabor. Había un letrero más grande que, mediante coloridas ilustraciones, describía todo el proceso de cultivo, desde la cosecha hasta el transporte por mar hasta Europa. El mapamundi en el que estaban señalados los principales países productores en América del Sur y África la puso

nostálgica. Se le escapó un suspiro. Un día se marcharía de viaje a explorar países exóticos, a ver el mundo con sus propios ojos. Su estancia en Francia le había mostrado lo que significaba abrir la mente, relacionarse con gente nueva y vivir nuevas experiencias. Se había dado cuenta de que Stuttgart, con el tiempo, se le haría cada vez más pequeño.

—¡Buenas tardes, señorita Rheinberger! —la saludó Trude Schätzle, que hacía muchos años que trabajaba en la tienda de chocolates Rothmann—. No me había dado cuenta de que andaba por aquí.

—Estaba usted muy ocupada —respondió Viktoria con una sonrisa.

—¡Ay, esas niñas! Vienen casi cada día —explicó la dependienta—. Aunque no siempre pueden permitirse un helado o un dulce.

—Yo también vendría siempre que pudiera si fuera una niña —bromeó la joven—. La tentación es irresistible.

—¡Pues usted de niña venía muy a menudo a zampar! —repuso Trude con un guiño.

Viktoria sonrió. Entonces se acercó a un mostrador redondo en el que se exponían las novedades de la fábrica de chocolate.

—¿Me permite que le enseñe una cosa, señora Schätzle?

—¡Sí, claro!

Se acercaron al mostrador. Viktoria soltó un bloc de notas que había traído del despacho debajo del brazo, se sacó una bolsita de papel del bolso y la colocó junto a las creaciones de chocolate primorosamente dispuestas.

—¿Qué es? —preguntó la vendedora.

—¡Ábralo usted misma!

Con curiosidad, sacó unos pralinés de la sencilla bolsita. Entonces miró a Viktoria con aire interrogativo.

—Los veo muy sencillos.

—Pues son unos bombones refinados y extraordinarios. ¡De lavanda!

—¿Los ha traído de Francia?

La chica asintió.

—Me encantaría añadirlos al catálogo, pero mi madre teme que no gusten en Stuttgart.

—¿Puedo probar uno? —preguntó Trude.

—Por supuesto, ¡adelante!

La dependienta tomó una de las semiesferas de color marrón claro y la mordió con cautela.

Viktoria observaba atentamente su reacción. Sabía a la perfección cómo se desencadenaba el sabor del bombón, cómo el exquisito chocolate con leche daba paso a una intensa nota de lavanda antes de que ambos sabores se fundieran en un bocado armonioso.

Trude Schätzle se tomó su tiempo para saborearlo.

—Es... muy especial —dijo al final—. La verdad, nunca había probado algo así.

—¿Verdad que sí?

—Yo creo que se vendería. La gente siempre anda buscando novedades —dijo metiéndose el resto del bombón en la boca—. Mmm, qué rico. Además, conociéndola a usted, no dudo que pronto habrá convencido a su madre.

Viktoria contestó con una sonrisa de satisfacción.

—¿Tiene un momentito? —preguntó entonces Trude al tiempo que se limpiaba el dedo en el delantal blanco—. Acabo de recordar que tengo una cosa que me gustaría enseñarle.

Sin esperar a la respuesta de Viktoria, desapareció por un pasadizo estrecho en dirección a la

trastienda del Mundo del Chocolate, donde las empleadas podían dejar los abrigos y bolsos y sentarse durante los descansos.

Volvió con una tableta de chocolate en la mano. El envoltorio, de un amarillo chillón con letras rojas, llamaba mucho la atención.

—Mire, me lo trajo mi hermana de Suiza la última vez que vino de visita. Es «chocolate blanco».

—¿Chocolate blanco? —Viktoría aceptó la tableta—. Qué interesante. Veo que es de Nestlé.

—Eso es. Mi hermana vive en Suiza, cerca de Cham.

—Creo que ya me lo había contado alguna vez.

—¡Pruébalo!

El envoltorio susurró al abrirlo. Apareció una tableta de chocolate de un tono claro y lechoso. Viktoría partió una esquina y se la puso en la boca.

—Mmm.

—¿Está rico?

—Sí. No sabe a chocolate, tiene un sabor muy cremoso, como a nata.

Trude asintió con satisfacción.

—¿Le contó su hermana cómo fabrican este chocolate?

—No. Pero no me cabe duda de que usted no tardará en averiguarlo.

Viktoría volvió a envolver la tableta con mimo.

—¿Puedo quedarme con el chocolate? Se lo pagaré, por supuesto.

—Claro que puede, y no pienso aceptarle ni un céntimo.

—Entonces, llévese el resto de bombones de lavanda a casa.

—Vaya, ahora soy yo quien tiene que darle las gracias —respondió la dependienta antes de quedarse en silencio y suspirar profundamente—. Cuánto me alegro de que haya vuelto usted a casa. Desde que su padre...

—No pasa nada —la interrumpió Viktoría al sentir que se le hacía un nudo en la garganta—. Pues claro que he vuelto a casa, es lo normal.

—Y se quedará en Stuttgart, ¿verdad?

—Sí, me quedo.

—Yo pensaba... Hay que ver lo orgulloso que estaba su padre de que usted estuviera estudiando en Francia. Decía siempre: «Cuando vuelva mi Vicky, traerá tantas ideas nuevas que pondrá la fábrica patas arriba».

Viktoría tragó saliva. Aún le resultaba inconcebible que su padre no fuera a abrazarla nunca más.

—Tengo que marcharme.

—Y yo tengo que cerrar —dijo la dependienta echando un vistazo al reloj—. Ya pasan de las siete.

—Entonces tengo que correr. Aún tengo que pasarme por la antigua piscina a hacer el inventario.

—¡Ay, la piscina! —exclamó Trude con nostalgia—. Qué tiempos aquellos en los que aún podíamos ir a nadar allí.

—Hace ya tres años que cerró —replicó Viktoría—. Sé que a mis padres les costó mucho tomar la decisión.

—Sí, eso lo sabíamos todos. Pero fue una verdadera lástima.

—Hubo que rendirse a lo evidente. A largo plazo, el mantenimiento era demasiado caro.

—Sí, y a pesar de todo la disfrutamos algunos años. Otros empresarios no habrían hecho nunca algo así.

—Mis padres querían dar vida a la nueva fábrica después de que la antigua ardiera y tuvieran que empezar de nuevo.

—Y lo consiguieron... Pero solo de pensar en lo cerca que estuvieron usted y su amiga de perecer en el incendio...

—De no ser por Anton... —recordó Viktoria meneando la cabeza—. Nos salvó. —Los recuerdos de la noche de la catástrofe, en 1926, aún la atormentaban en sueños—. Lo mejor es que no pensemos más en ello.

—Sí. Bien está lo que bien acaba, eso es lo más importante.

—Así es —dijo Viktoria mientras recogía su bloc de notas y se disponía a marcharse—. ¡Buenas noches! Venga usted a casa de visita cuando quiera.

EN CUANTO VIKTORIA entró en la vieja piscina, se apoderó de ella una sensación muy extraña que trató de reprimir. Los recuerdos del atroz incendio todavía la afectaban. Pero ¿qué iba a pasarle allí, en aquella espaciosa sala que había empezado a usarse como almacén para las variedades de cacao puro? Nadie tenía acceso excepto ella misma, su madre y el jefe de producción.

Esa misma mañana habían decidido entre las dos comprobar las existencias disponibles, dado que en los últimos meses el suministro de habas de cacao se había vuelto irregular. Alemania estaba poniendo freno a las importaciones con el pretexto de no depender del suministro extranjero. Sin embargo, en el caso del cacao no había alternativa a la importación desde Sudamérica, Asia o África. Y precisamente las variedades de cacao puro sudamericanas eran indispensables para el exquisito sabor de los chocolates Rothmann. Así que había que planificar y calcular minuciosamente las provisiones, y Viktoria se había ofrecido a encargarse de ello.

Cerró con cautela la pesada puerta de hierro tras de sí. El aire, seco y cálido, estaba impregnado del aroma de las habas de cacao. El sol vespertino entraba a través de las estrechas claraboyas y apenas lograba disipar la oscuridad. Viktoria encendió la luz y paseó la mirada por la estancia.

Había sacos de arpillera llenos de habas de cacao de distintos orígenes apilados incluso dentro de la piscina vacía y junto a las paredes cubiertas de baldosas blancas. Las distintas variedades estaban separadas entre sí con paneles de madera y se identificaban fácilmente gracias a la descripción de los letreros.

Abrió su bloc de notas y sacó un lápiz del bolsillo de la chaqueta del traje azul marino. Entonces descendió los cuatro escalones hasta el fondo de la piscina y se puso manos a la obra.

El cacao Arriba de Ecuador era una de las variedades de mayor calidad. Abrió uno de los sacos y deslizó un puñado de habas de cacao, redondas y de un marrón claro, entre sus dedos. ¿Eran las habas de un tamaño regular, tenían la forma y el color adecuados? ¿Estaban libres de la polilla del cacao y de moho? Como a simple vista pudo realizar un control de calidad satisfactorio, no creyó necesario partir algunas habas por la mitad para examinar el interior. Sabía que las habas de cacao Arriba eran de color marrón oscuro por dentro y, según les diera la luz, despedían reflejos de un violeta claro. Cuanto más oscuras, mejor era la calidad del cacao.

Despacio, devolvió las habas a su sitio y contó los sacos. Quedaban veinte, de un quintal cada uno. Esa cantidad no les duraría mucho.

Examinó a continuación las variedades de Venezuela: Chuao, Maracaibo, Puerto Cabello y Caracas. Todas pertenecían a las variedades de cacao más caras del mundo, y sus existencias se habían reducido a dos quintales. Al día siguiente tendría que reclamar los pedidos que habían hecho a la distribuidora de Hamburgo hacía ya semanas.

Recorrió todo el almacén, inspeccionando los sacos y anotando cualquier cosa que le llamara la atención. Estaba tan concentrada que ni se dio cuenta de que se hacía de noche. Un leve susurro la puso alerta.

Sus sentidos se agudizaron al instante. ¿Habría algún nido de ratones o, peor aún, de ratas? Escuchó con atención, pero todo estaba en silencio. Meneó la cabeza y siguió con su trabajo. Tal vez se tratara de un conducto de ventilación. El almacén tenía su propio sistema de conductos con filtros para garantizar una aireación óptima.

Unos quince minutos más tarde había terminado su inventario y se disponía a marcharse.

Entonces reparó en una sombra. No era la de un roedor, sino la de una silueta humana que se deslizaba por la pared hasta desaparecer en un rincón.

Viktoría contuvo la respiración. En el almacén no había nadie que pudiera acudir en su ayuda si le pasaba algo, y los trabajadores del turno de noche de la fábrica no la oirían por encima del estruendo de la maquinaria. Como mucho, algún operario la encontraría si acudía a por habas de cacao. Pero teniendo en cuenta que las provisiones diarias se dejaban en otro almacén que comunicaba con la sala de producción mediante cintas transportadoras, era hartamente improbable. Su propia madre ya se habría marchado a casa.

Empezó a dirigirse hacia la puerta de hierro con la esperanza de haberse confundido. Sin embargo, agarraba con fuerza el bloc de notas, dispuesta a defenderse si la atacaban.

De repente, oyó una tos. Un sonido profundo y ronco. Y un gemido.

Viktoría empezó a sudar profusamente, pero no se movió. Ese sonido no parecía venir de alguien que tuviera intención de atacar o robar. Fuera quien fuera quien se escondía en la vieja piscina, necesitaba ayuda.

Despacio, dejó el bloc a un lado.

—¿Hay alguien ahí?

Recorrió con la mirada las paredes claras, escudriñó los sacos de cacao.

Oyó de nuevo la tos, profunda y jadeante.

—¿Quién anda ahí? —Empezó a examinar la estancia con cautela. El sonido de una respiración pesada la condujo hasta una alcoba en la que se guardaban los carros que se usaban para transportar los sacos de cacao.

—¡No! —respondió una voz masculina débil y quebradiza—. Mañana me iré.

—¿Quién es usted? —preguntó Viktoria mientras escudriñaba la negrura de aquel rincón—. Me gustaría ayudarle.

—No, no...

Entonces lo vio. Se había encogido en una esquina, como si quisiera fundirse con el entorno. La miraba con los ojos llenos de miedo. Estaba pálido y demacrado, todo su cuerpo temblaba. Le habían afeitado el pelo, que le crecía de forma irregular. Tenía el cuero cabelludo lleno de heridas.

—¡Necesita un médico! —exclamó Viktoria asustada.

—No... —susurró él—. Que no me encuentren.

Cuanto más observaba a aquel hombre, más se convencía de que lo conocía.

—No sé qué le ha pasado, pero lo ayudaré. Aunque para eso necesito saber quién es.

Él guardaba silencio.

—Por favor —insistió ella.

Se frotó los ojos con un gesto de desesperación.

—Me llamo... —dijo tosiendo—. Me llamo Robert Fetzer. Soy el padre de Mathilda.

Una hora más tarde, en el pasillo de las cocinas de la mansión Rothmann

—¡SEÑORITA...!

—Shhh, Gerti, no grites.

—Pero, señorita —susurró entonces la cocinera—. ¿Por qué entra a hurtadillas por la puerta trasera?

—Enseguida se lo explico —dijo Viktoria mientras inspeccionaba la cocina para cerciorarse de que no había otros miembros del servicio.

—Theo ha salido a hacer unos recados. Tine está poniendo la mesa en el comedor. Dora la ayuda. Su madre está en el despacho.

—¿Está mi hermano?

—No. Ha salido con el coche.

—Mal vamos —dijo Viktoria—. Gerti, tengo un problema.

—¿Usted? ¡Válgame Dios!

—Shhh —bisbiseó Viktoria con un dedo en los labios ante la exclamación excitada de la cocinera—. Tengo que llevar a una persona a la habitación de Theo.

—¿Cómo dice?

—He venido con Robert.

—¿Quién?

—Robert. Ya sabe quién es, el padre de Mathilda.

—¿Robert el Rojo? —La cocinera adoptó una expresión alarmada e incrédula—. ¡Creí que lo habían encerrado por comunista!

—Se lo contaré todo, pero primero tiene que ayudarme.

La cocinera meneó enérgicamente la cabeza, pero entonces dijo:

—De acuerdo, me aseguraré de que nadie se entere de nada. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Diez minutos. No... mejor quince —musitó antes de regresar a toda prisa a su coche, que había dejado en el garaje.

—Venga conmigo —le dijo en voz baja a Robert Fetzner, que estaba tumbado en el asiento trasero—. Lo llevaré a la habitación de Theo. Entonces pensaremos qué hacer.

Él se levantó con esfuerzo. Tenía los ojos vidriosos.

Viktoria le ofreció la mano, pero, en lugar de aceptarla, él se apoyó en los antebrazos con un jadeo y salió del coche con las últimas fuerzas que le quedaban.

Encogido, siguió a la chica por el camino de gravilla en dirección a la entrada de servicio, atravesó la cocina y recorrió el pasillo hasta la habitación que Theo ocupaba desde hacía décadas.

Con un suspiro, Viktoria cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Gracias a Dios.

—Le... le estoy muy agradecido, señorita Rothmann —dijo Robert, que volvía a toser.

—No me extraña —respondió ella inspirando profundamente—. Tengo que pedirle que, por lo que más quiera, sea tan silencioso como pueda hasta que decidamos qué podemos hacer por usted. En casa hay una nueva doncella, Tine, cuya ideología desconocemos. Y lo mejor será que no se entere de que está usted aquí.

Robert asintió. Con la mano temblorosa, señaló un taburete de madera en un rincón del sencillo pero acogedor dormitorio.

—¿Puedo...?

Cuando Viktoria se dio cuenta de que estaba a punto de venirse abajo, se apartó con rapidez de la puerta y lo agarró del brazo. Entonces señaló la cama de Theo.

—Tumbese.

Él negó con la cabeza.

—No es el momento de remilgos. Si se cae usted del taburete con un estrépito, no nos ayudará nada.

Robert entornó los ojos. Era evidente que le costaba acatar órdenes de Viktoria, pero sus circunstancias no le dejaban otra elección. Hizo acopio de energías, se zafó de la mano de la joven, se arrastró los pocos pasos que lo separaban de la cama de Theo y se tumbó, exhausto.

—Muy bien —dijo Viktoria, que se disponía a marcharse—. Lo dejaré solo. Gerti le traerá algo para comer. Y luego ya veremos.

ROBERT TENÍA FRÍO. Sentía escalofríos. Trató de dormir, pero era incapaz de tranquilizarse. Escuchaba los ruidos de la casa, que un día ya muy lejano le resultaron tan familiares. ¿Cuánto tiempo hacía desde que trabajó allí como recadero? Debían de haber pasado más de treinta años.

Se puso una mano en la frente y cerró los ojos.

Era demencial confiar en los propietarios de la Mansión de los Chocolates. Imposible saber de qué lado estaban. Los capitalistas eran todos iguales cuando se trataba de sus privilegios. Pero en Stuttgart, no, en todo el país, no encontraría un escondite mejor. Alguien como él, marcado por los años en el campo de concentración y en la cárcel, llamaba la atención. Era un milagro que hubiera conseguido escapar gracias al tal Ackermann, el quiosquero con el que iban a trasladarlo de la cárcel de Welzheim a Dachau. Su convoy se había detenido a medio camino, se produjo un tumulto y entonces unos hombres sacaron a Ackermann del vagón. Robert cayó detrás y echó a correr. Lo único que quería era alejarse de allí. Hasta que no llegó a un bosquecillo, con el corazón desbocado y los pulmones doloridos, no se detuvo a escuchar atemorizado si alguien lo seguía.

Pero nadie fue detrás de él. Estaba solo. Y era libre.

No sabía si la emboscada fue cosa de los compinches de Ackermann, y ya nunca lo sabría.

¡Libre!

No fue consciente de la magnitud de su realidad hasta que se encontró andando en dirección noroeste con las piernas cansadas. El sol había sido su brújula. El hambre y la sed, dos torturadores que lo acompañaban. Le había llevado mucho tiempo conseguir orientarse. Descubrió que no estaba lejos de Ulm y eso le dio esperanzas de poder llegar a casa a pie, aunque lo que lo esperaba fue un tormento sin fin. Mil veces había maldecido su constitución débil y los efectos aún evidentes de los temblores que le habían quedado tras la Gran Guerra. Algunos días apenas había conseguido recorrer un kilómetro. Se había detenido en granjas cuyos

ocupantes lo habían recibido con recelo y parquedad tras palabras, aunque siempre habían tenido un mendrugo de pan o un vaso de leche que ofrecerle. Las noches las había pasado al raso en el bosque, pocas veces se había atrevido a colarse en un pajar a dormir. Y había tenido suerte de las cálidas temperaturas veraniegas. En invierno no habría sobrevivido.

Giró la cabeza, abrió los ojos y constató que se había hecho de noche. Se había dormido sin darse cuenta.

La almohada sobre la que reposaba su cráneo rapado le parecía de lo más suave y blanda. Después de todos aquellos años en los campos de concentración de Heuberg y Kuhberg y en la cárcel de Welzheimer, había olvidado la sensación de dormir en una cama de verdad en lugar de sobre un tablón duro.

Los ojos estaban a punto de cerrársele de nuevo cuando oyó unos pasos repentinos en el pasillo. Alarmado, se incorporó para escuchar.

¿Estaba seguro allí? ¿Acaso los Rothmann lo entregarían? Oyó risas apagadas y una puerta que se cerraba. Entonces volvió el silencio.

Robert respiró aliviado y volvió a dejarse caer sobre los almohadones.

La fábrica de chocolate era su último recurso. El piso de Stuttgart en el que había vivido con su mujer, Luise, ya se lo habían alquilado a otra familia. Con sus compañeros del Partido Comunista de Alemania tampoco podía contar: algunos habían huido al extranjero, pero a la mayoría los habían encerrado igual que a él. Sí, primero fueron a por los comunistas en 1933, cuando los nacionalsocialistas llegaron al poder.

El Stuttgart que conocía ya no existía, no había un lugar para él en la ciudad. Se había ocultado unos días en el sótano de su anterior empleador, la fábrica de cigarrillos Waldorf-Astoria, que había quebrado. Pero los frecuentes registros en las casas del vecindario lo habían obligado a buscarse otro escondrijo. Había pasado varios días deambulando por los viñedos y durmiendo en parques. Aunque ya no estuviera encerrado, seguía atrapado.

Pasos otra vez.

Maldita sea. ¿Qué estaría pasando? Tenía que salir de allí, desaparecer antes de que lo encontraran y se lo llevaran.

Se incorporó y puso los pies en el suelo. Justo cuando se disponía a levantarse, la puerta se abrió de golpe.

—¿Robert? ¡Dios mío, Robert!

—¿Luise? —Robert volvió a echarse a temblar.

—¡Cómo te atreves!

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—¡Presentarte aquí sin más! —Luise Fetzner estaba fuera de sí—. ¡Después de todos estos años! Con todo lo que despotricaste de los Rothmann, ¿y ahora esperas que te escondan? ¿Sabes lo peligroso que sería para toda la casa?

—Yo...

—¡Los despreciabas y no dejabas de echar pestes sobre ellos! Mientras tú estabas con tu «lucha de clases»... —dijo, poniendo énfasis en esas palabras antes de que un sollozo la interrumpiera— ... te fuiste a Moscú e hiciste todo lo posible por destruir el futuro de nuestra hija, ¡aquí nosotras estábamos a salvo!

—Por favor, Luise, baje la voz —le rogó Viktoria, que acababa de entrar detrás de la esposa de Robert, en tono conciliador—. No debemos llamar la atención.

—Si no fuera por los Rothmann... —susurró Luise, aunque su tono seguía igual de alterado

—, no... no sé lo que hubiera sido de nosotras. Cuando te encerraron, me habría quedado en la calle si no me hubieran ofrecido un techo aquí.

—Luise... —respondió el hombre, que se sentía como si el suelo se escurriera bajo sus pies.

—¡Ay, Robert! ¡Cuántos años aguanté a tu lado, aunque yo esa vida nunca la quise! Reuniones, secretos, siempre despotricando contra todo. Así no se puede vivir.

—Luise, creo que es suficiente —intervino otra voz. Robert reconoció a Dora, el ama de llaves, en el quicio de la puerta. Ella y Viktoria Rheinberger intercambiaron una breve mirada. A continuación, lo miró a él con dureza y se acercó y agarró a la mujer del brazo con delicadeza para decirle—: Venga conmigo, Luise...

No se resistió. Pero antes de irse, se volvió hacia su marido de nuevo:

—Una cosa te diré: si algún día se puede, ¡me pienso divorciar de ti!

La fábrica de pianos A. Rothmann, al día siguiente

—¡QUÉ BIEN QUE me llamaras enseguida! —exclamó Anton Rothmann mientras guiaba a Judith hacia su despacho a través de un largo pasillo que dividía la sala de producción de su fábrica de pianos en el centro de Stuttgart.

—Me alegro muchísimo de que puedas ayudarme, Anton —dijo al entrar en el despacho de su hermano, decorado de una forma sencilla y elegante, al estilo Bauhaus. Tomó asiento en una de las confortables sillas voladas que rodeaban una mesa de reuniones rectangular de cristal, sobre la que depositó unos documentos—. Cada día me encuentro con algo nuevo.

—Ya me lo imagino. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua, por favor.

—Claro. —Sirvió el agua de una jarra y dejó el vaso sobre la mesa. A continuación, se sentó con ella—. Si te parece, empiezo con los papeles —dijo mientras hojeaba los documentos.

—Sí, claro —repuso Judith, y le acercó la carpeta de SweetCandy Ltd., tras lo cual guardó silencio a la espera de que él acabara de revisarlos. Lo observaba atentamente mientras daba sorbos al vaso de agua.

Hacía poco que Anton había cumplido cuarenta años. Las primeras canas asomaban en su cabello oscuro y tenía la coronilla cada vez más rala. ¿Cómo había pasado tan rápido el tiempo?

Judith y su hermano pequeño tenían una relación muy estrecha. Tal vez se debiera a que ella, trece años mayor, había sustituido a su madre después de que Hélène Rothmann se marchara para no volver. Karl, su gemelo, vivía en Berlín con su familia desde hacía algunos años. Allí regentaba junto a su mujer, Elise, una pequeña fábrica de muebles al estilo Bauhaus. A pesar de la distancia, mantenían un contacto frecuente y se escribían y telefoneaban de forma regular.

Pero estaba más unida a Anton, que vivía con su mujer Serafina y su hijo de ocho años, Emil, en el piso superior de la fábrica de pianos. Ambas empresas, la fábrica de chocolate y la de pianos, se habían apoyado mutuamente en todo momento, y Anton fue el primero en estar al lado de Judith tras la muerte de Victor.

—Bueno, está muy claro. Recuerdo este contrato —dijo, y su hermana devolvió la atención a la carpeta—. Victor me pidió consejo cuando se le presentó la oportunidad de hacer esta inversión, y yo le recomendé a nuestro abogado de Nueva York, John Carollo. Es un profesional excelente, se encarga también de la sucursal estadounidense de la fábrica de pianos.

—Victor me habló a menudo de John Carollo, pero yo nunca me impliqué en ese asunto.

—No hacía falta. Tu marido recurrió a mí por mi experiencia con los negocios en Estados Unidos.

—Victor prestó dinero a esta empresa.

—Sí, y con unos intereses muy ventajosos —corroboró Anton, mostrándole unos contratos— de ochenta mil marcos del Reich. Y esto fue en... —Pasó algunas hojas— ... agosto de 1932. Ahí tienes el contrato del crédito junto con el valor en dólares.

—Eso me pareció entender a mí.

—Lo curioso es que SweetCandy depositó una participación en la empresa como garantía —explicó Anton.

—Eso significa que, en caso de que no devolvieran el préstamo, una parte de SweetCandy pasaría a nuestras manos, ¿verdad? —preguntó Judith.

—Eso es. Es un préstamo convertible, es decir, que existe la posibilidad de cambiar la deuda y los intereses correspondientes por una participación en la empresa.

—Por lo que veo —siguió ella—, los intereses del año pasado no se pagaron. Tal vez SweetCandy tenga problemas de liquidez.

—Eso mismo he pensado yo —repuso su hermano mientras repasaba los documentos—. El contrato estipula un plazo de cuatro años. Es decir, que Victor firmó el préstamo a cuatro años. Al final de ese período podemos exigir la devolución del dinero o reclamar la garantía.

—Es decir, que nos corresponde a nosotros decidir si queremos que nos devuelvan el préstamo o preferimos la participación en la empresa.

—Exacto.

—Y suponiendo que reclame la garantía, ¿es cierto que entonces me pertenecería la mayor parte de SweetCandy?

Anton volvió a hojear el contrato antes de responder:

—Aquí dice que os correspondería el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la empresa. Es decir, la mayoría, sí.

Judith asintió.

—Y el plazo acaba el treinta y uno de agosto de este año, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces tenemos que decidir ya qué queremos hacer.

—Sí. Y para eso necesitamos una valoración de SweetCandy lo antes posible. Hoy mismo me pondré en contacto con nuestro abogado de Nueva York.

—Andrew Miller llegará aquí el cinco de agosto.

—¿Cómo? ¿Viene a Stuttgart?

—Me avisó por telegrama.

Anton se frotó la frente con aire pensativo.

—Eso es que quiere negociar. Si está dispuesto a venir hasta aquí desde Estados Unidos... ¿Te dije de qué quería hablar?

—No. Seguramente da por supuesto que estamos al corriente.

—O espera que no lo estés. Querrá partir con ventaja.

—La verdad, no tengo ni idea. Pero parece que Victor lo tomaba por alguien de fiar. De lo contrario, nunca habría hecho tratos con él.

—Yo también lo creo. Pero, a pesar de todo, tú sabes mejor que nadie que cualquier empresario, en caso de duda, protegerá siempre sus propios intereses. Es lo que hacemos todos. No quiero ver problemas donde no los hay, pero si quiere verte en persona, debe de tener razones de peso.

Judith titubeó.

—Tal vez porque Victor falleció...

—Vuestros abogados podrían resolver el asunto con facilidad.

—Entonces habrá que esperar a ver qué tiene que decirnos Andrew Miller.

—Déjame los contratos, Judith, volveré a leerlos con calma.

—Me parece muy bien. Ah, y hay un par de asuntos que me reconcomen...

—Cuéntame.

Tomó aire para hablar, pero entonces llamaron a la puerta.

—¿Anton? —dijo una voz de mujer.

—¿Te importa si está presente Serafina? —preguntó su hermano.

—¡No, todo lo contrario!

Anton se levantó a abrir la puerta.

—¡He traído *bretzel*! —exclamó la mujer, que llevaba consigo una cesta—. Ya es hora de comer.

El delicado aroma de los lazos de pan recién horneados llenó la oficina y Judith se sintió mejor al instante. Su cuñada y los *bretzel* trajeron consigo una oleada de alegría, igual que diez años atrás, cuando Serafina llegó de Berlín como un huracán a la Mansión de los Chocolates, lo que supuso el inicio de unas semanas de lo más emocionantes. Que Anton se casara con ella no fue bueno solo para él. Su carácter inteligente y arrollador enriquecía a toda la familia.

Serafina dejó el cesto en medio de la mesa y salió de nuevo a por café. Diez minutos después, estaban los tres sentados.

Judith dio un bocado al bollo, tostado por fuera y tierno por dentro, como tenía que ser. La mantequilla se le derritió en la lengua.

—Es justo lo que necesitaba —le dijo a su cuñada—. Creo que últimamente como muy poco.

—Es verdad, Judith. Estamos preocupados por ti.

—No tenéis por qué. Vicky está experimentando con una especie de crema de chocolate para untar en el pan. La probaré en un pedazo de *bretzel*.

—¿En serio? ¿Chocolate con *bretzel*? —preguntó Serafina con escepticismo.

—Yo creo que es una buena combinación —respondió Judith mientras se sacudía un par de migas del vestido de verano de finas rayas blancas y grises—. Pero a lo que iba: Weber, el jefe de sección local, vino a vernos.

—Es un hombre horrible —intervino Anton—. ¿Qué quería?

—Pretende que vendamos la fábrica de chocolate a la chocolatera Adler, que se está expandiendo de una forma muy agresiva.

—Y que sigue la línea del partido, sin duda —dijo Serafina—. No hay más que verlos —concluyó, frunciendo el ceño.

—Eso por descontado —replicó Judith—. Pero sus argumentos eran, sobre todo, que a las mujeres no se les ha perdido nada en la dirección de una empresa.

—No me sorprende —afirmó su cuñada con desdén.

—La verdad es que yo ya contaba con algo así —dijo Anton—. No es ningún secreto que los nacionalsocialistas prefieren a las mujeres en la cocina antes que en los negocios. Pero no imaginé que reaccionarían tan rápido a los cambios en la fábrica de chocolate.

—No pienso dejarme amedrentar.

—Pero ¿conseguirás resistirte? —dudaba Anton—. Al final se inventarán cualquier cosa para acusarte, podrías incluso acabar entre rejas.

Judith apartó los restos de su *bretzel*.

—No se atreverán a ir tan lejos.

—Son capaces de cualquier cosa.

Apoyó la cabeza en las manos.

—¿Y qué me sugieres, hermano?

—Creo que, antes que nada, tenemos que ver qué pasa con SweetCandy. Toma en consideración el préstamo convertible. En los tiempos que corren, tener negocios en Nueva York no sería mala idea.

—Tendríamos que encontrar a alguien que defienda nuestros intereses allí.

—Claro. ¿Tal vez uno de tus hijos?

La sugerencia de Anton pilló a Judith totalmente desprevenida. ¿Mandar a sus hijos a Estados Unidos? ¿Con la que estaba cayendo?

—Martin quiere centrarse en la música —comentó tras una breve pausa para reflexionar—. No dudo que pronto volverán a proponerle conciertos en el extranjero.

—Tu hijo quiere seguir otro camino, eso lo veo tan claro como tú. ¿Y Vicky?

—¡A Vicky le falta mucha experiencia! ¿Cómo va a hacerse cargo de algo así?

—No subestimes a tu hija —advirtió Serafina—. Yo la veo capaz de todo.

—Bueno, sí, pero aún es muy joven. Le queda mucho por aprender antes de asumir ese rol —dijo Anton, mostrándose de acuerdo con su hermana—. Ahora mismo solo se trata de valorar las opciones que tenemos.

—Me lo pensaré —dijo Judith mientras se masajeaba las sienes. Tenía tantas cosas que decidir...

—Muy bien. —Anton se levantó y se acercó a la ventana para contemplar la calle—. Fuera todo está como siempre —dijo en voz baja—. La gente va a trabajar como si nada. Aunque no sepamos hacia dónde se dirige Alemania.

Judith vació el vaso de agua de un trago. Tenía que tomarse muy en serio lo que decía su hermano. Tal vez Andrew Miller y su empresa no fueran otra piedra en su camino, sino una oportunidad. Se puso en pie.

—Tengo que irme. Me espera mucho trabajo en el despacho.

—Me lo imagino. —Anton se acercó a darle un abrazo—. No olvides que nos tienes aquí para lo que necesites.

—Siempre —insistió Serafina.

Balneario Mineralbad Berg, en Stuttgart, 1 de agosto de 1936

—ES COMO BAÑARSE en champán —dijo Viktoria, y se sumergió con un suspiro de satisfacción en el agua burbujeante que le hacía cosquillas en la piel.

—¡Desde luego! —respondió Serafina, que estaba a su lado, apoyada en el borde de la piscina. Tenía los ojos cerrados y parecía a punto de quedarse dormida—. Aunque creo que, en invierno, el efecto es más espectacular que en verano.

—No te falta razón. Pero, de todos modos, ¡es maravilloso bañarse al aire libre! —exclamó Viktoria mientras daba un par de brazadas perezosas. A continuación, se puso a flotar bocarriba para contemplar el cielo azul de la tarde, que recorrían algunas nubes esponjosas como corderitos. Qué fácil podía ser la vida. Disfrutaba de la ligereza de su cuerpo en el agua y de la suave resistencia que el líquido elemento oponía a sus movimientos. Era imposible no relajarse. Y eso era justo lo que necesitaba cuando los días pasados no habían traído más que nervios y tensión.

Por suerte, no le había costado mucho convencer a Serafina para hacer una visita al balneario. Desde que era niña le encantaba ir a nadar con ella; su madre tenía demasiado trabajo en la empresa como para poder hacer ese tipo de cosas con su hija.

Viktoria recibió un par de salpicaduras en la cara. Contraatacó mientras se giraba y oyó que Serafina reía en voz baja.

—¡Como antes! —A su tía no se le notaba que le sacaba diez años. Serafina siempre se había mostrado dispuesta a divertirse—. ¿Ya te has acostumbrado a estar de vuelta en casa, Vicky? —preguntó entonces—. ¡Has pasado mucho tiempo fuera!

Empezaron a nadar a un ritmo relajado por la gran piscina casi cuadrada y rodeada de casetas de madera para cambiarse.

—A decir verdad, sí y no —respondió—. Por un lado, es como si nunca me hubiera marchado. Pero, por el otro, hay muchas cosas que me resultan extrañas. No la casa, sino la ciudad y la gente. Y además... Echo de menos a papá. Mi madre no puede con todo, tiene muchísimas cosas de las que preocuparse, y yo aún no me he adaptado lo suficiente como para poder apoyarla.

—Pero seguro que la ayudas un montón.

—Hago lo que puedo —dijo con un suspiro—. Pero tenemos otro problema.

—¿Quieres hablar del tema?

—Por eso quería venir a nadar contigo, para que pudiéramos hablar con tranquilidad. —Viktoria hizo una pausa—. No te lo creerás, pero alojamos en secreto a Robert Fetzner, el padre de Mathilda.

—¿Cómo que en secreto?

—Está escondido en casa.

—¿Cómo es posible? Si estaba en la cárcel...

—Parece que consiguió escapar. No nos ha dado muchos detalles.

—¿Y por qué se esconde en vuestra casa?

—No creía tener alternativa. Su mujer vive con nosotros desde que la desahucieron de su piso.

—Eso ya lo sabía. Pero él os odiaba con todas sus fuerzas. Para un comunista redomado como Fetzner, vosotros erais una piedra capitalista en su zapato.

—Yo también preferiría que se hubiera buscado otro escondi... —Viktoria tragó agua sin querer y se puso a toser. Serafina la tomó del brazo.

—Será mejor que vayamos a cambiarnos. Pronto será la hora de irnos.

La joven asintió, carraspeó un par de veces y nadó hacia la escalerilla. Salieron del agua y fueron a por las toallas.

—La verdad, no le veo ningún sentido a que Robert Fetzner os pida ayuda a vosotros — Serafina la conversación mientras se dirigían a las casetas para vestirse.

—Trató de esconderse en Stuttgart, pero no encontraba ningún sitio en el que quedarse. Cuando lo encontré en nuestro almacén, estaba al límite de sus fuerzas.

—¿Se escondió en la fábrica de chocolate?

—Sí, en la antigua piscina.

—¿Y tú te lo llevaste a casa?

—¿Qué otra cosa podía hacer? En la fábrica hay demasiada gente. Tarde o temprano alguien lo hubiera encontrado.

—Tarde o temprano lo encontrarán, Vicky, no te quepa duda —dijo Serafina al abrir la puerta de una de las casetas—. Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora —repitió Viktoria, tras lo cual se metió también en un vestuario y se quitó el traje de baño. Le hubiera gustado tomar el sol y un poco de aire fresco en el parque que había junto al balneario. Los prados verdes cubiertos de césped y rodeados de árboles invitaban a hacerlo. Pero ya no les quedaba tiempo y, además, Serafina había insinuado que tenía otra actividad en mente.

Poco después, Viktoria salía del vestuario con un vestido veraniego amarillo claro y el pelo recogido en un moño informal.

Mientras se dirigían a la salida, su tía la tomó del brazo.

—¿Te parece bien que le cuente a Anton lo de Robert?

—Por supuesto.

—Es que ni por todo el amor al prójimo del mundo puede quedarse con vosotros mucho tiempo. Y menos cuando Weber os tiene en el punto de mira.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—Tu madre vino a vernos ayer. Quería pedirle consejo a Anton sobre algunos asuntos y salió el tema. Pero de Robert Fetzner no dijo nada.

—Es que no está al corriente.

Serafina la miró asombrada.

—¿Cómo?

—Decidimos entre todos que ya tiene suficientes problemas por ahora.

—Ah... Bueno, como encuentren a Robert Fetzner en vuestra casa, va a tener consecuencias para todos.

—Lo sé —asintió Viktoria—. Por eso te lo he dicho de modo confidencial.

Mientras hablaban habían llegado a la parada del tranvía, donde tomaron la línea 21, que las

llevaría de vuelta al centro.

—¿Te pasarás por casa de Alois Eberle más tarde? —preguntó Serafina cuando se apearon—. Vamos a ver la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos.

—¡Ah, sí, las Olimpiadas! Me había olvidado —exclamó mientras se colgaba el bolso al hombro—. Pues la verdad es que quería volver a la oficina. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Entonces te recogeremos más tarde. ¿En una hora más o menos?

—En serio, tengo mucho que hacer.

—¿De verdad piensas quedarte encerrada en el despacho mientras toda Alemania celebra las Olimpiadas?

Viktoria reflexionó.

—Está bien. Pasad a recogerme dentro de una hora.

PASABAN POCOS MINUTOS de las tres cuando Viktoria bajó a la entrada de la fábrica de chocolate. Serafina y Anton ya la esperaban junto a su hijo, Emil.

—¡Qué bien que vengas con nosotros! —dijo Serafina mientras le rodeaba los hombros con el brazo—. ¿No has podido convencer a tu madre de que pasara la tarde con nosotros?

—Lo he intentado, pero hace ya media hora que ha vuelto a casa. Bueno, que Theo ha venido a recogerla.

—Theo ya no debería conducir —intervino Anton—. Ya lo hemos hablado varias veces con él.

—Ya lo conoces. Una vez a la semana insiste en llevar a alguno de nosotros. Y como el resto del tiempo se conforma con cuidar del parque con los jardineros y mantener el garaje en orden, se lo permitimos.

—Se ha ganado la jubilación —replicó su hermano—. Ya casi ni ve. Y cuando sube por la cuesta de casa, se hace un atasco kilométrico detrás de su coche.

Viktoria sonrió al imaginárselo.

—No quiere ni oír hablar de retirarse. Antes prefiere caerse muerto. Cada mañana se sienta a primera hora en la cocina con Gerti para que le ponga café y un bollo.

—Ay, Gerti... A ella también le pesan los años —dijo Anton en tono seco.

—Pero sigue trabajando con brío —dijo Serafina con una sonrisa—. Vámonos ya, en Berlín no van a esperarnos.

Emil, de ocho años, andaba dando saltitos delante de los adultos mientras recorrían el trecho que los separaba del taller de Alois Eberle.

—Le he contado a Anton lo de Robert —le dijo Serafina a Viktoria.

—Deberías habérmelo dicho antes, Vicky —añadió su tío—. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Es verdad que os lo podría haber contado, pero...

—Ahora ya da igual. —Anton siempre interrumpía a los demás cuando estaba tenso—. Ahora ya está en casa y tenemos que sacarlo de allí. —Miró a Viktoria y siguió—: Me he expresado fatal, pero ya sabes lo que quiero decir.

—Por supuesto. —Viktoria tenía una confianza ciega en Anton. Cuando ella y Mathilda tenían diez años, las había salvado del incendio en la fábrica de chocolate y, por muchos años que pasaran, siempre se sentía segura y a salvo cuando estaba a su lado. Anton la ayudaría a tomar la decisión correcta.

—¿Y de verdad que Judith no sabe nada? —insistió.

—No. Me da cargo de conciencia ocultárselo, pero está tan ocupada que no quiero añadirle más preocupaciones.

—Entonces dejémoslo así.

Al llegar a la casa de Alois, llamaron al timbre.

—Adelante —los saludó Alois con alegría—. Ya empezaba a pensar que tendría que ver los Juegos yo solo.

—¡Hola, tío Alois! —exclamó Emil mientras le tendía la mano al anciano para después desaparecer en el taller.

—¿Qué me dices? ¿Has conseguido hacer funcionar tu aparato de televisión? —preguntó Anton mientras seguían al niño.

Alois frunció el ceño.

—Pues no exactamente...

—No pasa nada —lo tranquilizó su amigo en tono bromista—, la verdad, no contaba con poder oír y ver la ceremonia inaugural.

—Verla no, pero oírla, la oirás. —Era evidente que Alois se sentía herido en su alma de inventor por no haber conseguido que el aparato funcionara.

—No pasa nada —lo consoló Serafina—. Disfrutaremos igual sin la retransmisión televisada.

—No es culpa tuya, Alois. Seguro que has hecho lo que has podido —dijo Anton.

—Es que no consiguen emitir a más de ochenta kilómetros de Berlín, ¡demonios! —refunfuñaba el hombre—. ¡Os juro que en las próximas Olimpiadas tendré televisor!

Mientras hablaban, Alois dispuso unas sillas en círculo alrededor de su aparato de radiotelevisión. Viktoria y Serafina tomaron asiento. Sobre el banco de trabajo que Alois había despejado someramente se encontraba la jarra de sidra que era a Alois lo que la manteca de cacao al chocolate.

Anton sirvió sidra a Serafina y Viktoria y se llenó uno de los vasos de loza esmaltados de azul, tras lo cual se sentó también.

Alois empezó a trastear con los diales de la radio hasta que la voz de la emisora olímpica resonó por el taller con total claridad:

—... más de cien mil espectadores venidos de cerca y de lejos se han reunido en el recién estrenado estadio olímpico y ahora esperan emocionados la aparición del Führer mientras el zepelín Hindenburg nos sobrevuela. ¡Qué día el de hoy, los ojos de todo el mundo están puestos en Berlín! ¡Ya! Nuestro Führer, Adolf Hitler, pasa por el campanario... allí lo saludan el Comité Olímpico Internacional y el comité organizador de las Olimpiadas...

Entonces sonaron las trompetas. Viktoria se dio cuenta de que con todo el jaleo de las últimas semanas, no había sido consciente de la grandeza de los Juegos Olímpicos.

—¿Cien mil espectadores? —preguntó incrédula.

—Pues sí —respondió Anton—. Los acontecimientos a lo grande son la especialidad de nuestro Führer —dijo, dando a esta última palabra un matiz irónico.

—De ser por él, hubieran puesto a algunos más —añadió Serafina con una mueca de desprecio.

—... el Führer recorre el pasillo de honor hacia el estadio... El momento que todos estamos esperando está a punto de llegar...

—Él siempre tiene que ser el protagonista. Es insoportable —dijo Anton, tras lo cual vació su vaso de un trago y se levantó para volver a llenarlo.

—*¡Son las cuatro! ¡El Führer entra en el estadio con absoluta puntualidad!* —el locutor hablaba emocionado—. *El público se levanta, saluda, alza el brazo derecho para recibirlo... Ahora sube la escalinata seguido por el Comité Olímpico Internacional y el comité organizador de las Olimpiadas. ¡Qué día para el recuerdo! Ahora una niña se acerca al Führer, que se inclina hacia ella. La niña le hace entrega de un ramo de flores. ¡Un gesto de admiración conmovedor! El Führer ha llegado al palco de autoridades.*

Alois se sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz sin preocuparse por el ruido.

—*¡Arriba la bandera!* —se oyó por el altavoz, y otro locutor se puso al micrófono—. *Ahora se están izando las banderas de las naciones participantes, que se han reunido para honrar al deporte y al Führer con estos Juegos...*

Viktoría sintió un escalofrío. Incluso a través de las ondas se percibía a la perfección el ambiente sobrecogedor que debía reinar en el estadio. Y en cuanto empezó a sonar la campana olímpica, la escena adquirió un tono casi religioso. Fue como una gran ovación, no al deporte, sino a aquel hombre que se llamaba a sí mismo *Führer*. Lamentó que la retransmisión televisiva de Alois no hubiera funcionado.

—... *ya llegan estos héroes de nuestros días. El equipo olímpico griego es el primero de cuarenta y nueve países...*

Una marcha triunfal enfatizó la entrada de los equipos en el estadio. Cuando los franceses alzaron el brazo derecho para saludar a Hitler, se oyeron vítores. Y cuando los estadounidenses se negaron a hacerlo, se oyeron protestas que el locutor se dedicó a enfatizar con dureza.

Viktoría pidió otra sidra a Anton mientras Alois explicaba a Serafina el funcionamiento de la cámara de iconoscopio que Telefunken había fabricado expresamente para los Juegos Olímpicos, y que había recibido el apodo de «cañón de televisión» a causa de sus proporciones descomunales.

—¿Te das cuenta de lo que hubiéramos podido ver si la recepción hubiera funcionado? —dijo el inventor con voz apasionada.

Serafina asintió en un gesto comprensivo.

—Dentro de cuatro años lo veremos, Alois.

—... *ya llegan, los guerreros alemanes que honrarán a su patria en todas las disciplinas...*

—Como siga chillando así, se va a quedar afónico antes de que acabe la ceremonia —dijo Anton con sarcasmo.

—Son dos —apuntó Serafina.

—¿Dos qué? —preguntó Alois.

—Dos locutores.

De repente, del receptor de radio salió un fuerte chirrido y las voces de los locutores se deformaron hasta volverse incomprensibles. Viktoría se echó a reír y se dio cuenta de que la sidra se le había subido un poco a la cabeza.

—Mira, ya se han quedado sin voz —bromeó. Anton y Serafina se unieron a sus carcajadas.

Mientras, Alois se apresuró a sintonizar de nuevo el aparato a toda velocidad hasta que se volvió a escuchar la emisión con total claridad.

—Nos hemos perdido los discursos —constató—. Bueno, qué más da. Siempre dicen lo mismo.

—Shhh... —dijo Serafina con el dedo en los labios—, ¡atención!

—*¡Declaro inaugurados los undécimos Juegos Olímpicos de la era moderna!*

Las últimas palabras de Hitler fueron ahogadas no solo por los vítores de los espectadores,

sino también por un chirrido penetrante e insoportable. Anton se puso en pie de golpe.

—¡Emil!

Al otro lado del taller, el niño trabajaba muy concentrado un trozo de madera.

—¡Pero papá! —protestó cuando Anton le quitó la herramienta eléctrica—. ¡Yo puedo!

—Para empezar, es peligroso, para continuar, es ruidoso, y para terminar, ¡nadie te ha pedido que trastees con herramientas! Ni aquí ni en la fábrica de pianos.

—¡Pero no voy a romper nada! Alois no tiene cosas de valor... —replicó el niño mientras lanzaba una mirada de anhelo al taladro que Anton acababa de quitarle—. Además, parece una pistola, ¿no te parece?

A Viktoria le gustó el entusiasmo de su sobrino. Vio que Alois se levantaba con una sonrisa.

—Vaya, has demostrado que puedes hacer un agujero con mi nuevo taladro. Ahora vamos a guardarlo antes de que acabes volviendo a casa con un agujero en la mano.

—¡Habría que ser tonto para hacerse un agujero en la mano! —exclamó Emil con indignación—. He taladrado un agujero en esta tabla, ¡mirad! —dijo señalando su obra.

Alois asintió con aire pensativo.

—A ver qué hacemos con eso.

—Quería construir una trampa para ratones.

—La haremos juntos, Emil. Pero hoy no —prometió Alois.

—Venga, vale... Oye, Alois —insistió el niño—. ¿Cómo se llama esta herramienta? ¿Taladro de pistola?

—No, es un taladro trifásico emha.

—Taladro trifásico —repitió con aire solemne. Asintió muy serio cuando Anton se lo devolvió a Alois para que lo guardara.

Entonces llamaron al timbre.

—Será el señor Stern —dijo Anton—. Prometió que se pasaría.

—¿Le abres, Emil? —pidió Alois.

El niño asintió y fue hacia la puerta. A Viktoria no se le escapó que su tío intercambiaba unas palabras con el inventor. Los dos estaban muy serios y Alois tenía el ceño fruncido. Pero antes de que Viktoria pudiera preguntarse por el significado de esa conversación, su sobrino regresó acompañado de Isaak Stern, que ofreció un saludo general mientras por la radio sonaban los últimos compases del himno olímpico de Richard Strauss.

—... *corre por el lado sur de la pista de ceniza hacia la puerta oeste* —informaba el locutor—. *Ya llega al pebetero olímpico y... ¡Fritz Schilgen enciende la llama Olímpica! ¡La llama Olímpica arde!*

—¡Ha llegado el portador de la antorcha! —exclamó Stern, impresionado—. He seguido el recorrido de la llama olímpica durante las últimas dos semanas. En los primeros Juegos Olímpicos de la historia, la llama se prendió en Olimpia y se transportó hasta el estadio a través de muchos países.

La atención de todos volvió a lo que estaba sucediendo en Berlín.

—¿Una sidra, señor Stern? —preguntó Alois en voz baja.

—No, gracias, muy amable —respondió en un susurro.

Escucharon el relato de cómo se entregaba la rama de olivo y se pronunciaba el juramento olímpico. Cuando empezó a sonar el *Aleluya* de Händel, Alois sacó un plato de bocadillos de su casa para ofrecérselo a los presentes.

—¿Han permitido participar en los Juegos a los deportistas judíos? —preguntó Serafina.

—Oficialmente, sí. Pero he oído que no se lo han puesto nada fácil —replicó Stern—. Helene Mayer competirá por Alemania en esgrima.

—Yo creo que, si lo han permitido, es solo para cubrirse las espaldas —intervino Anton.

—Los países extranjeros tendrían algo que decir al respecto —dijo Serafina.

—Eso seguro —repuso Stern—. Y, aunque todos albergamos la esperanza de que la vida para los judíos vuelva a la normalidad gracias a los Juegos Olímpicos, tenemos nuestras dudas. Al fin y al cabo, no es solo a nosotros a quienes acosan, también están deteniendo a miembros de otros colectivos, como los comunistas. Con Juegos Olímpicos o sin ellos, los nacionalsocialistas no son de fiar.

—Eso mismo pienso yo —concluyó Alois, tras lo cual se levantó y bajó un poco el volumen de la radio. Viktoria se fijó en que Anton se le acercó de nuevo para hablar con él sin que nadie los oyera, mientras que Serafina e Isaak Stern siguieron conversando al tiempo que escuchaban la retransmisión desde Berlín.

Entonces, Anton indicó por señas a Viktoria que se acercara. Ella le lanzó una mirada interrogativa, pero al final se levantó sin entender muy bien qué se proponía.

—Voy a por más sidra —dijo Alois sin dirigirse a nadie en particular antes de volver a salir al pasillo. Serafina y Stern, concentrados en su conversación, no reaccionaron. Emil se había dedicado a pintar bloques de madera para hacerse un tren y se afanaba en construir un raíl con alambre alrededor de las sillas de los adultos.

Anton y Viktoria saltaron por encima de su obra de ingeniería y salieron del taller para reunirse con Alois en la entrada del sótano.

—Tengo una idea, por lo de Robert.

—¿Lo de Robert? Pero ¿quién te ha...?

—Se lo he contado yo, Vicky, mientras guardábamos el taladro —dijo Anton—. Déjalo hablar.

—Tengo una casita en un viñedo, no muy lejos de vuestra casa.

—¿Tienes una cabaña de viticultor? —preguntó Anton.

—Así es. Está algo vieja, pero si se adecenta un poco, podrá esconderse allí un tiempo. Al menos hasta el invierno.

Parque del castillo de Stuttgart, 5 de agosto de 1936, por la mañana

ANDREW HABÍA DORMIDO mal. Se había desvelado a las tres de la madrugada y al final decidió levantarse para volver a revisar los documentos del contrato. El futuro de su empresa dependía de aquella reunión y había preparado sus argumentos a conciencia.

Para cuando se hizo de día, había tomado la decisión de ir a dar un largo paseo. Estar en movimiento lo ayudaba a concentrarse y le daba paz interior, y necesitaría de ambas cosas para el día que empezaba. Así que se vistió y salió de su alojamiento hacia el parque, siguiendo la recomendación de la guía de viajes de la conocida editorial Grieben que había comprado en una librería de la ciudad.

Pronto se encontró en la entrada descrita por la guía. Stuttgart aún no había despertado del todo, pero la hermosa verja de hierro ya estaba abierta. Pasó entre las antiguas casetas de vigilancia y entró en el parque, donde lo recibió una escultura en el centro de un prado rodeado de altos plataneros. Dio la vuelta al hombre de piedra, cuya cabeza descansaba en el regazo de un ciervo, y torció hacia un caminito que se alejaba del amplio paseo.

Aquella calma le hacía bien. A esa hora de la mañana era el único que andaba por allí. La luz de la mañana penetraba entre las copas de los árboles y prometía un día soleado. Una levísima bruma era todo lo que quedaba de la tormenta de la noche anterior.

Puso sus pensamientos en orden una última vez.

Como único propietario de SweetCandy Ltd., estaba sometido a una presión incommensurable. Su abuelo, el fundador de la empresa, le traspasó la dirección del que hasta entonces había sido un negocio próspero, con la esperanza de que Andrew seguiría llevándolo por el buen camino. Pero los tiempos habían cambiado, a peor. Primero, el *crack* de la bolsa de Nueva York y la consiguiente crisis, que había afectado prácticamente a todos los sectores de la economía. Siguió una breve fase de recuperación antes de que empezara aquella disminución inexplicable de encargos que lo había metido en un apuro de liquidez. Su margen de maniobra estaba bajo mínimos, pero por nada del mundo debía revelarlo durante la reunión. Si lo hacía, se quedaría sin cartas que jugar. La mayor dificultad era que no tenía ni idea de a qué se enfrentaría en ese encuentro.

El alegre gorgoteo de un riachuelo hizo que Andrew devolviera la atención a las inmediaciones. Entre los setos y los árboles aparecieron unas ruinas. Dos escaleras se cruzaban en una arcada que daba paso a los restos de una columnata. Según la guía de viaje, se trataba de los últimos vestigios de lo que un día había sido una magnífica casa de asueto del Renacimiento. Andrew paseó la mirada por ese testigo de piedra de la antigua vida cortesana. Los europeos tenían una gran tradición cultural surgida muchísimo tiempo atrás, sobre todo comparada con la historia mucho más reciente de su patria. De niño, se había interesado por la Grecia Antigua y el Antiguo Egipto, así como por la Alemania medieval. Había pasado horas en la imponente biblioteca de su abuelo estudiando con fascinación todo cuanto encontraba: álbumes ilustrados,

libros, viejos mapas... En presencia de los edificios históricos que aparecían ante él a cada paso que daba en Stuttgart, sentía que parte de la historia que había estudiado cobraba vida.

Siguió andando mientras el sol se elevaba cada vez más y bañaba el paisaje con diferentes tonalidades de verde. Se concentró en el camino mientras reflexionaba sobre la reunión que se avecinaba.

Recordaba a Victor Rheinberger como un socio justo. Al hacer averiguaciones de última hora sobre Chocolates Rothmann antes de emprender el viaje, recibió la noticia de su reciente fallecimiento. Aquello lo volvía todo más impredecible, puesto que con Rothmann ya sabía a qué atenerse: la negociación sería dura, pero su contrario presentaba argumentos razonables y siempre hablaba claro. No le quedaba otra que esperar que su viuda fuera del mismo parecer o, al menos, que fuera fácilmente influenciable. Así todo sería incluso más fácil.

Giró hacia el paseo principal del parque, que conducía a otro grupo escultórico de la mitología griega en mitad de un pintoresco lago. Se detuvo un rato a contemplar a las ninfas que trataban de arrojar al agua al hermoso Hilas. En cierto modo, aquella escena representaba su propia situación, pero, en su caso, no eran unas ninfas bonitas y solícitas las que tiraban de él, sino fuerzas oscuras y desconocidas.

Dio otra bocanada del aire fresco de la mañana. Entonces emprendió el camino de vuelta.

La fábrica de chocolate, sobre las diez de la mañana del mismo día

VIKTORIA OBSERVABA A su madre, que iba y venía por el despacho con un aire más nervioso de lo habitual. El traje negro y la blusa gris la hacían parecer más pálida de lo que ya estaba. Antes de marcharse de Francia, Viktoria había decidido prescindir del luto. A su padre no le hubiera importado y a ella la ropa negra no le habría traído otra cosa que tristeza. Sus vestidos de verano daban, al menos, algo de normalidad en esos tiempos. Sin embargo, para la ocasión había elegido un traje discreto de color azul oscuro que alegró con una blusa blanca.

Anton ya estaba sentado a la mesa de reuniones con varias carpetas de SweetCandy abiertas ante sí mientras tomaba notas. Parecía concentrado, pero relajado.

Viktoria había dormido mal porque la noche anterior, Robert estuvo a punto de toparse con Tine en una excursión al baño. Mathilda interceptó a la doncella en el último minuto.

Robert aún no había podido trasladarse a la cabaña de viticultor que Alois le había ofrecido. Estaba en muy mal estado y para poder vivir allí durante un tiempo había que hacer unas mínimas reformas para ponerla a punto. Mathilda y Martin se encargaban de llevar hasta allí el material necesario con la mayor discreción, pues nadie debía darse cuenta de que en aquella casita junto al bosque pasaba algo raro. Para disimular, Alois había empezado a desbrozar el terraplén junto a la cabaña y a cuidar de las vides, pero era un trabajo demasiado arduo para él. Por agudo que siguiera su ingenio, los años le pesaban.

Llamaron a la puerta. Viktoria, que había acabado sentándose en su escritorio, se levantó, y Anton también lo hizo.

—Ha llegado el señor Miller, señora Rheinberger —anunció Lydia Rosental al abrir la puerta.

—Que entre, por favor.

El hombre que accedió a la sala poco después era mucho más joven de lo que Viktoria esperaba. Le echó unos veintimuchos. Se había quitado el sombrero e hizo una inclinación cortés

antes de preguntar:

—¿Señora Rheinberger?

Judith asintió y se le acercó.

—Me llamo Andrew Miller —dijo. Hablaba un alemán fluido con un leve acento americano—. Le agradezco mucho que me reciba. —Tenía una voz agradable, profunda y algo ronca.

Ella le tendió la mano.

—Bienvenido a Chocolates Rothmann, señor Miller.

—Anton Rothmann —se presentó entonces el tío de Viktoria—. Le deseo una estancia agradable en Stuttgart.

—Es una ciudad muy interesante —dijo Miller, tras lo cual le dio también la mano a Anton. Entonces su mirada se posó en Viktoria, que seguía sentada ante su mesa.

—¿Me permite que le presente a mi hija Viktoria, señor Miller? —oyó decir la muchacha a su madre—. Hace unas semanas que trabaja con vosotros y dentro de pocos meses pasará a formar parte de la dirección del negocio.

—Es un placer, señorita Rheinberger —la saludó con un apretón de manos firme pero cauto. Viktoria lo miró a los ojos, grises y profundos, que mostraban curiosidad, pero también respeto. Andrew Miller llevaba el pelo corto y negro peinado hacia atrás de forma informal y tenía una sonrisa simpática.

—Siéntese, por favor, señor Miller. —La voz de Judith le hizo soltar la mano de Viktoria.

—Por supuesto —carraspeó—, gracias.

Los cuatro tomaron asiento alrededor de la mesa de reuniones.

—En vista de que habla nuestro idioma de manera excelente —dijo Anton—, ¿le parece bien que celebremos la reunión en alemán?

—Por supuesto —dijo el joven a la vez que rechazaba con un gesto el cigarro que Judith le ofrecía.

—¿Tiene usted antepasados alemanes? —La pregunta se escapó de los labios de Viktoria antes de que pudiera contenerse—. Perdóneme —añadió de inmediato—, me he pasado de curiosa. Evidentemente, no nos debe usted explicación alguna sobre sus orígenes.

—Mi abuelo es alemán —respondió él tras un breve titubeo— y yo me crié con él. Insistía en hablar alemán en casa.

—Ah, entiendo —dijo ella mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Le costaba no quedarse mirándolo. Había algo en su desenvoltura que hacía que su cortesía distante resultara muy atractiva.

—¿El viaje, bien? —preguntó Anton, y Viktoria se obligó a devolver la atención a su tío.

—Sí, todo fue a las mil maravillas —respondió Miller mientras sacaba algunas carpetas del maletín y las ponía sobre la mesa.

—Bueno —dijo Judith, directa al grano—. Fue usted quien quiso concertar esta reunión, señor Miller.

—Así es —dijo señalando los contratos, que estaban encima de la pila—. Se trata del préstamo que su difunto esposo, Victor Rheinberger, le hizo a mi empresa —carraspeó—. Yo... Antes que nada, quería expresarle mi pésame. Apreciaba mucho a su marido.

—Muchas gracias —replicó ella con voz firme. Se hizo el silencio en la habitación durante un instante y luego el empresario retomó la conversación:

—Como sin duda ya sabe, está a punto de cumplirse la fecha de vencimiento del préstamo.

—El veintitrés de agosto. Estamos al corriente, señor Miller —repuso Judith.

—He venido a Stuttgart a hacerle una proposición que tal vez le interese, señora Rheinberger.
—A Viktoria le dio la impresión de que quería llevar la voz cantante desde el principio.

—Entonces haga el favor de explicárnosla —lo exhortó Judith.

—Para eso tengo que retroceder un poco en el tiempo —empezó—. Verá, nuestra empresa ha estado siempre en manos de la familia, igual que la suya. Mi abuelo, Robert Miller, era íntimo amigo de Friedrich Rheinberger, el padre de su difunto esposo.

Aquello llamó la atención de Judith.

—¿De verdad? ¿Es que su abuelo es de Berlín?

—Sí. Se marchó a los veinticinco años para empezar de nuevo en Nueva York.

—¿Y mantuvo el contacto con mi suegro todos esos años?

—Así es. Hasta que, un día, las cartas dejaron de llegar. Unos meses después, Victor nos informó de que su padre había fallecido. A partir de entonces empezamos a cartearnos de vez en cuando porque Victor estaba interesado en abrir una sucursal en Estados Unidos.

—Fue una propuesta de mi hermano Karl, que por aquel entonces formaba parte de la dirección, es verdad. En cualquier caso, no llegamos a formalizar nada —aclaró ella.

—Cuando la bolsa de Nueva York quebró en 1929 —prosiguió Miller—, muchas empresas, entre las que se encuentra la nuestra, se vieron afectadas. Pudimos continuar con el negocio, aunque con un rendimiento más bajo. Entonces, nuestro banco nos reclamó la devolución de unos créditos nada desdeñables, una cantidad que no podíamos reunir en tan poco tiempo. Recordé las cartas de Alemania y fue así como nos pusimos en contacto con Victor.

—Y él negoció las condiciones del préstamo con usted.

—Así es.

—A comienzos de la década de 1930 era difícil encontrar prestamistas, desde luego —dijo Anton—. SweetCandy no hubiera sido la primera empresa en arruinarse por esa causa.

Miller asintió.

—Los bancos estadounidenses también estaban en crisis. El dinero de Alemania nos salvó.

—Entonces, ¿la empresa vuelve a ser rentable? —inquirió Judith.

El joven titubeó antes de responder.

—SweetCandy era y es una empresa viable —dijo al final—. Producimos dulces de la mejor calidad y nuestra clientela no ha hecho más que crecer durante las últimas décadas. Además, tenemos una serie de recetas únicas que nos gustaría desarrollar en los próximos años.

A Viktoria no se le escapó la mirada fugaz que intercambiaron su madre y su tío.

—En ese caso, ¿va a proponernos usted la devolución del crédito, señor Miller? —preguntó Judith—. ¿Con los intereses correspondientes?

—No... directamente. —Una profunda arruga se dibujó en la frente de Miller—. Quisiera proponerles alargar la duración del préstamo.

—¿Y por qué íbamos a hacer tal cosa? —intervino Judith.

—Su dinero estaría muy bien invertido. Les ofrecería incluso un aumento en los intereses.

—¿Significa eso que tienen problemas de liquidez? —intervino Anton.

—Seré sincero, señor Rothmann. Necesitamos invertir en maquinaria nueva y ahora mismo nuestro capital está comprometido. Una prórroga de dos años nos aliviaría considerablemente.

—Vamos a tener que estudiar la propuesta, señor Miller...

—Sí, eso lo daba por supuesto...

Se oyó un portazo.

—*Heil Hitler!*

Viktoria se encogió. Miró hacia fuera a través de la cristalera.

—Weber —susurró.

Judith asintió y miró hacia la puerta con preocupación. Anton y Viktoria se pusieron de pie, y Miller hizo lo propio.

Siguieron unos pasos atronadores antes de que la puerta del despacho se abriera de golpe.

—*Heil Hitler!* Señora Rheinberger, le traigo una carta muy importante. Según una resolución judicial, la empresa Chocolates Rothmann va a venderse a Creaciones de Chocolate Adler en octubre de este año. Los detalles del traspaso...

—Un momento, por favor, señor Weber —lo interrumpió Anton—. Como ve, tenemos una visita importante de Estados Unidos.

—*Good morning!* —improvisó Andrew, que creyó que sería mejor hablar en inglés.

Weber se mostró irritado.

—¿Qué? ¿Cómo? —Se ajustó el uniforme—. Da igual. Lo que voy a decirle puede oírlo cualquiera. Se le concede hasta el dos de octubre del año en curso para preparar el traspaso de la fábrica a Creaciones de Chocolate Adler. El precio de compra se ha cerrado en cincuenta mil marcos del Reich, que se le pagarán en cuanto la venta reciba la certificación notarial.

—¿Cómo dice? —Judith, que se había puesto junto a su hija, parecía asombrada—. ¿Cincuenta mil marcos? ¡La empresa vale diez veces esa cifra!

—¡Por lo menos! —intervino Anton.

—No diga que no la avisé, señora Rheinberger. Usted rechazó con mucha altanería una oferta más generosa. Ya decía yo que no debería permitirse a las mujeres hacer negocios. —Weber dio un paso al frente y dejó un sobre encima de la mesa—. Está todo acordado. La fecha para comparecer ante el notario es el dos de octubre. Le aconsejo que se presente. De lo contrario, se le expropiará la fábrica sin ninguna indemnización. *Heil Hitler!*

ANDREW VIO MARCHAR al hombre del uniforme marrón, cuyas palabras aún retumbaban en la habitación. No podía creer lo que acababa de oír, y menos aún el tono en el que se habían pronunciado aquellas palabras, que desafiaban toda educación. Aunque ya sabía que el gobierno nacionalsocialista había construido un terrorífico aparato de poder en Alemania, que intimidaba a sus propios ciudadanos, especialmente a los judíos, vivirlo en primera persona era otra historia. A lo largo de los últimos días había tenido la sensación de que la vida transcurría con normalidad, al menos en las ciudades que había visitado en su viaje.

Posó la mirada en Viktoria Rheinberger. Estaba de pie junto a su madre, a quien le había puesto una mano en el hombro en señal de solidaridad, aunque la otra mano la había cerrado en un puño. Su postura era recta e imponente, y su rostro no reflejaba miedo ni inseguridad, sino repulsión y cólera.

Anton Rothmann se aclaró la garganta.

—Le rogamos que acepte nuestras disculpas, señor Miller. No esperábamos esta... visita.

—No pasa nada, señor Rothmann. Ese caballero se ha desacreditado por sí solo.

—Ven, siéntate, mamá. —Viktoria guio a su madre con suavidad a la mesa. Judith, aún visiblemente afectada, meneó la cabeza, pero acabó por obedecer a su hija.

—Podemos continuar nuestra conversación en otro momento —ofreció Andrew—. Me hago cargo de que hay cosas de las que necesitan hablar.

Viktoria lo miró. Sus mejillas se habían teñido de una leve tonalidad rojiza.

—Sí, creo que será lo mejor.

—No —exclamó Judith—. Quédese, señor Miller.

Su hija le lanzó una mirada irritada que luego trasladó a Anton, que, por su parte, dirigió un gesto de asentimiento a Andrew y volvió a sentarse a la mesa.

—Como deseen —dijo este antes de tomar asiento.

—Vicky, cariño, trae aguardiente —dijo Judith mientras se abanicaba con una hoja de papel—. Creo que nos vendrá bien a todos.

La chica hizo lo que le pedía y sacó de una vitrina una botella y vasitos que procedió a llenar de licor de pera.

—¡Salud! —Judith vació el vasito de un trago e inspiró profundamente—. Bueno. Ya están las cartas sobre la mesa. Como ha visto, señor Miller, no es usted el único que tiene problemas.

Andrew asintió.

—Lo lamento.

—Veamos... ¿Por dónde íbamos? —dijo Anton para retomar la conversación.

—Les he propuesto ampliar el plazo del crédito dos años —replicó Andrew.

—En vista de lo que se avecina, parece que lo más razonable sería atenerse a la fecha original —dijo Judith—. ¿Tú qué dices, Anton?

Su hermano se frotó la barbilla con aire pensativo.

—Si he entendido bien toda la documentación y las cuentas, se ha retrasado usted en el pago de los intereses en el último período contable, señor Miller. Y no se trata de una cifra insignificante, precisamente.

—Lo tengo presente. Al final de la prórroga recibirán ustedes también los intereses acumulados.

—¿Pretende no solo que prorrogemos la devolución del préstamo, sino que le concedamos una moratoria en el pago de los intereses? —preguntó Judith.

Andrew se sentía acalorado. Habían llegado al punto más delicado de la negociación.

—Estoy convencido de que SweetCandy volverá a encontrarse en una posición desahogada en un futuro próximo —dijo mientras se aflojaba el cuello de la camisa. En aquel despacho hacía mucho calor—. Recibirán ustedes intereses por un valor muy superior al del mercado actual. Y eso mientras sus activos siguen sanos y salvos.

Judith asintió y guardó un silencio reflexivo.

—Tengo la impresión de que Victor hubiera tomado en consideración una prórroga como la que usted propone. Sobre todo teniendo en cuenta que el crédito salió de su fortuna personal y no tuvo nada que ver con la fábrica de chocolate —dijo al final.

—Es posible —repuso Anton—. Pero antes de aceptar tenemos que dejar muy claras las condiciones. Porque en el caso de que su empresa se declarara insolvente antes de la nueva fecha, señor Miller, nosotros saldríamos muy mal parados.

—Bueno... —empezó Andrew.

—Perdone que lo interrumpa. —dijo Viktoria, y el empresario la miró sorprendido. —¿Qué es lo que impide que, en lugar de la devolución del préstamo o la prórroga del pago, elijamos la participación en su empresa, tal y como estipula el contrato?

—No hay que precipitarse, Viktoria —la frenó Judith—. No nos interesa lanzarnos de cabeza a una empresa cuyo valor no podemos estimar... Antes sería preferible invertir el dinero en otro sitio. Como Suiza, por ejemplo.

—En eso estoy de acuerdo contigo —opinó Anton—. No te lo tomes a mal, Vicky.

Viktoria lanzó una mirada pensativa a su tío antes de volverse hacia Andrew.

—Pues yo sí que creo que aceptar la participación en SweetCandy es una posibilidad. Una sucursal en Estados Unidos no parece una mala idea para nuestro futuro, sobre todo teniendo en cuenta lo que está pasando aquí... —Señaló el sobre que Weber había dejado sobre la mesa.

—Si me permite hacer una observación, señorita Rheinberger —empezó Andrew con la intención de debilitar el razonamiento de Viktoria—, es bastante audaz pretender gestionar una empresa en el extranjero.

—Podemos emplearlo a usted como gerente —respondió ella con una sonrisa desafiante—. Y valernos así de su experiencia.

—Tenemos que pensarlo bien —intervino Judith. Andrew respiró aliviado cuando Anton mostró su apoyo de inmediato.

—Tus ideas son buenas, Vicky, pero una decisión de tanto alcance requiere de experiencia y visión de futuro.

—Ah. Muy bien. —La muchacha se apartó unos mechones de pelo de la cara con un gesto enérgico. Era evidente que la suave reprimenda de su madre y de su tío la había afectado.

—Hablaremos de todo esto con calma y consideraremos todas las opciones —dijo Anton—. También la posibilidad de prorrogar el préstamo.

Andrew reconoció que él y Viktoria tenían cosas en común, típico en aquellos que entraban

en la empresa familiar y descubrían que todavía se los consideraba unos niños. En su caso, el papel del que le costó mucho desembarazarse fue el de nieto. Comprendía a Viktoria perfectamente.

Pero, en ese momento, respiró aliviado. Si era Judith Rothmann quien seguía ostentando el poder, las posibilidades de proteger sus intereses parecían altas. Parecía una mujer con pocas ganas de correr riesgos que estaba sometida a mucha presión por culpa de la posición de inseguridad de su empresa. Y, por lo que sabía, Anton Rothmann no era miembro de la dirección, sino que tenía una fábrica de pianos con oficinas en Nueva York. No podía descartar que acabara mostrándose de acuerdo con Viktoria.

Pero, por ahora, estaba todo dicho.

—En ese caso, me despido —dijo Andrew mientras recogía sus documentos—. ¿Cuánto tiempo necesitan para decidirse?

—Algunos días —replicó Anton Rothmann.

—Me gustaría invitarlo a cenar en nuestra casa de Degerloch, señor Miller. —Andrew no fue el único sorprendido por la oferta espontánea de Judith. Anton también puso cara de asombro. Viktoria, en cambio, no mostró ninguna reacción.

—Sí, claro, con mucho gusto —aceptó mientras sacaba la agenda.

—¿La semana que viene? —siguió Judith—. Así podremos negociar con tranquilidad según el resultado de nuestras deliberaciones.

—¿Qué día le viene bien, señora Rheinberger?

—¿Qué le parece el jueves trece? A las siete.

Andrew se apuntó la cita y se levantó. Faltaba una semana. Aprovecharía esos días para ir a Berlín a ver alguna competición olímpica, además de para hacerse a la idea de lo que se ofrecía en las tiendas de dulces de la capital.

—Muchas gracias por su amable invitación —dijo mientras ofrecía la mano a todos los presentes—. Seré puntual.

Al salir se cruzó con la mirada pensativa de Viktoria.

Tenía unos ojos azules preciosos.

La cabaña de viticultor de Alois Eberle, 8 de agosto de 1936

—¿HAS OÍDO ESO? —dijo Mathilda, que le puso a Martin un dedo en los labios.

Él la abrazó más fuerte y escuchó con atención. Al principio no oyó más que silencio, pero entonces percibió unos toquecitos. Su pulso se aceleró al instante. Soltó a Mathilda con cautela y la apartó de la ventana que estaban impermeabilizando.

—¿Quién será? —susurró Mathilda—. ¿Crees que se habrán dado cuenta de que estamos...? Martin negó con la cabeza en un gesto tenso.

—No hay peligro. Aún no hemos traído nada que dé a entender que alguien va a vivir aquí.

Todavía se oían golpecitos. Parecía que un intruso rodeaba la casita de madera levantada sobre sillares de piedra.

Martin sopesó salir a investigar, pero prefirió quedarse con Mathilda. Nerviosos, esperaron.

Al cabo de poco, unos arañazos en la puerta dieron a entender que alguien intentaba entrar. ¿Sería Alois? Pero él siempre anunciaba su llegada silbando una canción, casi siempre *Auf der Schwäbsche Eisenbahne* (A bordo del ferrocarril suabo).

Martin se puso detrás de la puerta, dispuesto a atacar al sujeto. Cuando la puerta por fin se abrió, lo agarró por el cuello.

—Pero ¡qué demonios...! —exclamó el hombre.

Martin lo soltó al instante.

—¡Anton! Menudo susto nos has dado.

—No quería molestaros. Por eso he llamado antes de entrar.

Martin también sonrió.

—Ya que estás aquí, puedes echarnos una mano.

—A eso venía —dijo—. Alois me ha pedido ayuda. Dice que hay que enderezar unos tablones.

—Ahí tienes las herramientas.

—Ya lo he visto. Ven, vamos a hacerlo juntos. Entre dos será más rápido —dijo Anton mientras se volvía hacia la puerta.

Martin agarró unas tenazas, un martillo y clavos de la vieja mesita que había en medio de la estancia.

—Avisadme si me necesitáis —dijo Mathilda—. Mientras tanto, seguiré con la ventana.

Un viento suave soplaba entre los cerros cubiertos de viñedos, tan empinados que había que sostenerlos con jorfes, un arduo trabajo que, sin embargo, ofrecía una imagen de lo más pintoresca, especialmente en pleno verano, cuando los viñedos estaban en todo su esplendor. Detrás de la finca de Alois, un bosque se extendía hasta los pueblos colindantes.

Anton se puso a reparar los tablones torcidos y a sustituir los que no tenían arreglo. Martin se acercó a ayudarlo.

—Mathilda se ha puesto guapísima —observó Anton mientras trabajaban.

Aunque intentaran disimular su afecto, la familia ya sospechaba lo que había entre ellos. Su amor por Mathilda lo había arrollado como una ola la tarde que habían subido al cerro y él se sentía tan roto que no sabía si iba o venía. Ella, a su lado, tan dulce y cálida, lo sostuvo y, al regresar a Degerloch aquella noche, Martin se dio cuenta de que la vida había recuperado el color. Desde aquel momento, pudo enfrentarse al insospechado descubrimiento que había hecho. A medida que pasaban los días, iba recuperando los fragmentos de su ser.

Trabajaban sin hablar mucho. Solo se oían los crujidos de la madera y los golpes de martillo cada vez que clavaban un clavo. De vez en cuando pasaba un viticultor por el camino, pero nadie les prestaba atención.

—Bueno —dijo Anton tres horas después—, ¡hemos terminado!

Martin contempló la fachada que habían reparado.

—Hemos ido más rápido de lo que creía. Menos mal que los tablones ya estaban cortados con el tamaño adecuado.

Anton sonrió.

—Y nuestras manos de pianista son las mejores para trabajar la madera. Solo tenemos que andarnos con cuidado de no propinarnos un martillazo en el dedo.

Martin se echó a reír mientras se disponía a recoger las herramientas.

—Tu experiencia en carpintería tiene un valor incalculable. Hasta hoy, yo nunca había trabajado mucho la madera.

—Pero está claro que tienes talento, Martin. Yo te contrataría en la fábrica de pianos sin pensarlo.

—Cuidado con lo que dices —bromeó Martin—, no sea que un día te tome la palabra.

Escucharon con atención al oír un silbido.

—Vaya, hoy ha elegido *Muß i denn zum Städtele hinaus* (*Tengo que marcharme del pueblo*) —observó Martin, que se había girado hacia el camino. Anton también miró hacia atrás y descubrió a Alois, que silbaba animado y llevaba una comporta a la espalda.

Martin le salió al encuentro.

—¡Vas muy cargado, Alois! ¡Deja que te ayude! —Le sujetó la comporta y caminó a su lado los últimos metros que los separaban de la casita.

—Lo que llevo aquí dentro es para la cabaña —dijo cuando Martin dejó la canasta en el suelo. A continuación, el viejo inventor se sacó un pañuelo del bolsillo de su mandil azul de viticultor, se secó la frente y examinó el trabajo que habían hecho. —Vaya, hoy habéis avanzado mucho.

—Gracias a Anton —replicó Martin—. La semana que viene nos pondremos con el tejado —dijo, y señaló el tejado a dos aguas.

—Sí, está lleno de goteras —confirmó Alois, que volvió a guardarse el pañuelo—. ¿Habéis terminado por hoy?

—Dentro quedan cosas por hacer —repuso Martin.

—Para mí no —se disculpó Anton—. Estoy esperando a un cliente de Bonn.

—Muy bien —dijo Alois mientras volvía a agarrar la comporta—. Ah, otra cosa: me ha llamado Edgar Nold.

—¿Edgar? ¿El mejor amigo de mi padre en Múnich? Pero si estuvo hace poco en el entierro. ¿Qué quería?

—Albrecht von Braun ha muerto de un infarto.

—¿Albrecht von Braun? —Martin sintió un escalofrío de horror y alivio a la vez—. Mi

madre... se alegrará.

—Se alegran todos, a decir verdad —intervino Anton—. En breve, la dirección de la cárcel pondrá el cuerpo en manos de las autoridades, y a Edgar le gustaría que lo enterraran de inmediato.

En los viejos tiempos, Albrecht von Braun quiso casarse con Judith, que escapó del matrimonio concertado con ayuda de Victor. Sin embargo, años después, Albrecht le prendió fuego a la fábrica de chocolate como venganza. Ardió entera hasta los cimientos a excepción del edificio de oficinas. Viktoria y Mathilda estuvieron a punto de perecer en el incendio y Albrecht, a quien detuvieron de inmediato, fue condenado a cadena perpetua.

—No tuvo una buena vida. Ni una buena muerte —afirmó Martin.

—Así es —dijo Anton, tras lo cual le dio un último apretón en el hombro—. Otra cosa: lo que estamos haciendo es peligroso, Martin. Robert puede quedarse aquí un par de semanas a lo sumo. Luego tendrá que encontrar otra solución.

—Lo sé, Anton. Puedes confiar en mí y en Mathilda.

DENTRO DE LA casita, Alois vaciaba la comporta con ayuda de Mathilda. Después de colocar sobre la mesa un serrucho, unas grandes tenazas, varios destornilladores y los correspondientes tornillos de distintos tamaños, apareció una pila de tejas.

—Caramba, ibas muy cargado —observó Mathilda al sacar la primera.

—La verdad es que sí. Y aún me queda mucho por traer —dijo Alois, que también se puso a sacar tejas—. Anton o Martin tendrán que traer el resto con el coche.

—Podrían haberlo hecho hoy mismo si nos hubieras avisado —protestó Mathilda—. ¡No hace falta que vayas cargado como un mulo!

—Es que acababan de llegar las tejas —se justificó Alois—, y decidí meter un par en la canasta.

Con un chirrido, Martin apareció en la puerta silbando una melodía.

—¡Es *La rosa del campo* de Schubert! —rio Mathilda.

—¡Correcto! —Martin le guiñó el ojo—. He querido imitar a Alois.

—Yo nunca silbaría algo así —refunfuñó el aludido—. ¡Esa canción no la conoce nadie!

—¡Mira, Martin! ¡Alois ha traído tejas! —Mathilda le enseñó el contenido de la comporta.

—Si tienes un momento un día de estos, puedes pasar por mi taller a recoger el resto—dijo Alois.

—Cuando sea. ¿Mañana te va bien?

—Sí, sí, a mí siempre me va bien —dijo mientras tomaba asiento en el taburete junto a la mesa.

Martin empezó a sacar el resto de tejas.

—Anton acaba de decirme que Robert no puede quedarse aquí indefinidamente.

—No es esa nuestra intención —replicó Mathilda—. Yo pensaba que tal vez hasta finales de otoño.

—Me temo que no podrá ser tanto tiempo, Mathilda.

Ella le lanzó una mirada interrogativa.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarle otro escondite en tan poco tiempo?

—No quedará más remedio. —Martin le acarició la mejilla—. Tal y como yo lo veo, Suiza es una posibilidad. No está muy lejos de Stuttgart.

Alois carraspeó.

—En eso tiene razón.

Mathilda suspiró.

—Así que hay que encontrar la forma de que cruce hasta Suiza.

—Llevo varios días pensando en ello —dijo Martin—. Con los Juegos Olímpicos, hay mucha gente viajando desde el extranjero y atravesando el país en todas direcciones, así que podría ser fácil llevarlo a un lugar seguro. Cuando todo vuelva a la normalidad, es de esperar que la vigilancia aumente de nuevo.

—Yo pienso lo mismo —intervino Alois—. Por eso he preguntado un poco por ahí. Imagino que tu padre ya no tiene pasaporte.

—No —respondió Mathilda—. Se lo quitaron en el campo de concentración.

—En Stuttgart hay un fotógrafo que puede ayudarnos. Se llama Otto Scholl y tiene una tienda cerca de la plaza del ayuntamiento.

—¿Se dedica a falsificar pasaportes? —preguntó Martin sin ambages.

—Hablaré con él —aseguró Alois.

Estadio olímpico de Berlín, 9 de agosto de 1936

EL SOL SE había abierto paso entre las nubes aquella tarde de domingo en Berlín y hacía una temperatura muy agradable. Era el tiempo ideal para el deporte, tal y como se reflejaba en el ambiente del estadio olímpico, lleno hasta la bandera para la final de relevos de 4x100. Andrew había visto las eliminatorias el día anterior y contaba con una victoria segura del equipo estadounidense.

Eran una selección formidable. Junto a Ralph Metcalfe, Foy Draper y Frank Wykoff, estaba Jesse Owens, que ya había ganado tres medallas de oro durante los Juegos. Aquello no debía de hacerle ninguna gracia al Führer. Sin embargo, Andrew era consciente de que Owens, un hombre de color, también se enfrentaba a prejuicios y obstáculos en su propia patria. A pesar de eso, no solo era un deportista con mucho talento, sino también un hombre simpático y humilde que siempre llevaba una gran sonrisa en los labios. Para aquel joven de Oakville, Alabama, la deportividad no era una promesa vacía, y con esa actitud tal vez fuera más fiel al espíritu olímpico que con cualquier victoria.

Andrew dirigió su atención a lo que sucedía en la pista. El barullo en el estadio enmudeció de repente. Todo el público adoptó un silencio expectante previo al inicio de la competición.

El locutor deportivo anunció la disciplina:

—*Prueba de 4x100 metros relevos masculinos. Han llegado a la final Argentina, Alemania, Holanda, Estados Unidos, Italia y Canadá.*

Los primeros corredores de los seis países participantes se pusieron en sus puestos.

—*En sus marcas, listos, ¡ya!* —Estalló el disparo de salida.

Andrew contuvo la respiración al contemplar a los corredores mientras el locutor comentaba la prueba con entusiasmo:

—*Owens, el hombre más veloz del mundo, el primero del equipo estadounidense, se pone a la cabeza como si nada, adelanta al italiano Mariani... Primer cambio, Metcalfe recoge el testigo... Adelanta al corredor canadiense, Draper recibe el testigo en el segundo cambio... ¡y echa a volar! Aumenta la distancia... Tercer cambio, se lo pasa a Frankie Wykoff, que corre hacia la victoria...*

Fascinado, el público siguió el *sprint* final del último corredor estadounidense.

—*¡Estados Unidos llega en primer lugar con un nuevo récord mundial de 39,8 segundos!* —exclamó emocionado el locutor.

El equipo estadounidense, que no había necesitado ni cuarenta segundos para la victoria, se coronaba así en la prueba. Los vótores fueron atronadores. A la mayoría de los espectadores alemanes no parecía importarles que fuera una nación extranjera la que había batido el récord, celebraban el deporte, sin más.

Desde su asiento, Andrew podía ver el palco del Führer, en el sector sur del estadio. Hitler estaba presente, rodeado de su séquito. Andrew reconoció a Goebbels y a Göring, ambas caras

conocidas en la prensa. Ninguno de los tres mostraba la menor excitación ante la victoria estadounidense. Andrew se preguntó qué veía el pueblo alemán en aquel hombre repelente con aquel bigotillo extraño. Ni él ni ninguno de los otros dos encarnaba en absoluto la imagen del héroe ario que tanto se preocupaban por difundir. Hitler y Goebbels eran morenos y Goebbels, además, menudo y enclenque, mientras que los botones del uniforme blanco de Göring parecían a punto de saltar bajo la presión de su barriga. Era cuando menos curioso que esos hombres dirigieran el destino de Alemania. Andrew meneó la cabeza. La brecha entre el Reich de las Olimpiadas y el Reich de la política recorría el palco. Hacía apenas unos meses, en marzo, soldados alemanes habían marchado sobre Renania en una clara ruptura de los acuerdos. A pesar de la euforia olímpica que reinaba, no se podía olvidar algo así.

El estadio se preparó para la ceremonia de entrega de medallas. El equipo neerlandés había perdido el testigo en un cambio y, gracias a eso, Alemania subió al podio después de Italia para recibir la medalla de bronce. Cuando los atletas premiados se colocaron en sus puestos y empezó a sonar el himno americano, a Andrew se le puso la piel de gallina. Y allí, aquel día de agosto en Berlín, muy cerca de las raíces de su abuelo alemán, fue consciente del vínculo que sentía con su patria estadounidense.

Se alegró de haber organizado una escapada a Berlín, aunque encontrar alojamiento en la ciudad llena hasta los topes le había costado muchos nervios y solo había conseguido habitación en un hotelucho de mala muerte. Pero la atmósfera de la competición era única, nadie quería resistirse al atractivo de las Olimpiadas. Además, debía reconocerse el mérito de los alemanes: los Juegos estaban organizados con una perfección insuperable. El colosal estadio rodeado de banderas causaba en todo el mundo la impresión de formar parte de un espectáculo ilustre, por no hablar de la llama olímpica, que representaba la conexión simbólica con el origen de los Juegos en la Antigüedad. Era grandioso.

Andrew abandonó su asiento antes de que el público empezara a marcharse y se dirigió a las gradas de la prensa internacional. A lo largo de los últimos días había sopesado varias veces si ir en busca de Eleanor Holm, que, según le había dicho, debía de encontrarse allí en su puesto en la *Associated Press*. Al día siguiente debía tomar el tren de vuelta a Stuttgart, así que era la última oportunidad de volver a verla.

No le costó mucho dar con ella. La vio armada con un bloc de notas y un bolígrafo, radiante como de costumbre, en una de las mesitas instaladas en largas hileras para los periodistas.

Ella lo reconoció de inmediato.

—¡Andrew! ¡Cuánto me alegro de verlo!

Los colegas a su alrededor alzaron las cabezas para mirarlo y él los saludó con un gesto antes de dirigirse a Eleanor.

—Más me alegro yo. Usted ha conseguido llegar a la élite del periodismo olímpico.

Ella se echó a reír.

—Sí, ¡es maravilloso!

—Me alegro mucho, sobre todo después de lo que sucedió durante la travesía...

El periodista sentado junto a Eleanor le susurró algo al oído.

—Ah, sí, claro —respondió ella. Entonces dijo con aire apenado—: Lo siento, pero tenemos que hacer un par de entrevistas. Es que...

—Por supuesto —la tranquilizó Andrew—. Ha sido un atrevimiento por mi parte abordarla de esta manera.

Se disponía a marcharse cuando ella lanzó una mirada de disculpa a los otros dos periodistas

y abandonó su puesto para acercarse a él entre las hileras de mesas.

—¿Cuánto tiempo estará en Berlín? —preguntó en voz baja.

—Mañana me marchó. La semana que viene tengo una importante reunión de negocios en Stuttgart.

—Podemos tomar algo esta noche. Tal vez se apunte alguno de mis compañeros.

—No se sienta obligada...

—Ah, no, en absoluto —respondió ella con una sonrisa—. Estaremos en el Horcher, está en la calle... Ay, no me acuerdo de la calle, ¡pero lo encontrará seguro! En Berlín, todo el mundo conoce el Horcher.

SOBRE LAS SIETE y media, Andrew recorría el Kurfürstendamm, el famoso bulevar lleno de tiendas y restaurantes, que estaba decorado con guirnaldas y banderas. Innumerables paseantes disfrutaban de la tarde de verano bajo los árboles de la gran avenida o se dejaban seducir por el atractivo de los bares y las mesas dispuestas en la calle. Andrew lo observaba todo, avanzaba entre la multitud maravillándose ante la apariencia cosmopolita que ofrecía la ciudad, aunque la postura de los nacionalsocialistas llevara a esperar todo lo contrario. Era una contradicción que no lograba conciliar. Seguramente el futuro de Alemania se vería más claro después de los Juegos Olímpicos.

Andrew dobló la esquina poco antes de llegar a una iglesia coronada por torrecillas. Le faltaba poco para llegar a su destino, el restaurante Horcher.

En cuanto pisó el establecimiento, el ambiente íntimo y elegante que reinaba en el local lo sorprendió. El comedor era una estancia alargada decorada con cuero y contenía pocas mesas, todas ocupadas por comensales bien vestidos, entre ellos algunos hombres uniformados cuyos galones indicaban su alto rango.

Un caballero vestido de forma impoluta apareció a su lado.

—¿Tiene usted una reserva, *monsieur*? —preguntó en francés.

Debía de tratarse de Otto Horcher, el propietario del local, que solía saludar a la clientela en persona, según había oído.

—¡Andrew! ¡Estamos aquí! —La voz de Eleanor llegó por encima de las cabezas de los presentes, que le lanzaron miradas de irritación. La descarada nadadora hizo caso omiso y le indicó con una sonrisa que se acercara.

El joven entregó el sombrero y la chaqueta. Horcher lo llevó por la mullida alfombra persa hasta la animada mesa redonda en la que el champán corría sin cortapisas.

—¡Qué bien que haya podido venir! —Eleanor le tendió la mano—. ¿Me permite que lo presente? Estos de aquí son James y Bob —dijo mientras señalaba con el dedo a los dos caballeros sentados junto a ella. Andrew supuso que eran periodistas y se presentó con un gesto antes de sentarse.

—Otra botella de Drappier, por favor —pidió Eleanor. Andrew hubiera preferido ginebra, pero no dijo nada.

—El Horcher es el mejor restaurante de Berlín —dijo Bob con énfasis, y James asintió.

Al poco rato, otra botella de champán llegaba a la mesa en una cubitera metálica repleta de hielo. Mientras el camarero llenaba las copas, el *maître* trajo las cartas y recitó los platos del día en francés. Andrew estuvo a punto de atragantarse con el champán al ver los precios de la carta.

El Horcher no era un restaurante para las clases altas ni para la aristocracia. Pertenecía a otra

categoría del lujo. Ocultó cualquier signo de que no estaba dispuesto a pagar lo que costaba comer allí. Todos sus ingresos procedían de SweetCandy y, en consecuencia, había tenido que reducir drásticamente sus gastos personales.

Debería haberse informado mejor. No solo de la ubicación, sino de los precios que se manejaban en el Horcher, aunque ya era tarde. Pidió los rollitos de ternera sobre un lecho de alcachofa.

Mientras esperaban la comida, mantuvieron una conversación relajada sobre el caprichoso clima berlinés. Aunque estaban a mediados de agosto, el tiempo era cambiante y demasiado frío para la época del año. Había caído más de un chaparrón.

—Seguro que no es lo que se imaginaban —dijo Bob mientras encendía un cigarrillo—. Por perfeccionistas que sean, ni los nazis pueden cambiar el tiempo.

—Sería mucho peor que hiciera calor —replicó Eleanor, y Andrew le dio la razón en silencio.

Les sirvieron el primer plato. Eleanor tomó el paté de tortuga, Bob y James se deshicieron en halagos hacia el salmón y a Andrew le encantaron los rollitos de ternera. Del champán pasaron a un vino ligero.

En el intervalo hasta que trajeran plato principal, Bob y James aprovecharon para contarles el drama del salto de longitud, un acontecimiento que ya había pasado a formar parte de la historia olímpica.

—Fue al principio de los Juegos, el cuatro de agosto —empezó James—. Owens ya había fallado dos saltos en las eliminatorias. Si hubiera fallado un tercero, se habría quedado fuera. Pero entonces Luz Long, el gigante alemán, se llevó a Jesse aparte. Juraría que le dio algún consejo.

—Sí, eso está claro —confirmó Eleanor—. ¡Mucha gente vio que cuchicheaban!

—Y Owens ganó el salto de longitud —concluyó Andrew, que desde Stuttgart había seguido los Juegos de forma esporádica.

—Por supuesto, con una marca de 8,6 metros —replicó Bob—. Pero no hubiera podido competir si esa misma mañana no hubiera superado la eliminatoria.

—Y al final recorrieron el estadio agarrados del brazo, ¡un blanco y un negro, menuda imagen! —añadió James con entusiasmo.

El *maître* reapareció con el plato principal. Eleanor no había pedido nada y Bob y James fueron a la par con el *faisan de presse*, cuya salsa se flambeó en directo sobre la mesa en un fogón portátil. Andrew se preguntó por un instante si habría algo más entre ellos dos que una relación profesional.

La comida era excelente y el humor de los presentes mejoraba con cada copa de aquel vino exquisito. Al final se sirvió el postre sobre platos de porcelana fina: porciones de *baumkuchen*, un delicioso roscó esponjoso que era la especialidad de la casa. Mientras Andrew tomaba un bocado con un tenedor de plata, Eleanor se inclinó hacia delante y los miró a los tres.

—Bueno, no creo que aquí la gente sea tan mala como dicen.

El joven la miró con sorpresa. Bob y James, con irritación.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que se rumorea sobre que tratan mal a los judíos, por ejemplo. Yo no he notado nada.

—Sí, yo también lo he oído —dijo Bob—. Tal vez procuran esconderlo, con tantos extranjeros por aquí.

James asintió.

—A mí me da que pensar el hecho de que hoy no hayan dejado competir a Stoller y Glickman por Estados Unidos, ambos judíos. Aunque Owens y Metcalfe hayan conseguido la victoria para nuestro país, no creo que se tratara de una decisión deportiva. Nuestras autoridades se han doblegado ante los alemanes.

—Owens dijo que estaba demasiado cansado para competir después de ganar tres medallas de oro —apuntó Bob—. Sin embargo, lo han hecho salir.

—Stoller y Glickmann estaban en una forma excelente —continuó Bob—. En las eliminatorias han hecho morder el polvo a Draper a base de bien.

—Exacto —replicó James.

—Vaya —dijo Eleanor, secándose las comisuras de la boca con la servilleta—. Seguro que el entrenador tenía un buen motivo para elegir a Owens y a Metcalfe —concluyó, tras lo cual volvió a ponerse la servilleta en el regazo—. Además, aquí todo es fenomenal. Sobre todo, las fiestas —afirmó con una gran sonrisa de las suyas, que a Andrew ya no le parecían radiantes, sino estridentes.

—Es que tú has tenido suerte, Eleanor —respondió Bob—. ¿Quién de nosotros puede jactarse de haberse embolsado ya unos miles de dólares por su trabajo?

—Pagué un precio muy alto por ello —dijo ella con una risotada amarga—. Hubiera preferido competir antes que hacer de reportera, os lo aseguro. Pero ¿de qué me sirve lamentarme? Una tiene que conformarse con lo que tiene. Me encantan los «Heil Hitlers», son preciosísimos, y también los uniformes y las banderas que usan aquí. Y los muchachos son encantadores —de repente, bajó la voz—. Hitler en persona habló conmigo. Me dijo que Brundage se equivocó al suspenderme por un par de copas de champán. —Dicho eso, alzó su copa—. ¡Bueno! ¡A disfrutar de Berlín!

Poco después pagaron la cuenta y, una vez que el propietario se hubo despedido de ellos, salieron a la calle.

—Vamos a tomar algo en el Kakadu Bar —dijo Eleanor mientras tomaba a Andrew del brazo—. Viene con nosotros, ¿verdad?

Andrew ya había tenido suficiente. Estaba harto de la ambivalencia de las Olimpiadas, del bullicio, de estar cerca de Eleanor, que durante la velada se había comportado como si fuera una artista de cine. Ni siquiera la posibilidad de tomarse una ginebra o un whisky lo convencieron.

Fue el recuerdo de unos ojos azules lo que hizo que se decidiera.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, Eleanor, pero no voy a acompañarlos. Mi tren sale mañana a primera hora y no puedo perderlo.

La mansión Rothmann, 13 de agosto de 1936, por la tarde

VIKTORIA ACABABA DE acomodarse delante de la mesa del salón grande para hacer un viejo rompecabezas de la marca Panorama. Pieza a pieza, fue colocando los fragmentos de madera de colores para formar un paisaje de prados, árboles, casas y un lago. Le encantaban los rompecabezas, aunque aquel tenía casi tantos años como ella. Le recordaba a su infancia. Además, al hacerlo podía dejar volar la imaginación, que en esos momentos había vuelto a Francia, con Luc, de quien no había tenido noticias desde su partida. No se lo tenía en cuenta. Para ella, los días despreocupados en Voiron también habían quedado muy lejos. La vida le planteaba nuevos retos a diario, y no había duda de que a él debía de sucederle lo mismo.

Entonces llamaron al timbre. Supuso que sería el tío Anton, que llegaba un poco antes de hora. La cena con el señor Miller iba a empezar a las siete.

—Porrr Diooos... —se oyó desde la enorme jaula que reposaba sobre una mesita junto a la pared.

—¡Silencio, *Pepe*! ¡Ya sabes que eso no se dice! —riñó Viktoria al loro yaco, un regalo de su tío Karl hacía casi diez años—. Tienes que decir: ¡Qué maravilla! —instruyó, vocalizando bien.

—Vicky... ¡Qué... pardillaaa!

Viktoria meneó la cabeza entre risas. Por mucho que se esforzara en enseñar al loro a hablar con propiedad, este siempre regresaba a sus malos hábitos. Desde el día en que llegó a casa de los Rothmann, recitaba con ahínco insultos y palabras malsonantes, y todos los intentos de enderezarlo habían sido en vano. Karl afirmaba entre risas que se debía a que *Pepe* había pasado su primer año de vida en una rectoría.

Aquella ave gris con una llamativa cola roja aleteaba nerviosa en su jaula.

—¡Cállate de una vez! —lo regañó Viktoria, que se levantó para tranquilizar a su mascota.

Tan pronto como se acercó a la jaula, *Pepe* se puso derecho y exclamó:

—*Heil...* giiiilíí!

—¡*Pepe*!

Viktoria giró sobre sus talones al oír una risotada cálida y profunda.

—¿Quién...? ¡Ah, señor Miller, ya ha llegado!

—¿Molesto? —El joven empresario entró con una expresión divertida en la cara—. Calculé mal el tiempo y llego unos minutos antes.

Dora apareció pisándole los talones.

—Se me ocurrió llevarlo al salón hasta que se sirva la cena —explicó con apuro—. No sabía que estaba usted aquí.

—No pasa nada, Dora, gracias, —dijo Viktoria—. ¿Nos vienes a buscar cuando empiecen?

—Por supuesto. —Al salir, Dora agarró el pomo de la puerta, pero en lugar de cerrarla la dejó entreabierta para, acto seguido, dirigirse a las cocinas. El gesto arrancó otra sonrisa socarrona a Andrew Miller.

—*Heil* giiilíí! —*Pepe* estaba en su salsa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Miller, que se había acercado a la jaula—. ¿«*Heil* gilí»?

—Esto... Sí. Es que...

—Eso me ha parecido. Así se saluda también al Führer, ¿verdad?

Viktoría carraspeó mientras consideraba a toda prisa si decirle la verdad.

—Algo así —dijo finalmente—. Aunque en esta casa evitamos ese saludo.

—¡Amén! —añadió *Pepe*.

—¡¿Amén?! —Miller estaba cada vez más divertido—. ¡Si reza y todo! *Good Lord!*

La muchacha también se echó a reír.

—*Pepe* tiene algunas muletillas que le gusta usar, entre las cuales se encuentran algunas expresiones... religiosas, por así decirlo.

—¡Ah, se llama *Pepe*! Le pega.

—¡*Pepe*, Vicky! Porrr Diooooo...

—¡*Pepe*! —lo riñó Viktoría con unos golpecitos en los barrotes de la jaula.

Ofendido, el loro se cambió de percha y empezó a silbar su canción preferida, *Kommt ein Vogel geflogen* (*Viene un pájaro volando*), que su dueña le había enseñado de niña.

—Bueno —dijo ella en tono de disculpa—, como ve, *Pepe* tiene ideas propias.

—Es un loro yaco, ¿verdad? —preguntó Miller—. Sé que pueden aprender a hablar si se les enseña.

—Así es —suspiró ella—. El problema es que olviden lo aprendido...

—¡Nadaaa... ton... tainaaa! —graznó *Pepe*, como si quisiera subrayar las palabras de Viktoría.

—Debe de haber causado situaciones muy divertidas —repuso Miller.

—Situaciones divertidas y... no tanto. ¿Quiere tomar algo mientras esperamos?

—Buena idea.

Viktoría se acercó a un mueble sobre el que se encontraban algunas botellas.

—¿Un licor? ¿Aguardiente? ¿O prefiere un whisky?

—Un whisky, por favor.

Viktoría sirvió un vaso y se lo acercó. Cuando él lo agarró, le acarició sin querer el dorso de la mano. Ella lo miró y vio que tenía una expresión pensativa.

—Nos... ¿Quiere sentarse? —preguntó. Señaló una de las sillas junto a la mesa y se dio cuenta de que le temblaba un poco la mano. ¿Qué le pasaba?

Él se acercó a la mesa y, al sentarse, vio el rompecabezas.

—¡Vaya, un puzle!

La joven le agradeció que siguiera hablando como si nada.

—Me gusta ponerme a juntar las piezas. Por un lado, me recuerda a mi infancia y, por el otro, me relaja mucho.

—¡Los puzles son estupendos! —exclamó él mientras examinaba el dibujo a medio terminar—. En los Estados Unidos han empezado a hacerlos de cartón.

—¿De verdad?

—Se ha extendido un verdadero furor, hay muchísimas imágenes para elegir. En Nueva York se pueden comprar en cualquier esquina.

A Viktoría se le ocurrió una idea.

—Si son de cartón, no deben de ser muy caros de producir.

—En absoluto, los costes de producción son bajos. Son troquelados.

—En ese caso, podrían ser un buen medio publicitario, ¿no le parece? Un dibujo de una tableta de chocolate, tal vez acompañada de fruta, o del logotipo del fabricante...

—¡Eso ya se ha hecho, señorita Rheinberger! Diría incluso que una gran parte de todos los puzles que se fabrican se usan con fines publicitarios en todo tipo de sectores.

Ella estaba entusiasmada.

—Podríamos incluir un rompecabezas en las cajas de bombones. En las más caras, claro, como incentivo para comprarlas. O distribuir puntos con las tabletas de chocolate. Si se reúnen suficientes, pongamos diez o quince, se podrían intercambiar por un rompecabezas. O un puzle hecho de chocolate... ¡Ay, se me ocurren mil cosas!

—Vicky, quiero decir... señorita Rheinberger, señor Miller. —Dora asomó la cabeza por la puerta. No debían de haberla oído llamar.

—¿Ya es la hora?

—Sí. La señora Rheinberger y el señor Rothmann los esperan en el comedor.

JUDITH Y ANTON saludaron al señor Miller de una forma cortés pero distante, cosa que Viktoria percibió de inmediato y le extrañó, puesto que en su última reunión la tarde anterior, su madre y su tío habían decidido prorrogar el préstamo. Parecía seguro que iban a llegar a un acuerdo.

Miró a Andrew Miller, que se mostraba atento pero no dejaba entrever ninguna emoción. Agradeció con discreción la copa de champán helado que Anton le sirvió. Brindaron e intercambiaron algunas trivialidades antes de sentarse a la mesa. Viktoria se sentó al lado de su madre y Miller lo hizo junto a Anton.

Tine sirvió el primer plato, un caldo potente con *maultaschen*, pasta rellena. El joven ya debía de haber probado aquella especialidad suaba durante su estancia en Stuttgart, pues no mostró sorpresa al descubrir el relleno de carne teñido de verde dentro de la masa de espinacas.

Hablaron del tiempo y de los Juegos Olímpicos. Andrew explicó que había pasado dos días en Berlín para ver un par de pruebas en el estadio olímpico.

—Me hubiera encantado acudir —dijo Anton—, aunque fuera solo por ver tanta tecnología.

—Es francamente impresionante —replicó el invitado—. No esperaba que todo estuviera ejecutado de forma tan perfecta. La retransmisión televisiva es maravillosa. Es evidente que la organización no ha dejado nada al azar. —Entonces se dirigió a Viktoria—. ¡Berlín le hubiera gustado!

—Ay, sí —respondió Viktoria—. No solo por los Juegos Olímpicos, es que me gusta mucho la ciudad, aunque no he estado muchas veces.

Sirvieron el plato principal, y Andrew alabó el asado acompañado de *spätzle* de masa de huevo y salsa de nata. Los *spätzle* de Gerti eran desde siempre el plato preferido de Viktoria, y le costó mucho renunciar a una segunda ración que jamás hubiera dejado pasar de encontrarse solo en compañía de su familia.

Notó que los ojos de Andrew se posaban en ella una y otra vez. Cuando le devolvió la mirada, percibió que la observaba con interés.

Gerti sirvió personalmente el postre, unos pastelitos tiernos y no excesivamente dulces, en pequeños moldes redondos. Tine les añadió compota de cerezas.

—Qué dulce tan interesante —observó el empresario—. ¿Cómo se llama?

—*Pitzauf*.

Miller miró a Viktoria con curiosidad.

—Son una especialidad local —explicó ella con una sonrisa—. Aunque a mí me gustan más con sirope de chocolate.

Él asintió.

—Ya me imagino que con sirope de chocolate deben de estar buenísimos, pero esta compota es excelente, ni demasiado ácida ni demasiado dulce, y el licor de naranja le da un sabor extraordinario.

Su sonrisa provocó un efecto extraño en Viktoria, que se sentía como si su *pitzauf* estuviera lleno de mariposas que empezaban a revolotear en su barriga al comerlo. Trató de contener la excitación, pero no pudo evitar responder a aquella sonrisa con sinceridad.

MEDIA HORA MÁS tarde pasaron del comedor al despacho. Después de tomar asiento alrededor de una mesita de reuniones, Anton Rothmann sirvió un licor de ciruelas amarillas como digestivo.

—Un destilado propio, señor Miller. ¡Buen provecho!

Andrew lo saboreó. El sabor intenso del alcohol dejó paso de inmediato a un agradable aroma afrutado.

—¡Está delicioso!

Muy a su pesar, Andrew rechazó un segundo vaso. Necesitaba mantener la cabeza fría, ya que no estaba seguro de lo que le esperaba. Tanto Judith Rheinberger como Anton Rothmann se habían mostrado amistosos pero fríos durante la cena. ¿Los avergonzaba que él estuviera al corriente de la amenaza que pendía sobre la fábrica de chocolate?

—¿Un cigarro?

—No, gracias. —Andrew solo fumaba muy de tarde en tarde desde que superó una grave enfermedad respiratoria años atrás.

Para su sorpresa, Anton también renunció al cigarro de rigor, cerró la caja y la dejó a un lado. Se quedó en silencio, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos.

—Señor Miller —dijo finalmente—. Hoy a última hora de la tarde nos ha llegado la llamada de un banco neoyorquino que nos ha prevenido acerca de otros intereses que afectan a su empresa.

—¿Cómo dice? —Andrew tardó un momento en sobreponerse a la sorpresa, a la vez que veía por el rabillo del ojo cómo Viktoria miraba alarmada a su tío y a su madre. Aquella información parecía tan nueva para ella como lo era para él. Judith lanzó una mirada a su hija y meneó la cabeza con suavidad mientras Anton no apartaba la mirada de Andrew.

—Disculpe, pero ¿de qué banco se trata? —inquirió Andrew—. ¿Es, tal vez, el Hudson Bank?

—Así es.

—¿Y con quién ha hablado?

—Con el jefe del departamento de créditos —contestó Anton.

—¿Y qué motivos dio ese caballero para prevenirlos?

Andrew era incapaz de creer que una institución bancaria respetable como aquella emprendiera semejante acción.

—Nos dijo que SweetCandy ya no vale ni un centavo. Y que todas las aportaciones, en caso de que decidiéramos seguir invirtiendo, van a su bolsillo.

—Es una acusación terrible —dijo Andrew, que trataba de no mostrar su inquietud—. De ser

cierta, me convertiría en un estafador. —Miró a Anton Rothmann con franqueza—. ¿Le dio ese caballero pruebas de lo que afirma? ¿O no tiene forma de demostrarlo?

—Hace años que trabajo con un abogado de Nueva York que, entre otras cosas, está especializado en cuestiones mercantiles. Se llama John Carollo. Me puse en contacto con él de inmediato, él se encargará de investigar.

—Conozco bien a John Carollo. Hace tiempo que también goza de nuestra confianza en lo que respecta a cuestiones empresariales. Por eso le pedimos que se encargara del contrato de préstamo que firmamos Victor y yo.

—Exacto. Además, trabaja ocasionalmente para la Cámara de Comercio Internacional, en Nueva York. Fui yo quien animó a mi cuñado a acudir a él con este asunto.

—Pues ahí lo tiene, señor Rothmann. John Carollo hubiera avisado a su cuñado de considerar que SweetCandy era un negocio arriesgado o una empresa poco seria. Tenemos a nuestro hombre de confianza en común.

Un silencio tenso, interrumpido solamente por el tictac de un gran reloj de pie, se abatió sobre la habitación.

—El trabajador del Hudson Bank también nos ofreció la posibilidad de devolvernos el crédito más los intereses acumulados de inmediato si, a cambio, traspasábamos la participación en SweetCandy Ltd. a dicho banco.

—¿En serio? —Andrew no podía creer lo que oía—. Me parece una forma extraña de proceder. ¿Está seguro de que se trata del Hudson Bank?

—Pues claro que estoy seguro, señor Miller.

—Me sorprende que se pusieran en contacto con usted y no con la señora Rheinberger.

—El banco se ha puesto en contacto con nosotros. —La respuesta de Anton Rothmann parecía muy vaga.

Al joven la mente le iba a toda velocidad mientras trataba de decidir cómo continuar.

—Si me permiten —dijo al final— les explicaré detalladamente la situación en la que se encuentra SweetCandy ahora mismo.

Anton se reclinó en su asiento.

—¡Adelante!

Judith y Viktoria, en cambio, se irguieron aún más. En el rostro de Viktoria se reflejaban la incredulidad y la curiosidad, aunque parecía tensa y expectante.

En vista de las circunstancias, Andrew sintió que no le quedaba más remedio que sincerarse con la esperanza de que lo creyeran.

—Todo empezó hace más o menos un año, cuando comenzaron a anularnos grandes encargos sin motivo aparente. La crítica más frecuente se refería a la calidad, aunque algunos alegaron que nuestra oferta había empeorado y en otros casos no se dio ninguna explicación. Al mismo tiempo, hacía poco que habíamos invertido mucho dinero en renovar la maquinaria. Parte de la financiación necesaria procedía de la fortuna de mi abuelo, Robert Miller. El resto se pagó con créditos bancarios del Hudson Bank.

—¿No puede ser! —exclamó Viktoria, pero su madre se llevó un dedo a los labios.

—Me parece cuando menos curioso que precisamente ese banco tenga interés en asumir el contrato de préstamo firmado por Victor Rheinberger y SweetCandy. Así tendrían también la posibilidad de quitarnos la titularidad —dijo Andrew.

—Comprendo. Con el repentino descenso de ventas, no podían pagarse las cuotas del crédito —intervino Judith.

—Y ahora el banco intenta cubrirse las espaldas. Si la opción de participación se trasladara al Hudson Bank, tendrían más posibilidades de hacerse con SweetCandy en caso de que la empresa se declarara insolvente —añadió Anton.

—También puede haber otros motivos que desconocemos —dijo Andrew, tras lo cual dirigió la mirada de Viktoria a Anton y, en último lugar, a Judith—. Solo puedo pedirles que confíen en mí. Ahora mismo les parecerá poco convincente, pero como ya saben, mi abuelo y el padre de Victor Rheinberger eran amigos íntimos. De no ser por esa relación, el préstamo nunca se hubiera firmado —insistió—. Denme la oportunidad de mantener la empresa en manos de la familia Miller, y no en poder de un banco que desconoce por completo los valores que representa.

Anton miró a su hermana, que parecía indecisa.

—Judith, tenemos que...

—Victor confiaba en él —dijo ella con decisión—. Señor Miller, su empresa se encuentra en un grave apuro. ¿Qué puede ofrecernos como garantía si renunciamos a la oferta del Hudson Bank y prorrogamos su crédito?

—SweetCandy pronto volverá a dar beneficios. No solo por nuestra larga tradición, sino porque disponemos de los procesos industriales más modernos y una amplia selección de recetas de dulces. Además, estamos ampliando la sucursal de la empresa.

—Me parece una información demasiado vaga para valorar la viabilidad de su empresa— afirmó Anton.

—Yo también lo veo así —dijo Judith—. Como comprenderá, señor Miller, no podemos basarnos en esas afirmaciones para tomar decisiones económicas de tanta envergadura.

—Solo me queda apelar a la confianza sobre la que reposan nuestras relaciones comerciales y que ha unido a nuestras respectivas empresas durante tanto tiempo —replicó Andrew—. Además, les ofrezco derechos exclusivos sobre nuestras nuevas recetas y procesos como garantía. Es todo lo que puedo hacer.

—Mamá, tío Anton —dijo Viktoria en tono resuelto—. Desde este despacho es imposible averiguar cuáles son las circunstancias reales de SweetCandy. ¿Qué os parece si me voy a Nueva York?

Estudio fotográfico de Otto Scholl, 14 de agosto de 1936

OLÍA A PAPEL y a productos químicos. Mathilda arrugó la nariz sin querer cuando se adentró en el taller junto a Martin siguiendo al joven que iba a llevarlos hasta Otto Scholl, el propietario del establecimiento. Pero enseguida se olvidó del olor al descubrir los decorados extraordinarios que se almacenaban en el estudio de fotografía. Se diría que había una escena para cualquier ocasión.

Había diferentes fondos pintados en grandes tablones de madera montados sobre raíles que permitían mover de forma independiente los distintos elementos. Las imágenes eran increíblemente realistas. Paisajes, panoramas de la ciudad, escenas callejeras, pistas de carreras... Incluso el universo lleno de planetas. Pero lo que más le gustó a Mathilda fueron los carteles de cine. Para perfeccionar la ilusión, había numerosos artículos de atrezzo. Junto a mesas, sillas y biombos, la muchacha descubrió un automóvil antiguo, una motocicleta, un surtidor de gasolina, una farola, la barra de un bar... En una esquina se apilaban varios instrumentos, candelabros y plantas. Había una pared cubierta de espejos, otra llena de ventanas de pega cubiertas con visillos, otra más abarrotada de relieves que recordaban a los castillos antiguos. Y, en medio, cámaras de fotografiar y focos de iluminación.

—Parece un estudio de cine —susurró Mathilda a Martin.

—Sí, este Scholl siempre está inventando cosas nuevas. Por eso conoce a Alois, a veces lo ayuda con cuestiones técnicas.

—Buenos días, señor Rheinberger —saludó un hombre alto y enjuto que los esperaba de pie junto a un armario abierto, donde se dedicaba a examinar un montón de fotografías a través de unas gafas de culo de botella.

—Buenos días, señor Scholl —contestó Martin—. Vengo acompañado.

El fotógrafo se giró hacia ellos.

—Ah, ¿sí?

—Esta es mi hermanastra —la presentó Martin—, Mathilda Fetzer.

Mathilda saludó, pero Scholl apenas le dedicó una mirada.

—¿Lo tiene todo? —preguntó entonces a Martin sin moverse de su sitio.

—Creo que sí —confirmó—. Yo mismo tomé las fotografías. Espero que se puedan usar.

—Vamos a verlas —dijo Scholl, tras lo cual abrió un ancho cajón del interior del armario y siguió eligiendo fotografías. Tras una breve inspección, asintió satisfecho, cerró el cajón y el armario y se acercó a una mesa sobre la cual había una lámpara sencilla junto a utensilios de escritura. Sin tomar asiento, agarró un lápiz y empezó a numerar el dorso de las fotografías.

—Disculpenme, por favor —dijo, y Mathilda se dio cuenta de que ceceaba un poco—, pero en cualquier momento vendrán a recogerlas. Enseguida estoy con ustedes.

Pocos minutos después, dejó el lápiz, guardó las fotografías en una caja de cartón y se volvió hacia ellos.

—Muy bien, deme la cámara, por favor.

Martin se le acercó y puso su cámara réflex Rolleicord recién estrenada sobre la mesa. Scholl tomó el aparato con cuidado.

—¡Acompañenme! —dijo en un tono seco.

Salieron de la sala y cruzaron de nuevo el estudio. Sin detenerse, Scholl indicó a su ayudante que recogiera la caja de fotografías de la trastienda. A continuación, el fotógrafo apartó con brusquedad tres de los fondos de madera y dejó al descubierto una pared empapelada con un estampado de flores silvestres. Mathilda lanzó una mirada interrogativa a Martin, que se encogió de hombros.

Mientras, Scholl metió la mano tras la pantalla de una lámpara. Debía de haber algún mecanismo oculto en su interior, porque, con un leve chasquido, la pared se abrió unos centímetros.

—¡Una puerta! —exclamó Mathilda sorprendida. Martin la agarró discretamente de la mano.

Scholl metió los dedos en la rendija y separó las dos mitades de la pared. Entonces hizo una seña a los dos jóvenes, que siguieron al fotógrafo por un pasillo estrecho y mal iluminado. Scholl pulsó un botón para cerrar la puerta corrediza que daba al estudio.

El pasadizo conducía a una escalera empinada que llevaba a una bodega bien surtida. Tras una de las estanterías atestadas de botellas se ocultaba un resorte parecido al de la pared de antes. La estantería se deslizó a un lado con un traqueteo y reveló otra puerta. Scholl la abrió.

Si nada más entrar, el olor había molestado a Mathilda, el que la golpeó en esa estancia le provocó náuseas. Martin se sacó un pañuelo de la chaqueta y se lo ofreció para que se tapara la nariz y la boca con él.

—Aquí no hay mucha ventilación —dijo Scholl a modo de disculpa, tras lo cual se sentó tras uno de los dos escritorios situados en la estancia alargada y relativamente espaciosa y encendió una lamparita—. Ya tengo el pasaporte preparado. En cuanto revele la fotografía podré terminarlo.

Martin carraspeó.

—Se trata de dos personas, Robert y Luise Fetzter. ¿No se lo dijo Alois?

—No —replicó Scholl, que sacó un documento parecido a un pasaporte del montón apilado en el escritorio—. ¿Son un matrimonio?

—Se trata de mis padres —dijo Mathilda.

—Eso me había imaginado —repuso el hombre—. Podemos hacer un segundo pasaporte, no hay ningún problema. Respecto al coste...

—Lo asumiré yo —intervino Martin enseguida—. Ya he sacado las fotografías necesarias. ¿También se encargará usted de los certificados de nacimiento?

—Por supuesto. Siempre van incluidos.

Mathilda se apartó el pañuelo de la cara y dio un paso hacia Scholl, que seguía ocupado con el pasaporte de su padre.

—Acérquese —le dijo el fotógrafo y le hizo una seña—. Mire, este cartón es extraordinariamente ligero, se fabricó para falsificar pasaportes suizos. Es firme y flexible a la vez.

Le acercó el librito para que lo tocara y ella se dio cuenta de que tenía un tacto diferente al de los documentos de identificación alemanes. Lo hojeó para leer los datos personales. Robert Fetzter se había convertido en Leinhard Schnyder, residente en Zúrich.

—Es increíble. —Por primera vez, Mathilda fue consciente de que se encontraba en el taller de un falsificador. En el centro de Stuttgart. Sabía que Alois tenía muchos contactos, pero no se

imaginaba que se movían por un terreno tan peligroso.

—No es fácil, pero cuando has hecho un par, se vuelve algo rutinario —explicó Scholl—. Hay que tener especial cuidado con la calidad del papel para que las marcas de agua y los sellos queden bien.

—¿Y todo esto de aquí —preguntó Mathilda mientras señalaba los distintos aparatos distribuidos por la estancia— es lo que utiliza para hacerlo?

—Sí. Fotograbado, fototipia... No dejan de inventar máquinas que nos facilitan el trabajo.

—¿Máquinas diseñadas y fabricadas por Alois Eberle? —preguntó Martin.

—Sin él no estaríamos tan bien equipados —afirmó el hombre. Entonces miró a los dos jóvenes—. Me aseguró que ustedes son de fiar.

—Claro que lo somos —lo tranquilizó Martin.

Mathilda tenía claro que trabajar en ese taller de falsificaciones era muy peligroso. Empezaba a desear no haber ido.

—¿Su aprendiz no le causará problemas? —preguntó Martin—. Debe de haber notado que tiene usted aquí un... laboratorio especial.

El fotógrafo lo miró con gran seriedad.

—Es el hijo de un amigo, medio judío. Sus padres quieren emigrar a Estados Unidos, pero de momento están atrapados en Inglaterra. Se reunirá con ellos en cuanto pueda. Mientras vive aquí como si fuera mi sobrino huérfano.

Mathilda sintió un leve escalofrío. Aquel muchacho, que tendría catorce o quince años, se veía obligado a vivir bajo una identidad falsa en el país que lo vio nacer, en la patria cuyo idioma hablaba y cuyas tradiciones conocía. ¿Con qué derecho se le trataba así? Claro que a su propio padre también lo perseguían, pero él no estaba en el punto de mira a causa de la religión de uno de sus progenitores. Su padre había tomado una decisión personal cuyas consecuencias tenía que sufrir.

—¿Sabe, señor Rheinberger? —dijo Scholl para romper el silencio—. Todo esto lo hago por convicción. Una profunda convicción. Y si me encierran en un campo de concentración o me fusilan por ello, sabré que he hecho cuanto estaba en mi mano para oponerme a este trato inhumano e intentar salvar vidas.

—Ya ha salvado usted a otras personas —aventuró Martin—. Muchas más, ¿verdad?

El rostro de Scholl se suavizó.

—Muchas, muchas más.

A las puertas de la antigua sede real de Urach, 16 de agosto de 1936

VIKTORIA, UNA CONDUCTORA veloz, completó el recorrido entre Degerloch y el pintoresco valle de Ermstal a toda velocidad. De niñas, a ella y a Mathilda les encantaba esa región donde el Jura de Suabia se alzaba en un paisaje lleno de colinas, agreste y hermoso a su manera. Desde los tiempos del poeta decimonónico Eduard Mörike se alababa la belleza del «muro azul» que formaban aquellas laderas de pálidas tonalidades azuladas, coronadas a intervalos regulares por castillos en ruinas.

Era un día soleado de verano y la carretera estaba flanqueada de un verde intenso, como correspondía a la época del año.

—¡Increíble! —exclamó Andrew Miller, que iba sentado a su lado—. ¡Nunca hubiera imaginado que esto sería tan bonito!

—Sí, en verano está precioso —respondió ella.

—En otoño se convierte en un hermoso mosaico de colores —añadió Mathilda, que iba en el asiento trasero con Martin—. Rojo, naranja, amarillo...

—A mí me gusta sobre todo en primavera, cuando las hayas echan las primeras hojas —dijo Martin—. Todo está verde y joven, lleno de vida.

—Pues entonces solo me queda el invierno —repuso Miller en un tono seco—. Entonces estará todo... ¿*snow white*?

Todos se echaron a reír.

—¿Viene mucho por aquí? —preguntó entonces mientras miraba a Viktoria de reojo.

—Antes sí —replicó ella, que tuvo que concentrarse para esquivar una pila de excrementos de caballo que había en medio de la carretera. Por aquella zona, los campesinos seguían desplazándose con carros tirados por caballos.

—Hace años que Vicky y yo no venimos —explicó Mathilda—. Es maravilloso volver.

—¿Hace años? —preguntó Miller con asombro—. ¿Es que no han tenido ocasión?

—Yo estaba en Bonn estudiando y Vicky, en Francia. Hace pocas semanas que las dos hemos vuelto a casa —aclaró Mathilda mientras Viktoria giraba a la derecha para detener el coche en el lateral de una pista de tierra.

—¿En Bonn y en Francia? —Miller parecía impresionado—. Qué vida más ajetreada habrán tenido.

—Lo disfrutamos muchísimo —dijo Viktoria, que se dio cuenta de que sus palabras apenas disimulaban la nostalgia que sentía. Apagó el motor y puso el freno de mano—. Ya hemos llegado.

—Theo te va a regañar por haber ensuciado el coche de barro y hierba —dijo Martin con una sonrisa al aparecerse.

—Bah, si en realidad le encanta lavarlo —aseguró Mathilda—. Ya lo veréis. Lo limpiará y frotará hasta que brille.

Viktoria propinó un codazo afectuoso a su hermano, que le pellizcó la nariz antes de sacar una cesta del coche cuyo contenido estaba cubierto con un mantel de cuadros rojos y blancos. Solo asomaba el cuello de una botella de vino. Viktoria vio por el rabillo del ojo que Miller parecía divertido con la simpática escena.

Se adentraron en el bosque umbrío. Aunque la tarde era soleada, entre las frondosas copas de los árboles se colaban pocos rayos de luz. La hojarasca que las hayas jóvenes habían dejado caer en primavera al salir los brotes tiernos crujían bajo los pies.

—¿Adónde nos lleva, señorita Rheinberger? —preguntó Andrew Miller con guasa—. ¡Pensaba que íbamos de pícnic, no de excursión!

Viktoria, que caminaba algo adelantada con Mathilda, se volvió:

—Ya le he avisado de que el pícnic requeriría algo de esfuerzo, señor Miller —dijo, y entonces le devolvió la sonrisa desafiante que él le había lanzado. Se sentía como si un hilo los uniera y se estuviera tensando de una forma cauta pero irremediable.

Poco después, un alegre borboteo anunció la cercanía de un arroyo. Los árboles se retiraron para dar paso a un caudaloso riachuelo que separaba el camino de un prado, un río de montaña en miniatura con rápidos y cascadas, remolinos y pozas en las que el agua se detenía para reponer fuerzas antes de volver a lanzarse con vigor renovado.

Mathilda buscó enseguida un llano para quitarse los zapatos y metió los pies en el agua con un grito de júbilo. Martin se apresuró en imitarla. Cogidos de la mano, disfrutaron de un baño refrescante.

—Me extraña que no quiera refrescarse usted también, señorita Rheinberger —la pinchó Andrew Miller, que se había quedado junto a Viktoria.

—Me encantaría, señor Miller, pero como puede ver, la piscina ya está ocupada —respondió Viktoria en tono jocoso.

Su compañía la alegraba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Fue un acierto hablarle a Martin el jueves por la noche de la situación con SweetCandy y de su propuesta de viajar a Estados Unidos para hacerse a la idea sobre el terreno de las circunstancias de la empresa. Sabía que podía fiarse de su criterio.

Su hermano era bastante menos impulsivo que ella, pero igual de creativo. A la mañana siguiente, propuso invitar a Andrew Miller a ir con ellos de excursión para conocerlo mejor. Y el joven había aceptado.

Así que lo recogieron en la estación del tren cremallera en Degerloch mientras el resto de la familia seguía en directo la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos desde el taller de Alois Eberle. A su madre le había extrañado que Viktoria estuviera dispuesta a perderse el acontecimiento, pero no había insistido. Y Martin, por su parte, nunca había tenido mucho interés en las competiciones deportivas. Ni Judith ni Anton estaban al corriente de que Andrew Miller iba a acompañarlos. No les hubiera parecido bien.

—¿Nos adelantamos un poco? —preguntó Andrew con prudencia.

Viktoria lanzó una mirada fugaz a su hermano y a Mathilda, que, con el agua hasta la rodilla, se salpicaban alegremente, y asintió.

La luz del sol que atravesaba el follaje arrancaba destellos fascinantes a la superficie del agua. Viktoria y Andrew siguieron cuesta arriba. Él ofrecía un aspecto muy deportivo con unos pantalones de excursionista y una camisa clara remangada.

—Disculpe mi curiosidad: ¿se han manifestado ya su madre y su tío con respecto a su viaje? —El gorgoteo del río subrayó sus palabras.

Viktoria suspiró.

—Todavía no, por desgracia. Solo me queda esperar que mi hermano me apoye en este asunto.

—¡Ah! ¿Por eso ha decidido presentarnos hoy?

Era muy directo y eso Viktoria lo apreciaba. Podían hablar con sinceridad y sin dobleces.

—Sí, ese es el motivo de mi invitación.

—Muy bien. No hay muchas cosas por las que me hubiera perdido la retransmisión de la clausura de los Juegos Olímpicos —respondió con un guiño—. Pero la ocasión lo merece.

Ella se echó el pelo hacia atrás.

—Opino lo mismo.

Miller la observó hasta que Viktoria giró la cabeza y le sostuvo la mirada. Él se aclaró la garganta.

—¿Puedo llamarla Viktoria?

—Sí, sí... Claro, por supuesto.

—Y tú puedes llamarme Andrew.

—Muy bien... Andrew.

—Así es más fácil. Además, Viktoria es un nombre muy bonito. La diosa de la victoria, muy apropiado.

—Espero hacer honor a mi nombre —replicó ella y se agachó a recoger un canto rodado blanco del suelo.

—¡No lo lances! —exclamó él, y le puso la mano suavemente en el brazo—. Mira ahí, ¿lo ves?

Descubrió a un pájaro orondo de plumaje pardo y grisáceo posado en una roca en el río.

—Es un tordo de agua —susurró—. Qué bien que siga aquí.

—¿Lo conoces?

—Sí. Lo hemos visto muchas veces.

Viktoria dejó caer la piedra que tenía en la mano, pero Andrew tardó un segundo en retirar la mano de su brazo y dar un paso atrás. El tordo empezó a atusarse las plumas con parsimonia.

—Este lugar es realmente idílico —dijo él cuando volvieron a ponerse en marcha—. En casa, en Nueva York, algunas mañanas me doy una vuelta por Central Park antes de encerrarme en el despacho. A esa hora aún se respira aire fresco y no hay mucha gente.

—He oído hablar de Central Park. Debe de ser enorme.

—Lo es. Un oasis verde en plena ciudad. Ojalá pronto tengas ocasión de verlo con tus propios ojos.

—Por ahora, ni mi madre ni mi tío han dado su consentimiento. Y como todavía soy menor de edad, sin su autorización no puedo viajar.

—Estoy seguro de que te saldrás con la tuya —dijo Andrew con aplomo y le guiñó el ojo—. Especialmente si tu hermano se pone de tu lado.

—Esperemos que sí.

—Además, necesitarás un visado para poder entrar en Estados Unidos, es preferible no demorar mucho la decisión.

—Es verdad, ¡no lo había pensado! —Viktoria lo miró—. ¿Cuándo regresas?

—Mi barco zarpa el nueve de septiembre desde Hamburgo. Y, si me permites el atrevimiento, creo que sería buena idea que pudieras acompañarme. Así prepararíamos algunas cuestiones durante el viaje.

Viktoria sintió un agradable cosquilleo ante aquella idea, pero se apresuró en atar en corto sus emociones. Pasara lo que pasara entre ellos, no debía olvidar que se trataba, principalmente, de la posible colaboración entre SweetCandy y Chocolates Rothmann en Nueva York.

La sonrisa de admiración que él le dedicó hizo que le flaquearan las rodillas.

—Hablaré lo antes posible con mi madre.

—Será lo mejor. Y si necesitas ayuda para el billete y el visado, no dudes en decírmelo. Tengo contactos que pueden ayudarnos.

—Está bien saberlo. Muchas gracias. —Entonces se detuvo y se llevó un dedo a los labios—. ¿Lo oyes?

—No. —Andrew parecía algo contrariado—. A ver... Sí, oigo un rumor. ¿Te refieres a eso?

—¡Eso es! —Viktoria dio unos pasos adelante hasta que su objetivo se hizo visible entre las ramas de los árboles. El agua caía en un pequeño torrente de espuma blanca sobre las rocas escarpadas, desde donde se diseminaba en un montón de arroyuelos que discurrían sobre las piedras cubiertas de musgo del arroyo que los había acompañado todo el camino.

—¡Es magnífico!

—Ahora tiene un caudal considerable —dijo ella—. Otros veranos no caía más que un hilillo de agua.

—¿Y en invierno se hiela?

—De arriba abajo, si hace bastante frío...

—¡Vicky! —la interrumpió un grito—. ¡Esperadnos!

Se dieron la vuelta y descubrieron a Martin y a Mathilda, que acababan de doblar el último recodo.

—¡Ahí están! —dijo Andrew con una sonrisa.

ANDUVIERON UN BUEN trecho por el bosque hasta el lugar del pícnic, las imponentes ruinas de un castillo.

—¡Impresionante! ¿Qué era este lugar antiguamente? —preguntó Andrew al divisar aquel testimonio de piedra de la época medieval.

—El castillo de un conde —explicó Martin—. Es muy antiguo. Por lo que sé, la construcción original data del siglo XI.

—Qué pena que esté tan descuidado.

—Al principio fue una sede condal. Con los siglos se fue ampliando, se usó como fortaleza y las guerras lo destruyeron. Al final lo abandonaron definitivamente y se desmanteló. Era habitual emplear la piedra para otras construcciones consideradas más importantes.

Andrew paseó la mirada por los restos históricos. Las ruinas de la fachada, con los arcos de las ventanas aún visibles y el trazado de lo que quedaba de la muralla, daban a entender lo inmensa que debía de haber sido la construcción.

Mientras, Mathilda le había quitado a Martin la cesta de pícnic y había extendido el mantel en un rincón del patio del castillo, que la naturaleza había reclamado y cubierto de hierba. Junto con Viktoria, preparó el pequeño almuerzo, que constaba de pan, embutido y queso. Ver a los dos jóvenes en aquel paisaje agreste hizo que Andrew pensara en un cuadro. De haber tenido inclinaciones artísticas, hubiera sacado al instante un caballete para inmortalizar la escena sobre un lienzo. Viktoria le resultaba fascinante, sentada sobre el mantel con las rodillas encogidas, la melena rubia suelta, recogida solamente con una peineta a cada lado, y la piel un poco tostada

por el sol. Hablaba con Mathilda en tono jocoso mientras cortaba el queso a dados. Tenía una risa alegre, la voz límpida, parecía tener una personalidad natural y sencilla, y eso a él le resultaba muy atractivo.

—¿Nos sentamos, señor Miller? —le preguntó Martin Rheinberger.

Tomaron asiento en el suelo junto a Viktoria y Mathilda y disfrutaron del pícnic. Mathilda descorchó el vino y, como no tenían vasos, se fueron pasando la botella. Cuando ya estaba casi vacía, decidieron llamarse todos por el nombre de pila.

—¡Gerti nos ha puesto postre! —exclamó Mathilda con deleite al descubrir una caja de cartón en el fondo de la cesta.

—¿A ver? —Viktoria se inclinó hacia su amiga y, al hacerlo, rozó la rodilla de Andrew, que estaba sentado a su lado—. ¡Tarta de chocolate al vino tinto!

—¿Chocolate al vino tinto? —El joven nunca había probado aquella mezcla, que le supo a gloria.

—Con chocolate se puede hacer de todo —dijo Viktoria mientras se retiraba con la lengua una miga de chocolate del labio inferior—. Tengo muchas ganas de crear algo totalmente novedoso.

—¿Tienes ya alguna idea? —inquirió Andrew.

—Un chocolate blanco —respondió ella al instante.

—Qué interesante. No he oído hablar de nada semejante, y eso que en mi viaje de Hamburgo a Stuttgart hice un alto en la fábrica de Stollwerck en Colonia —explicó Andrew—. ¿Hay algún fabricante que tenga ya chocolate blanco en su catálogo?

—Hace algunos años, Nestlé produjo uno, pero hasta donde sé, Stollwerck todavía no lo ha hecho —respondió Viktoria—. ¿Qué lo llevó hasta esa fábrica?

—Negociamos una colaboración —explicó Andrew—. Stollwerck ha instalado miles de máquinas expendedoras de chocolate en Nueva York y yo les hice una oferta para abastecer una parte.

—¿Tenían un concurso abierto?

—No, fue por iniciativa propia.

—Ah. —Era evidente que Viktoria no se atrevía a preguntar por el resultado de la negociación. Andrew sonrió para sus adentros porque le veía en la cara lo mucho que le interesaba—. En todo caso —siguió ella tras un breve titubeo—, aún no he logrado convencer a mi madre de lo interesante que sería crear un chocolate blanco.

—Ya la convencerás —la consoló Martin—. Ahora mismo tiene tantos problemas que no sabe cuál resolver primero.

—Y yo debo de ser uno de esos problemas —dijo Andrew.

—Tal vez seas también una solución —replicó Viktoria—, por mucho que te pese.

—Las mejores soluciones son aquellas en las que ambas partes salen ganando —dijo Andrew. Viktoria asintió.

Pasaron a otros temas de conversación: las Olimpiadas, Estados Unidos, el chocolate, por supuesto y, al final, también la música.

—¿Tocas algún instrumento, Andrew? —preguntó Martin, y el empresario se sorprendió al descubrir que el hermano de Viktoria era un pianista profesional.

—Pues sí... toco el saxofón.

—¿En serio? ¡Me encantaría oírte tocar! —exclamó Martin.

—No me lo he traído. Si quieres oírme, vas a tener que venir a Nueva York.

Martin sonrió.

—Mi gran esperanza es que algún día me salga allí un concierto. Pero por ahora debo conformarme con Europa. —Se quedó pensativo un instante—. ¿Sabes qué? Nuestro tío Anton tocará esta noche con su banda de *jazz* en el café de los jardines municipales. ¿Por qué no te apuntas? Y antes podrías demostrarnos tu talento con el saxofón en el taller de nuestro tío, allí tiene instrumentos de sobra.

—¡Sí, me encantaría, claro! —La posibilidad de tocar ese día le resultaba tan inesperada como atractiva.

—La música siempre sirve para romper el hielo —concluyó Viktoria con una sonrisa.

La fábrica de chocolate, dos días después, 18 de agosto de 1936

JUDITH EXPERIMENTÓ HORROR e incredulidad al llegar con su coche a la entrada de la fábrica de chocolate. Unas letras negras ensuciaban el muro de color claro, no solo por fuera, sino también en el patio interior.

¡LA FÁBRICA DE LA VERGÜENZA! ¡JUDÍOS FUERA DE LA INDUSTRIA ALEMANA! ¡BOICOT A CHOCOLATES ROTHMANN!

Con aire ausente, Judith saludó al portero, que, sin poder evitar una mirada de preocupación, activó el mecanismo eléctrico que abría la puerta. Aparcó el coche. Acababa de apearse cuando se le acercó Ferdinand Schmitz, el gerente.

—Limpiaremos la pintada de inmediato, señora Rheinberger.

—Sí, por favor. ¡Lo antes posible! ¿Cuándo ha sido, señor Schmitz? ¿Anoche?

—Eso parece. Cuando el portero hizo la última ronda, aún no había nada.

Judith meneó la cabeza.

En las semanas anteriores prácticamente no había habido ataques contra ciudadanos judíos, se habían descolgado los letreros llamando al boicot y a las prohibiciones y los llamamientos en los periódicos habían enmudecido. Hacía dos días que el gobierno había celebrado la clausura de los Juegos Olímpicos con gran pompa. No hacía ni cuarenta y ocho horas que la llama olímpica se había apagado y ya volvían a las andadas.

Judith inspiró profundamente.

—Gracias, señor Schmitz.

El gerente asintió.

—Las octavillas ya las hemos recogido, señora Rheinberger.

—¿Qué octavillas?

—El primer turno encontró todos los patios cubiertos de octavillas de un contenido similar al de la pintada.

—Hace unos años hubiéramos denunciado un suceso así —suspiró Judith—. Y ahora no nos queda más remedio que suponer que la policía apoya este tipo de actos. —Se retorció las manos—. ¿En qué tiempos nos ha tocado vivir?

—Estoy de acuerdo con usted, señora Rheinberger —repuso Schmitz con voz ahogada—. Sin embargo, deberíamos plantearnos hacer algunos... ajustes en la plantilla.

—¿A qué se refiere? —Se encaró con él—. ¿Pretende que ponga de patitas en la calle a nuestros trabajadores judíos? Eso es inhumano.

—No quiero parecer grosero, señora Rheinberger, pero es posible que llegue el día en que no nos quede más remedio que obedecer las órdenes de los de arriba —dijo Schmitz, apesadumbrado—. Nos pondrán entre la espada y la pared.

—Ni puedo ni pienso doblegarme —replicó ella, que empezó a agitarse al darse cuenta de que Schmitz bien podría tener razón—. No podemos renunciar a nuestros valores ni arrojar por la borda todo cuanto sabemos que es bueno y justo. Eso sería...

—Exacto. —Schmitz había bajado todavía más la voz—. Es una dictadura. Y no podemos olvidarlo. Perdóneme por hablar con tanta franqueza, señora Rheinberger, pero la seriedad de la situación lo merece.

JUDITH NO SE quitó de la cabeza aquella conversación con Schmitz en toda la mañana. Se dedicó a sus quehaceres con aire reflexivo, revisó recibos, comprobó reclamaciones, autorizó pedidos. Pero tenía la cabeza en otro lugar.

¿De verdad era ese el futuro que se avecinaba? ¿La represión total bajo un régimen que se despojaba de toda humanidad? Casi le parecía oír la voz de Victor, que, el día de la llegada de Hitler al poder en enero de 1931, dijo con total claridad: «Empieza una nueva era. Quiera Dios que me equivoque, pero me temo que se avecinan tiempos muy negros».

Ya no había forma de adornarlo o de esconderlo. Su intuición no le había fallado.

Judith echó un vistazo a los suministros de cacao. Viktoria había hecho un montón de pedidos adicionales, pero no les habían confirmado ni uno. Si no conseguían pronto habas de cacao, tendrían que detener la producción. Por no hablar de que ya no podían aceptar todos los encargos que recibían, de modo que sus clientes estaban recurriendo a la competencia. La situación era gravísima.

Revisó de nuevo las existencias. Entonces descolgó el teléfono y llamó a la agencia comercial de Hamburgo que les proporcionaba la mercancía.

—Al habla Hansen, de la agencia comercial.

Hacía años que Judith conocía al señor Hansen.

—Chocolates Rothmann de Stuttgart, Judith Rheinberger al aparato.

—Buenos días, señora Rheinberger. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me he dado cuenta de que no nos llegan los pedidos. Ni de la variedad Arriba, ni de las venezolanas. No nos había pasado nunca. ¿Sería tan amable de comprobar a qué puede deberse?

—Un momento, por favor.

Judith esperó algunos minutos hasta que regresó su interlocutor.

—Lo lamento, señora Rheinberger, pero sus pedidos no pueden enviarse.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué no podemos recibir nuestros pedidos? ¿Quién lo ordena?

—No puedo darle más explicaciones. —A pesar de su cortesía hanseática, su pesar era sincero y evidente—. Lo siento.

—No puede ser. Hace años que es usted proveedor de nuestra empresa, mi marido fue a verlo a Hamburgo muchas veces. Siempre hemos pagado en la fecha pactada.

—No es por eso. No puedo decirle nada más, por mucho que quiera.

—Señor Hansen —dijo Judith, y tomó aire audiblemente—. Si se le ocurre alguna posibilidad de entregarnos los pedidos, le pagaré por adelantado. Y por encima del precio de mercado.

—Ojalá pudiera hacer algo por usted, pero tenemos las manos atadas. Le deseo lo mejor.

—Espere, señor Han... —Se oyó un chasquido en la línea antes de que pudiera terminar la frase. Hansen le había colgado.

Se quedó mirando el auricular del teléfono con incredulidad. ¿Acaso la mano de Weber llegaba hasta Hamburgo? ¿Era verdad que Hansen acababa de rescindir su colaboración?

Trató de reprimir la desesperación que la acuciaba. No se daría por vencida tan fácilmente. Tan pronto como llegara Viktoria, le pediría que llamara a todos los importadores de cacao de Alemania. ¡Alguno habría que estuviera dispuesto a vendérselo! No dudaría en ofrecer un precio que nadie pudiera rechazar, aunque resultara apenas rentable para la empresa. Era imposible que Weber tuviera influencia sobre todos los comerciantes del país. El dinero siempre abría puertas. En caso de necesidad, podían recurrir a Holanda. Traer el cacao desde allí sería algo más caro, pero, en cualquier caso, preferible a detener la producción. Especialmente si era lo que pretendía Weber para que diera su brazo a torcer.

Agotada, Judith enterró la cabeza en las manos. Sentía un dolor agudo en las sienes y la frente, notaba los hombros tensos. ¿Cómo acabaría todo aquello?

Cansada, cerró los ojos, y al poco rato en su mente se arremolinaron los recuerdos con tanta claridad como si acabaran de suceder. El día en que Victor llevó a casa a un Karl malherido, cuando se vieron por primera vez. Las miradas que siempre le dedicaba cuando se cruzaban por la fábrica de chocolate. Victor, que la recogió de la clínica de la señora Henny en sus horas más bajas...

—¿Mamá? —La voz de Viktoria la devolvió a la realidad—. ¿Dormías?

—Ay, mi niña... —Abrió los ojos. Desde la muerte de Victor se pasaba las noches en vela—. Solo estaba echando una cabezadita.

Su hija dejó sobre el escritorio la carpeta que traía.

—He pasado a ver a Anton —dijo—. Habló con su abogado de Stuttgart y le pidió que leyera el documento de Weber.

Judith la miró con interés.

—¿Y? ¿Ha sacado algo en claro?

—Dice que se puede impugnar la adquisición y suspender así todos los plazos estipulados, aunque ahora los tribunales fallan casi siempre en favor de los intereses nacionalsocialistas.

—Pero, en cualquier caso, se aplazará todo, ¿verdad?

—Sí, creo que ganaremos algo de tiempo para pensar en el siguiente paso.

—¿Ha dicho el abogado de cuánto tiempo estamos hablando?

—No, ahora mismo es imposible saberlo. Pero, de todos modos, no podemos olvidarnos de los plazos marcados por Weber.

Llamaron a la puerta y entró Lydia Rosental con el correo. Estaba blanca como una sábana y le temblaban las manos cuando entregó el montón de sobres a Judith.

—¿No se encuentra bien, señorita Rosental? ¿Está preocupada por la pintada?

—No, no es eso. Bueno, no solamente. Por favor, discúlpeme, señora Rheinberger... —La señorita Rosental se disponía a marcharse, pero Viktoria se le acercó con rapidez y la tomó del brazo, preocupada.

—¿Quiere contarnos lo que pasa?

Como no respondió de inmediato, la condujo a su escritorio y la invitó a sentarse.

—Anoche se produjo un... ataque en la farmacia de mis padres en Ludwigsburg —dijo a trompicones—. Unos encapuchados, de las SS, seguramente.

—¡Dios mío! ¿Cómo se encuentran sus padres? —preguntó Viktoria horrorizada.

—Están en casa, solo recibieron heridas leves. Pero la farmacia ha quedado totalmente destruida. Y la policía se niega a investigar.

—¿Necesitan ayuda? Económica, quiero decir —preguntó Judith.

Lydia Rosental negó con la cabeza.

—No serviría de nada. Incluso si la reconstruyeran por completo, ¿quién iría a comprar allí? Ayer volvieron a colgar letreros llamando al boicot en muchas tiendas —sollozó—. Y hoy nos han dejado aquí esos... mensajes. Y por eso... —Inspiró profundamente—. Por eso me marché de Alemania. Señora Rheinberger, le anuncio que dejaré mi puesto a final de mes. Tengo que ocuparme de mis padres y hacer las gestiones para emigrar a un país en el que podamos vivir a salvo y... —no le salían las palabras— con normalidad.

—¿Se marcha? —preguntó Viktoria con incredulidad.

—¡Es usted una de nuestras mejores trabajadoras! —añadió su madre—. ¿Seguro que no quiere pensárselo? —Al pronunciar esas palabras, sin embargo, se dio cuenta de que ella hubiera hecho lo mismo.

—Son muy amables. Pero no tenemos elección. —Cuando se levantó, algo de color había vuelto a sus mejillas—. Aunque eso signifique perder nuestra patria. Nuestra familia vive desde hace muchas generaciones en Ludwigsburg y en Stuttgart sin hacer daño a nadie. Nunca entenderemos por qué ya no nos quieren aquí solo por profesar otra fe.

—Dejará usted un vacío muy difícil de llenar. —Judith se acercó y le puso una mano en el brazo—. Puede seguir trabajando aquí hasta que su partida sea inminente, señorita Rosental. Su presencia será bienvenida hasta el último día.

A continuación, se acercó a su escritorio y sacó una cajita cerrada con llave en la que guardaba siempre algo de dinero para gastos personales. Sacó mil marcos y puso los billetes en la mano de su trabajadora.

La mujer iba a protestar, pero Judith la interrumpió de inmediato:

—Esto no es caridad, sino agradecimiento por el buen trabajo realizado durante años. Quiero que tenga suficiente como para poder vivir unas semanas tranquilamente mientras se organiza allí adonde vaya.

Cocinas de la mansión Rothmann, 22 de agosto de 1936

HABÍA UNA OLLA gigantesca en los fogones en la que hervían cebollas, apio, zanahorias, laurel, huesos y un buen pedazo de ternera veteado de grasa para hacer caldo. Su aroma intenso, que flotaba en el pasillo desde la cocina, atrajo a Theo, que tomó un par de cucharadas a escondidas. Cuando la cocinera se dio cuenta, lo mandó inmediatamente al garaje para que sacara brillo de nuevo a los coches, que ya estaban impolutos. Todos estaban nerviosos ante las inminentes y muy esperadas visitas. La familia iba a reunirse y sus miembros viajarían desde Múnich, Berlín y Stuttgart. La excitación se sentía por toda la casa. Por fin una ocasión alegre que no se vería enturbiada por la pena, como sucedió en el entierro del señor de la casa cuatro meses atrás.

Gerti había deliberado largo y tendido con Judith y Dora acerca del menú más adecuado, y llevaba en la cocina desde primera hora de la mañana adelantando todo el trabajo que podía. La criada tenía que ayudarla, pero pronto demostró ser un estorbo más que una ayuda: Tine se había cortado un dedo, se le había caído un huevo crudo al suelo, había confundido la canela con la nuez moscada y, para colmo, había empezado a quejarse de dolor de muelas. Gerti supuso que lo que le pasaba era que no tenía ganas de estar en la cocina, así que le había ordenado que dejara de importunarla con sus lamentos.

La fresquera estaba atestada de bases de tarta, masas que tenían que reposar, pan recién hecho, patatas cocidas, albóndigas de tuétano y *flädle*, las típicas tortitas saladas suabas, que irían en la sopa del día siguiente. El *sauerbraten* llevaba días preparado y sumergido en una marinada de vinagre, mostaza, pimienta en grano, hojas de laurel, clavos de olor y bayas de enebro para embeberse de su sabor característico.

—Ay, de verdad que me duele muchísimo la muela —insistió Tine por la tarde, y subrayó los lamentos con lágrimas —exageradas, al parecer de Gerti— que rodaban con gran dramatismo por sus mejillas. La cocinera no tenía paciencia con los lloriqueos.

—¡Pues vete al dentista a que te la arranque!

Tine frunció el ceño.

—Mejor me hago una cataplasma primero...

—Si te duele tanto que no puedes ni trabajar, mejor te vas al dentista, o no se te pasará —dijo Gerti. Lo que le faltaba, que aquella muchacha se tomara un par de horas libres justo cuando había tanto trabajo. Los señores habían empleado a dos chicas más solo para el fin de semana para no sobrecargar al resto del personal. Hasta la señora Fetzer echaba una mano en todo lo que podía. Y Theo estaba encantado de ayudar, por más que no pudiera hacer tanto como le habría gustado. Aunque era un hombre vigoroso, ya estaba bien entrado en la setentena.

Mientras Gerti sacaba las verduras y la carne del caldo con la espumadera, Tine lanzó de repente al fregadero el trapo con el que estaba secando la loza.

—¡Qué mierda!

La cocinera miró a Theo, que, sentado a la gran mesa del servicio, se tomaba el café que

acababa de servirle. El viejo chófer, cuyos últimos cabellos se habían vuelto tan blancos como sus hirsutas patillas, alzó la cabeza en un gesto irritado.

—¿Y a esta qué le pasa?

—¡Que tengo dolor de muelas! —exclamó Tine—. ¡Y me voy ahora mismo!

—Theo, lleva a Tine inmediatamente al doctor Kuchler para que le eche un vistazo —dijo Gerti, que se esforzaba por mantener la serenidad.

—No quiero...

—Ven, Tine —dijo Theo, que se levantó y agarró la gorra—. Te llevo en coche.

La chica farfulló algo incomprensible, pero salió con él. La cocinera respiró aliviada.

Tan pronto terminó de colar la sopa, la señorita Mathilda apareció en la cocina.

—¿Está contigo la doncella, Gerti?

—Ya no —respondió—. Theo se la ha llevado al dentista.

—Ah. —Mathilda reflexionó unos instantes—. Gerti, tenemos que sacar de aquí a mi padre hoy. Judith y Viktoria se han ido a la estación para recoger a Hélène. La casita de Alois ya está preparada. Si Tine no anda por aquí, ahora es el momento.

Gerti asintió. Por ella, Robert el Rojo, el viejo comunista, podía largarse con viento fresco. Llevaba semanas escondido en la buhardilla y habían vivido con el miedo constante de que alguien lo descubriera. Y, para colmo, era ella quien tenía que llevarle comida varias veces al día, escaleras arriba y escaleras abajo. Y los años le pesaban en las piernas.

—Sí, sáquelo de aquí, señorita —dijo con ímpetu—. Será lo mejor para todos.

—Yo también lo creo. Si Theo y Judith han salido con sus coches, nos llevaremos el descapotable.

Gerti se encogió de hombros. Le importaba un bledo en qué vehículo se marchara Robert el Rojo. Lo único que quería era volver a estar tranquila.

—Por favor, vigila la cocina y la puerta principal. Dora está con las muchachas que preparan las habitaciones.

—¡Así lo haré! —dijo Gerti, que dejó el cucharón a un lado—. Solo tengo que guardar el caldo en la fresquera.

TODO SALIÓ SEGÚN lo previsto. Martin llevó a Robert hasta el coche y se fueron los dos a reunirse con Alois en el lugar convenido para aparcar el coche en un sitio discreto. Por su parte, Mathilda fue al viñado en bicicleta y los alcanzó mientras recorrían los últimos metros hasta la cabaña. Dejó la bicicleta apoyada en la parte trasera y se unió a los hombres.

—No es un hotel de lujo, precisamente —dijo Alois al entrar—. Pero servirá por un tiempo.

Mathilda miró a su padre, que contemplaba con los ojos entornados el jergón de paja y las sábanas, el orinal, el taburete y la mesa en la que ella había colocado un tosco jarrón con flores silvestres para dar a la cabaña un aire algo más acogedor. Habían dejado un par de vasos, platos y algunos víveres sobre las estrechas estanterías.

—Espero que no sea un tiempo muy largo, padre.

—No tengo grandes pretensiones —dijo Robert en un tono que parecía de resignación.

Aunque su cuerpo se había recuperado de las penalidades del cautiverio y de la huida, su alma seguía sufriendo por todo lo vivido. Apenas había hablado durante las semanas anteriores. Se pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en la cama de la habitación de la buhardilla, que reservaban para el servicio, mirando al techo o por el ventanuco.

Para asombro de Mathilda, fue su madre quien se encargó de él. A ella le había dicho que no quería que esa carga pesara sobre los Rothmann, teniendo en cuenta sobre todo que Judith seguía sin saber nada del huésped secreto. Era su forma de agradecer todo el apoyo que había recibido en la Mansión de los Chocolates a lo largo de tantos años. Y cuando se le había planteado la posibilidad de acompañar a su marido, ya que un matrimonio levantaría menos sospechas que un hombre que viajara solo, había accedido sin titubear. Mathilda se alegraba. En Suiza, su madre estaría más segura que en Stuttgart, donde en cualquier momento la podían acusar de ser cómplice de un comunista prófugo. Y, tan pronto como su marido estuviera a salvo, ella podría decidir qué hacer con su vida.

Robert se quedó parado mientras Alois dejaba su mochila bajo la mesa y se sentaba en el taburete. Justo entonces apareció Martin.

—Creo que no nos ha visto nadie —dijo tras cerrar la puerta. Las gotas de sudor de la frente evidenciaban su nerviosismo.

—Yo no he visto nada raro —respondió Mathilda—. Esperemos que sea verdad.

Martin asintió y la rodeó con un brazo.

—¿Y tu madre?

—Ha ido al mercado a hacer unas compras de última hora —respondió ella—. Seguro que traerá también algo rico para Oscar y Emil.

—Vaya par de pillos. ¡Qué ganas tengo de verlos!

Mathilda sonrió, consciente de lo mucho que Martin adoraba a sus primos, que eran por lo menos tan traviesos como sus respectivos padres lo habían sido de niños.

—¿Qué te parece? —preguntó Martin a Robert, que seguía de pie en mitad de la estancia como si no supiera qué hacer.

—Creo que tengo todo lo necesario para ir tirando. —Se acercó al camastro improvisado y se sentó—. Siempre es mejor que dormir en el suelo.

—Acuérdate de guardar siempre la ropa de cama, por si viene alguien —lo advirtió Martin—. En el sótano hay una trampilla, puedes meterla allí.

Cansado, Robert asintió y se tumbó sin quitarse los zapatos ni la chaqueta.

—Este año ya no haré nada con el vino. —Alois cambió de tema—. Pero quizá vuelva a ponerme en serio con el viñedo cuando Robert se marche. Si las cosas se ponen feas, al menos tendremos algo que beber.

—Todo es posible —intervino Martin—. Pero no creo que nos aguarde una hambruna en un futuro próximo.

—Ya le he dicho a Anton que habrá guerra antes de que termine la década. Me apuesto mi tonel de sidra entero. Ese Hitler no es de fiar.

—Ojalá te equivoques, Alois —replicó Martin—. Aunque tus predicciones suelen ser acertadas.

El anciano asintió con aire pensativo. Luego se levantó y sacó la mochila de debajo de la mesa.

—¡Ah, y tengo los pasaportes!

—¿Ya? —preguntó Martin asombrado.

—Sí. Scholl se dio prisa. —Metió la mano en la mochila y sacó un ejemplar del *Mein Kampf* de Hitler.

—Pero ¿qué...? —preguntó el joven, perplejo.

—¡Espera! —Alois abrió el libro. En el interior de una de las cubiertas había una ranura en la

que estaban escondidos los dos pasaportes.

—¡Es genial! —exclamó Mathilda.

—¿A que sí? —dijo el hombre con satisfacción—. Para algo tendrá que servir este librucho.

Como su padre no mostraba la menor intención de moverse, Mathilda se hizo con el libro trucado y sacó los dos pasaportes, de color marrón claro, con el escudo suizo en la cubierta. Scholl incluso los había desgastado un poco para disimular que eran nuevos.

—Leonhard Schnyder —leyó Mathilda en voz baja al abrir el primero—. Padre, recuérdalo: a partir de ahora te llamas Leonhard Schnyder.

—Mmm. —A modo de respuesta, Robert murmuró algo ininteligible.

—¡Te lo digo en serio! —Su hija le habló con severidad—. ¡Tu vida depende de ello! ¡Y la de mamá también!

—Sí —respondió en un tono inexpresivo—. Ahora me llamo Leonhard Schnyder.

—Y mamá... —Abrió el segundo documento—. Dorly Schnyder. Muy bien. Vivís en Zúrich.

—¡Es un trabajo excelente! —Martin, que observaba por encima del hombro de Mathilda, alabó los pasaportes—. Ahora solo nos falta encontrar el mejor itinerario.

—Aún hay muchos extranjeros en el país —afirmó Alois—. Vinieron a Berlín y ahora emprenden el camino a casa. Tal vez puedan ocultarse entre ellos.

—Entonces habrá que organizarlo rápido —dijo el muchacho—. Imagino que la mayoría de ellos regresará a sus países en los próximos días.

—Es cierto —respondió Mathilda—. Y, además, otro posible problema es que mis padres no hablan el dialecto suizo.

—Ya lo había pensado —replicó Alois—. Por eso tal vez lo mejor sería que se unieran a un grupo de viajeros suizos. Si todos a su alrededor hablan en alemán de Suiza, podrán quedarse callados y no llamarán la atención en los controles.

—Pero tendremos que explicárselo a los suizos —apuntó Martin—. ¿Habrá alguien dispuesto a correr ese riesgo?

Se quedaron en silencio un rato. Unos leves ronquidos de Robert dieron a entender que se había quedado dormido.

—Espero que no ronque más fuerte —dijo Mathilda mientras dirigía una mirada a su padre—. Si no, alguien podría oírlo fácilmente.

—No creo que se oiga nada desde fuera. Y por aquí de noche no viene nadie —aseguró Alois—. Me preocupa más que acabe enloqueciendo.

—No hay tiempo que perder —dijo Mathilda.

El jardín de la mansión Rothmann, 23 de agosto de 1936, por la tarde

LA LARGA MESA situada bajo el manzano de la Mansión de los Chocolates estaba puesta de gala. Sobre un mantel blanco adamascado relucían las copas de cristal, los platos de porcelana y la cubertería de plata, entre ramilletes de aciano y rosas blancas que daban un toque de frescor. Había cuencos de cristal llenos de fruta de todos los colores, testimonio de que el verano se encontraba en su máximo apogeo.

Sentada en una silla de jardín, Judith contemplaba a su familia, contenta de que todos hubieran podido acudir y a la vez con una tristeza indescriptible por la ausencia irreparable de su marido. A lo largo del último año, ella y Victor habían hablado varias veces de la fiesta de verano, que siempre se celebraba en agosto.

Sin embargo, esa cálida tarde de domingo reinaba un ambiente relajado. Justo entonces aparecieron Anton y Serafina junto a Karl y Elise por el caminito serpenteante del jardín después de dar un paseo. Karl llevaba en brazos a Ursula, su hija de ocho meses, que se había dormido recostada en el hombro de su padre. Oscar y Emil tenían sus propios planes y se habían ido a jugar al arroyuelo que atravesaba el jardín de la mansión.

Judith miró hacia las grandes puertas acristaladas que conectaban la mansión con la terraza. Estaban abiertas de par en par para atraer a los invitados hacia el exterior y al verano hacia el interior de la casa. Theo acababa de encender los farolillos que crearían una atmósfera festiva en cuanto se pusiera el sol. Las dos doncellas que habían empleado para el fin de semana sacaron café, chocolate caliente y limonada. Fanny, una de ellas, iba a quedarse fija, puesto que Judith había despedido a Tine el día anterior, una decisión muy necesaria, y no solo a causa de su curiosidad desmedida. Cuando Theo la llevó al dentista por el dolor de muelas y se quedó esperándola en las inmediaciones del vehículo, se fijó en un hombre que vestía un uniforme de color ocre y un brazalete rojo con la cruz gamada. Un miembro de la SA, la sección de asalto. Tine había hablado con él como si lo conociera de toda la vida antes de entrar en la consulta del doctor Kuchler. Theo informó de lo sucedido a Judith, que preparó de inmediato la carta de despido. Temía que Tine hubiera trabajado como chivata para Weber. No era inimaginable, tenían que andarse con cuidado.

Luise Fetzer pasó junto a ella con una bandeja cargada de tartas que dejó sobre la mesa. A Judith le caía bien la mujer. Era humilde y solícita y nunca había sido una carga en su casa, sino todo lo contrario.

Judith se levantó y se encargó de disponer las tartas para que Luise pudiera regresar a la cocina a por más platos. Pero antes de llegar a la mesa, vio por el rabillo del ojo a su madre, Hélène, que acababa de regresar junto con su marido, Georg Bachmayr, de una visita a su amiga artista Ida Kerkovius, que vivía en Stuttgart. Se disculpó con Luise con un gesto y fue al encuentro de su madre.

—*Maman!* —las dos mujeres se abrazaron—. ¿Qué tal la visita con Ida?

—Ay, Judith, en lo artístico ha sido una gozada, ya sabes las maravillas que hace Ida con el color. Pero está muy afectada desde que la proscribieron del mundo del arte.

—No entenderé nunca por qué se han prohibido sus obras.

—A cualquiera con dos dedos de frente se lo considera un degenerado hoy en día. Tanto en la pintura como en la literatura o la música —dijo Hélène con un gesto de incredulidad—. Están cortando la cultura de raíz.

—Es porque no quieren que la gente piense por sí misma —añadió Georg con su agradable acento de Múnich. Por eso hay que emigrar. ¡Madre, qué tiempos!

—Pero hoy disfrutaremos de nuestra familia. —Hélène cambió de tema como hacía siempre que algo la afectaba demasiado—. ¡Y mañana pondré aquí el caballete y pintaré esta preciosidad! —dijo señalando el viejo manzano, de cuyas ramas colgaban los primeros frutos. En ese momento, Martin y Mathilda tomaron asiento justo debajo con una actitud arrobada, formando una bonita imagen.

A Hélène tampoco se le escapó aquella escena afectuosa.

—Tal vez ya se esté gestando la próxima generación —dijo con una sonrisa socarrona.

—Bien podría ser —suspiró Judith—. Les deseo lo mejor en el futuro.

—Yo también —dijo Hélène, y entonces estrechó la mano de su hija—. Vamos a estirar un poco las piernas. —Tiró de su marido—. Ven, Georg.

Los vio marchar en dirección a la pista de tenis. A su madre, el amor le había llegado tarde, sobre todo porque se había pasado décadas sin querer saber nada de romances. Pero Georg se esforzó por conquistarla durante muchos años hasta que se convirtieron en una pareja que no solo se trataba de una forma atenta y respetuosa, sino que se apoyaba incondicionalmente en todo.

Judith tomó aire. Vio que Luise entraba en la casa seguida de Fanny. Más tranquila porque vio que tenía ayuda, decidió permitirse unos minutos de descanso antes de regresar al bullicio. La víspera no había dormido muy bien.

Se alejó un poco de la concurrencia y se dirigió al pequeño laberinto de boj que Victor había mandado diseñar hacía años para que los niños pudieran jugar al escondite y los «enamorados» pudieran perderse, como añadía siempre con una sonrisa. ¡Cuántas noches de verano la había tomado de la mano para recorrer juntos el laberinto! Aquellas pequeñas excursiones les permitían evadirse de la vida cotidiana, siempre llena de quehaceres.

Al llegar al banco de piedra que marcaba el centro del laberinto, le extrañó encontrar ramas arrancadas esparcidas por el suelo, como si alguien se hubiera abierto camino a la fuerza entre los setos. Miró a su alrededor alarmada, pero no vio a nadie. Aun así, su breve descanso había terminado. Se dedicó a seguir el camino del laberinto hasta la salida opuesta y encontró más restos de destrucción en el jardín siempre tan cuidado, pero nada que explicara qué o quién las había causado. Al salir del laberinto, observó con atención el resto del terreno, pero todo parecía igual que siempre. Finalmente, decidió no seguir investigando por su cuenta, sino pedirle a Theo que echara un vistazo más tarde.

Recorrió de nuevo el laberinto y regresó a la casa. Se dio cuenta de que Emil y Oscar ya no jugaban en el arroyuelo y comprendió con una sonrisa quién había estado enredando en el laberinto. ¡Vaya par de liantes! Anton tendría que hablar muy seriamente con ellos.

En aquel momento oyó una voz conocida.

—¡Ah, querida Judith! —La voz pertenecía a Josefine Ebinger, que cruzaba la terraza del brazo de Dora.

—¡Josefine! —respondió Judith mientras se apresuraba a ir a su encuentro.

—Gracias por su ayuda, Dora. —Josefine se soltó de la doncella y abrazó a la anfitriona—. Muchas gracias por invitarme.

—¡Qué alegría verte! —Judith tomó del brazo a la anciana—. ¿Cómo se encuentra Artur?

—Le hubiera encantado venir —dijo ella con aire apesadumbrado—. Pero últimamente no consigue salir de casa.

—Hasta ahora siempre se ha recuperado. Seguro que pronto se encontrará mejor.

—Espero que tengas razón... Ah, mira, ¡ahí está Martin! —A Josefine se le iluminó la mirada al descubrir a su nieto en la mesa.

—Ven —dijo Judith, y la guio hasta Martin y Mathilda, que hablaban en voz baja—. Perdonad que os interrumpa —le dijo a la pareja—, pero a Josefine le gustaría sentarse con vosotros. Os parece bien, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo Mathilda, pero entonces lanzó una mirada a Martin que molestó a Judith.

El joven asintió, pero lo hizo sin la cordialidad con la que normalmente trataba al matrimonio Ebinger.

—Martin, ¿te ocuparás de Josefine? —insistió su madre.

—Ay, seguro que sí, ¿verdad? Al fin y al cabo, es mi ahijado —Josefine lo miraba con una sonrisa radiante, pero él parecía extrañamente distante—. Hoy Artur no ha podido venir —siguió la elegante anciana—, se encuentra muy débil. Pero, pase lo que pase, quiere celebrar su cumpleaños en noviembre. —Entonces se dirigió a Judith—. ¿Vendréis a casa el ocho de noviembre? Cumple ochenta y cinco, le gustaría celebrar una fiesta familiar.

—¿Estará Max también? —preguntó Judith.

Al oír ese nombre, el rostro de Martin se ensombreció todavía más.

—Lo más probable es que no —replicó Josefine—. Ahora mismo está en Londres, no creo que pueda venir a vernos hasta finales de noviembre.

Judith se extrañó al ver que Mathilda ponía una mano sobre el brazo de Martin, como si quisiera tranquilizarlo.

—Claro que iremos —aseguró Judith apresuradamente con un apretón de manos a la anciana—. Tengo que ir a la cocina a ver cómo va todo. Luego hablamos, ¿de acuerdo?

La mujer asintió y Judith regresó al interior de la casa con una sensación de malestar.

—¡Mamá! —Aún no había cruzado la terraza cuando Viktoria se le acercó corriendo y la abrazó—. Siento llegar tarde, espero que no te importe que Andrew, esto... el señor Miller venga a la fiesta. Aún tenemos mucho que hablar.

Fue entonces cuando Judith reparó en Andrew Miller, que esperaba a una distancia respetuosa en la puerta de la terraza. Típico de Viktoria, nunca dejaba nada en manos del destino ni de los demás. Actuaba siempre con la táctica de los hechos consumados.

—Pues claro que puede venir, sobre todo en vista de que ya está aquí.

—¡Gracias! —Lanzó un beso a su madre y regresó con el corpulento americano, que la miraba expectante.

Judith se daba perfecta cuenta de lo que le estaba pasando a su hija, y se veía venir los quebraderos de cabeza que traería. Pero tenía que permitir que todo siguiera su curso, pues, por el momento, tras hablarlo con Anton y Martin, había tomado la decisión de enviar a Vicky a Estados Unidos. Isaak Stern, que a partir de octubre se encargaría de dirigir la sucursal neoyorquina de Anton, la acompañaría. Andrew Miller había ofrecido su ayuda para conseguir pasajes de barco y el visado de entrada. Gracias a él, los planes de viaje se realizaron a toda

velocidad. Los tres tomarían el mismo barco con destino a Nueva York.

El estadounidense se acercó a ella junto a Viktoria y la saludó con una leve inclinación.

—Muchas gracias por permitirme participar en su fiesta familiar. Su hija me invitó de improviso, aunque, a decir verdad, quisiera hablar con usted de algunos detalles de nuestro viaje, por eso me he acercado a verlas. El lunes tengo una cita en el consulado estadounidense a la que Viktoria debería acompañarme.

—Es usted muy amable, le doy la bienvenida —dijo Judith—. Estoy muy contenta de que se esté ocupando de tantas cosas, muchísimas gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Ustedes me han dado su confianza y ahora me toca demostrar que soy digno de ella.

Con una gran sonrisa, Viktoria tiró de Miller para llevárselo hacia donde estaban su hermano y Mathilda. Los jóvenes parecían entenderse a las mil maravillas. Ojalá todo fuera por buen camino.

—¡Ay, señora, por fin llega! —exclamó Gerti cuando Judith entró por fin en la cocina. La mezcla de aromas de tantos platos deliciosos impedía hacerse una idea del menú—. Ya casi he terminado. ¿Cuándo quiere empezar?

La señora de la casa echó un vistazo al reloj de pulsera.

—Van a dar las cuatro. Propongo que empecemos a las siete con los entremeses.

Un cuarto de hora más tarde, en el salón grande

—SABE DECIR «¡ARPÍA estúpida!» —afirmó Emil, y metió un dedo en la jaula.

—¡No te creo! —replicó Oscar, que también metió un dedo entre los barrotes.

—¡Por los clavos de Cristo! —graznó *Pepe* con un aleteo enfático.

—¿Lo ves? —dijo Oscar, triunfal—. Ha dicho «por los clavos de Cristo», y no «arpía estúpida» —reflexionó un instante—. ¿Qué significa «arpía estúpida»?

Emil, que a sus ocho años era el mayor y, en su propia opinión, mucho más experimentado que su primo, al que le llevaba dos años, puso una expresión pomposa:

—Es una viejecita.

—Pero ¿qué tiene de malo una viejecita para que lo diga *Pepe*? —insistió Oscar. La pregunta puso a su primo en un aprieto.

—No es solo una viejecita, sino también una...

El loro se acercó a los niños.

—¡Mocosos!

—¡Ay! —con una expresión de dolor, Emil retiró el dedo—. ¡Me ha mordido!

—Los loros no muerden —aseguró Oscar, aunque, como medida de precaución, quitó el dedo de la zona de peligro.

—¡Claro que muerden! —Emil examinaba la herida.

—¡Amééén! ¡Amééén! —celebraba *Pepe* la exitosa defensa de su territorio.

—¡Déjame ver! —ordenó Oscar.

Emil le puso el dedo delante de las narices.

—¡Pero si ni te sale sangre! —constató Oscar desilusionado—. ¡Solo tienes un moratón!

—Es una herida en toda regla, mira —señaló un cortecito diminuto, pero se hizo el valiente—. Creo que *Pepe* necesita actividad, por eso me ha mordido.

—¡Pero si no para de saltar en la jaula!

—Pero ahí dentro no puede volar —farfulló Emil, que se estaba lamiendo la herida—. Vicky a veces lo deja suelto por la casa.

—¿En serio? —preguntó Oscar, muy excitado—. ¿Quieres decir que vuela como si estuviera en la selva?

—¡Claro!

—¿Y luego vuelve a la jaula?

—Sí, Vicky lo adiestró, me lo contó una vez. —En realidad de eso Emil no estaba tan seguro, pero lo de permitir al loro salir de la jaula sí lo había visto.

—Hala, imagínate que se abalanza sobre nosotros...

Emil decidió demostrar su valentía. Se acercó a la jaula y abrió la puerta con cautela. Entonces se apresuró a ponerse a una distancia prudencial.

Pepe contempló la repentina vía de escape y se acercó a trompicones.

—¡Ya sale! —exclamó Emil cuando el loro se posó en el quicio de la puerta—. ¡Va a echar a volar!

Oscar se quedó mirando la jaula boquiabierto y Emil se imaginaba en las profundidades de la selva cuando el ave por fin emprendió el vuelo.

Pero en lugar del elegante aleteo por el salón que esperaban, recorrió un semicírculo bastante torpe que acabó en los delicados visillos de encaje de la ventana. Un pequeño desgarró daba a entender que las cortinas habían opuesto poca resistencia a las garras del loro y, por si fuera poco, *Pepe* empezó a picotear la tela.

—¡La va a romper! —exclamó Oscar, que estaba tan fascinado como atemorizado.

—Ya harán una nueva —respondió Emil entre susurros—. Creo que Dora siempre tiene tela de esa. —Pero, en realidad, no estaba nada seguro de lo que decía.

Los niños se quedaron mirando la ventana algo asustados.

—*Heil gilií!* —graznó *Pepe* al proseguir su vuelo. Describió una parábola sobre sus cabezas antes de posarse en el armario.

—Ayyy —dijo Oscar.

—¿Qué está pasando aquí?

Emil dio un respingo al oír aquella voz masculina enfadada.

—Ah, papá, es que estábamos...

—¿Habéis soltado al loro? —dijo Anton, y echó un vistazo al armario sobre el que el animal estaba dejando un regalito.

—Lo ha soltado Emil —corrigió Oscar.

—No podéis dejar suelto a *Pepe* así como así —los regañó Anton—. Hay que ir con cuidado.

—Es que tenía ganas de moverse... —A Emil no se le ocurría qué decir para defenderse.

—Fuera de aquí, los dos —ordenó Anton—. ¡Trataré de volver a meterlo en la jaula!

—Sí, papá —dijo el niño con la voz ahogada.

—Otra cosa —añadió Anton—. Vuestra tía Judith acaba de contarme lo que habéis hecho en el laberinto. Espero que vayáis a pedir perdón ahora mismo por el desaguizado. Y mañana por la mañana ayudaréis a Theo a arreglarlo.

—¿El laberinto? —preguntó Emil con perplejidad sincera—. ¿Por qué tenemos que pedir perdón?

—¡Lo sabéis vosotros mejor que yo! —Anton se estaba enfadando por momentos.

—Pero, papá, ¡si nosotros no hemos estado allí! —aseguró Emil—. ¡De verdad que no!

SE PONÍA EL sol. Las doncellas encendieron los farolillos y Luise prendió las velas que había distribuido por la mesa dentro de tarros de cristal. Una luz suave bañó el jardín de la Mansión de los Chocolates mientras el canto de las cigarras completaba la ambientación vespertina. Del postre, una gran tarta de chocolate, no quedaban ni las migas, habían recogido la vajilla y los adultos se habían quedado charlando mientras los niños se iban a dormir. Para los más pequeños se había hecho tarde. Poco antes de cenar, Emil y Oscar habían intentado arrancar el Mercedes de Judith en el garaje, y gracias al ojo avizor de Theo, no lo sacaron a dar una vuelta clandestina. Como castigo, se habían quedado sin chocolate especiado antes de acostarse.

Por fin había regresado la calma. Serafina y Elise estaban con los niños, ya que Emil se quedaba a dormir en la Mansión de los Chocolates. Judith acompañó a Josefine Ebinger a casa, y Martin y Mathilda se retiraron a un rincón tranquilo del jardín. Sobre la mesa había un decantador de vino blanco, whisky, licor de frutas y limonada recién hecha, además de un plato de galletas de queso, la especialidad de Gerti.

Anton le sirvió un whisky a Andrew.

—Gracias, amigo mío —dijo antes de meterse la mano en el bolsillo de la americana y sacar una tableta de chocolate cuadrada—. ¡Tengo algo que enseñaros!

—¿Un truco de magia? —dijo Anton con una sonrisa—. ¡Esta chocolatina es de la competencia!

—Lo sé —replicó Andrew entre risas—. La he comprado hoy porque me parecía interesante.

—Es una «chocolatina para deportistas» de forma cuadrada. Llegó al mercado hace cuatro años y se vende fenomenal —explicó Anton—. El fabricante tiene su sede en Waldenbuch, no muy lejos de aquí.

—Una chocolatina que cabe en cualquier bolsillo —añadió Viktoria—. Eso seguro que se le ocurrió a una mujer.

—Pues qué bien que le hicieran caso —dijo Andrew en tono sincero—. Con un cuadrado así pueden hacerse muchas cosas —continuó mientras abría el envoltorio de la chocolatina y se la ofrecía a los presentes—. Aunque el sabor no puede compararse con los productos Rothmann —concluyó con un guiño a Viktoria.

—En absoluto —aseveró ella, y probó un trozo—. Nuestro chocolate es el mejor. —Tomó un vaso de limonada antes de seguir—: Pero podríamos atrevernos a experimentar con otros formatos. En una ocasión hablamos de un rompecabezas de chocolate.

—Lo recuerdo. Es una idea que creo que encajaría muy bien en el mercado estadounidense —respondió Andrew.

—¿Sería posible hacerlo desde el punto de vista técnico? —preguntó Anton.

—En principio, sí —opinó el joven empresario—. Al menos como edición limitada durante los meses de invierno. En verano la manipulación del chocolate ya es bastante complicada de por sí. Las piezas de chocolate se derretirían al intentar montarlas.

—No pueden ser piezas muy pequeñas —añadió Viktoria—. Y deben contener un porcentaje alto de cacao para que sean más estables. Con chocolate con leche sería imposible.

—Exacto. —Andrew asintió—. Un porcentaje elevado de cacao, buena refrigeración, piezas grandes. Podemos hacer un prototipo en Estados Unidos.

—¡Genial! —respondió Viktoria. Si hubiera sido por ella, habrían empezado ya.

—*Sure!* Podrás utilizar nuestro departamento de desarrollo. ¡Tengo ganas de ver tus experimentos! Evidentemente, participarás de los beneficios si la cosa llega a buen puerto.

—¡Lo haré lo mejor que pueda! —La confianza de Andrew en ella la hacía muy feliz. Entre ellos había surgido algo maravilloso, una conexión íntima que resultaba muy sorprendente porque no había pasado nada a nivel físico. Su desconfianza respecto a las intenciones empresariales de Andrew Miller se había evaporado. Era un empresario que se había visto en apuros por causas ajenas a él y trataba de encontrar una salida. ¿Y quién no lo haría? Y por más que a su madre de entrada le había costado aceptar su viaje a Estados Unidos, finalmente se había dado cuenta de que podía brindarles la oportunidad de asentarse en América. Viktoria se alegraba mucho de que Judith hubiera accedido a prorrogar el préstamo. A cambio, Andrew debía permitirle revisar la contabilidad, la producción de la fábrica y las recetas, para hacerse a la idea de la situación real de SweetCandy. Stern la ayudaría en ese cometido.

—Vas a ser como un regalo caído del cielo para la empresa —dijo el joven—. ¡Ándate con ojo o no vamos a dejarte regresar a Stuttgart!

—Tal vez seré yo quien no querrá regresar a casa, Andrew —replicó ella, y se dio cuenta de que esas palabras dichas en broma ocultaban una verdad que apenas se atrevía a admitir—. Sin embargo —añadió rápidamente—, nunca podría hacerle eso a mi madre.

—Todos vamos a echarte mucho de menos, Vicky, pero no tienes que preocuparte por tu madre —dijo Karl, que hacía unos minutos que se había unido a la conversación—. Elise y yo cuidaremos de ella mientras estés en Nueva York. —Le dedicó una sonrisa pícar—. Ya sabes que dirigí la fábrica de chocolate junto a Judith y Victor durante mucho tiempo. Y no creo que me haya olvidado de todo en los seis o siete años que habrán pasado desde entonces.

—Me parece maravilloso —respondió Viktoria, aunque estaba algo molesta—, pero ¿cómo vais a apoyar a mamá desde Berlín?

—La verdad es que en nuestra vida también ha habido muchos cambios, Vicky —dijo Karl en un tono triste y resignado a la vez—. No vamos a volver a Berlín. Nuestras cosas ya van de camino a Stuttgart. Vamos a quedarnos aquí por ahora y luego intentaremos trasladarnos a Suiza.

—¿Cómo? —Viktoria estaba muy sorprendida—. Qué repentino. ¿Por qué?

—Ya no tenemos la fábrica de muebles. La declararon «degenerada» y nos la cerraron. —Se encendió un cigarrillo—. Se presentaron al anochecer, como hacen siempre. Lo destruyeron todo. Fue terrible.

—Pero ¿cómo van a ser «degenerados» vuestros muebles? —Viktoria no daba crédito.

—Porque nos inspiramos en los diseños de la Bauhaus. Están exterminando el movimiento igual que hacen con todo lo que no les gusta. —La ira en la voz de Karl era inconfundible—. Pero no queremos dedicarnos a hacer otros muebles. Estamos convencidos de los valores de esta tendencia, nunca hubo nada mejor a nivel estético y funcional.

—Vuestro estilo me encanta, por eso os pedimos que os encargaraís de la reconstrucción de la fábrica de chocolate —repuso su sobrina con aire pensativo—, y por eso la cubrieron de pintadas ofensivas.

—Tenemos que andarnos con cuidado —dijo Andrew con preocupación—. Alois nos avisó,

aunque nunca pensé que las cosas fueran a cambiar tan rápido.

—Debemos aprovechar las próximas semanas para valorar las posibilidades que tenemos —dijo Karl—. A decir verdad, quien más me preocupa es ese tal Weber, que tiene la fábrica de chocolate en el punto de mira. Debió de ser él quien mandó hacer las pintadas. Judith cree que puede plantarle cara, pero yo no lo veo tan claro. Si ese hombre tiene contactos en las altas esferas del partido, puede ser muy peligroso.

—Todavía no me he ido —dijo Viktoria, que acababa de darse cuenta de la gravedad de la situación—. Si me necesitáis aquí, me quedaré.

—Tienes que hacer el viaje, Vicky —replicó Karl resuelto, y Anton se mostró de acuerdo con un gesto afirmativo—. Por ti y por la empresa.

Entonces apareció Judith en la terraza seguida de las doncellas, que llevaban sendas botellas de champán en cubetas metálicas, y de Luise, con una bandeja llena de copas de cristal.

—¿A qué vendrá eso? —preguntó Anton perplejo—. ¿Es que celebramos algo especial?

Viktoria negó con la cabeza y Karl se encendió otro cigarrillo.

—Queridos míos —dijo Judith al llegar a la mesa—, me gustaría proponer un brindis por Victor.

—Ay, sí —dijo su hija—. Seguro que a papá le gustaría mucho.

Anton se afanó enseguida en abrir las botellas.

—¡Tú sí que sabes, hermana! ¡Champán de Degerloch!

—¡A Victor le encantaba! —Judith miró a su alrededor—. ¿Dónde están los demás?

—Martin y Mathilda vienen por ahí —dijo Karl con una gran sonrisa. Viktoria se alegró de que el ambiente apesadumbrado se alegrara un poco.

—Serafina y Elise están con los niños —dijo Anton—. No hace falta que las esperemos —añadió, y empezó a llenar las copas.

—Exacto, cuando esos revoltosos por fin se duermen, vendrán a desquitarse —dijo Karl, y saludó con un gesto a Martin y a Mathilda, que acababan de sentarse.

—Muy bien —dijo Judith, y entonces alzó su copa—. Por nuestra familia.

La voz se le quebró. Viktoria se puso en pie y le estrechó el brazo.

—Somos una familia maravillosa, mamá. Y papá siempre estará con nosotros.

Brindaron con el vino espumoso producido en Degerloch, muy apreciado incluso más allá de sus fronteras.

—Increíble —dijo Andrew saboreando el vino—. ¿Cuál es el secreto de este espumoso?

—Se hace a base de peras de la variedad suiza gelbmöstler. El zumo se almacena durante cinco años antes de empezar con la elaboración —explicó Judith—. Lo servimos siempre en ocasiones especiales. La verdad es que hoy se me ha olvidado por completo sacarlo para brindar antes de la cena.

—No ha sido culpa tuya, Judith, sino de Emil y Oscar —aclaró Karl al instante—. Nos han tenido a todos muy ocupados con sus ideas de bombero.

—¡Desde luego! —rio ella.

—Pero a esta hora nuestro «champán de Degerloch» sabe todavía mejor —dijo Anton, y vació su copa de un trago—. ¿Qué me dices, Andrew, tocamos un poco? El domingo pasado antes del concierto nos demostraste de lo que eres capaz.

—¡Oh, yeah, será un placer! Pero ¿tenéis instrumentos?

—Tenemos un salón de música —dijo Viktoria, y entonces se giró hacia la casa—. Vamos a... ¿quién es ese?

—¿Quién? —preguntó Karl.

—Hay alguien ahí, junto a la terraza. —En la penumbra, la joven solo veía una silueta menuda en movimiento recortada contra la luz tenue de las ventanas del salón de música.

El desconocido se acercó lentamente hasta quedar a medio camino entre la terraza y la mesa. Viktoria se quedó helada al reconocerlo.

—¡Padre! —exclamó Mathilda horrorizada.

La mansión Rothmann, a la mañana siguiente, 24 de agosto de 1936

HABÍAN LLEGADO CON perros. Sus ladridos se oían por toda la colina, así como los gritos agresivos de los hombres y los motores de los vehículos que habían pasado por el camino junto a la cabaña. Lo que decían exactamente era incomprensible, pero entendió de inmediato que buscaban a alguien. Alarmado, despertó de su duermevela e intentó orientarse a toda velocidad. Nadie podía imaginarse de dónde había sacado las fuerzas para esconder la ropa de cama como habían acordado y para escapar de la cabaña. Si lo pensaba, todo aquello le parecía irreal: cómo había huido, aturdido, a plena luz de la tarde a través de los viñedos y del bosque, la caída que lo había hecho rodar varios metros por un terraplén y el miedo atroz de que los perros detectaran su rastro. Un miedo que no remitió cuando por fin llegó a casa de los Rothmann y se coló en el jardín. Durante la celebración familiar, se había metido en el laberinto de setos y había descansado un rato en el banco de piedra del centro, pero al oír pasos que se acercaban había huido de nuevo, asustado, abriéndose paso como pudo entre los setos hasta esconderse tras unas coníferas junto al muro exterior. En cuanto se le pasó un poco el susto, se dio cuenta de que tenía que dar a conocer su presencia. No le quedaba elección.

Volvía a yacer en la misma cama de la buhardilla que había abandonado dos días antes y se sentía como si lo hubieran pasado por una picadora. ¿Cuánto podía aguantar un hombre?

No pudo reprimir un jadeo.

—¿Te duele mucho? —preguntó Luise, que había levantado la cabeza. Llevaba desde la noche anterior sentada a su lado, después de limpiarle las heridas y traerle de comer y beber.

—No. Se puede aguantar —se obligó a decir, pues no quería darle aún más motivos para preocuparse.

Luise asintió. Tan buena, tan fiel... Después de todo lo que él le había hecho pasar a lo largo de los años.

—Luise...

—¿Sí?

—Lo siento. Eres mucho más fuerte que yo. —Trató de esbozar una media sonrisa.

Ella asintió y lo miró con aire pensativo.

¿Por qué tenía que haber cosas imposibles de cambiar?

Durante las últimas semanas, Robert se había visto obligado a reflexionar sobre su vida. Había reproducido en su mente escenas e imágenes de su pasado hasta llegar a conclusiones tan dolorosas como las heridas que la huida de la noche anterior le había infligido.

—¿Sabes, Luise? Estaba convencido de estar del lado de los buenos.

Siempre había tenido un sentido de la justicia muy acentuado, y al empezar a trabajar como chico de los recados en casa de los Rothmann muchos años atrás, la diferencia de clase entre el servicio y los señores le había resultado insoportable.

—¿Por qué hay quien tiene mucho mientras otros tienen tan poco? —siguió, aunque le

costaba hablar.

Luise dejó a un lado el libro que estaba leyendo.

—Hay preguntas que no tienen respuestas fáciles. Siempre habrá injusticia. Cada persona es diferente.

—Sí. Pero que haya cosas determinadas por el nacimiento... Quien nace entre riqueza no... no se la ha ganado.

—Hay muchos que trabajan duro para conseguirla. Fíjate en Robert Bosch. Se puede llegar muy lejos trabajando duro.

—Bosch no venía de una familia pobre.

—Pero tampoco de una rica. Y, por encima de todo, se esforzó por convertirse en alguien. — Su esposa alisó con la mano la fina manta con la que lo había tapado—. Vamos a dejarlo aquí. Estás muy débil. Ya hablaremos cuando te encuentres mejor.

—No, Luise, tengo que decírtelo ahora. No te traté bien. Y me gustaría que me entendieras.

—Hay cosas que no entenderé nunca. Durante mucho tiempo estuve convencida de que estabas haciendo algo importante, porque mejoraste las cosas para los trabajadores de Bosch, sobre todo para aquellos que se esforzaban a diario para ganarse el pan. Luchaste por los derechos y la dignidad de los trabajadores. Pero en algún momento dejaste de luchar por las personas y empezaste a hacerlo por... no sé cómo llamarlo. Por una idea. El Partido Comunista te cegó.

—Para mí era el único camino posible. —Robert la miró. Por primera vez desde hacía muchos años, tal vez por primera vez en la vida, vio a la mujer con la que se había casado. Su cara pálida surcada de pequeñas arrugas que irradiaba calidez, y que a la vez relataba innumerables luchas, parecía cansada. La vida junto a él la había marcado. Y, sin embargo, en su interior había una fuerza que él admiraba.

El arrepentimiento amenazaba con engullirlo. ¿Cómo había podido estar tan ciego ante todo aquello que importaba de verdad? Una esposa valiente y una hija inteligente que habían tenido que salir a delante a pesar de él y de su cabezonería. Era capaz de reconocer la generosidad de los Rothmann, a quienes seguía considerando enemigos de clase, pero sin cuya ayuda Luise y Mathilda se hubieran visto condenadas a la miseria. Se había aferrado a discursos y a una ideología que hubiera podido desembocar en una dictadura igual a la de los nacionalsocialistas. ¿Qué hubiera hecho de haber alcanzado el poder? ¿Habría tratado a quienes no encajaban en su visión comunista del mundo de la misma forma horrenda en la que los nazis lo trataban a él? ¿Se lo habría quitado todo a los Rothmann, la fábrica, la mansión, sin parpadear para repartirlo entre quienes creía que sí habían hecho algo para merecerlo? ¿No se hubiera tratado acaso de la misma arbitrariedad cruel?

Se atormentaba con esas preguntas, pero no era capaz de seguir pensando más en ello. Le faltaban fuerzas. Si llegaba a un lugar seguro, si le daban la oportunidad de empezar de nuevo, buscaría la forma de aplicar sus conocimientos para hacer algo bueno por los demás.

Luise le acercó un vaso de agua. Un gesto sencillo y, sin embargo, de un valor inmenso.

—Gracias.

Llamaron a la puerta. Ella se levantó a abrir.

—¡Vicky! ¡Mathilda!

—Tenemos una propuesta que haceros —dijo Viktoria en voz baja antes de cerrar la puerta.

—¿Está muy furiosa su señora madre? —preguntó Robert con cautela.

—Pues sí. Está decepcionada porque no le dijimos nada —respondió Viktoria—. Y la

entiendo. Pero ahora no se puede cambiar lo que hicimos y, además, yo lo volvería a hacer.

Mathilda se acercó a la cama de Robert.

—Saldréis mañana por la noche en tren. El señor Miller os acompañará.

—¿El señor Miller? —preguntó Luise extrañada—. Pensaba que Karl...

—No, Karl no —replicó Mathilda—. Si han recibido algún soplo de que hay un fugitivo oculto en los viñedos y esa es la causa de la batida de ayer, el riesgo de que sospechen es demasiado grande. Sobre todo, si alguien de la familia se marcha. Y además, teniendo en cuenta que tenéis pasaportes suizos, pero no habláis en alemán de Suiza.

—Anoche estuvimos mucho rato hablando —siguió Viktoria con decisión—. El señor Miller se ofreció a ir con ustedes. En su compañía, lo más probable es que no los sometan a tanto escrutinio. Y, en el peor de los casos, puede resultar una buena maniobra de distracción.

Luise negó con la cabeza.

—No quiero que se arriesgue de esa manera.

—No tenemos muchas alternativas. Habíamos pensado en camuflaros entre un grupo de viajeros suizos, pero no nos queda tiempo para organizarlo.

Luise miró a Robert.

—¿Te ves con fuerzas?

Su marido se incorporó.

—No queda otra. Nos vamos de viaje.

—Esta misma tarde acompañaré al señor Miller al consulado de Estados Unidos —dijo Viktoria—. Aprovecharemos para acercarnos a la estación y comprar los billetes. Espero que todo vaya bien.

La fábrica de chocolate, 25 de agosto de 1936

VIKTORIA ESTABA PREOCUPADA. Por más que Andrew le hubiera prometido que iría con cuidado, esperaba con impaciencia que la llamara, tal y como habían convenido, para anunciarle que Robert, Luise y él habían llegado bien a Zúrich. Pasaría un par de días allí con los Fetzer para ayudarles a encontrar una habitación, y Luise también tendría que buscar trabajo.

Pero ¿conseguirían salir los dos del país? A Viktoria no solo le preocupaba que las autoridades suizas pudieran reparar en aquel matrimonio alemán y entregarlos. Lo que más la inquietaba era que Luise Fetzer se viera obligada a cuidar del marido de quien vivía separada desde hacía años. Quería encontrar empleo como empleada doméstica o costurera, pero eso distaba de ser lo que todos deseaban para ella. Mathilda se alegraba de que su madre pudiera abandonar el país y ponerse a salvo, aunque sabía que su futuro no quedaría resuelto en absoluto. Luise se había ganado una vida en la que pudiera decidir por sí misma.

—¿Vicky? —Su madre se le había acercado—. ¿Te has encargado de cerrar el contrato de suministro de cacao con los holandeses?

—Sí, aunque no son cantidades muy significativas y hemos pagado un precio exorbitante. Pero, a pesar de todo, nos las traerán a principios de la semana que viene.

—Menos mal, así podemos seguir con la producción —dijo Judith mientras ponía una mano en el hombro de su hija—. Te echaré de menos, Vicky.

La joven tomó la mano de su madre.

—No quiero dejarte sola, mamá. Aquí puede pasar cualquier cosa.

—Y precisamente por eso tienes que irte.

—Ay, mamá.

—¿Tienes ya el pasaje del barco?

—Sí. E iré a recoger el visado el próximo martes.

—Muy bien —suspiró Judith—. Nuestro camino es incierto. Solo de pensar en la forma en la que echaron a Karl y Elise de su fábrica siento terror. —Tras un último apretón en el hombro de su hija, regresó al escritorio—. Es posible que Estados Unidos sea el futuro para Chocolates Rothmann. Por eso este viaje es tan importante.

Viktoria asintió.

—Lo haré lo mejor posible, te lo prometo.

—Lo sé. Y si Andrew Miller resulta ser tan de fiar como parece, tengo un buen presentimiento. —Agarró una carpeta—. Te he dado plenos poderes, Vicky, y a Isaak Stern le extenderemos un poder general. Así tendrás capacidad de decisión.

Viktoria se levantó para abrazar a su madre.

—Aprecio mucho tu confianza, mamá. Y si me necesitas de vuelta en Stuttgart en cualquier momento, me mandas un telegrama, ¿de acuerdo?

—Así lo haré. Pero haces bien en estar ilusionada con el viaje. Sé que ansías ver mundo.

—¿Tanto se me nota?

—Conozco bien a mi hija —respondió con una sonrisa.

La chica también sonrió.

—La verdad es que me alegro de que Elise y Karl estén aquí para apoyarte —dijo—. Al menos al principio.

—Sí, serán una gran ayuda. Antes que nada vamos a tratar de retirar algunos de los fondos y valores de la empresa. Así, si finalmente se produce la adquisición, tendremos algo con lo que vivir.

—¿Piensas irte a Suiza en algún momento? Sé que Karl se lo está pensando en serio, y la abuela también habla constantemente del tema. Georg ya está vendiendo todo lo que tiene en Múnich.

—Sí, es una posibilidad, desde luego. Anton y Serafina también lo tienen en mente.

—Para ellos, Nueva York también es una posibilidad... Y para ti también —suspiró—. Me cuesta creer que nuestra familia pueda repartirse a los cuatro vientos.

—A mí tampoco me gusta pensarlo, Vicky, pero hay que ver las cosas como son. Todo este asunto con Robert Fetzer me ha enseñado una lección. Mira...

El teléfono empezó a sonar.

—Podría ser Andrew —exclamó Viktoria, y corrió a descolgar.

Era, efectivamente, una llamada internacional desde Zúrich. Viktoria se quitó un peso de encima cuando Andrew la informó de que habían cruzado la frontera sin problemas. No dijo nada más, pues debían contar con que tenían los teléfonos pinchados.

—Una preocupación menos —dijo Judith.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien. Los Fetzer están a salvo y ahora todo será más fácil también para Martin y Mathilda. Tal vez ahora Martin vuelva a ser el de siempre.

—¿Tú también te has dado cuenta de que ha cambiado?

—Sí. A menudo parece enfrascado en sus pensamientos. No lo reconozco.

Judith asintió.

—Esperemos que recupere su alegría.

—Voy a pasarme por la cocina de pruebas —dijo Viktoria mientras se alisaba las arrugas del vestido—. Tengo en mente hacer un chocolate blanco.

—¿Chocolate blanco? ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Por una cosa que me dio a probar Trude Schätzle.

—Pues nada, vete a experimentar. ¡Ya tengo ganas de verlo!

Viktoria echó un último vistazo a su escritorio y se puso en marcha hacia la cocina de pruebas. Y mientras mezclaba leche en polvo, azúcar, manteca de cacao y vainilla, de repente se acordó de Luc. ¡Era una posibilidad! ¿Acaso no habían acordado una palabra clave en su última noche juntos en Voiron? *Chocolat*. Tenía que escribirle un telegrama. Seguro que él encontraría la forma de ponerse en contacto con ella, o con Mathilda si, para cuando respondiera, ella ya andaba de camino a Estados Unidos. Luc podría llevar a Luise Fetzer a Voiron, en Bonnat siempre había mucho que hacer. Allí la madre de Mathilda podría comenzar de nuevo.

Aliviada, Viktoria se concentró en los ingredientes que tenía en el cuenco. La pálida creación de chocolate que consiguió tenía un color prometedor, pero la consistencia dejaba que desear. Era una masa grumosa y pegajosa que se negaba a someterse a cualquier molde. Además, cuando probó su experimento, hizo una mueca. Era demasiado dulce.

Aquella creaci3n estaba resultando m1s dif3cil de lo que se hab3a imaginado, pero no pensaba rendirse. Har3a un chocolate blanco m1s fino y cremoso que cualquier otro que existiera en el mercado. 3Acaso Andrew no le hab3a prometido que tendr3a carta blanca en el departamento de desarrollo de SweetCandy? Aquella era una oportunidad que pensaba exprimir al m1ximo.

A bordo del SS Manhattan, 16 de septiembre de 1936, por la tarde

LAS NOCHES A bordo eran preciosas. Viktoria sentía el corazón libre y grande cuando, a la hora de la cena, el sol por fin se ponía en la amplitud infinita del horizonte y arrancaba reflejos luminosos a las crestas de las olas para despedirse con la promesa de un nuevo amanecer.

Así se sentía también en su última noche a bordo del SS *Manhattan*. El mar la invitaba a soñar en su rielar infinito, todas las dificultades parecían muy lejanas en la tierra de nadie, entre dos continentes. Le resultaba inimaginable que su viaje fuera a terminar. Los días pasados habían sido demasiado intensos, demasiado impresionantes y llenos de momentos maravillosos al lado de Andrew. ¿Cómo sería todo cuando volvieran a estar en tierra firme?

—¿Te sientes melancólica?

Aunque lo esperaba, la embargó una sensación de bienestar al oír aquella voz a su espalda. Miró por encima del hombro y se giró despacio hacia él. Estaba irresistible con su esmoquin, cuyo corte resaltaba el cuerpo de muslos estrechos y hombros anchos.

—Sí, algo melancólica. —Viktoria se apoyó en la baranda y él se le acercó y se quedó pegado a ella. El cosquilleo que sentía en la piel se volvió más intenso—. Pero, al mismo tiempo, ardo en deseos de ver Nueva York —añadió en voz baja.

Él recorrió su cara con la mirada y se detuvo en los rizos recogidos en un moño suelto. Viktoria sabía que estaba muy guapa con la piel tostada por el sol y el vestido de satén color crema largo hasta los pies que le abrazaba el cuerpo.

—No hago este cumplido a menudo, Viktoria, pero estás... arrebatadora.

La joven bajó la mirada en un gesto nada habitual en ella. Andrew se dio cuenta y le ofreció la mano.

—¿Me acompañas a la cena de despedida? Será un honor tener a una mujer tan hermosa a mi lado.

Ella asintió y tomó la mano que le ofrecía. A continuación se dirigieron al comedor del barco.

LA GRAN ESTANCIA, que habían decorado para la ocasión, tenía una iluminación festiva. De las paredes y la galería que rodeaba la sala colgaban guirnalda de rosas y cristales relucientes. Sobre las mesas, junto a unas flores delicadas y una vajilla y una cubertería exquisitas, unos farolillos daban una nota de color.

Andrew condujo a Viktoria a la mesa número dos, en la que habían tomado todas las comidas durante el pasaje. El matrimonio mayor que los había acompañado ya estaba sentado y los saludó con cortesía. Para disgusto de Viktoria, Isaak Stern cenaba en otro comedor.

El murmullo de las conversaciones recorría el salón a medida que se llenaba con los pasajeros de primera clase que acudían a disfrutar de su última cena a bordo. A algunos de ellos

Andrew y Viktoria los habían conocido cuando la travesía ya casi tocaba a su fin, como el profesor de música ruso que se ponía como una furia cuando jugaba al tejo y algún otro jugador sacaba su disco de la diana. O el ingeniero estadounidense de raíces húngaras que había viajado por todo el mundo y que, después de un par de copas en el bar, se ponía a recitar trágicos poemas de amor con lágrimas rodándole por las mejillas. La nota de emoción la había puesto *lady Duffeley*, una excéntrica mujer inglesa que siempre iba muy maquillada y que jamás se dejaba ver sin su gato de angora, por el que afirmaba haber pagado un pasaje como si se tratara de una persona. Esa noche, el felino gris también estaba sentado en una silla junto a su propietaria y miraba con seriedad mientras manifestaba su aburrimiento golpeando el asiento con el rabo.

La banda de viento del barco afinaba sus instrumentos con discreción y se preparaba para amenizar la velada.

—Esta cena será espectacular —dijo Andrew con una sonrisa—, ya lo verás.

—Tengo muchas ganas. Pero, por otro lado, casi se me antoja cruel pasar una velada así mientras en casa pueden estar sucediendo cosas terribles.

El joven se puso serio.

—Es normal que pienses así. Pero estoy seguro de que tu familia se alegra de que estés disfrutando.

—Eso seguro. —Esbozó una sonrisa tímida—. Como también lo es que no entenderían que me ponga tan agorera.

—Vamos a disfrutar y a estar agradecidos. —La miró a los ojos—. Para mí esto es un regalo.

—Sí, tienes razón. Estar agradecido es mucho mejor que tener mala conciencia.

—No podemos cambiar gran cosa de los grandes acontecimientos del mundo, pero podemos intentar hacer el bien y esforzarnos al máximo en todo lo que podamos.

Viktoria asintió.

—Como hiciste en el terrible trance con Robert y Luise. Creo que ni siquiera sospechas lo mucho que nos ayudaste a todos.

—Pues claro que quise ayudarlos, para mí era un riesgo asumible. Si los nazis me hubieran encerrado, se hubieran metido en un apuro diplomático.

—Aun así...

Uno de los camareros que vestía uniforme blanco y negro se acercó a su mesa.

—Buenas noches, espero que hayan tenido un buen día. ¿Les gustaría beber algo antes de cenar?

—¿Te apetece tomar algo, Viktoria? ¿Champán?

—Sí, por favor.

—Tomaremos champán, por favor —pidió Andrew.

—Estupendo, señor.

Sus compañeros de mesa también pidieron champán y se pusieron a hablar en inglés en voz baja. Los dos eran estadounidenses, vivían en Filadelfia y regresaban después de visitar a unos parientes en Alemania. Se habían mostrado siempre educados y corteses, así que en las horas de las comidas de la última semana había reinado siempre un ambiente distendido y agradable.

Poco después, cuatro flautas de champán llenas de un líquido dorado y perlado de burbujas llegaban a la mesa mientras en el resto del comedor se servía también el aperitivo. La sala se oscureció progresivamente hasta que se leyeron unas letras luminosas que decían «Till we meet again» (*Hasta que volvamos a vernos*) escritas con incontables farolillos sobre la pared. Las conversaciones enmudecieron.

En el silencio expectante, la banda arrancó con los primeros compases de la sentida canción del mismo título, que hizo que a Viktoria se le pusiera la carne de gallina en los hombros y los brazos.

Smile while you kiss me sad adieu
When the clouds roll by, I'll come to you
Then the skies will seem more blue
Down in lovers lane, my dearie
Wedding bells will ring so merrily
Every tear will be a memory
So wait and pray each night for me
Till we meet again^[1]

La bellísima letra de la canción llenó la sala, y aunque hablaba de dos enamorados, Viktoria pensó en la familia que había dejado en Stuttgart, en su madre, en Martin y en Mathilda. En sus tíos y sus respectivas familias, en Gerti y el resto de los empleados de la Mansión de los Chocolates. Lo que sentía por ellos también era amor.

Con el último acorde de los instrumentos, las luces volvieron a encenderse. Conmovida por el aire melancólico que había adquirido la velada, se secó una lágrima.

A continuación, la banda atacó una pieza alegre y rápida, y cuando el capitán del *SS Manhattan* entró en la estancia, lo recibieron con aplausos. En su breve discurso agradeció a los pasajeros su confianza y a Dios el trayecto seguro y tranquilo, deseó a los presentes lo mejor y una noche inolvidable y concluyó su intervención con las palabras:

—*Until we meet again*, a bordo del *SS Manhattan*!

El tintineo de numerosas copas de cristal se propagó por el comedor.

—Qué buena idea fue viajar a Alemania hace casi dos meses —dijo Andrew en voz baja mientras chocaba con cuidado su copa con la de Viktoria—. Me siento como si todo me hubiera llevado a conocerte.

Ella notó que se le arrebolaban las mejillas. Quería responder, pero le fallaba la voz, así que asintió con la esperanza de que sus ojos dieran a entender que a ella le pasaba lo mismo.

Mientras se servía el primer plato, la banda se mantuvo en segundo plano con un agradable trasfondo musical. Viktoria inspeccionó las viandas dispuestas en el plato: melón, salmón ahumado, peras asadas y anchoas, entre otras delicias.

—Esta semana has aprendido mucho sobre SweetCandy —dijo Andrew mientras desplegaba la servilleta blanca y se la colocaba sobre las rodillas—. Si no me ando con cuidado, te harás con la dirección de la empresa a la primera de cambio.

—Es muy posible. En mi familia, las mujeres tenemos predilección por los puestos de responsabilidad —respondió con una sonrisa pícaro mientras probaba la pera especiada—. Está exquisita.

—La cocina de a bordo es deliciosa —dijo Andrew antes de retomar el intercambio jocoso—. ¿Considerarías al menos dejarme algún puesto insignificante en la producción para que pueda ganarme la vida?

—Me lo pensaré —respondió Viktoria con un guiño, tras lo cual vació su copa de champán. El solícito camarero volvió a llenársela con el contenido de la botella que descansaba dentro de una cubitera plateada en la mesa auxiliar.

Andrew brindó de nuevo.

—¡Por las maravillosas mujeres de la familia Rheinberger!

Tras los entremeses siguió una sopa de tomate preparada a la perfección, aromática y nada ácida.

—Estos días me has permitido aprender mucho sobre tu empresa —dijo Viktoria mientras metía la cuchara en el líquido de un rojo brillante que relucía en el plato de porcelana—. Te agradezco tu confianza.

—No tengo elección —replicó Andrew—. Ahora entiendes la seriedad de la situación.

—Sí, la prórroga del préstamo apenas supone un pequeño alivio.

—Así es. Dentro de pocas semanas nos veremos obligados a suspender los pagos.

—¿No puede tu abuelo adelantarte algo de dinero?

—La mayor parte de su fortuna está ligada a activos inmobiliarios y otros valores. Tendría que vender algo para obtener liquidez, y eso le da miedo.

—Pero si quiere que la empresa siga en tus manos, no le quedará más remedio.

—Le preocupa desperdiciar aún más dinero. Hasta que no averigüemos las causas precisas de la crisis, no volverá a invertir.

—Es comprensible. Entonces vamos a tener que investigar —replicó Viktoria, que sentía una ambición cada vez más grande.

—Eres una mujer asombrosa —dijo el joven muy serio—. Cuando llegué a Stuttgart, lo único que me importaba era evitar que os quedarais con SweetCandy, pero ahora tengo la sensación de que no somos rivales, sino que en ti he encontrado una mano amiga que me ayudará a enfrentarme a las fuerzas que quieren perjudicar a mi empresa.

—Yo... No sé qué decir, Andrew. Tu confianza significa para mí mucho más de lo que imaginas. Por más que quiera a mi familia y nos llevemos bien, mostrar la propia valía en la empresa en la que te has criado es muy difícil.

—Me quitas las palabras de la boca. Yo me he sentido igual durante mucho tiempo. —Andrew se detuvo unos instantes, como si reflexionara—. Hay otra cosa que debes saber: tengo una prima, Grace —siguió con un titubeo—. Ella también trabaja en SweetCandy.

—¿Una prima? ¿Y cuál es su función?

—Está involucrada en muchos ámbitos, pero se encarga sobre todo de la contabilidad y las finanzas.

—Entonces es la figura más importante de la empresa después de ti, ¿no?

—Y después del director de producción, sí. Grace es la hija ilegítima de la hija de mi abuelo, mi tía, que vive en Boston. Grace se crio allí. Se presentó en Nueva York el día que cumplió veintiún años y exigió a mi abuelo que le diera trabajo en SweetCandy.

—¿Es que no tenía previsto hacerlo?

—De entrada, no. Mi tía y mi abuelo siempre tuvieron una relación conflictiva.

—Pero eso no es culpa de Grace.

—Yo opinaba lo mismo, y por eso intercedí en su favor ante mi abuelo.

—Eso dice mucho de ti, Andrew. Ya tengo ganas de conocerla. ¿Qué tal os lleváis?

—Bien. Es muy ambiciosa y tiene muchas ideas. El único problema es que le echa en cara constantemente al abuelo que la pasara por alto al traspasarme SweetCandy a mí en exclusiva.

—La entiendo. No es justo, la verdad.

—Tal vez no. Pero antes quería ver cómo era colaborar con ella. En cuanto superemos la crisis, podremos hablar de repartirnos el pastel.

Entre tanto llegó el plato de pescado: un salmón tierno como la mantequilla con unas setas *au*

four y una salsa bearnesa que maridaban a la perfección.

A Viktoria le vino a la mente una pregunta que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza, pero que no se había atrevido a formular:

—Me gustaría preguntarte... qué hay de tu padre. ¿Ignoró tu abuelo a propósito a sus hijos a la hora de repartir la empresa?

—En el caso de su hija fue una decisión deliberada, ya que ella mostraba poca inclinación a responsabilizarse del negocio. Ahora mismo desconocemos los pormenores de sus circunstancias. Mi padre, en cambio...

—No hace falta que me lo cuentes —intervino Viktoria rápidamente al ver que Andrew titubeaba.

—Sí, te lo voy a contar —replicó él—. Mis padres fallecieron hace muchos años en un accidente de coche.

—¡Oh, no! —Afectada, dejó el tenedor sobre la mesa—. Lo siento mucho. ¿Cuántos años tenías?

—Cuatro.

—Ay, Dios mío, eras muy pequeño.

Él asintió.

—Mis abuelos me acogieron y me criaron.

—Entonces tu relación con tu abuelo es muy diferente a la de Grace.

—Sí. Él fue como un padre para mí.

—Tuviste mucha suerte.

El camarero retiró los platos.

—Por un lado sí, fue una suerte. —Dio un sorbo del vino blanco que había pedido con el pescado—. Pero por el otro, no tanto. El abuelo es muy autoritario y está acostumbrado a mandar. Siempre fue muy exigente conmigo, además de esperar mi eterno agradecimiento. Mi abuela siempre se encargó de suavizar un poco la presión, pero tras su muerte hace diez años, la situación se volvió insoportable para mí.

—¿Te resististe?

—Por supuesto. Pero estaba entre la espada y la pared, dependíamos el uno del otro. Y por eso traté no de vencerlo, sino de convencerlo.

—¿Y lo conseguiste?

—Unas veces sí y otras no. Como con todo en la vida.

—La gente puede cambiar. Tengo buenos recuerdos de mi abuelo paterno, y también del padre de mi madre. Pero por lo que he oído, también era un déspota, hasta el punto de que mi abuela lo dejó por ese motivo.

Andrew asintió.

—Tal vez sea un problema generacional, ¿quién sabe? Tiene más de ochenta años. —Se frotó las sienes en un gesto reflexivo—. No me quejo. Estoy seguro de que lo hizo lo mejor que pudo. Me confió su empresa, pero me hizo sufrir. A pesar de todo, estamos en paz. Lo más importante es que las malas experiencias se quedan donde les corresponde: en el pasado. Tenemos toda la vida por delante y nuestro destino está en nuestras manos —añadió con una media sonrisa, tan pícara como jovial. Viktoria se hubiera lanzado gustosa a sus brazos. Entonces él concluyó—: Así que vamos a mirar hacia delante ¡y a disfrutar del siguiente plato!

DESPUÉS DE LA cena de despedida, Viktoria y Andrew salieron a dar un paseo por la cubierta superior. Había refrescado y, cuando él se dio cuenta de que su acompañante tenía frío, se quitó la americana y se la puso sobre los hombros.

Ella disfrutó del calor que desprendía la prenda y del aroma a loción de afeitado que la envolvió.

—Me cuesta creer que mañana estaremos en Nueva York —dijo arrebuajándose en la chaqueta.

—Vas a descubrir un mundo totalmente nuevo —respondió Andrew—. Y me alegro mucho de ser yo quien te lo muestre. El hotel que elegí para ti se encuentra cerca del Washington Square Park, no muy lejos de mi apartamento —dijo con un guiño—. Tu madre me dijo que no te quitara el ojo de encima.

Viktoria se echó a reír.

—Ya imagino. Sabe que soy muy curiosa y que siempre voy en busca de aventuras. ¿Te has encargado también de buscar alojamiento para el señor Stern?

—No, de eso se ha ocupado tu tío. Stern se alojará cerca de la fábrica de pianos.

—Apenas lo hemos visto durante el viaje —lamentó la chica.

—Creo que tenía mucho que hacer. A ti también te espera mucho trabajo —explicó Andrew—. Pero tengo su dirección en Nueva York.

Se inclinaron sobre la barandilla para contemplar el agua entre dos botes salvavidas. La noche había tendido un manto de oscuridad sobre las aguas, y las luces deslumbrantes del SS *Manhattan* se reflejaban sobre las olas mientras el barco avanzaba imperturbable por aguas del Atlántico en su recorrido por las tres mil quinientas millas náuticas que separaban Hamburgo de Nueva York.

—Somos como una estrella en la inmensidad —dijo él, que estaba justo detrás de Viktoria, tan cerca que sentía el cuerpo de ella pegado a la espalda.

—Es una metáfora muy apropiada. —Viktoria casi ni se atrevía a moverse por miedo a romper la magia del momento.

—¿Bailamos? —le preguntó al oído.

—Sí... me encantaría.

—Ven. —Él la tomó de la mano.

Cambiaron la cubierta superior por la cubierta de paseo, llena de tumbonas de madera, hasta llegar a uno de los clubs nocturnos de a bordo. Una amplia escalinata conducía a una sala moderna y opulenta, donde la luz mortecina iluminaba de refilón el humo de los cigarrillos. La tapicería clara contrastaba con el mobiliario de madera oscura, y grandes pinturas con motivos asiáticos decoraban las paredes.

Andrew llevó a Viktoria a la barra y pidió dos Sidecars. Observaron al barman mientras preparaba con manos ágiles los cócteles de coñac, Cointreau y zumo de limón recién exprimido,

los adornaba con piel de naranja y los dejaba sobre la barra.

Ella levantó su copa.

—¡Por Nueva York!

—¡Por ti! —Andrew chocó su copa con la de Viktoria.

Ella dio un sorbo.

—Mmm. ¡Está muy rico! ¡Qué refrescante!

—¿No lo habías probado nunca?

—No, apenas he bebido cócteles hasta ahora.

—Pues me alegro de haber elegido bien.

Pasaron un rato contemplando a la gente que se divertía en la pista de baile. Una *big band* tocaba alegres piezas de *swing*.

—¿Nos atrevemos? —preguntó Andrew cuando vio que su copa al fin estaba vacía—. Hay mucha gente, pero...

Ella dejó el vaso sobre la barra.

—Para mí no hay mucha gente. Me encanta bailar.

Andrew también dejó su copa y le tendió la mano.

—En ese caso, ¿me permites?

Se mezclaron entre el resto de bailarines y se dejaron llevar por la atmósfera relajada. Al cabo de poco, las miradas que cruzaban se volvieron más profundas y cargadas de significado, y cuando la música cambió a una canción más lenta de Freddy Martin and his orchestra, Andrew la tomó con afecto entre sus brazos.

Empezó a sonar *A Melody from the Sky*.

Viktoria disfrutó de tenerlo cerca mientras él la conducía, seguro y cariñoso, por los compases de aquella melodía sensual y exultante. Se sentía como si no hubiera nadie más. Dos personas que estaban en sintonía entre ellos y con la música, unidos por los caminos caprichosos del destino e impulsados por la misma esperanza en un futuro al que dar forma con sus propias manos.

Y más tarde, esa misma noche, cuando la última nota hubo enmudecido y Andrew la miró con una pregunta tácita en los ojos, Viktoria lo siguió a su camarote sin dudarlo, llena de una ilusión nerviosa por lo que iba a pasar.

UNA LÁMPARA DE pie iluminaba el camarote de Andrew con una luz suave. En sus ojos grises se leían el afecto y el deseo, pero también un respeto atento. El contacto de su mano sobre la espalda hacía que Viktoria se sintiera protegida y excitada a la vez, y el corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. La tomó del brazo con un ansia apenas reprimida, anhelante y tierno. Ella cerró los ojos.

Le puso las manos en las mejillas, inclinó la cabeza hacia arriba y cuando sus labios se encontraron en un primer beso muy suave, Viktoria se estremeció.

—¿Estás segura de que...? —preguntó él suavemente sin separarse de su boca.

En lugar de responderle, se pegó a él y lo agarró de la nuca.

Fue todo cuanto él necesitaba para volver a tocar sus labios con los suyos. Viktoria se abrió ante él, le mostró lo mucho que lo deseaba, y la tensión que se había acumulado entre los dos a lo largo de las últimas semanas estalló sin remedio.

Él apartó de sus hombros los tirantes del vestido, que, sin nada más que lo sujetara, resbaló

hasta sus muslos. Viktoria percibió su admiración cuando contempló los pechos desnudos y los acarició con los nudillos, y la alegría ante su reacción. Gimió suavemente mientras él dibujaba un sendero de levísimos besos desde la boca de Viktoria, pasando por el cuello y hasta llegar a la clavícula, para después volver a los labios y, al final, empujarla con delicadeza hacia la pared del camarote. Entre jadeos, apoyó un brazo junto a la cabeza de ella, apoyó la frente en la suya y, con la mano libre, le acarició la cintura y las caderas, hasta que el vestido de noche cayó al suelo sin que pudiera reprimir un suspiro.

Viktoria sintió un temblor en todo el cuerpo cuando él la tomó en los brazos para llevarla a la cama. Sin dejar de mirarla a los ojos, se quitó la americana, se aflojó la corbata y el cuello de la camisa y arrojó ambas cosas sobre una silla junto a la cama. Cuando se desprendió de las últimas prendas de ropa, Viktoria sintió que nunca se cansaría de contemplar su cuerpo escultural. Él la acariciaba con la mirada mientras se tumbaba a su lado. Las manos resbalaban sobre la piel desnuda y expresaban con el tacto lo que no se podían decir con palabras.

Y así se mostraron su amor, despacio y con cuidado. De los labios de Viktoria salieron innumerables suspiros de deseo, que se mezclaron con los jadeos contenidos de Andrew mientras el ritmo de sus cuerpos los llevó hasta el punto en el que el presente se fundía con la eternidad.

LOS PRIMEROS RAYOS del sol entraron por el ojo de buey y despertaron a Viktoria con un cosquilleo. Yacía en los brazos de Andrew. Se sentía agotada por lo sucedido la noche anterior y, a la vez, colmada de energía y alegría. Contempló arrobada a su enamorado, cuya cabeza reposaba en su hombro. Tenía el pelo revuelto, una sombra de barba en las mejillas y la expresión apacible de quien dormía tranquilo. En un impulso, le acarició la frente.

Andrew volvió en sí con un murmullo, levantó la cabeza y le lanzó una mirada llena de picardía.

—¿Ha dormido bien, señorita Rheinberger?

—Sí, he dormido muy bien.

—Perfecto —dijo él, tomándola entre sus brazos—. Voy a darle un regalo matutino.

—Por favor... —susurró Viktoria antes de que le cerrara los labios con un largo beso y volviera a tenderla sobre las almohadas.

Una hora después, con el chapoteo de la ducha de Andrew de fondo, Viktoria se echó su camisa sobre el cuerpo desnudo, recogió el vestido que llevaba la noche anterior y salió del camarote para meterse disimuladamente en el suyo, al otro lado del pasillo.

La habitación, forrada de madera noble, era igual que la de Andrew y estaba amueblada con una butaca, una mesa, una pequeña cómoda, un secreter y una cama muy cómoda junto a la que cada día le dejaban un ramo de flores en la mesilla de noche. De las paredes colgaban fotografías de diversas ciudades. Se diría que estaba en un hotel de lujo, y no a bordo de un barco.

Viktoria se sacó la camisa de Andrew por la cabeza y enterró la nariz en ella para impregnarse de su olor antes de dejarla sobre la cama. Entonces se dirigió al cuarto de baño contiguo, un lujo casi obsceno a bordo de un transatlántico. Se apoyó con las manos en el borde del lavamanos rectangular de porcelana blanca y examinó su cara en el espejo. ¿Se le notaba que la noche anterior había yacido por primera vez en brazos de un hombre? Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y los labios algo más hinchados de lo normal. Y sus ojos... sus ojos no dejaban lugar a dudas sobre su felicidad. Después de dedicarle una sonrisa a su gemela del espejo, Viktoria se metió en la bañera y abrió el grifo de la ducha. El torrente de agua le hacía cosquillas en la piel, y el jabón de rosas colocado en un cuenco de porcelana desprendía un aroma delicado y agradable.

Se lavó el cuerpo y el pelo, se secó y eligió un vestido veraniego de mangas caídas con un estampado a rayas de color rosa y verde lima. Lo combinó con un sombrero plano de color crema adornado con una cinta de terciopelo rojo oscuro cuya ala ladeada le ocultaba una ceja y le daba un aire de lo más sofisticado.

Entonces llamaron a la puerta. Fue a abrir.

—¿Te apetece un buen desayuno? —preguntó Andrew, que parecía del todo despejado y descansado.

Una hora después

EL EQUIPAJE ESTABA listo, los camarotes bien recogidos. Viktoria y Andrew, junto con muchos otros pasajeros, esperaban en la cubierta superior para presenciar la entrada algo demorada del SS *Manhattan* en el puerto. Una excitación impaciente recorría la multitud, que comentaba las maniobras del barco, se lamentaba por que el viaje llegara a su fin y esperaba con ganas lo que estaba por venir.

Hacía un buen rato que la costa estadounidense había hecho acto de presencia en el horizonte, y poco después el puerto de Nueva York apareció a lo lejos. Los remolcadores les salieron al encuentro y los acompañaron en el tramo final.

—A la derecha verás Coney Island, llena de playas y con un parque de atracciones —explicaba Andrew. Le había rodeado los hombros con el brazo—. Y, a la izquierda, Staten Island.

El barco pasó junto a Liberty Island en su trayectoria hacia Manhattan. El pasaje sacó un gran número de cámaras de fotografiar para immortalizar la primera instantánea de la Estatua de la Libertad, que los saludaba con la antorcha alzada hacia el cielo matutino.

—La estatua representa a Libertas, la diosa romana de la libertad —explicó Andrew—. Pero Bartholdi, el escultor, immortalizó la cara de su madre en la obra.

—Qué gesto tan bonito, acordarse así de su madre.

—¿Ves la cadena rota que tiene en el pie? —preguntó, y le señaló el punto en el que un pliegue del vestido tocaba el pedestal—. Simboliza el fin de la esclavitud.

Viktoria asintió.

—El fin de una época terrible. —Entonces señaló la antorcha—. ¿Y la antorcha es de oro?

—Sí, símbolo de la Ilustración.

—Razón y libertad —suspiró ella—. Son valores que ahora mismo en Alemania se están pisoteando.

—Exacto. Libertad y razón. Deseo que tu país pronto encuentre un camino mejor.

—Yo también. Lo deseo con todas mis fuerzas. —Viktoria regresó a casa en sus pensamientos, con su madre y todos sus seres queridos. Al ver la Estatua de la Libertad se había dado cuenta del cerco que se estrechaba alrededor del trabajo de toda una vida de su familia. ¿Aún tenían futuro en Stuttgart?

—¿Va todo bien, Viktoria? —Andrew la miraba preocupado.

—Sí, sí, por supuesto. Es que estaba pensando en lo que está pasando en casa.

—Lo entiendo perfectamente. Me alegro mucho de que estés aquí conmigo. —Con un suave apretón en el hombro, volvió a mirar hacia la estatua de cobre, cubierta de una pátina verde azulada, mientras pasaban junto a ella—. Su corona tiene siete puntas.

Viktoria agradeció el cambio de tema.

—¿Ese número también tiene un significado especial?

—Representa los siete mares y los siete continentes.

Viktoria inclinó la cabeza para que la mano de Andrew, apoyada en su hombro, le acariciara la mejilla.

—Está todo pensado hasta el más mínimo detalle. La diosa romana de la libertad no podría estar en un lugar más adecuado que ante la costa de Estados Unidos.

—Así es. Lleva cincuenta años sin moverse de aquí —dijo Andrew en un tono que rezumaba amor y orgullo.

El barco aminoró la marcha. Se alzó ante ellos el perfil inconfundible de los rascacielos de Manhattan recortados contra un cielo azul despejado. Una imagen increíble que marcó a Viktoria hasta lo más hondo. La luz del sol arrancaba destellos a las miles de ventanas de los rascacielos mientras el barco entraba en el río Hudson para atracar en el puerto de Nueva York, donde por fin amarró con ayuda de los remolcadores.

AL DESEMBARCAR POR la pasarela de madera detrás de Andrew e Isaak Stern, que se había unido a ellos, y sentir de nuevo tierra firme bajo los pies, Viktoria giró sobre sí misma. Quería ver por última vez el barco en el que no solo había realizado el viaje más largo de su vida, sino también el más importante. Hizo caso omiso del temblor que sentía en las piernas y recorrió con la mirada la inmensa proa negra hasta la cabina de varios pisos y las chimeneas pintadas de azul, blanco y rojo. Recordó los paseos del brazo de Andrew por las distintas cubiertas, bajo el viento y el sol, siempre conversando animadamente; los juegos en grupo del salón, las horas apacibles en las tumbonas de madera de la cubierta de paseo; las divertidas partidas al tejo junto a otros pasajeros o los baños en la piscina de a bordo. Andrew se había retirado varias veces a la gran biblioteca mientras ella daba rienda suelta a su necesidad de movimiento en la cubierta deportiva. Después de esos ratos de separación, siempre habían vuelto a juntarse para trabajar en el futuro de SweetCandy.

Viktoria miró a Andrew y le sonrió. Él le ofreció el brazo.

—*Welcome to New York*, Viktoria —dijo—. Bienvenida a mi país.

La fábrica de chocolate en Stuttgart, 22 de septiembre de 1936

—Sí, POR SUPUESTO, señor Lindemann. Recibirá el suministro lo antes posible —dijo Judith, que trataba de mantener la calma mientras su cliente se alteraba cada vez más.

—Señora Rheinberger, se lo dije, así no puedo seguir. Si el pedido no nos ha llegado el sábado, ¡voy a anularlo todo!

—Haré... Haré todo lo posible. Denos un par de días más. Esperamos que...

—Sí, ya, ya, esperan que las habas de cacao les lleguen en breve. Ya es la tercera vez que me lo dice. Sin ánimo de ofender, pero sin su marido, Chocolates Rothmann ya no es lo que era. Los pedidos no se entregan con puntualidad y, cuando llegan, no están completos. No sé cuál es el problema de su empresa, pero a mi modo de ver está usted desbordada. Bueno, ya se lo he dicho. El sábado. De lo contrario, buscaremos otro fabricante de chocolate para nuestros pedidos.

Se oyó un clic. Lindemann había colgado.

Judith también dejó el auricular en la horquilla y enterró la cara entre las manos. Sabía que el cliente tenía razón. No podían satisfacer la demanda. Y no precisamente debido a una abundancia de pedidos, sino porque no disponían de materias primas y no podían producir.

—¿Judith? —dijo su hermano Karl, que acababa de entrar en el despacho—. Dios mío, Judith, ¿qué ha pasado? —Le pasó un brazo sobre los hombros en un gesto de preocupación.

—Lindemann cancelará su pedido el sábado, dice que no puede esperar más.

—No es el único. Koch, Beyer... Todos nos han dado un ultimátum. —Arrimó una silla y se sentó a su lado—. Tenemos que suponer que si no nos llega el cacao, no es debido a una escasez de materia prima, sino que se trata de algo intencionado.

—Karl... —Judith alzó la cabeza para mirar a su hermano—. ¿De verdad crees que los proveedores nos están boicoteando?

—Sí, eso creo. Además, con solo el proveedor holandés, y eso suponiendo que consigamos uno, no podemos mantener el negocio. Por no hablar de que son demasiado caros y no podemos subir más nuestros precios.

—Lo sé —respondió su hermana titubeante y emitió una profunda exhalación—. Lo sé.

Karl se apoyó en el escritorio.

—Por si fuera poco, nuestro abogado, el señor Bauer, me ha escrito. Nos recomienda presentar una oferta a Creaciones de Chocolate Adler, que de bien seguro esperan que se ejecute la expropiación para quitarnos la fábrica sin que veamos un solo *pfennig*.

—¿Y tú sugieres que nos demos por vencidos? ¿Sabes lo que eso hubiera significado para Victor?

—No es darse por vencidos. Es cuestión de ser razonables, Judith. —Señaló los pedidos en curso y el montón de facturas pendientes que se acumulaban en el escritorio—. Esta batalla no la ganaremos —dijo en tono apremiante—. Hay fuerzas a las que no podemos enfrentarnos.

—¿Tienes idea de lo que me pides? —Se levantó y fue hacia la ventana—. Ahí fuera está

nuestra fábrica, la herencia de nuestro padre y de mi marido. Tú dejaste tu huella en el edificio. ¡Y tu mujer también! Vosotros lo creasteis. Ni siquiera el incendio consiguió destruirnos. ¿Y tú pretendes que nos... rindamos sin más? —Negó con la cabeza.

—No quiero llamar al mal tiempo, Judith, pero es peligroso. En todo esto hay mucho más de lo que imaginamos.

Judith apoyó la frente en el cristal de la ventana y sintió el frescor húmedo.

—Ya tenemos una oferta, Karl. Hace algunas semanas me escribió un tal Ebben, el propietario de la fábrica de chocolate Hallesche. Le dejé muy claro que no pensamos vender.

—¿Y por qué no me lo contaste? —dijo Karl mientras meneaba la cabeza con incredulidad.

—No se lo conté a nadie. —Cerró los ojos—. No quería ni pensar en ello.

—A ver, Judith, si yo te entiendo. Pero, por otro lado, sabes que no sirve de nada esconder la cabeza como un avestruz.

—Claro que no, Karl. —Se giró hacia su hermano—. Es que todo fue muy repentino. Además, ¿no dijo el señor Bauer que aún tenemos algo de tiempo?

—Trató de impugnar el plazo y alegar defecto de forma, pero no se lo admitieron.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Acabo de hablar con él. Weber va a poner en marcha su plan, ya no es cuestión de meses. Las Olimpiadas nos dieron un respiro, todo el mundo esperaba que la política cambiara gracias a los Juegos, pero nos equivocamos. Ahora los nacionalsocialistas siguen con más ahínco que antes, y quitan de en medio a cualquiera que se interponga en su camino. Es así de fácil. —Respiró hondo—. He alquilado una casa en Suiza. Elise y los niños partirán la semana que viene. Mamá y yo nos quedaremos aquí contigo hasta que resolvamos lo de la fábrica. Por favor, Judith, piensa bien hasta cuándo estás dispuesta a luchar. Y a qué precio.

La mansión Rothmann, esa misma tarde

MATHILDA LLAMÓ A la puerta del despacho. Al no recibir respuesta, giró cautelosamente el pomo. Martin debía de estar allí, después del almuerzo le había dicho que quería ponerse al día con la correspondencia.

Mathilda había pasado la tarde dando un paseo por el bosque con Oscar para inspeccionar con una lupa todos los bichos que se habían encontrado, tras lo cual se habían sentado bajo el manzano a echar una partida de Atrapa el sombrero y tomarse una taza de leche fría con cacao. Y, después de devolver al pequeño al cuidado de su madre, quería preguntarle a Martin si le apetecía acompañarla al cine.

Abrió despacio la puerta del despacho.

—Gracias, señor, perfecto. Llegaré el uno de octubre.

De pie junto al escritorio, Martin sujetaba el auricular del teléfono. Mathilda se disponía a cerrar la puerta de nuevo cuando él advirtió su presencia y le indicó por gestos que entrara.

—Sí, de acuerdo, firmaré el contrato en París. Muchas gracias, hasta pronto. —Colgó—. Era mi profesor de piano de París.

—Ah...

—Hace algunos días me puse en contacto con él para preguntarle si podía conseguirme alguna actuación.

La joven sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí. —Martin pareció darse cuenta de su inseguridad—. Mathilda, eso en ningún caso significa que las cosas vayan a cambiar entre nosotros. Todo lo contrario. Si quiero alimentar a una familia, voy a tener que trabajar.

Ella asintió.

—Nos reuniremos en cuanto sea posible.

Deseaba alegrarse por él. Era estupendo que le salieran actuaciones, sobre todo cuando en Alemania apenas recibía ofertas aceptables. Pero sentía que la tristeza se abatía sobre ella.

Miró por la ventana abierta hacia el jardín, donde Hélène, la abuela de Martin, trabajaba en una pintura de gran formato.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera?

—Todo el invierno. En cuanto tenga los medios para mantenernos de forma desahogada, vendrás conmigo.

Stuttgart sin Martin era algo que Mathilda no quería ni imaginarse, más aún cuando no tenía nada que hacer. Echaba una mano de vez en cuando en la fábrica de chocolate, pero ella era jurista, había invertido mucho tiempo y energía en sus estudios. Le costaba aceptar que tal vez nunca podría practicar el oficio.

—Mathilda. —Martin dio la vuelta al escritorio y la abrazó—. Creo que te preocupas sin motivo. Encontraremos una solución.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó sobre su pecho.

—Eso espero.

Oyeron pasos en el pasillo.

—Creo que tenemos visita —dijo Martin con una sonrisa mientras la soltaba.

Justo entonces se abrió la puerta y entró Judith con una carpeta bajo el brazo.

—¿Ah, estabais aquí?

—Sí, estaba al teléfono con París. Tengo un contrato allí a partir del uno de octubre.

—¿En serio? —Judith se mostró igual de sorprendida que Mathilda—. Eso está muy bien, Martin, corren tiempos difíciles. Lo mejor será que te lleves a Mathilda contigo. —Dicho esto, se sentó ante escritorio, en la silla que su hijo acababa de dejar libre—. Enseguida llegarán Karl y...

—Ya estamos aquí —replicó Anton, que en ese momento entró con su hermano.

—Creo que será mejor que nos vayamos, Mathilda —dijo Martin.

—Pues yo creo que es mejor que os quedéis —sugirió Karl—. Esto nos afecta a todos.

Se repartieron entre los diferentes asientos de la estancia.

—¿Vamos a necesitar algo fuerte? —dijo Martin como medida de precaución—. Porque en ese caso voy a servirte una copa ahora mismo.

—Puede ser —dijo Anton.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martin. Mathilda detectó preocupación en su voz.

Judith meneó la cabeza. Karl, solícito, se le acercó, pero fue Anton quien explicó la situación:

—Este mediodía, Karl se ha enterado de que nuestro abogado no ha conseguido aplazar más la expropiación de la fábrica de chocolate. Hará cosa de una hora se presentó el jefe de la sección local acompañado de tres miembros de la SA a informarnos de que la empresa se incautará el dos de octubre, así que tenemos diez días para rezar para que ocurra un milagro... O recoger nuestras cosas.

—¡Dios mío! —exclamó Mathilda.

Martin miró a su madre preocupado.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No hay mucho que podamos hacer —explicó Karl—. Al parecer, la empresa Creaciones de Chocolate Adler incautará el negocio dentro de cuatro semanas para producir chocolate con cafeína.

—Incautará... Eso significa que no van a pagar nada. —Mathilda imaginó los diferentes escenarios posibles. Sintió una ira desatada contra aquel autoritarismo sin límites—. Tengo una idea, Judith —dijo entonces.

—Ah, ¿sí? —preguntó esta con voz inexpresiva.

Martin sirvió un vaso de aguardiente y se lo puso a su madre en la mano.

—Según parece, ya no puede hacerse nada para parar la expropiación —empezó Mathilda, que se había sentado muy derecha—. Pero yo no les dejaría la fábrica de chocolate así como así.

—¿Y qué harías? —preguntó Anton—. ¿Vender?

—Exacto —respondió Mathilda—. Y, además, trataría de averiguar de inmediato en nombre de quién está actuando Weber.

—Eso será difícil —apuntó Anton—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—¿A través del abogado, tal vez? —propuso Mathilda—. Es posible que los superiores de Weber no se preocupen mucho por cubrirle las espaldas. En ese caso, podríamos actuar de forma distinta a como lo haríamos si realmente se tratara de gente influyente.

—Hace tres años hubiéramos podido capear una situación así sin problemas —dijo Judith—. Pero hoy en día...

Karl asintió, comprensivo.

—Nos pasa a todos igual. Anton, ¿hablas tú con el señor Bauer? Será mejor que te lleves a Mathilda contigo.

Su hermano asintió.

—Y en lo que respecta a la compra —Karl se dirigió de nuevo a Judith—, necesitamos dinero para empezar de nuevo. Y en Stuttgart pronto vamos a quedarnos sin capital. Deberíamos intentar sacarlo del país.

—Tal vez tener a Vicky en Nueva York pueda ser nuestra salvación —dijo Mathilda—. Es posible que, con ayuda de Andrew, pueda mover algunas cosas.

—Pero, para eso, antes tendrán que volver a llevar SweetCandy por el buen camino. Y tengo mis dudas de si eso va a suceder, y cuándo —apuntó Anton.

—¡Por favor! —Tranquila pero resuelta, Judith se impuso en la discusión—. En lo que respecta al señor Miller, tengo un buen presentimiento. Y respecto a la fábrica de chocolate... Voy a vender. Mathilda tiene toda la razón y, además, para mí es importante que la empresa quede en buenas manos. Y resulta que ya tenemos un interesado.

SweetCandy Ltd., Nueva York, 23 de septiembre de 1936

EL DEPARTAMENTO DE desarrollo de la fábrica de dulces de Andrew era un paraíso. En su primera visita, Viktoria se sintió en su elemento. Al contrario de la cocina de pruebas de la fábrica de chocolate, las instalaciones de SweetCandy eran enormes y estaban equipadas con tecnología punta, como neveras eléctricas, un lujo que en Alemania no podían permitirse.

El mismo día de su llegada a Nueva York, Andrew había mandado disponer un lugar de trabajo para Viktoria al que acudía siempre que tenía tiempo. Una gran encimera que podía enfriarse o calentarse a placer le daba espacio suficiente para la creatividad, y además disponía de cazuelas, cuencos y cazos de distintos tamaños, bandejas, moldes y todo tipo de utensilios para la elaboración de bombones. De la pared colgaban en ganchos metálicos varillas, cucharones, espátulas y mucho más. Y en medio de la encimera había un fogón eléctrico. Viktoria sentía que se encontraba en el País de las Maravillas de chocolate.

Esa tarde tenía una cita con Isaak Stern y el abogado de Andrew, John Carollo, para debatir las posibilidades de SweetCandy y evaluar los próximos pasos necesarios. Pero Viktoria quería aprovechar la mañana para desarrollar la receta de su chocolate blanco tras los primeros intentos fallidos en Stuttgart.

Se puso un delantal blanco sobre el vestido de algodón azul cielo y se cubrió el pelo con una pañoleta también blanca que se anudó en la nuca. Entonces mezcló los ingredientes. En la fase experimental, trabajaba con cantidades reducidas cuyas proporciones anotaba con gran precisión para que, en caso de éxito, pudiera adaptar la receta rápidamente a una escala mayor.

Pesó el azúcar y lo trituró con el mortero para obtener azúcar glas. A continuación, abrió una vaina de vainilla para sacarle las semillas y llenó un cazo de agua, que calentó en el fogón eléctrico y donde puso al baño María un cuenco de manteca de cacao hasta que se derritió. Con ayuda de las varillas incorporó al cuenco el azúcar glas y leche en polvo y removiò hasta asegurarse de que todos los ingredientes estaban bien mezclados. Al final, vertió la mezcla en un molde de tableta y la guardó en una nevera.

—¡Buenos días, Viktoria! ¡Sí que vienes pronto a trabajar!

Sorprendida, la joven giró la cabeza.

—¡Buenos días, Grace! Sí, Andrew me ha traído.

Se mostraba distante con la prima de Andrew. Aunque la había recibido con los brazos abiertos desde la primera vez que se vieron, no hacía falta que supiera que Viktoria pasaba las noches con él.

—¿Y qué delicia has preparado esta mañana?

—Chocolate blanco.

—¿Chocolate blanco? ¿Es eso posible? El chocolate tiene que ser marrón, ¿no?

—Eso creía yo, pero en realidad es muy sencillo: solo se necesita manteca de cacao y leche en polvo, sin pasta de cacao.

—Parece muy interesante. Ya me contarás si el experimento sale bien, ¿de acuerdo?

—Claro, si sale bien... —respondió mientras se secaba las manos con un paño.

—¿Sabes cuándo será la reunión de hoy? —preguntó Grace, que estaba examinando la superficie de trabajo de Viktoria como si quisiera asegurarse de que estaba bien equipada—. La que tenemos con Andrew, quiero decir.

—A las dos de la tarde —respondió Viktoria mientras dejaba el cazo, el cuenco y los utensilios en el fregadero.

—¿A las dos de la tarde? ¿Estás segura?

—Sí, claro. Andrew me lo ha recordado esta misma mañana. ¿Por qué preguntas?

—¡Oh, Dios mío! —Grace se llevó la mano a la frente—. Creía que era a las cinco. ¡Qué faena! Hoy a primera hora de la tarde tengo una cita con un cliente importante en Nueva Jersey, y ya sabes cómo están las cosas en SweetCandy, no puedo cancelarla.

—¿Es que Andrew no te avisó?

—Sí, sí, claro que lo hizo. Pero estoy segura de que me dijo que era a las cinco, y no a las dos. Debió de confundirse. —Reflexionó un instante—. ¿Puedo pedirte un favor, Viktoria?

—Bueno, si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—¿Podrías tomar notas en la reunión? Así podré ponerme al día después. Espero que no sea una gran molestia para ti.

—¿Te basta si apunto los puntos clave?

—Sí, claro. —Grace le dio un abrazo—. ¡Ay, muchísimas gracias! ¿Puedo pasar a recoger tus notas mañana por la mañana?

A Viktoria la incomodaba la familiaridad con la que Grace se comportaba con ella.

—No sé si podrá ser... —dijo con aire reservado.

—Solo necesito tus apuntes un par de horas para echarles un vistazo. Te los devolveré enseguida.

—Bueno... —No lo veía claro, pero no quería quedar mal con Grace. Su petición, al fin y al cabo, era lógica—. De acuerdo, puedes venir a por ellas mañana a primera hora.

—Muy bien. ¿Estarás aquí o en el despacho de Andrew?

—Lo más probable es que me encuentres aquí.

—Sería ideal, Viktoria. Quedemos aquí a las nueve, así nos encontraremos seguro. Y no hace falta molestar a Andrew con trivialidades protocolarias, ya tiene suficiente que hacer.

—Desde luego. Quedamos, pues, a las nueve.

Al mismo tiempo, en el despacho de Andrew

—¡ELEANOR! —EXCLAMÓ ANDREW sorprendido cuando Eleanor Jarrett entró muy resuelta en su despacho. Su secretaria le dedicó un gesto de impotencia, como si no hubiera conseguido detener a aquella visita tan temperamental.

—¡Andrew! —Eleanor esbozó una gran sonrisa—. Apuesto a que no contabas conmigo.

—La verdad es que no. —Ni contaba con ella ni le alegraba especialmente que se presentara en su despacho sin avisar, y mucho menos a una hora tan temprana—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Para empezar, ofrecerme un cigarrillo. —Eleanor le guiñó un ojo y se dejó caer sobre una de las butacas tapizadas de terciopelo azul dispuestas alrededor de una mesa redonda de caoba en una esquina del despacho.

A Andrew no le quedó más remedio que sacar la pitillera y sentarse a su lado.

—Imagino que no habrás venido solamente a fumarte un cigarrillo...

Ella lo encendió y expulsó el humo con un gesto elegante.

—Claro que no, aunque tenía interés en saber... cómo se siente una al fumar en tu despacho.

—Se rio de su propia ocurrencia mientras paseaba la mirada por la habitación, decorada con gruesas alfombras sobre un elegante suelo de parqué y muebles muy bien escogidos—. ¡Qué bonito!

—¿Qué te trae por aquí? —dijo él en tono seco.

—¿Conoces a Brenda Frazier?

—¿Brenda Frazier? —A Andrew le sonaba haber oído ese nombre alguna vez, pero no recordaba dónde—. No. No en persona, al menos.

—¡Brenda es la debutante de la temporada!

—Bueno, yo no estoy nada al corriente de... la temporada de debutantes. —La alta sociedad de Nueva York, formada por los Vanderbilt y los Rockefeller y toda aquella gente que había conseguido proteger su riqueza durante los peores años de la crisis, le resultaba ajena y antipática.

—Pues a Brenda deberías conocerla —dijo ella haciendo un gesto ampuloso con el cigarrillo—. Porque SweetCandy tiene la oportunidad única de que represente sus productos.

—¿En un baile de debutantes?

—Ay, Andrew... —Eleanor puso los ojos en blanco—. No seas tan desdeñoso. Entrevisté a Brenda, que es encantadora, con otro periodista de *Life Magazine*, la publicación para la que trabajo desde que regresé de Berlín. —Dio una calada a su cigarrillo, que crepitó—. Su nombre se baraja para el título de *Belle of Her Season*, están todos los ojos puestos en ella. Está haciendo publicidad para las marcas Woodbury y Studebaker. En noviembre aparecerá en la portada de *Life*. —A continuación, hizo una pausa dramática antes de continuar—: Bueno, resulta que durante la entrevista, Brenda expresó el deseo de presentar algún dulce especial la noche de su debut. Su madre, que se está encargando de los preparativos, se mostró entusiasmada con la idea. Y me acordé de ti.

—Ya veo.

—Te recomendé y ellas parecían muy interesadas. Si a ti también le interesa, deberías hacerles llegar una oferta —dijo con la vista clavada en el extremo incandescente de su cigarrillo—. Eso es todo.

—Ah... Bueno, es interesante, desde luego. —El joven carraspeó.

—Ya te digo. —Eleanor dio una última calada al cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero de mármol que había sobre la mesa—. Esperan a más de mil invitados, las revistas ya hablan del tema. Podría ser una publicidad valiosísima.

Andrew meditó bien su respuesta.

—Eleanor, no sé qué es lo que te ha movido a recomendar nuestra empresa para un encargo tan importante, pero te lo agradezco. Es una posibilidad muy interesante que tomaré en consideración.

—¡Maravilloso! —exclamó ella. Entonces se levantó y se puso el guante que llevaba en la mano—. ¿Sabes? Me caíste bien desde el principio. Eres diferente a los demás y eso me resulta refrescante. Y en el barco, cuando yo estaba en un mal momento, me escuchaste.

—¿Cuando Brundage te suspendió?

Ella asintió.

—Fue uno de los peores momentos de mi vida.

—A mí no me lo pareció. Parecía que ya tenías un plan para salir adelante.

—La oferta de Associated Press fue mi salvación. Sin embargo, la decisión de Brundage me afectó profundamente. ¿Tienes idea de lo que significa para una deportista no poder participar en las Olimpiadas?

—Me lo imagino...

—No, no puedes, pero no pasa nada. En cualquier caso, hablar contigo me ayudó. Tú me escuchaste sin juzgarme y me invitaste a una copa.

—Si mal no recuerdo, fueron dos —replicó Andrew, que notó que la tensión que sentía empezaba a aflojarse. Eleanor se echó a reír.

—Puede ser —dijo, tras lo cual se levantó, se le acercó y le puso la mano en el hombro durante unos instantes—. Puede que a veces parezca alocada y entrometida, pero lo que pasa es que no encajo en los moldes que la sociedad dispone para las mujeres. Quiero una vida tan colorida como mi imaginación. Interceder por SweetCandy ante Brenda es mi forma de darte las gracias, ¿de acuerdo?

—No sé qué decir... —Andrew también se puso en pie.

—Sería una alegría encontrar delicias de SweetCandy en el baile de Brenda —respondió ella con una sonrisa.

—Sería una imprudencia rechazar una oferta como esta.

—Desde luego. Te daré el contacto de los Frazier.

—Gracias.

La acompañó hasta la puerta. Mientras se la sujetaba para que pasara, Eleanor se detuvo de nuevo.

—Mi marido, Art, actuará en algunos conciertos en Nueva York durante las próximas semanas. Ven si te apetece.

Andrew conocía la música de Art Jarrett. Lideraba una *big band* excelente y, además, era un cantante con talento. Unos años antes incluso había conseguido entrar en las listas de los más escuchados con una versión de *Georgia on My Mind*. Un concierto de Jarrett sería una ocasión excelente para salir con Viktoria, a quien le gustaba el buen *swing*, como había descubierto en Stuttgart la noche en que él tocó con su tío Anton y estuvieron de fiesta hasta la madrugada.

—Será un placer, Eleanor. ¿Me harás llegar también las fechas?

—¡Por supuesto! —Ella le guiñó el ojo de nuevo, pero entonces se puso seria de repente—. Te deseo lo mejor, de todo corazón. Eres uno de los pocos hombres honestos que he conocido. Y mira que hombres hay a patadas.

Unas horas después, en el despacho de Andrew

—HABRÁ QUE ESPERAR hasta la noche —susurró Viktoria junto a los labios de Andrew—. Dentro de media hora tenemos la reunión de...

Él interrumpió su advertencia con un largo beso, pero después la liberó de su abrazo.

—Sí, tienes razón. —Sonrió con picardía—. Aunque me gustaría que la reunión hubiese acabado ya y pudiéramos volver a casa...

Viktoria se quitó la chaqueta sin dejar de reír y se sentó en el sofá.

—He traído algo de comer. —Y con un elegante movimiento hizo aparecer como por arte de magia una bolsa de papel en la mesita.

—Oh, qué bien. Al menos podremos almorzar.

—Exacto. Me he dado cuenta de que casi no comes nada durante el día.

Andrew sonrió de oreja a oreja.

—Me cuidas casi como una madre.

—Más bien como una socia que espera el máximo rendimiento por parte de su socio. —Sonrió satisfecha y desenvolvió varios sándwiches para ofrecérselos.

Ambos dieron un mordisco casi al mismo tiempo al de pan de molde blanco con pechuga de pollo, beicon crujiente, lechuga y tomate. A Viktoria le gustaban mucho esos tentempiés cortados en prácticas mitades triangulares. Los había de muchos rellenos diferentes y no caían nada pesados en el estómago.

—Tengo un encargo para ti —dijo Andrew después de acabarse el primer triángulo—. Bueno, si te apetece.

—¿Cuéntame!

—Nos han ofrecido la posibilidad de servir nuestros productos en uno de los grandes debuts de Nueva York.

—¿En un debut?

—Ah, claro, no conoces la tradición. Verás, entre las familias adineradas de la ciudad existe la costumbre de presentar formalmente a sus hijas en sociedad.

—He oído que en Inglaterra se hace algo parecido —repuso Viktoria—. Allí presentan a las jóvenes nobles ante la corte con un gran baile.

—Sí, de ahí viene la costumbre. En Nueva York, quienes pueden permitirse ese lujo no son aristócratas, como en Inglaterra, sino familias acomodadas e influyentes.

—Nobleza de fortuna —bromeó Viktoria.

—Podría decirse así, sí. —Andrew rio—. El caso es que esas familias se gastan una fortuna para presentar a sus hijas como adultas en edad casadera, y al mismo tiempo alardean un poco de su riqueza.

Ella percibió cierto desprecio en sus palabras.

—¿No te cae bien esa gente?

—No me gusta su estilo de vida. Es postizo y muy superficial. Un horror.

—Pero ahora podrías hacer un buen negocio gracias a ellos, ¿no?

—En efecto. Por mal que me sepa, en la situación actual no puedo dejar escapar una buena venta. Aun así, me gustaría dejarlo por completo en tus manos.

—¿Me ves capaz de encargarme yo sola? —Apenas podía creer que le cediera toda esa responsabilidad después de tan poco tiempo.

—Por supuesto que te veo capaz. No te lo pediría si tuviera la menor duda, y tampoco tiene nada que ver con nuestra... relación especial.

—No te imaginas la ilusión que me hace. —A la joven se le iluminó el rostro—. ¿Qué productos esperan?

—Bombones, golosinas... Esa clase de cosas.

Viktoría no tuvo que pensarlo mucho.

—En realidad, sería una lástima ofrecerles solo bombones y golosinas. Podría preparar un exclusivo bufé dulce lleno de exquisiteces. Pastelitos, helados... También chocolate, golosinas y bombones, por supuesto, pero mucho más que eso. Se me ocurren mil cosas deliciosas.

—Lo que yo pensaba —dijo Andrew—. Aunque vamos algo justos de tiempo. Si queremos que nos concedan el encargo, tenemos que presentar una propuesta en los próximos días.

—Entonces me pondré hoy mismo con los preparativos y diseñaré una oferta que no puedan rechazar. —Era cada vez más consciente de la increíble oportunidad que tenían entre manos—. ¿Te das cuenta de lo que representaría algo así para SweetCandy, y también para mí? Imagínate: crear un bufé para una de las familias más importantes de Nueva York. Suponiendo que a los invitados les guste, seguro que después nos llegarán muchísimos encargos más.

—Así es, aunque se trata de una clientela algo difícil. Lo intentaremos, pero si no funciona, tampoco quiero que te desanimes —dijo Andrew para contener su euforia—. Ah, y otra cosa. Es posible que te reciban con gran cordialidad, alabarán tus ideas y se mostrarán entusiasmados, pero puede ocurrir que, al cabo de un momento, esas mismas personas te den la espalda con una fría sonrisa en los labios.

—Eso también sucede en Europa. Aun así, siempre hay que darle a la gente un voto de confianza —repuso Viktoria y le agarró la mano—. Yo confié en ti y espero que no acabes dándome la espalda con una fría sonrisa... solo porque seas estadounidense.

Él le acarició los dedos con suavidad.

—Jamás. Me siento demasiado unido a ti para hacerte eso.

Notó que la invadía una oleada de cariño hacia ese hombre tan extraordinario que había llegado a su vida de repente y le había robado el corazón.

—Viktoria...

—¿Sí? —Lo miró a los ojos con atención, porque de pronto hablaba con una inseguridad nada típica en él.

Andrew le sostuvo la mirada.

—Debes saber que no me tomo a la ligera lo que hay entre nosotros.

—¿Te refieres... a que comparta tu cama?

Él asintió.

—Comparto tu cama porque es lo que deseo, Andrew. Porque siento por ti lo que hace falta para ello. Y también porque... bueno, porque confío en ti. Lo he hecho desde el principio.

Él le apretó más la mano y tiró de ella para levantarla del sofá y sentarla en su regazo.

—Ya me he dado cuenta. Y para mí es importante que sepas que voy muy en serio contigo,

con lo nuestro. En cuanto la situación de SweetCandy se haya estabilizado y, sobre todo, sepa quién quiere hacernos daño, te cortejaré como es debido.

Sus palabras provocaron en ella un aluvión de intensas emociones.

—Yo... lo estoy deseando.

Andrew la abrazó con fuerza.

—No es que ahora no tenga la cabeza para esto, pero bajo ningún concepto quisiera ponerte en peligro. Por eso, en estos momentos es mejor que nadie sepa que estamos juntos.

—Lo entiendo. —Suspiró—. Y por eso conservaré mi habitación en el hotel.

—Sí, será mejor que la mantengamos aunque en realidad vivas conmigo. Nunca se sabe...

—Está bien. —Le puso una mano en la mejilla—. Pero, aun a riesgo de repetirme: confío en ti.

Andrew volvió la cabeza y le dio un beso en la palma de la mano.

—No te decepcionaré, Viktoria. Jamás.

AL SUBIR EN el ascensor con Andrew para ir a una de las dos salas de reuniones de las que disponía la empresa, Viktoria sintió un nerviosismo al que no estaba acostumbrada. SweetCandy era un complejo de tres altos edificios ubicados en el oeste de Manhattan, cerca del río Hudson. Las salas de producción y los despachos ocupaban varias plantas, lo cual posibilitaba interesantes combinaciones. Por ejemplo, las existencias de azúcar y granos de cacao se almacenaban en las plantas superiores, desde donde se hacían llegar a la maquinaria mediante un ingenioso sistema de tuberías. De esa forma, la fabricación quedaba organizada de arriba abajo, y en el sótano tenían salas refrigeradas, así como clasificadoras y empaquetadoras. La oferta de SweetCandy era sin lugar a dudas más amplia que la de los Rothmann, ya que Andrew, aparte de productos de chocolate, producía también galletas, barritas y gominolas.

UN CUARTO DE hora después, se hallaban reunidos alrededor de una gran mesa ovalada. Además de Andrew y de ella, estaban presentes el abogado John Carollo, Robert Miller —el abuelo de Andrew— e Isaak Stern.

Tras saludar a cada uno de ellos, Andrew fue directo al grano:

—Creo que todos sabemos de qué trata la reunión de hoy, y también lo grave que es la situación. —Dirigió una mirada a los presentes—. Debemos impedir la bancarrota que amenaza a esta empresa. Por suerte, gracias a la prolongación del préstamo convertible que nos concedió Judith Rheinberger, disponemos de cierto margen de maniobra. Sin embargo, la situación de los pedidos es desastrosa y, por si eso fuera poco, también nos deben el pago de varios encargos importantes que ya hemos entregado.

—¡A buenas horas reaccionas! —exclamó el abuelo de Andrew en tono cortante—. Te advertí que te ocuparas de esas irregularidades con mano dura en cuanto aparecieron.

—Se trataba de clientes nuevos —replicó su nieto—. Es imposible investigarlos a todos en profundidad, así que siempre contamos con que puedan producirse pequeños impagos. Tú tampoco actuabas de otra forma.

El distinguido caballero de pelo cano cerró la mano derecha en un puño, pero no contestó. Viktoria, que ese día coincidía con Robert Miller por primera vez, constató que abuelo y nieto tenían un gran parecido físico, aunque Robert era sin duda más flaco y su mirada carecía de la

calidez que sí encontraba en los ojos de Andrew.

—Es probable que la dimensión de este asunto sea mucho mayor —siguió el joven—. Durante mi estancia en Stuttgart, un tercero aconsejó a la familia Rheinberger que pusiera fin a su relación comercial con SweetCandy.

—¿De quién se trata? —preguntó Robert con brusquedad.

—El Hudson Bank —contestó Andrew.

—Ah, el Hudson Bank... —Su abuelo ladeó un poco la cabeza—. Nuestro banco se puso en contacto directamente con los Rheinberger.

—Así es. Le ofreció a Judith Rheinberger una cantidad bastante elevada para que cancelara nuestro préstamo.

Robert Miller meneó un poco la cabeza.

—Imagino que van detrás de las participaciones de SweetCandy —continuó explicando su nieto—, porque los derechos sobre las participaciones de la empresa vinculados al préstamo convertible, que ahora son de Judith Rheinberger, habrían pasado a manos del Hudson Bank si ella lo hubiera cancelado.

—En efecto, no es normal que el Hudson Bank se haya dirigido a la señora Rheinberger —intervino Carollo entonces.

—Sin embargo, se trata del mismo banco que financió la modernización de SweetCandy hace unos años. Fuiste tú quien negoció en aquel momento los préstamos, abuelo.

—Y conseguí unas condiciones extraordinarias —recalcó Robert Miller—. Estamos hablando de un banco serio y de fiar. Ahí no encontrarás nada relacionado con esas irregularidades, Andrew.

—¿Por qué, entonces, han propuesto esa oferta a los Rheinberger?

—Solo se trata de contar con más garantías —explicó Carollo—. Es algo del todo comprensible teniendo en cuenta los cuantiosos fondos que ya han puesto a vuestra disposición.

—¿Qué fondos? —preguntó Andrew sorprendido—. ¿Sin mi conocimiento?

—Estabas a punto de destruir el trabajo de toda mi vida, Andrew. —Robert Miller habló en voz baja, pero con la misma dureza que antes—. ¿Creías que iba a quedarme mirando de brazos cruzados? Aunque sus procedimientos parezcan extraños, el banco cuenta con mi apoyo absoluto en todos los sentidos.

Ese comentario afectó mucho a Viktoria, igual que la visible consternación de Andrew.

—Pues podrías haber puesto tu casa como aval, abuelo —dijo este entonces—. Pero permitir que se solicitaran más préstamos a mis espaldas... ¡es una atrocidad!

—¡No seas impertinente, Andrew! —Robert se levantó—. Sin mí y sin la empresa que fundé no serías nadie.

Viktoria contemplaba la discusión sin dar crédito. También miró al abogado, pero no fue capaz de interpretar su expresión.

Andrew respiró hondo.

—Solo para que nos entendamos: ¿tú, abuelo, estabas al tanto de la propuesta del banco y les diste tu aprobación?

Robert Miller parpadeó sin dejar de mirarlo y volvió a sentarse.

—Y verás que hice bien.

—Eso significa que, si no conseguimos salir de la zona de pérdidas, el Hudson Bank podría acabar siendo el accionista mayoritario de SweetCandy.

—¡A ver si así espabilas y te esfuerzas de verdad, Andrew!

—Me has puesto bajo una presión tremenda, abuelo.

—El banco tiene derecho a asegurar sus préstamos de la mejor forma posible —señaló Carollo—. En los tiempos que corren, un impago de esa envergadura es algo que ni siquiera instituciones renombradas como la suya pueden permitirse.

—Pero, como único propietario y director de SweetCandy —replicó Andrew—, yo tenía derecho a recibir toda la información. Quien actúa a mis espaldas y en contra de los intereses de la empresa comete una traición y nos perjudica.

—¡Tú no estabas aquí! —espetó Robert Miller—. Tenías que irte a Europa pasara lo que pasara.

—¿Me permiten que diga algo? —intervino entonces Viktoria.

El viejo Miller la miró con recelo y el abogado se limitó a enarcar las cejas.

—Mi madre no le cederá el préstamo al Hudson Bank; eso ya está decidido. A mi modo de ver, es más importante que SweetCandy vuelva a obtener beneficios.

—En efecto. —Andrew asintió para darle las gracias.

—Por eso debemos estudiar con mayor detalle todas esas reclamaciones y cancelaciones de pedidos—añadió Viktoria.

—Exacto —opinó entonces Isaak Stern—. La señorita Rheinberger y yo también deberíamos realizar una estimación de cuándo podrá SweetCandy dejar de estar en números rojos, y si eso es factible. Judith Rheinberger decidirá su participación futura basándose en esa información crucial.

—En estos momentos no estamos en disposición de devolver el préstamo —reconoció Andrew con total sinceridad—. Ni siquiera podemos pagar los intereses.

—Por eso es importante comprobar a fondo todas las operaciones comerciales que nos parezcan dudosas —opinó el abogado—. ¿Podría encargarse de ello su prima, señor Miller?

—¿Grace? Desde luego.

—Yo podría ayudarla a revisar los expedientes de los clientes en cuestión —propuso Viktoria—. Bueno, si me das permiso para ello, Andrew.

—Los dos lo tenéis, el señor Stern y tú —repuso el joven—. Ya os lo había garantizado.

Isaak Stern asintió.

—Muy bien. Dividiremos a los clientes en varios grupos y examinaremos con especial atención a los nuevos de estos últimos meses. ¿Han anulado pedidos, han reclamado, no han pagado? ¿Qué diferencias vemos con el grupo de control de clientes que han realizado pedidos regularmente en los últimos dos años? ¿Siguen cursándose esos encargos sin problemas, o también ahí encontramos irregularidades?

—Una estrategia muy sensata. Como abogado de SweetCandy, de todos modos, recomendaría que alguien más supervisara el procedimiento. Sobre todo cuando son personas ajenas a la empresa, en este caso la señorita Rheinberger y el señor Stern, quienes van a determinar su valor.

—Grace también estará presente, por supuesto —aseguró Andrew—. Ella es quien mejor conoce la contabilidad.

—¿Es de fiar? —quiso saber Stern.

—Por supuesto. No tengo ningún motivo para dudar de ella —repuso Andrew.

—Yo, aparte de eso, seguiré ocupándome de la gama de productos y del departamento de desarrollo de SweetCandy —señaló Viktoria—. Tenemos varios proyectos muy prometedores y me gustaría estudiar su viabilidad.

—Muy bien. Entonces, propongo que volvamos a reunirnos cuando dispongamos de los primeros resultados. —El abogado recogió sus cosas y se levantó—. Si me disculpan. Tengo concertada una conferencia telefónica.

MIENTRAS TODOS SE dirigían a la puerta, Andrew siguió sentado a la mesa de reuniones.

—Ojalá pudiera entender lo que está ocurriendo en realidad. Créeme, Viktoria, hace semanas que me devano los sesos pensando en quién se beneficiaría con la quiebra de SweetCandy.

Ella se acercó a la silla por detrás, le puso las manos en los hombros y empezó a darle un masaje con movimientos circulares.

—¿Hay algún competidor a quien hayas perjudicado alguna vez? ¿O algún cliente a quien no le vayan bien los negocios y pretenda intentar librarse así de sus deudas? ¿Un antiguo amigo con quien todavía tengas cuentas pendientes?

—No. —Andrew interrumpió su enumeración—. No hay nada por el estilo. O al menos nada que me parezca lo bastante significativo. Si buscáramos lo suficiente, seguro que a cualquiera le encontraríamos un posible motivo. Incluso el Hudson Bank podría perseguir unos intereses muy diferentes, y no solo querer asegurar su préstamo. A saber...

Viktoria apartó las manos de los hombros, buscó lápiz y papel y se sentó en la silla de al lado.

—¿Por qué no hacemos una lista con todos los implicados? Así tendremos una visión general de todas las partes, podremos ponerlas unas en relación con otras y reflexionar sobre sus posibles móviles.

—Pues no es mala idea. —Se inclinó hacia ella sin levantarse, le rodeó la cintura con un brazo y le dio un beso en la mejilla. Después, sus labios bajaron en dirección al cuello.

Viktoria lo apartó con delicadeza.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Me ayudas?

—Cuando quieras. —Andrew le mordió el lóbulo de la oreja con ánimo juguetón.

Fábrica de chocolate de Stuttgart, 25 de septiembre de 1936

MATHILDA OCUPABA EL escritorio de Viktoria en el despacho de la fábrica de chocolate. Ante ella tenía los listados de bienes de la empresa que había preparado con ayuda de Karl y de las secretarías, y en esos momentos estaba realizando un balance provisional. Gracias a eso, la venta de Chocolates Rothmann debería resolverse enseguida y sin ningún contratiempo.

Se alegraba de que Judith hubiese aceptado su ofrecimiento de trabajar ese tiempo para la empresa. Sentirse necesitada allí y poder contribuir con sus conocimientos le había sentado muy bien, e incluso le había permitido olvidar hasta cierto punto el hecho de que Martin ya estaba haciendo las maletas. El martes siguiente abandonaría Stuttgart con destino a París.

Mientras sacaba punta a un lápiz para actualizar varios asientos, llamaron a la puerta del despacho, así que se levantó y fue a abrir.

—¡Buenos días, Mathilda! —Era Anton, que entró con un portafolios de piel color marrón oscuro bajo el brazo.

—Buenos días, Anton. Judith y Karl están ahora mismo en el recinto de la fábrica.

—Ah, ¿con el comprador? —preguntó él, y se acercó a la mesa de reuniones.

—Sí, el señor Ebben, de la fábrica de chocolate Hallesche. Aunque todavía no me lo han presentado.

—No pasa nada, de todas formas venía a verte a ti.

—¿A mí? —Mathilda, intrigada, se sentó junto al tío de Martin—. Ahora tengo curiosidad...

—He hablado con el señor Bauer. —Anton sonrió—. Quedó muy impresionado por tus conocimientos y también por tu agudeza.

—Gracias. —Mathilda sintió que se ruborizaba. Le alegraba recibir el elogio, pero al mismo tiempo la incomodaba un poco.

—El señor Bauer ha estudiado los procedimientos de las últimas semanas. —Anton sacó una carpeta de su portafolios y la abrió—. Aquí tengo... —pasó las primeras páginas— ... sus resultados.

—¿A qué conclusión ha llegado? —preguntó ella.

—Tal como él lo ve, debería ser posible vender la empresa, incluso con tan poca antelación, siempre que el comprador esté de acuerdo y que la transferencia llegue sin problemas.

—Muy bien.

—Ahora ya solo hay que pedir cita con el notario, pero antes deberíamos realizar una última comprobación de todos los documentos. ¿Podrías encargarte tú en nuestro lugar?

—Lo haré con mucho gusto. —Mathilda asintió—. Aunque tal vez me falte un poco de experiencia. Al fin y al cabo, estamos hablando de la fortuna de Judith.

—Eres muy metódica trabajando con la documentación. —Anton deslizó la carpeta hacia ella—. Confiamos plenamente en ti.

—Entonces, por supuesto. Enseguida me pondré manos a la obra.

Anton asintió.

—¿Cuándo crees que lo tendrás listo más o menos?

—Como ya conozco parte de los documentos, pasado mañana a más tardar. ¿Será suficiente?

—Cuanto antes, mejor.

—Sí, eso lo tengo muy claro.

Anton se levantó.

—Tengo que seguir. Espero no ser muy maleducado. —Cerró el portafolios de piel—. Se me acumula el trabajo en la fábrica de pianos desde que no tengo al señor Stern allí.

Ella también se puso de pie.

—Lo entiendo a la perfección. Menos mal que podemos apoyarnos los unos a los otros durante estos tiempos tan complicados.

—Desde luego. Serafina me quita todo el trabajo que puede —añadió él—, y también nos es de mucha ayuda poder traer a Emil a Degerloch después del colegio para que su abuela cuide de él. Ahora mismo disponemos de muy poco tiempo para dedicarle.

—Hélène está entusiasmada y muy contenta de poder encargarse del niño —repuso Mathilda.

—Sí, ya lo vemos. Y Emil está encantado. Jamás habría pensado que a mi madre pudiera dársele tan bien un niño pequeño.

—Se ha propuesto ayudar a la familia en este trance tan aciago.

—Lo sé. —Anton la miró con gravedad y una sombra apenas perceptible le cubrió el rostro—. Seguramente es tan importante para ella como para Judith.

—¿Porque tiempo atrás os abandonó? —preguntó Mathilda con cautela.

—Sí. —Soltó un suspiro—. Aunque hayamos hablado de ello largo y tendido, conozcamos sus motivos y, ahora que somos adultos, incluso podamos comprenderlos hasta cierto punto, es importante que mi madre ocupe su lugar en la familia. Para todos. Es un acto de contrición y de reconciliación, en cierta forma.

—Y sobre todo de amor —añadió ella, guiñando un ojo—. Pero los hombres no podéis entenderlo tan bien como las mujeres.

CUANDO ANTON SALIÓ, Mathilda volvió a sentarse a la mesa de reuniones y empezó a estudiar los documentos. Examinó con minuciosidad el contenido de las diferentes carpetas, leyó las notas del abogado, comprobó los detalles con ayuda de los manuales jurídicos que había en una estantería del despacho y comparó el procedimiento que tenían entre manos con ejemplos que había estudiado en la universidad. Anotó varios comentarios a lápiz en el informe del señor Bauer, puso en duda algunos puntos y añadió información en otros.

Hacia el final, le llamó la atención un croquis que había entre todo el material reunido. Al contemplarlo con más detenimiento, vio que el señor Bauer debía de haber intentado localizar a los hombres de paja de Weber, o todo lo que le había dado tiempo a hacer en un plazo tan breve. Había varios nombres unidos mediante flechas, aunque algunos estaban tachados.

Al principio todo parecía azaroso y el esquema resultaba confuso, pero cuanto más estudiaba Mathilda el boceto, más claro veía cuál había sido el propósito del señor Bauer. Parecía que hubiese trabajado de una forma chapucera y enredada adrede, para que nadie pudiera adivinar a primera vista qué información se ocultaba en el gráfico.

Si su interpretación era correcta, Weber actuaba por cuenta propia y no de manera oficial. La chocolatera Adler le habría pedido su intercesión y, a cambio, en caso de conseguir su objetivo,

le habría ofrecido una cantidad no especificada.

De ser eso cierto, les facilitaría las cosas.

Mathilda volvió a consultar los documentos y pronto estuvo tan absorta en su trabajo que, cuando la puerta del despacho se abrió, levantó la vista con sobresalto.

Era Karl, que le sostenía la puerta a un hombre de aspecto atlético.

—Usted primero, señor Ebben. —Entonces reparó en que ella no estaba en su escritorio, sino rodeada de montones de papeles en la mesa de reuniones—. Ah, Mathilda. Este es el señor Ebben, de la chocolatera Hallesche. Ya te había anunciado que vendría.

El refinado caballero de pelo gris le dedicó un afable saludo con la cabeza.

—Si no es buen momento para que hablemos aquí, buscaremos otra sala. —Karl parecía nervioso.

Mathilda recogió un poco los papeles.

—Enseguida desocupo esto, faltaría más. ¿Quieres que os deje solos?

—No. Si tienes tiempo, me gustaría que estuvieras presente en la reunión —repuso Karl, y se dirigió a su acompañante—: Señor Ebben, le presento a Mathilda Fetzner. Hace mucho que es un miembro muy apreciado de nuestra familia y ahora mismo trabaja en diversos asuntos legales.

Ebben le dio la mano.

—Buenos días, señorita Fetzner. Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo, señor Ebben. —La joven se levantó.

—¿Es usted abogada? —Sus palabras dejaban entrever cierto respeto.

—En efecto, señor Ebben. Estudié Derecho en Bonn.

—Estupendo. ¿Está familiarizada con el Derecho Económico?

—Con lo que me enseñaron del tema en la carrera, sí, aunque hasta ahora no había podido poner en práctica mis conocimientos.

—Qué interesante... —Ebben se volvió hacia Karl—. Tener a una colaboradora con semejante formación podría resultar toda una suerte en algún momento.

—Ya lo es ahora mismo —aseguró este y le guiñó un ojo a Mathilda.

Justo entonces entró Judith, a quien parecía faltarle un poco el aliento.

—Disculpad, por favor, me han entretenido. —Miró a los presentes—. ¿Habéis empezado ya?

—No —respondió Karl, que enseguida ofreció asiento al señor Ebben—. Por favor.

—Gracias. —El hombre se sentó en la silla que quedaba enfrente de Mathilda.

Karl escogió una al lado de ella, y Judith, después de echar un breve vistazo al escritorio y ver allí los listados con el inventario de la empresa, se unió a los demás en la mesa de reuniones.

—Espero que la visita a la fábrica le haya ofrecido una imagen bastante completa de lo que es nuestra empresa —empezó a decir Judith.

—Me he formado una buena idea, sí —repuso Ebben.

—¿Podemos dar por hecho que sigue estando interesado? —preguntó Karl.

—Desde luego, desde luego que sí. —Ebben enarboló una libreta en la que por lo visto había ido anotando sus impresiones.

Como después de eso no dijo nada más, se hizo un silencio incómodo. Karl miró a Judith; esta, a su vez, no hacía más que volver los ojos hacia Ebben, que estaba abstraído en la contemplación de su libreta; y Mathilda no sabía cómo interpretar todo aquello, porque no había estado presente en la visita a las instalaciones.

Al final fue Ebben quien carraspeó.

—Señora Rheinberger —dijo—, conozco su situación y quisiera asegurarle que no me aprovecharé de ella para negociar el precio a la baja. —Cerró la libreta—. Le ofrezco un importe de doscientos cincuenta mil marcos por su empresa, con todos los bienes incluidos.

Un silencio de asombro cayó sobre todos ellos.

—Esa... es una oferta muy justa —reconoció Judith entonces.

—Ya lo creo —coincidió Karl, que miró a su hermana para infundirle ánimo.

Ella parecía aliviada y al mismo tiempo afligida, y Mathilda podía entender muy bien la complejidad de sus sentimientos. En tan solo unos meses había perdido a su marido y también su empresa. Era muy duro sobrellevar algo así.

—¿Cuándo cree que podrá darme una respuesta? —Ebben intentaba mostrarse tranquilo, pero Mathilda reparó en que deslizaba el pulgar con nerviosismo por la tapa de la libreta.

—Denos tiempo hasta mañana, por favor —contestó Judith.

—Bien, muy bien, señora Rheinberger. —El hombre se levantó—. Para poder asegurar la rapidez de la transacción, he ordenado depositar con antelación en el banco Von Braun la cantidad que le propongo. Si está de acuerdo con la venta, podríamos llevarla a cabo sin más dilación. Bueno, ¿nos vemos mañana a las diez en este mismo despacho?

—¡ESTO ES MARAVILLOSO! —exclamó Karl en cuanto Ebben se marchó—. De verdad quiere comprar, y ofrece un buen precio. Así... —hizo chasquear el pulgar y el índice de la mano derecha—, nos libramos de golpe de todas nuestras preocupaciones, y además esquivamos a Weber.

—Sí, seguramente será como dices. —A Judith le estaba afectando mucho la precipitación de los acontecimientos. Parecía cansada.

—De todas formas perderás la fábrica, Judith. —Su hermano la miró con compasión, aunque su voz también transmitía firmeza—. Lo cierto es que no he acabado de calar a ese Ebben, pero el precio que ofrece es más que justo, dadas las circunstancias.

Mathilda guardó silencio. No se sentía con derecho a participar en una decisión tan íntima como la que debía tomar Judith. Cuando vio que la mujer se echaba a llorar, se levantó y fue a por un pañuelo.

—Gracias. —El gesto con el que se secó las lágrimas resultó tosco, casi desesperado.

—Judith —volvió a intentarlo Karl—. Puedo imaginar cómo te sientes, pero no tenemos otra opción. Tarde o temprano, Weber se acabará saliendo con la suya.

Su hermana arrugó el pañuelo en la mano, incapaz de decir nada.

Karl le concedió varios minutos. También a él se le notaba la tensión nerviosa y la tristeza.

—Que las cosas hayan llegado a este punto, Judith —dijo entonces—, es algo que todos lamentamos, sincera y profundamente. Pero no podemos dejarnos llevar por nuestros sentimientos en este asunto; se trata de asegurarnos un futuro que aún es incierto. Y para eso, un capital como el que acaba de ofrecernos ese hombre sería de un valor incalculable.

—¿Es que no lo entiendes, Karl? —dijo Judith en voz baja—. Desde que Victor murió, ¡todo se me escapa de las manos! Si desde allí arriba pudiera ver lo que ocurre...

—Te aconsejaría que tomaras el único camino que te queda. La oferta de Ebben no implica el fin de todo lo que creasteis. Al contrario, significa que podremos seguir adelante. En algún momento.

Judith parecía abatida. Mathilda casi temía que fuera a derrumbarse bajo la presión, pero de

repente la mujer levantó la cabeza.

—Bueno, está bien. Si no nos queda otra opción, estoy de acuerdo con la venta. —Se pasó las manos por las mejillas—. Mathilda, por favor, ¿querrías comprobar punto por punto todo aquello a lo que debamos prestar atención? Llévate a Anton y al señor Bauer contigo, y aseguraos de que no se le pueda poner ninguna pega a nada. Después lo hablaremos juntos. —Volvió a pasarse el pañuelo por el rostro lloroso y se levantó—. Tienes razón, Karl. Debemos tomar las riendas de nuestro futuro. Aunque eso implique perderlo todo primero.

Mansión de los Rothmann, sobre las dos y media de la madrugada

MATHILDA ESTABA SENTADA ante el secreter de su habitación. Como tenía todas las luces encendidas, casi parecía que fuese de día. Había repartido expedientes y documentos encima de todo lo que podía servir de superficie; debía terminar de examinar bien el contrato, aunque eso supusiera no dormir en toda la noche.

Iba comprobando página por página con tesón, anotaba sus conclusiones y luego trasladaba los resultados a un documento de trabajo que serviría de base para la negociación final con el señor Ebben, la cual tendría lugar al día siguiente. Debía asegurarse, sobre todo, de que la venta no pudiera ser impugnada legalmente, y también comprobar que el dinero estuviera depositado en una cuenta del banco Von Braun.

El precio no cambiaría.

Mathilda sabía que el señor Bauer volvería a revisarlo todo con detenimiento. Asistiría a la reunión del día siguiente, y además había prometido llevar a un notario amigo suyo, que a su vez tenía contactos en la oficina del registro de la propiedad. Era fundamental que todas las formalidades de la transacción se realizaran sin llamar demasiado la atención y en el transcurso de unas pocas horas.

Sobre las tres y media había acabado con lo más esencial. Si conseguían atenerse al calendario fijado, nada tenía por qué impedir la venta.

Bostezó y se frotó los ojos. Sería mejor que intentara dormir un poco, porque de todos modos ya no era capaz de seguir concentrada. Prefería levantarse temprano para darle otro repaso a la documentación y prepararla de cara a la reunión de las diez.

Acababa de ponerse el camisón cuando la puerta del dormitorio se abrió con un leve chirrido. Se volvió sobresaltada.

—¡Shhh! ¡Soy yo!

—¡Martin! ¡Menudo susto me has dado! ¿Qué llevas en esa bandeja? ¿Café?

Él negó con la cabeza.

—No. El café, mañana por la mañana. —Dejó la bandeja y le acercó un gran tazón de loza decorada con flores—. Cuando un miembro de esta casa se cuela de noche en la cocina, casi siempre sale de allí con lo mismo: el chocolate especiado de los Rothmann.

—Ah, qué maravilla. —Mathilda se alegró de que hubiera tenido ese detalle—. Estaba a punto de acostarme, me vendrá de perlas algo que me ayude a dormir. —Y dio un sorbo al delicioso chocolate caliente.

—Pues me parece que esta noche no vas a dormir en esa cama —afirmó Martin mirando el despliegue de papeles que la cubría casi por completo.

—¿Y por qué no? Puedo apartarlo todo...

—Tengo una idea mucho mejor, así tu valioso trabajo puede quedarse aquí hasta mañana... O, mejor dicho, hasta dentro de un rato. —Señaló el pequeño reloj que había en la repisa de la chimenea.

—¿Qué propones?

—¡Voy a secuestrarte! —La tomó de la mano—. ¿Confías en mí?

Ella asintió y dejó el tazón. Con una expresión pícara, Martin la sacó al pasillo y la hizo subir por la escalera hasta la segunda planta, donde él ocupaba dos habitaciones.

Apenas se cerró la puerta tras ellos, Mathilda notó los labios de él sobre los suyos.

—Sabes a chocolate. ¡Estás deliciosa!

Ella soltó una risilla.

Sus caricias se hicieron entonces más fervorosas, más anhelantes. Pronto se les aceleró la respiración y se fundieron en un abrazo mientras un ardor penetrante encendía sus cuerpos.

Aunque Mathilda había deseado que llegara ese momento, también lo temía un poco, pero ahora que estaba ocurriendo le resultaba tan natural como inevitable. Amaba a Martin, y él a ella, y cada paso que dieran juntos esa madrugada, cada caricia, cada gesto, le parecería maravilloso y correcto.

Poco después, tumbados en la cama y abrazados con fuerza, Mathilda estaba completamente agotada, pero demasiado despierta para conciliar el sueño.

Martin, que se había quedado traspuesto poco después de separarse de ella, se movió con cuidado y le acarició el pelo con delicadeza.

—Espero no haberte asustado —dijo cauteloso.

—Pues sí, lo has hecho —repuso Mathilda y rio en voz baja.

—No lo tenía planeado.

—¿No? —Se colocó boca abajo y le puso una mano en el pecho—. Pues, para no haberlo planeado, has actuado con una seguridad pasmosa.

—Tal vez sea porque mi subconsciente ha tomado el control. Quién sabe... —bromeó y la estrechó contra él.

—¿A qué hora sale tu tren el martes? —La idea de que pronto dejaría de tenerlo a su lado hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Por la mañana. Pero todavía estoy aquí.

—¿Cuándo volverás? ¿Para el cumpleaños de tu abuelo?

—No es que yo le dé mucha importancia, pero seguramente lo haré por deferencia a mi madre.

—Entonces, nos veremos en noviembre.

—Solo por eso, el viaje ya valdrá la pena.

Mathilda intuyó la mueca que asomó al rostro de Martin en la oscuridad de la noche.

—Te sigue doliendo —dijo.

—Por supuesto que me sigue doliendo —repuso él, y en esas palabras ella percibió muchos sentimientos contenidos—. Algo así no se puede olvidar como si tal cosa. Imagínate que estuvieras en mi lugar.

—Todavía no le has contado a nadie que descubriste lo de tu padre biológico, y eso que querías ir a hablar con los Ebinger enseguida.

—Fuiste tú quien me desaconsejó hacerlo, cariño. ¿Es que no te acuerdas?

Mathilda recordaba muy bien aquella preciosa tarde en Karlshöhe.

—¿Cómo iba a olvidar ese día? —dijo—. No presentarte en casa de Artur y Josefine fue lo

correcto.

—Por supuesto que lo fue. Y en estos momentos mi madre tiene tantas preocupaciones en la cabeza que no puedo inquietarla más aún con un secreto de hace tantísimos años. Soy un chico prudente.

—¿Ah, sí? —Le pellizcó el costado en broma—. ¿De verdad?

—Pero qué descarada eres. —Le acarició el pecho con anhelo—. Te mereces que vuelva a... A menos que sea demasiado pronto para ti.

Una hora después, Mathilda regresó a hurtadillas a su habitación y se encargó de los últimos preparativos para la venta de la fábrica de chocolate.

Ciudad de Nueva York, Manhattan, Upper East Side, 2 de octubre de 1936

UNA ALTA VALLA de hierro forjado con puntas en forma de cruz delimitaba y separaba de la calle el recinto de un edificio de cinco plantas hecho de arenisca clara. Con las vistosas ventanas de arco de medio punto y las protuberantes balaustradas de piedra recargadas de opulentos adornos, la construcción tenía cierto aire barroco. Al mismo tiempo, se integraba a la perfección en el entorno, entre otros dos edificios de lujosos apartamentos con una arquitectura parecida, tal como era habitual en la Setenta y cinco, una calle muy recta que se encontraba en las inmediaciones de la Quinta Avenida.

—Nueva York es diferente de Stuttgart, ¿verdad? —preguntó Eleanor.

—Uy, sí —repuso Viktoria—. Muy diferente. —Ya dominaba bastante el inglés, aunque con Andrew seguía hablando en alemán.

—El verano pasado estuve en Berlín —explicó Eleanor—, así que puedo imaginar qué impresión te causa Manhattan.

—Aquí todo es muy... recto.

Eleanor asintió riendo.

—Andrew tiene que llevarte algún día a Long Island o a Ocean Grove. Seguro que te gustará.

—Manhattan me gusta mucho a pesar de que sus calles sean tan rectas —añadió Viktoria con una sonrisa de satisfacción—. En realidad, no añoro Alemania en absoluto.

Eso no era del todo cierto, pero, si sentía cierta nostalgia, solo era porque estaba lejos de su familia; no echaba en falta la ciudad de Stuttgart. Por lo menos de momento.

Tras recorrer los pocos pasos que las separaban de la puerta de entrada de la noble residencia, Eleanor llamó al timbre. Viktoria estaba algo tensa. ¿Qué le esperaba allí dentro?

—No te preocupes. —Eleanor parecía haber notado su nerviosismo—. Brenda es encantadora y tiene muchas ganas de conocerte.

Después de darle sus nombres al portero, subieron hasta la cuarta planta en un ascensor estrecho y renqueante. En la puerta del apartamento aguardaba una sirvienta muy peripuesta que las invitó a entrar con educación, las ayudó a quitarse el abrigo y después las condujo a una puerta doble con pomos dorados.

Viktoria contuvo la respiración a causa del asombro cuando la muchacha abrió la puerta y las hizo pasar. La sala que tenían delante estaba amueblada con ostentosas piezas barrocas. La reluciente tapicería en estampados granates y verdes de las sillas torneadas combinaba con los tonos de la valiosa alfombra que cubría el suelo de madera. Del techo de estuco colgaban dos arañas de cristal; ante las ventanas, unos delicados visillos claros enmarcados por pesados cortinajes de terciopelo granate. En la magnífica chimenea de mármol, de un oscuro color rojizo, se veía toda clase de adornos.

Unas plantas de hoja verde flanqueaban el sofá, donde tres mujeres estaban sentadas tomando el té. Al percatarse de que tenían visita, interrumpieron su discreta conversación.

—¡Eleanor! —La guapa joven de pelo negro que estaba sentada en el centro se levantó al instante, dejó su taza en una mesita de cristal y abrazó a Eleanor—. ¡Cómo me alegro de verte!

—¡Ay, querida, yo también me alegro! —Esta le correspondió el abrazo y luego estrechó la mano a las otras dos mujeres, que se habían quedado sentadas—. *Lady Williams-Taylor*. Señora Watriss. Muchísimas gracias por su invitación. ¿Me permiten que les presente a la señorita Viktoria Rheinberger? También conocida como la Reina Alemana del Chocolate.

—¡Oh! —La mayor de ambas damas, vestida de rojo escarlata y con el pelo teñido de un castaño rojizo y recogido en un curioso moño, resultó ser una *lady* inglesa—. Bienvenida, *miss* Rhynburger —dijo con una pronunciación bastante afectada.

Viktoria estuvo a punto de hacer una reverencia. En el último instante, sin embargo, se contuvo y alargó la mano hacia *lady* Williams-Taylor.

—Espero que esté usted a la altura de ese apodo tan grandilocuente —comentó entonces la segunda dama, cuyo vestido de recargado estampado desentonaba con los sinuosos zarcillos florales del sofá. La expresión de su rostro denotaba distanciamiento, casi arrogancia—. Para el debut de Brenda, ni siquiera lo mejor es suficiente.

—¡Por supuesto que estará a la altura! —repuso Eleanor antes de que Viktoria pudiera decir nada—. ¡Ha preparado un despliegue espectacular! ¡En Nueva York nunca se ha visto nada igual, señora Watriss!

—¡Oh, mamá! ¡Estoy impaciente por ver los detalles! —exclamó Brenda, y dio unas palmaditas.

Su madre le dirigió una mirada severa.

Mientras *lady* Williams-Taylor se reclinaba en el respaldo y acariciaba al caniche negro con collar de color rosa que tenía sentado en el regazo, la señora Watriss se puso de pie y señaló una mesa redonda de madera que había junto a la ventana.

—Está bien. La invito a que nos muestre sus propuestas.

Brenda, su madre y Viktoria tomaron asiento. Eleanor se sentó en el sofá y se puso a charlar con *lady* Williams-Taylor en voz baja. La criada sirvió más té.

Bajo la expectante mirada de madre e hija, Viktoria sacó una carpeta de su bolso y la abrió. Por recomendación de Andrew, no solo había expuesto sus ideas por escrito, sino que también había presentado cada uno de los elementos del bufé en una página aparte, acompañados de un nombre sonoro y un boceto detallado.

El esfuerzo invertido en los preparativos de esa presentación había sido inmenso, por lo que Andrew le había asignado como ayudante a Sally, una empleada del departamento de desarrollo. La joven era muy ocurrente y habilidosa, y además irradiaba una alegría contagiosa y despreocupada, pero sobre todo tenía muy buen instinto para el gusto de los estadounidenses. Las numerosas horas que habían trabajado juntas habían resultado fáciles e inspiradoras, y les habían hecho olvidar la presión impuesta por el apretado plazo.

—Permítanme empezar por una especie de entrante. —Viktoria le ofreció a Brenda la primera hoja, pero antes de que pudiera empezar con sus explicaciones, la señora Watriss puso una mano sobre la página y la arrastró hacia sí.

Brenda no reaccionó al gesto de su madre; solo volvió un poco la cabeza para poder ver también las ilustraciones.

—Hemos preparado varias temáticas —prosiguió Viktoria—, y las plasmaremos con la suntuosidad necesaria para que los invitados se sientan transportados a otro mundo solo gracias a la decoración. Empezaremos por *Gold and Champagne*: aquí presentaremos un surtido de

delicadísimas trufas de champán decoradas con pan de oro comestible, dispuestas como parte de un tesoro en un entorno exótico y colonial. Desde luego, para ello combinaremos los mejores champanes del mundo con las variedades de cacao más nobles.

La señora Watriss contempló con auténtico interés los dibujos que representaban las pequeñas chocolatinas individuales rellenas de champán, pero no dijo nada. Solo a Brenda le brillaban los ojos.

Viktoría se sintió insegura.

—Como puede ver, señora Watriss, el nombre de cada bombón proviene del tipo de champán que contiene.

Como seguía sin detectar ninguna reacción por parte de la mujer, pasó a la siguiente temática.

—En *Sparkling Confiserie* no solo reuniremos toda clase de creaciones con frutos secos y pralinés, mazapanes y bombones de licor, sino también una selección de exquisitos pastelitos en miniatura. Como ven, prepararemos las tartas más famosas del mundo en versiones reducidas. Cada una se podrá tomar con la mano. Realizaremos rosas y otras flores con fondant, también collares de cuentas dulces y más trampantojos por el estilo. Las bandejas de plata sobre las que se presentarán estas obras de arte irán decoradas con pedrería y perlas.

La señora Watriss, impasible, iba hojeando los bocetos.

Viktoría decidió concentrarse en la presentación sin hacer caso de la pose distante de la dama. No tenía nada que perder y su propuesta era extraordinaria.

De manera que continuó. Explicó, desarrolló y embelleció todo lo que pudo. De vez en cuando miraba a Brenda, que no hacía más que estar allí sentada, pero a quien se le notaba el entusiasmo. La chica tenía una belleza perfecta, llevaba un maquillaje muy apropiado y la media melena peinada en meticulosas ondas que, al mismo tiempo, resultaban muy favorecedoras. Lucía un vestido de tarde que parecía carísimo, de un amarillo claro que le sentaba estupendamente, pero parecía afligida por una fatalidad subyacente que Viktoría no sabía de qué otra forma denominar. Tal vez fuera el ambiente de la casa, similar a una jaula dorada donde estaba vigilada por su madre y su abuela. O la perfección que irradiaba y que sin duda debía de resultar agotadora. ¿Podía una joven ser ella misma en esas circunstancias? El precio que se pagaba por ser rica y tener un debut sensacional, según constató Viktoría, era alto.

De repente se sintió libre. Su vida no era sencilla en esos momentos, qué duda cabía, pero la decidía ella. Comprender eso hizo que pasara a la elegante conclusión de su exposición con mejor ánimo. Era hasta cierto punto arriesgado convertir la sencilla temática de *Red Fruit and Chocolate* en el punto culminante de su propuesta, pero cuando terminó sus explicaciones, la señora Watriss cobró vida inesperadamente.

—¡Esto es sensacional, señorita Rheinberger! ¡Muy impresionante!

Eleanor y lady Williams-Taylor interrumpieron su conversación. Brenda miró a su madre.

—Los contratamos —anunció la señora Watriss—. No escatimen esfuerzos y hágannos llegar el presupuesto en un plazo de tres días.

Viktoría se quedó sin habla.

Por suerte, Eleanor notó al instante lo atónita que estaba y salió en su ayuda:

—Estupendo, señora Watriss. No había exagerado, ¿a que no? La señorita Rheinberger pondrá una guinda dulce y exclusiva en el debut de Brenda.

—¿Y usted cubrirá el acontecimiento para la prensa? —quiso asegurarse la mujer.

—Faltaría más. Enviaremos a varios reporteros de nuestra revista —prometió Eleanor.

—¡Maravilloso! —La señora Watriss les mostró su sonrisa por primera vez.

Parecía segura de que lograría un gran éxito, y en ese momento Viktoria corroboró que el debut de Brenda era ante todo un ambicioso proyecto de su madre.

Eleanor recogió su bolso de mano.

—Bueno, nosotras nos marchamos ya.

Viktoria entendió la insinuación y guardó todas las hojas que había sacado.

—Señora Watriss, *lady* Williams-Taylor. Nos veremos, como muy tarde, en la sesión fotográfica de Brenda. —Eleanor se despidió de las damas estrechándoles la mano, intercambió con ellas algunas formalidades más y abrazó a Brenda. Después empujó a Viktoria en dirección a la puerta.

CUANDO SALIERON DE la casa y echaron a andar hacia la Quinta Avenida para pasear un poco por Central Park, Viktoria se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó Eleanor, sorprendida.

—¡La Reina Alemana del Chocolate! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

—Ah, eso... —Eleanor adoptó una sonrisa traviesa—. Me ha venido a la cabeza esta mañana, mientras me lavaba los dientes.

—¿Cómo?

—Las mejores ideas siempre se me ocurren mientras me lavo los dientes. —Eleanor asió el brazo de Viktoria—. Créeme, ese nombre no tardará en ser la comidilla de Nueva York.

—¡Bromeas!

—Ni mucho menos. La Reina Alemana del Chocolate sugiere todo lo que entusiasma a la gente. Glamur, placer, disfrute... y también algo exótico. Conquistarás a la sociedad neoyorquina junto a Brenda.

—¿Pasa algo si me da un poco de miedo, Eleanor?

—Por supuesto que no. Andrew tendrá que cuidar bien de ti para que ese tanque de tiburones no te engulla.

Fábrica de chocolate de Stuttgart, ese mismo día

—*HEIL HITLER!*

Weber, el jefe de sección local, desfiló por el departamento de Administración en dirección al despacho de Judith flanqueado por cuatro hombres de la SA. Se había presentado sin anunciar su visita, pero estaban preparados: ese día terminaba el plazo que les había impuesto.

Judith se levantó y aguardó derecha como una vela. La mirada se le iba hacia el señor Ebben, que estaba sentado a la mesa de reuniones, revisando cuentas y notificaciones. El hombre asintió para tranquilizarla y se reclinó en el respaldo de la silla. Todo estaba hablado.

Judith estaba junto al escritorio de Viktoria, sobre el que había reunido todos los objetos personales que quería llevarse. Weber señaló enseguida la pequeña colección.

—Veo que ya ha recogido sus cosas, señora Rheinberger. Le hemos dejado tiempo más que suficiente para ello. —Se alisó la chaqueta del uniforme—. Tal como le anunciamos, la chocolatería Adler es desde hoy la única propietaria de esta empresa, de toda la maquinaria y de las existencias que se encuentran en ella —dijo con una pompa del todo inapropiada.

—No, no lo es —repuso Ebben, sin exaltarse pero con firmeza.

—¿Qué demonios...? ¿Y usted quién es? —Weber fulminó con la mirada al señor Ebben, que se la sostuvo con serenidad.

—Me llamo Ebben. Soy el dueño de la fábrica de chocolate Hallesche y, desde el veintiocho de septiembre de este año, también de la empresa Rothmann.

A Weber le cambió el color de la cara, que pasó del rojo al blanco para luego congestionarse otra vez.

—¡Debo sacarlo de su error! Llegado el día de hoy, esta empresa pertenece a la chocolatería Adler. ¡Le insto a que abandone el edificio y el recinto en este mismo instante!

El señor Ebben se levantó y se acercó a la mesa de Judith con total tranquilidad.

—La chocolatería Adler está en quiebra —dijo.

Weber volvió a palidecer. Parecía sorprendido.

—No... Yo no sé nada de eso. —Reflexionó un momento—. Y, por lo tanto, no me creo una palabra.

—Pues a partir de ahora ya está usted al corriente.

—Acabo de decirle que no me creo una palabra.

El señor Ebben se encogió de hombros.

—Eso no cambia en nada las cosas, caballero. Durante estos últimos meses, Adler ha intentado hacerse con diversas empresas de fabricación de dulces valiéndose de estratagemas similares a la que han utilizado con la fábrica de chocolate Rothmann. A cambio, prometían a sus cómplices elevadas primas. Eso podría representar una cantidad nada desdeñable para usted.

—Adler actúa siguiendo los dictados del Führer y está considerada de interés bélico —apuntó Weber, pasando por alto la insinuación sobre sus corruptelas.

—¿De interés bélico? —Ebben se acarició la cuidada barba—. ¿Acaso sabe usted algo que nosotros no sepamos?

—No —repuso Weber con un titubeo apenas perceptible—. Solo es una medida de precaución razonable por parte del Führer. En caso de que los enemigos de Alemania ataquen, debemos estar preparados.

—Qué interesante... —Ebben se acercó a Weber, mucho más bajo que él, que retrocedió un paso—. Por cierto —prosiguió—, Adler solo ha pagado esas primas prometidas como recompensa en contadas ocasiones.

—Yo no he recibido ninguna prima —sostuvo Weber.

—Bien pueda ser. La chocolatera Adler ha sufrido con especial dureza las consecuencias de la crisis económica mundial, ya que exportaba mucho al extranjero. Después de que su banco también entrara en barrena y les negara unos préstamos muy necesarios, la situación se complicó. Pero querer superar una crisis así mediante engaños es del todo contraproducente. Si llega usted a recibir algo del dinero prometido, señor Weber, dese por satisfecho... y sobre todo asegúrese de que nadie se entere. Hay muchas personas que se han ido con las manos vacías y querrían conseguir aunque solo fuera una parte del pastel.

—Al margen de que pienso comprobar sus afirmaciones, señor... señor...

—Ebben, como ya le he dicho.

—Bueno, aunque todo eso que dice sea cierto, señor Ebben, de todas formas la fábrica de chocolate Rothman es una empresa que ha infringido varios puntos de la normativa. Para empezar, está dirigida por mujeres...

—Cosa que no está prohibida —señaló el señor Ebben como de pasada.

—Y, además, ¡todavía contrata a trabajadores judíos! ¡La fábrica Rothmann contraviene así claramente las normas del Reich!

—Nosotros mismos comprobaremos ese punto, señor Weber —aseguró Ebben sin alterarse—, y haremos lo que sea conveniente.

—Eso no cambia el hecho de que hemos expropiado la empresa Rothman, por lo que el dinero de la venta no le corresponde a la señora Rheinberger, sino a nosotros.

—Ahí se equivoca, jefe Weber —repuso Judith reuniendo todo su valor—. Las notificaciones y las resoluciones que nos hicieron llegar contenían numerosos errores, pero sobre todo uno decisivo. Iban dirigidas a mi difunto esposo, Victor Rheinberger. En ese momento, sin embargo, la empresa ya me pertenecía a mí, su única heredera.

—¡No se saldrán con la suya! —bramó Weber mientras su escolta montaba guardia en las cuatro esquinas de la sala—. En especial porque las mujeres no pueden ser empresarias, según los dictados del Führer.

—Lo siento mucho —volvió a intervenir el señor Ebben—, pero legalmente la venta a la fábrica de chocolate Hallesche está efectuada y certificada ante notario, de manera que ya no se puede impugnar. Tendrían que demostrar ustedes que hemos cometido fraude, cosa que, como es natural, haría que nos sintiéramos obligados a presentar una demanda judicial contra Adler por un posible intento de elusión de quiebra. Además —le tendió un documento a Weber—, hemos obrado en interés del Reich alemán. ¿Lo ve? En el futuro, aquí se producirá Scho-Ko-Kola por expreso deseo de Heinrich Himmler. Junto con las habituales especialidades Rothmann, como es de suponer.

Vieron que Weber se estremecía al oír el nombre del jefe de las SS. También sus hombres perdieron el rictus impasible y de pronto parecieron inseguros. En los tiempos que corrían, estar

del lado equivocado podía tener unas consecuencias imprevisibles, incluso para ellos, que se suponían en el bando correcto.

—Scho-Ko-Kola es un producto de Adler... —protestó el jefe de la sección local, indignado.

—Lo era, señor Weber, lo era —puntualizó Ebben con paciencia—. La fábrica de chocolate Hallesche ha obtenido hace poco la licencia de Adler para fabricarlo.

Weber sacudió la cabeza con incredulidad. Daba la impresión de tener que recomponerse antes de seguir. Entonces se volvió hacia Judith:

—Aunque todo eso que afirman sea cierto, cosa que habrá que comprobar, me ocuparé de que no se quede usted con el dinero que le ha pagado el señor Ebben. Ese beneficio le corresponde al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán de Stuttgart.

—Pues yo tengo una opinión muy diferente al respecto —repuso ella con tranquilidad.

—En las próximas semanas esperamos la visita del señor Himmler —añadió Ebben enseguida—. Ya nos ha anunciado que desea visitar la planta de producción.

A Judith le extrañó esa información, pero sin duda consiguió el resultado pretendido: intranquilizar a los hombres de la SA.

—Seguro que al señor Himmler le interesará saber que alguien quiere ponernos trabas... —siguió el nuevo propietario de Chocolates Rothmann.

La amenaza abierta obró su efecto.

Weber miró fijamente a Ebben y luego a cada uno de sus hombres, a quienes entonces hizo una señal.

—*Heil Hitler!* —Se notó que le costaba mantener firme el brazo que levantó hacia el techo.

Se marcharon, aunque con mucha menos autoridad de la que habían mostrado a su llegada, media hora antes.

Cuando salieron por la puerta, Judith se dejó caer en la silla del escritorio de Viktoria. Las rodillas le temblaban tanto que temía que no pudieran sostenerla más.

Ebben fue hacia ella.

—¡Bien hecho!

Ella asintió, pero no consiguió contener las lágrimas.

—Le prometo, señora Rheinberger, que seguiremos dirigiendo esta fábrica con la misma mentalidad que usted. Mire, cuando las personas honradas tenemos la posibilidad de hacer frente común, debemos intentarlo. Hoy en día quedamos muy pocos, de todos modos.

—¡Esto es una pesadilla!

—En eso tiene razón. Aunque nos hemos enfrentado a esos sinvergüenzas con sus mismas armas: mentiras y engaños.

—Entonces, ¿el señor Himmler no vendrá a visitarnos?

—Madre del amor hermoso. No, no... —el hombre sonrió satisfecho.

—Esperemos que esto haya terminado por fin —dijo Judith con un suspiro—. Aunque no las tengo todas conmigo.

—Yo la apoyaré, señora Rheinberger —le garantizó—. Y tengo mis contactos.

Ella respiró. Ya había conseguido el primer paso importante. Weber no se daría tan fácilmente por vencido, desde luego, pero Ebben estaba dispuesto a presentarle batalla. El resto de la guerra tendrían que librarla ellos dos.

La totalidad del precio de venta de la fábrica de chocolate Rothmann se encontraba en esos momentos a buen recaudo en una cuenta recién abierta en Suiza. Ebben había pedido al banco Von Braun que se la reintegraran en metálico, le había entregado el dinero a Karl y este lo había

pasado a escondidas por la frontera repartido en dos maletas.

Al miedo y la tristeza de Judith se les unió entonces una tímida sensación de triunfo. Si bien todavía tenía algunos obstáculos que salvar, por lo menos había encontrado una nueva esperanza para su familia y para sí misma.

Ciudad de Nueva York, Greenwich Village, primera hora del 20 de octubre de 1936

UNA CALMA CHICHA se cernía esa mañana sobre los tejados de Greenwich Village, ese barrio tan poco convencional de Nueva York en el que aún se respiraba el espíritu latente de la bohemia de los años 1920. Era el hogar de personas de nacionalidades y extracciones sociales diferentes, una mezcla que en otras zonas de la ciudad no se podía encontrar. Allí se encontraba alojamiento por poco dinero y los relojes avanzaban a un ritmo diferente; incluso las calles se salían del patrón de cuadrícula que caracterizaba el resto de Manhattan. Literatos pobres vivían junto a pintores y escultores, músicos junto a actores, y entre ellos se refugiaban también otros artistas cuyas carreras habían fracasado en algún momento y que ya solo intentaban sobrevivir como buenamente podían.

Hacía algo más de dos años que Andrew tenía allí un apartamento, no muy lejos de Washington Square Park. No solo porque era barato, tal como le había explicado a Viktoria, sino porque apreciaba mucho lo que hacía tan diferente a ese barrio, su colorido. También ella había llegado a entenderlo bien.

Se habían levantado temprano, como siempre, habían desayunado juntos y ya iban de camino a la empresa. Por la noche había llovido, y Viktoria oía el repiqueteo de sus tacones sobre el asfalto mojado mientras recorrían las calles. Le encantaba esa hora de la mañana en la que todavía se percibía un soplo de la noche anterior, por mucho que los últimos clientes de bares y clubes de jazz se hubieran marchado ya y los gruesos telones de terciopelo de los numerosos teatros estuvieran bajados. Por la tarde, ese peculiar mundo despertaría de nuevo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Andrew posó un brazo sobre los hombros de Viktoria. Todavía hablaba con ella en alemán cuando estaban los dos solos.

—Esta mañana seguiré repasando listas de clientes con Grace —respondió ella—, y por la tarde esperamos a Brenda Frazier.

—¡Ah! ¿Por los preparativos para el debut?

—Exacto. Sally y yo hemos ideado algo muy especial.

—Estoy deseando verlo.

—Pues sigue deseándolo, porque no pienso desvelarte nada todavía —comentó muy en serio—. ¿Y tú? ¿Qué tienes en la agenda?

—Mi abuelo ha anunciado una visita. Me machaca casi a diario con preguntas y propuestas.

—Qué pena que crea que no puede confiar en ti.

—Teme perder la obra de toda su vida. —Andrew levantó una mano con la palma abierta y la volvió hacia uno y otro lado—. Está empezando a llover.

También Viktoria notó entonces las primeras gotas.

—¡A ver quién llega antes al metro! —exclamó él y echó a correr.

Viktoria sabía que lo decía para echarle una carrera, pero dejó que se adelantara y siguió paseando tranquilamente tras él. Llegó sonriendo y con una clara distancia a la entrada de la

estación de Washington Square, donde él la esperaba radiante.

Juntos se sumergieron en el mundo subterráneo y móvil de la ciudad, donde olía a hierro, se notaban las vibraciones de los trenes que entraban y salían, y un sinfín de viajeros compartían apretados parte del trayecto antes de que el metro volviera a salir a la luz del día.

Solo tenían una parada hasta la calle Catorce. SweetCandy se encontraba al norte de Greenwich Village y al oeste de Chelsea, no muy lejos del río Hudson y del intenso ajeteo de sus muelles.

En la entrada de la empresa se separaron con una rápida despedida, ya que todavía mantenían su amor en secreto. Mientras que Andrew quería hacer una ronda por las salas de producción, Viktoria se fue directa a las oficinas de la tercera planta.

El zumbido metálico del ascensor ya era un sonido tan familiar para ella como la ruta por los pasillos y los ruidos que la recibieron allí: el repiqueteo de las máquinas de escribir y las calculadoras, las conversaciones a media voz, el susurro de los papeles, los timbres de los teléfonos.

Llegó al despacho de la prima de Andrew y atravesó la antesala dando los buenos días con simpatía. Las chicas le sonrieron con sinceridad y una de ellas se levantó y le abrió la puerta de Grace.

—Buenos días, Viktoria. —La prima de Andrew, que solía empezar a trabajar antes que nadie, la saludó con una sonrisa resplandeciente, como de costumbre.

—¡Señorita Rheinberger! —Isaak Stern también estaba allí y se levantó para ayudarla a quitarse el abrigo.

—Buenos días. ¿Habéis empezado ya? —Viktoria dejó el bolso.

—Hemos seleccionado algunos expedientes, pero la verdad es que todavía no nos habíamos puesto con ello —contestó Grace.

Viktoria se sentó a la mesa de reuniones, donde había varios archivadores apilados.

—Entonces podemos seguir por donde lo dejamos ayer.

—Exacto.

Se sumergieron en cuentas y listas de clientes, igual que los días anteriores. Grace iba apartando los clientes sospechosos, Isaak Stern los examinaba con mayor detalle y Viktoria ponía por escrito todo lo que les llamaba la atención. De esa manera habían identificado ya a varias empresas que, a su parecer, debían someterse a un examen más exhaustivo.

Tampoco esa mañana Grace tardó mucho en detenerse.

—Aquí. Peter Baker. Número de cliente tres ocho uno. Un pedido del treinta de abril. Reclamación el tres de mayo. Es ilógico. Reclamó antes de que le llegara el producto.

—En efecto. —Isaak Stern comparó los datos del pedido y los de la entrega—. ¿Lo apunta, señorita Rheinberger?

Viktoria anotó el nombre y el número de cliente, así como los demás datos.

—¿Qué había pedido el señor Baker? —quiso saber Stern.

—Una partida de gominolas de frutas por valor de quinientos dólares. Y mil dólares en chocolatinas. Se dedica a suministrar a pequeños quioscos.

—¿Reclamó por todo ello?

—No, solo por una parte. —Grace hojeó las listas, adelante y atrás—. Un momento... Sí que nos entró un pago. Más de setecientos veinte dólares por el producto que supuestamente no tenía ningún defecto. El resto del pago aún sigue pendiente.

—Compruebe si ese cliente tiene alguna otra cuenta por pagar, completa o en parte, por

favor, señorita Miller —pidió Stern.

Grace revisó de nuevo los últimos pedidos y negó con la cabeza.

—No. Todo lo demás está saldado. Aunque hace ya más de tres meses desde el último pedido. Eso es extraño, porque justo es en verano cuando los quioscos necesitan mayor suministro.

—Se lo comentaré a Andrew —señaló Viktoria.

—No hace falta, ya lo haré yo —se ofreció Grace—. Tú tienes mucho que hacer ahora mismo con el debut Frazier.

—Muy amable por tu parte. Gracias.

—Yo también podría... —empezó a decir Stern, pero llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Grace, y una de las secretarias de la antesala entró en el despacho—. Señorita Miller, está aquí la empresa con la que quería hablar sobre el precio del azúcar.

—¡Ah, es verdad! Lo había olvidado por completo. —Se volvió hacia Viktoria e Isaak Stern—. ¿Podríamos continuar más tarde? ¿Dentro de una hora, por ejemplo? Seguro que para entonces ya habré terminado.

—También podemos seguir nosotros solos —dijo Stern.

—Ay, no tienen por qué. Yo encuentro los clientes mucho más deprisa que usted. Aprovechen para hacer un descanso. —Se despidió de ambos con un gesto de la cabeza y salió del despacho.

Stern se reclinó en el respaldo.

—En realidad deberíamos continuar. Más tarde yo tengo una cita en la fábrica de pianos. Un cliente nuevo.

—Sigamos, entonces —accedió Viktoria—. Seguro que Grace no se molestará.

Mientras Stern se acercaba el archivador que estaba en el sitio de Grace, la mirada de Viktoria recayó en un estrecho armario de oficina cuyas puertas sobresalían varios milímetros. Era poco habitual que Grace lo dejara así, porque siempre comprobaba con minuciosidad que todo estuviera bien guardado bajo llave.

Se levantó para cerrarlo, pero al intentarlo notó resistencia.

—¿Qué ocurre, señorita Rheinberger? —Stern levantó la mirada de los documentos.

—Nada especial. —Abrió el armario del todo para ver qué bloqueaba las puertas—. Solo quería cerrar este... —Se interrumpió.

Uno de los archivadores del interior sobresalía demasiado y no conseguía acabar de meterlo los centímetros que faltaban porque algo lo obstaculizaba por detrás.

Stern se levantó y se acercó.

—¿Puedo ayudar?

—No lo sé... —Viktoria sacó el archivador del todo y palpó el espacio libre con la mano.

Se topó con una carpeta gruesa que debía de haber estado entre los archivadores, o bien había resbalado desde la estantería superior. Al estudiarla más de cerca, le llamó la atención una inscripción hecha a lápiz con letra fina: «Clientes especiales».

—Esto sí que es interesante —comentó Stern, mirando desde detrás de ella—. Tal vez deberíamos comprobarlo también.

Regresaron a la mesa y Viktoria abrió la carpeta.

Todo estaba cuidadosamente clasificado por orden alfabético y fecha. Sacaron los primeros expedientes.

—Son simples listados de clientes —constató la joven—. Pero ¿por qué los tiene apartados?

Stern se acarició el mentón, pensativo.

—Todos estos clientes hicieron su primer pedido a SweetCandy Ltd. entre el uno y el diez de agosto de 1935, o sea, hace más de un año, y cada uno de ellos realizó exactamente tres. — Siguió hojeando—. De esos, el primero siempre fue correcto y se pagó, con el segundo solo se efectuaron pagos parciales y del tercer encargo no entró ningún pago.

—Eso sigue un patrón muy regular —opinó Viktoria.

El hombre asintió.

—Y aquí... —Le pasó un expediente y señaló la última página— ... tenemos la correspondiente notificación con el apunte de «deuda pendiente».

—¿Y con todos los clientes sucede lo mismo? —preguntó Viktoria.

Stern siguió examinando la carpeta y asintió.

—En todos y cada uno, sin falta.

—Tal vez Grace ya había apartado estos clientes... ¿para que no pudieran hacer ningún pedido más?

—Es muy posible.

—¿Sabe qué, señor Stern? Anotaremos los nombres y volveremos a guardar la carpeta.

—¿Y no podríamos preguntarle a la señorita Miller y listos?

—Claro... Pero imagino que no le hará mucha gracia enterarse de que hemos hurgado en ese armario sin su permiso.

Isaak Stern la miró indeciso y ella notó que el hombre habría preferido aclarar el asunto.

—Seguro que en algún momento se nos presenta la ocasión de preguntar a Grace al respecto —añadió.

—Está bien. —Stern buscó una hoja en blanco—. Empecemos, pues.

Dividió la lista, le pasó la primera mitad a Viktoria y ambos se pusieron a anotar los nombres.

Casi habían terminado cuando oyeron un rumor de voces en la antesala.

Se miraron.

Él reunió con calma sus documentos y se los entregó. Viktoria puso los suyos encima y cerró la carpeta. Después lo metió todo otra vez en el armario, volvió a colocar delante el archivador que Stern había dejado sobre el escritorio de Grace y cerró las puertas para dejarlas más o menos como las había encontrado. Stern, mientras tanto, recogió sus notas y las guardó en un portafolios.

Viktoria tuvo el tiempo justo de volver a sentarse en su sitio, Grace entró entonces con brío en el despacho.

—¡Ay, qué bien ha ido esa reunión! ¡A partir de ahora conseguiremos el azúcar a precio de ganga! —Sonreía de oreja a oreja, los dientes blancos destellaban entre el tono rojo cereza de sus labios pintados—. Andrew estará muy satisfecho.

—¿Es que has cambiado de proveedor? —se interesó Viktoria.

—Sí. El que teníamos hasta ahora era caro y poco fiable. —La chica se sentó—. Gracias por esperarme. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En Peter Baker —le recordó Stern.

—Ah, sí.

Siguieron con su trabajo, aunque Viktoria no hacía más que pensar en la lista de clientes especiales del armario. ¿Por qué la ocultaba Grace allí? Parecía ocurrir algo con ellos.

Poco antes del mediodía, Isaak Stern se despidió de las dos.

—Mañana por la mañana volveré a estar disponible —anunció.

—Es posible que mañana yo no esté —dijo Viktoria—. Dependerá de cuánto tiempo tenga que invertir en el debut Frazier.

—Yo no veo ningún problema, Viktoria —opinó Grace—. Puedo seguir trabajando mientras tanto con el señor Stern, y que luego él te informe de lo que hayamos descubierto.

Él asintió.

—Tómese el tiempo que necesite para sus otras ocupaciones, señorita Rheinberger. Yo me encargaré de este asunto y las pondré al corriente a su madre y a usted con regularidad.

—Está bien. —Habría preferido seguir estando presente en las comprobaciones, pero convino en que ese reparto de tareas tenía sentido.

Stern tenía formación y experiencia en demandas mercantiles, y ella no solo debía preparar el debut, sino también supervisar las recetas y los procesos de fabricación de SweetCandy. Eso la tendría ocupadísima durante los días siguientes.

—Bueno, he quedado para comer —dijo Grace después de que Stern se marchara—. ¿Te parece que lo dejemos por hoy?

—Como quieras. —Viktoria se levantó y fue a por su bolso—. Ah, quería hacerte una pregunta...

—¿Sí?

—Esas irregularidades que estamos investigando se producen desde hace un tiempo. Alrededor de un año, ¿verdad?

—Bueno, aproximadamente. Puede que algo más. —Grace había sacado un espejo de bolsillo y un pintalabios del cajón de su escritorio y se estaba retocando el maquillaje con cuidado.

—¿Y hasta ahora no habíais confeccionado ningún listado? Me refiero a clientes que desde el principio tuvieran un comportamiento similar y llamativo en cuanto a los pedidos y que dejaran deudas pendientes.

—No. —Grace cerró el espejito—. ¿Por qué?

BRENDA FRAZIER SE apeó con un movimiento elegante del Cadillac negro que acababa de llegar. Mientras el conductor cerraba la puerta tras ella y volvía a sentarse al volante, la joven se acercó con una sonrisa amable a Viktoria, que la estaba esperando en la entrada de SweetCandy.

—¡Bienvenida, señorita Frazier! —Le ofreció la mano—. Cómo me alegro de que haya podido venir.

—Es un placer. ¡Y llámame Brenda, por favor! —Paseó la mirada por la fachada de ladrillo con grandes ventanales—. Me alegro mucho de estar aquí.

—¿Has venido sola? —Viktoria se extrañó de que ni la madre ni la abuela se hubieran ofrecido a hacer de acompañantes, pero lo recibió con gran alivio.

—Oh, sí. A mi madre le ha salido una cita con su modista en el último momento, y la abuela no se encontraba muy bien.

No esperaba una respuesta tan detallada, pero le gustó ver en ello una muestra de la confianza de la chica.

—Vaya. Espero que su abuela se recupere pronto.

Brenda soltó una risilla con la que de repente ya no parecía una niña mimada de clase alta, sino una chica de diecisiete años normal y corriente.

—¡Pues yo no!

Viktoria no supo qué decir a eso. Por suerte, Brenda dejó el tema enseguida y empezó a hacer algún comentario informal sobre sus preferencias en cuestión de dulces mientras su anfitriona cruzaba con ella el vestíbulo de entrada y la llevaba por un pasillo estrecho hacia el departamento de desarrollo de SweetCandy. Por los altos ventanales se veían los reflejos dorados del sol de octubre en la superficie normalmente gris del río Hudson. En el cielo todavía se apreciaba alguna que otra nube de la lluvia de esa mañana.

Sally ya las estaba esperando. Las demás trabajadoras se habían retirado a sus puestos, y solo de vez en cuando alguna de ellas se arriesgaba a mirarlas de reojo con curiosidad. No alcanzaban a ver mucho, de todos modos, porque la zona donde celebraron la reunión ese día estaba separada por grandes telas blancas.

De pronto, Brenda parecía nerviosa. Viktoria le puso una mano en el brazo para tranquilizarla.

—Seguro que te resulta inquietante, pero puedes estar tranquila. Lo que tenemos pensado es extraordinario, pero en absoluto doloroso. Un poco desagradable, a lo sumo.

—Es que soy incapaz de imaginar lo que me espera —comentó Brenda mientras tomaba asiento en la silla que habían colocado en el centro de la improvisada cabina.

Sally había dispuesto todo lo que necesitaban para el trabajo en la mesa alargada que había junto a ella.

—Primero tenemos que retirar el maquillaje, Brenda. —Sally alcanzó un algodón—. ¿Puedo? ¿O prefieres hacerlo tú misma?

—Oh, no, no. Lo dejo en tus manos.

La joven cerró los ojos mientras Sally la desmaquillaba con delicadeza. Cuando hubo retirado todo el colorete, Viktoria pasó un paño húmedo y tibio por el rostro de Brenda dando pequeños toques. Le sorprendió ver lo vulnerable que parecía la joven que había surgido bajo la gruesa capa de maquillaje.

—Muy bien. Ahora aplicaremos una fina capa de vaselina en la cara y el nacimiento del pelo. Por desgracia, es necesario; si no, después no habría forma de retirar el yeso del pelo.

Cubrió a Brenda con una tela suave para protegerle la ropa, y esta la miró molesta un instante. Después volvió a cerrar los ojos.

—Por favor, tened cuidado de no estropearme la cara.

—Quédate tranquila.

Viktoria le aplicó la vaselina con esmero. Cuando estuvo segura de no haberse dejado ninguna zona, le envolvió el nacimiento del pelo con una toalla.

—Bueno —le dijo entonces a su ayudante—, empecemos.

Mientras Viktoria preparaba a Brenda, Sally había estado ocupada cortando vendas de yeso de diferentes tamaños y humedeciéndolas para luego empezar a pasárselas a Viktoria de una en una. Esta, por su parte, iba colocándolas con cuidado sobre el rostro, el cuello y el escote de Brenda en varias capas, y apretaba un poco cada vez. Solo dejó al descubierto los ojos.

Esperaron a que el yeso se secara; Sally se puso a recoger el puesto de trabajo y Viktoria se quedó junto a la joven. Al cabo de diez minutos, le retiró la máscara de la cara con delicadeza.

—¿Qué? ¿Ha salido bien? —quiso saber Brenda enseguida.

Viktoria comprobó su obra.

—Sí. Está perfecta. —Dejó la máscara a un lado y le limpió los restos de yeso de la nariz, la frente, las mejillas y el cuello.

—¿Puedo mirarme? —preguntó Brenda.

Le pasó un espejo de mano.

—Si mi madre me viera así, le daría algo —comentó la chica mientras se estudiaba con ojo crítico y se tocaba la piel, que había quedado algo enrojecida a causa del procedimiento, con la punta de los dedos.

—Tu madre es muy estricta —opinó Viktoria.

—Ya lo creo. Es estricta y ambiciosa. Pero así debe ser. Si no, esto no sería un auténtico debut.

—Entiendo. —Por lo visto, estaba bastante conforme con su situación, así que Viktoria decidió no seguir preguntándole por ello. En lugar de eso, le aplicó una crema calmante en el rostro.

—Tú eres alemana, ¿verdad? —preguntó la joven cuando Viktoria terminó.

—Sí. —Cerró el bote de crema y se frotó las manos con los restos.

—El año pasado estuve allí. En Múnich. ¿Lo conoces?

—Yo soy de Stuttgart, pero por supuesto que conozco Múnich. Mi abuela vivía allí.

Brenda asintió.

—Me gustó mucho. ¡Es una ciudad preciosa!

—¿Y qué hacías allí? ¿Fuiste de vacaciones?

La chica rio.

—Uy, qué va. Estuve estudiando. Alemán e inglés. —Las últimas palabras las dijo en alemán.

—¿De verdad? —Ese descubrimiento sorprendió a Viktoria—. ¿Y cuánto tiempo?

—Un año. Después tuve que volver a casa. —Se quedó pensativa—. Me habría gustado quedarme en Alemania. Aquello es tan... diferente. Imagínate: la gente va a la ópera porque le encanta la música y no solo porque quiera que la vean los demás, como hacen aquí, en Nueva York.

—¿Tan diferente te parece la vida de allí?

—Uy, sí.

Por lo visto, Brenda era mucho más observadora y sensible de lo que hacía pensar su habitual pose.

—¿No le preguntaste a tu madre si podías quedarte en Alemania para seguir estudiando?

—Sí, por supuesto. Pero me convenció de que sería terrible perderme mi debut. Esto es algo que solo ocurre una vez en la vida, ¿sabes?

—Mmm... —Viktoria le quitó la capa de tela y la toalla del pelo—. Tal vez pensara también que la actual situación política de Alemania es complicada y por eso prefiriera tenerte aquí, en Estados Unidos.

—Ah, no, seguro que eso no influyó en su decisión. Además, en Múnich la cosa no era tan horrible, o al menos no para mí. De todos modos, ahora ya está decidido.

Se levantó y se acercó con curiosidad a la mesa de trabajo, donde estaba su molde de yeso.

—La verdad es que tengo mucha curiosidad por ver cómo queda al final.

Viktoria se acercó también.

—Tienes un rostro precioso, Brenda. ¡Así que también tu imagen en chocolate será una preciosidad!

—Todavía no soy capaz de imaginarlo.

—Trabajaremos lo que haga falta para que quede perfecto.

—Perfecto... —repitió Brenda con un suspiro—. Mi madre siempre lo hace todo perfecto. A los doce años me puso a dieta porque, según ella, estaba demasiado gorda. Después me envió a que me alargaran los tendones de los pies para poder llevar tacones altos.

—¿Cómo dices? —Viktoria estaba conmocionada; que la señora Watriss no escatimara en gastos para el debut de su hija era una cosa, pero que pusiera a una niña a dieta y que incluso la sometiera a una operación le parecía inconcebible.

—El dolor fue insostenible. Tardé seis meses en poder caminar bien otra vez. —Brenda acarició su rostro de yeso con el dedo índice—. Pero al final todo salió bien. ¡Ahora puedo llevar unos zapatos espectaculares!

Ese mismo día, a última hora la tarde

—¿ADÓNDE ME LLEVAS secuestrada? —preguntó Viktoria con curiosidad mientras veía pasar los edificios desde el asiento trasero del taxi.

Aunque estaba muy cansada después de haber trabajado todo el día, Andrew había insistido en sacarla por ahí, así que habían vuelto a casa solo un momento para cambiarse de ropa y luego habían disfrutado de una cena estupenda en un pequeño restaurante. En esos momentos se dirigían a Broadway, y ella sospechaba que él le tenía preparado algo especial.

El taxi se detuvo en la calle Cincuenta. Andrew pagó al conductor, la ayudó a bajar y le ofreció un brazo con soltura. Después de tan solo unos pasos, Viktoria se fijó en un enorme

cartel luminoso muy llamativo: WINTER GARDEN.

Tiró de Andrew para llevarlo a la vitrina que había en la entrada.

—Ajá: «Ziegfeld Follies» —leyó en voz alta—. ¿Y cuáles son esas «locuras» que se pueden ver aquí dentro?

Andrew se echó a reír.

—Tú espera y verás.

Compró las entradas y la llevó hasta los asientos que les habían asignado, que quedaban en el centro de una amplia platea de teatro decorada con opulencia. Viktoria miró alrededor y comprobó que en Nueva York absolutamente todo era más grande que en Alemania. Incluso las salas de teatro.

—¿Qué me dices? ¿Te gusta?

—Me siento como dentro de una película de Hollywood —reconoció ella—. Es maravilloso, Andrew.

—Pues espera a que hayas visto el espectáculo.

—Me apetece mucho. —En ese momento recordó algo que llevaba toda la tarde queriendo preguntarle—: Puede que ahora te resulte un poco repentino, y sé que no viene al caso, pero ¿tú sabías que Grace tiene una lista de clientes especiales?

—Seguro que tiene varias listas. Ya sabes lo mucho que le gusta organizar las cosas.

—Es verdad. Pero esa lista solo contiene clientes que os hicieron pedidos en un período determinado del año pasado y que luego se retrasaron con los pagos.

—Bueno, eso no tiene nada de reprochable. Al contrario.

—Todos esos expedientes siguen un mismo patrón. Resulta curioso. ¿La categoría de «Clientes especiales» no te dice nada?

—Así, a bote pronto, no. Grace mencionó algo por el estilo sobre un grupo de clientes, pero también dijo que ella se encargaría del asunto. La verdad es que se lo agradecí mucho. Seguro que se ha ocupado de que no vuelvan a encargarnos nada.

—En efecto. Siempre después del tercer pedido, cuando la deuda aparecía como pendiente, se hacía un apunte de bloqueo... Pero solo unos días después, un nuevo cliente realizaba otro pedido que seguía exactamente el mismo patrón.

Andrew sacudió la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo cierto es que no. A menos que...

—¿Insinúas que Grace tiene algo que ver en ello? No puedo imaginarlo de ningún modo.

—Por lo menos lo sabe y no ha hecho nada para acabar de una vez con ese juego.

Bajaron las luces de la sala.

Viktoria se inclinó hacia Andrew para que pudiera oírla mejor y le habló en un susurro:

—Lo más extraño, sin embargo, es que me ha mentido y me ha dicho que no tiene ninguna lista de esas características.

En ese mismo instante empezó a sonar la música. El telón se levantó y tras él apareció todo un conjunto de despampanantes chicas de revista.

Apartamento de Andrew, Greenwich Village, 25 de octubre de 1936

ANDREW ESTABA JUNTO a los fogones, preparando unos huevos revueltos con beicon. El intenso aroma se extendió por las dos pequeñas habitaciones en las que vivía e hizo que Viktoria al fin se levantara, se pusiera un jersey grueso y se reuniera con él en la cocina.

—Buenos días. —Se acurrucó contra su cuerpo.

—¿Has dormido a gusto?

—Mmm... No. —Se habían pasado casi toda la noche trabajando y no se habían acostado hasta la madrugada, así que habían descansado apenas un par de horas.

Andrew la rodeó con el brazo libre, en un gesto cariñoso, mientras con la otra mano seguía removiendo el contenido de la sartén.

—¿Tienes hambre?

—¡Mucha!

—Los huevos estarán enseguida. ¿Preparas unas tostadas?

—Claro. —Viktoria sacó dos rebanadas de pan blanco y las puso por turnos en la tostadora, un aparato que hasta entonces no conocía pero que resultaba de lo más práctico.

Andrew repartió los huevos revueltos en dos platos, Viktoria añadió el pan y sirvió dos vasos de zumo de naranja. Después se sentaron a la minúscula mesa de la cocina y disfrutaron del desayuno.

—Hoy todavía nos queda mucho que hacer —comentó ella mirando las pilas de papeles y archivadores que había repartidos por todo el apartamento.

—Ya lo creo —corroboró él—. Lo más complicado será sacar las conclusiones correctas de la información que hemos recopilado y tomar las medidas necesarias.

—Tienes razón. —Bebió un poco de zumo de naranja y miró por la ventana, hacia el olmo que crecía delante del estrecho edificio de apartamentos de alquiler y cuya copa tapaba la vista de la casa de enfrente. Sus hojas teñidas de un rojo anaranjado tenían poco con lo que defenderse del fuerte y frío viento de octubre que ese día soplaba en las calles. Las ramas no tardarían en estar desnudas del todo a la espera de la llegada de los primeros copos de nieve—. ¿Quieres que sigamos? —le preguntó a Andrew.

—Sí. Quitémonoslo de encima. —Y se levantó.

Juntos recogieron los platos y volvieron a sentarse en el suelo del salón, porque la cantidad de documentos que estaban revisando no cabía en ninguna de las mesas que había en la casa.

Grace no sabía que Andrew y ella estaban comprobando las cuentas. El viernes por la tarde se había despedido para marcharse de fin de semana largo, porque una de sus amigas se casaba y ella quería ir a la boda, que se celebraba en Boston. A Viktoria y a Andrew se les había ofrecido así una oportunidad perfecta para registrar su despacho.

Habían revisado buena parte del material allí mismo, pero había algunos clientes y proveedores que querían examinar con más tranquilidad, entre ellos los de la lista de «Clientes

especiales» que Viktoria había descubierto en el armario de Grace. Por eso se habían llevado los documentos más importantes a casa de Andrew.

Durante la noche anterior habían avanzado mucho. Gracias al trabajo de las últimas semanas, Viktoria estaba muy familiarizada con la clientela de la empresa y había identificado los principales casos problemáticos. En ese momento estaban comprobando los proveedores. A lo largo del domingo, también en ese apartado fueron encontrando detalles interesantes.

Un importante socio comercial había dejado de trabajar con ellos a causa de varias facturas impagadas, y su lugar lo habían ocupado otros empresarios que les habían presentado unas facturas desorbitadas.

—Aunque la calidad de esas habas de cacao sea excelente, estos precios están absolutamente injustificados —afirmó él.

—¿Y tú no te habías dado cuenta?

—Algún detalle me había llamado la atención, pero como Grace, entre otras cosas, es responsable de la contabilidad y siempre me aseguraba que todo iba bien, no investigué más. Ya sé que no obré bien.

—No, desde luego. No quieres que se convierta en copropietaria, pero en cambio le tienes una confianza ciega. A mí me parece contradictorio.

—Lo es. —Andrew suspiró.

La desesperación que percibió en su voz afectó a Viktoria, que se levantó y se sentó a su lado para ponerle una mano en la espalda.

—Creo que te has visto cargado con una gran responsabilidad demasiado pronto. Tu abuelo te cedió la dirección de la empresa y te puso bajo una gran presión, aunque todavía eras muy joven.

—Le habría gustado seguir dirigiendo la empresa, pero hace cinco años sufrió una grave enfermedad cardíaca. Como nadie sabía si llegaría a recuperarse, era importante conseguir que la empresa siguiera operativa.

—Lo entiendo muy bien.

—Cuando se recuperó un poco, empezó a querer meter baza. Fue complicado.

—Tú tenías tus ambiciones.

—Claro que las tenía. Es muy duro tener constantemente a alguien encima... tratándote como a un niño pequeño. Incluso delante del personal. Con eso menoscabó mi autoridad.

—Es lo que ocurre cuando se es el hijo de una dinastía empresarial. Nunca se acaba de ser del todo adulto.

—Es posible que haya familias en las que sí funcione. En nuestro caso fue difícil, pero en fin... Lo que está claro es que alguien quiere perjudicar a SweetCandy.

—Y para ello ha manipulado a clientes y proveedores.

—Es lo que parece. —Andrew asintió—. Y eso es fraude.

—Vamos a calcular los importes por encima, para así tener una idea general de la dimensión del asunto.

Mientras aún estaban sumándolo todo, a Viktoria le llamó la atención una carpeta que estaba al final de un archivador y que llevaba la inscripción de «Privado». Se fijó mejor.

—Oye, ¿Andrew?

—¿Sí?

—¿Quién vive en el London Terrace?

—¿En el London Terrace? ¿Por qué lo preguntas?

—Aquí hay un contrato de alquiler del año 1935. Febrero de 1935.

—¿Me dejas verlo?

Ella le acercó el contrato y vio cómo pasaba las páginas con irritación.

—El alquiler se paga desde una de nuestras cuentas empresariales. El inquilino es... SweetCandy. —Andrew se llevó una mano a la frente—. Está firmado por Grace.

—¿Alquilasteis quizá un apartamento allí para algún colaborador? ¿Y luego olvidasteis cancelarlo?

—No, que yo sepa. Y seguro que a Grace no se le habría pasado por alto algo así.

—¿No vivirá ella ahí?

—¿Grace? Sería muy extraño. Ocupa toda una planta en la casa de mi abuelo.

—¿Y es allí donde está habitualmente?

—Dios mío, Viktoria, es una mujer adulta. Hasta ahora no tenía ningún motivo para hacer que la siguieran. Tal vez tenga un novio y no quiera que nadie se entere. O una novia, quién sabe.

—Lo mejor será que le preguntes. Me refiero a lo del apartamento, no a su vida privada.

Andrew sonrió.

—Puede que su vida privada esté relacionada con ello.

—¿Tú crees?

—No podemos descartarlo. Pero, en cuanto a lo demás, tendrá que oírme y darme respuestas.

—¿Y ella tiene autorización para firmar un contrato así? Si no, ese alquiler podría ser inválido.

—Cuenta con amplios poderes. —Andrew se interrumpió—. Hasta ahora no tenía motivos para desconfiar de ella. —Parecía abatido.

—Te propongo que repasemos una vez más todo lo que hemos descubierto —dijo Viktoria, y le apretó el brazo con cariño—. Mañana me pondré en contacto con esas empresas sospechosas. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, muy bien. —Respiró hondo—. Y después saldremos a comer algo.

Mansión de los Rothman, 8 de noviembre de 1936

—¿SABÉIS ALGO DE Vicky? —preguntó Martin en la mesa del desayuno, antes de servirse una taza de café.

Había llegado de Francia el día anterior y se le veía fresco y descansado.

—Nos envía noticias de vez en cuando —respondió Judith, y lo miró con satisfacción—, aunque solo nos contamos trivialidades, por si vigilan nuestras comunicaciones. Pero parece que se ha adaptado sin ningún problema y creo que le va bien allí.

—Debe de ser así, si no añora su casa. —Martin se puso leche y azúcar en el café y le dio vueltas—. ¿Y tú cómo llevas lo de estar sin Vicky, mamá?

—Bueno, ya sabes... Es evidente que la echo de menos, pero así vivirá experiencias importantes. Además, en Voiron ya nos demostró que sabe apañárselas muy bien en el extranjero. Tú también te fuiste a estudiar a París en su momento en lugar de quedarte en Stuttgart.

—Es verdad, y fue una época bonita. —Dejó la cucharilla de café en el plato con un leve tintineo—. Pero aún hoy sigo disfrutando de regresar a casa, por mucho que solo sea un par de días.

—Así me gusta. —Le guiñó un ojo a su hijo—. Aunque esta vez era sobre todo Mathilda quien estaba impaciente.

Martin sonrió con elocuencia y bebió de su café con leche.

—Bueno... y también yo —añadió con una sonrisa su madre, que se sirvió una loncha de jamón sobre el pan y golpeó la cáscara de su huevo pasado por agua.

—¿Cómo va todo en la fábrica de chocolate? —preguntó Martin antes de tomar una manzana del frutero y darle un mordisco.

—El señor Ebben la dirige de maravilla. Aunque seguramente nunca terminaré de acostumbrarme a haber perdido la empresa. —Quiso alcanzar la cafetera, pero Martin se le adelantó y le sirvió—. Gracias. Todavía requiere mi participación en algunas cosas. En todo caso, cerrará El Mundo del Chocolate y solo mantendrá una pequeña cafetería en la vieja tienda. A la gente ya no le apetece tanto la diversión.

—A la gente siempre le apetece divertirse —la contradijo Martin, y en sus palabras se percibió cierta amargura—, solo que ya no se le permite hacerlo según sus propios gustos. En Alemania, ahora incluso el tema de conversación le dictan a uno.

Oyeron la puerta del comedor.

—¡Mathilda!

Judith reparó en la expresión de cariño que iluminó el rostro de su hijo.

—¡Buenos días! —Hacía mucho tiempo que no veían a la joven tan feliz.

Martin se levantó y retiró la silla que estaba a su lado para ella. Cuando Mathilda se sentó, Judith se fijó en el delgado anillo que lucía en el anular de la mano izquierda.

—Decidme... —empezó a preguntar con cautela—, ¿tenéis alguna novedad?

Ella se alisó el vestido azul de flores, cohibida.

—Sí que la hay —respondió Martin, y le guiñó un ojo a su madre—. Mathilda me acompañará a París la semana que viene y se quedará allí conmigo.

—¡Oh! —Aquello pilló a Judith por sorpresa—. ¿No estáis yendo un poco... deprisa? —Si ahora también Mathilda se marchaba de la casa, se quedaría muy sola en la gran mansión—. Además, quizá antes deberíais casaros...

—Eso queríamos anunciártelo esta noche con más tranquilidad. Sí, nos casaremos, pero en Francia. Ya hemos preparado la documentación necesaria.

—Vaya... —Judith recordó los turbulentos inicios de su propio matrimonio e intentó reprimir todo lo posible su sentimiento de pérdida.

Su hijo pasaba de los treinta años, Mathilda tenía veintidós. Ambos planeaban su futuro juntos; era algo natural y bueno. Ella tendría que encontrar un nuevo camino para su propia vida. El mundo, tal como Judith había aprendido con gran dolor, no se detenía por nadie.

Se levantó y abrazó a su hijo y a su futura nuera.

—Me alegro por vosotros. Celebremos vuestro compromiso, entonces. Me pondré con ello ahora mismo, porque no tenemos mucho tiempo para organizar la fiesta...

—No te enfades, mamá, pero de momento preferimos guardárnoslo para nosotros. ¿Te parece bien? —pidió Martin—. Así que no queremos ninguna fiesta, y menos aún organizarla deprisa y corriendo.

Judith tragó saliva. El rechazo le dolió.

—Eso... es decisión vuestra, desde luego. —Regresó a su sitio—. Ah, por cierto, Karl ha llamado por teléfono —dijo, cambiando de tema con brusquedad e intentando mostrarse serena—. Elise, los niños y él están bien. Han alquilado un piso en Zúrich y ahora mismo están desarrollando una tipografía nueva.

—¿Una tipografía nueva? —preguntó Mathilda.

—Yo tampoco lo entendí muy bien —repuso Judith—. Se trata de tipografías como las que usan las máquinas de escribir.

—¿Y cómo ha acabado haciendo Karl ese trabajo? —quiso saber Martin.

—Parece que el encargo le llegó a través del empleado del banco que nos abrió la cuenta.

—Nuestro tío Karl. —Martin sacudió la cabeza con una sonrisa—. Siempre puedes contar con él para que te sorprenda.

—Ya lo creo. —Judith le pasó la mantequilla a Mathilda—. Ah, y otra cosa. Esta tarde a las cuatro nos esperan en casa de los Ebinger para la fiesta de cumpleaños. Vendréis, ¿verdad?

Al joven se le congeló la sonrisa.

—Por supuesto que iremos —contestó Mathilda enseguida—. Martin ha regresado de París precisamente para eso.

—Bien. —Judith se sintió aliviada. El viejo Ebinger estaba muy enfermo y nadie sabía cuánto le quedaba de vida.

—Cumple ochenta y cinco, ¿no? —quiso asegurarse Mathilda.

—Exacto —repuso su futura suegra.

—Tengo... una pieza de piano para él —anunció Martin.

—¡Qué detalle! —Su madre estaba sorprendida—. Aunque no sé si su piano de cola estará afinado.

—Pues tendré que tocar en un piano desafinado. Tampoco la vida está siempre... bien

afinada.

—¿Se espera también al hijo de los Ebinger? —preguntó Mathilda—. Se llama Max, ¿verdad?

—No. Max está en Inglaterra en estos momentos —informó Judith. «Gracias a Dios», añadió para sí—. No regresará a Stuttgart hasta Navidad.

JUDITH SALIÓ SOBRE las tres y media de la tarde. Martin había decidido ir con Mathilda en otro coche porque después de la fiesta querían ir al cine.

En esos momentos se encontraba en el vestíbulo de entrada, esperando a su prometida, que estaba acabando de arreglarse. La criada, Fanny, andaba por allí con el plumero, sacudiendo con abnegación las impertinentes motas de polvo que levantaban el vuelo unos instantes para volver a posarse poco después en otro lugar.

Martin estaba nervioso. Se miró en el espejo para asegurarse de que llevaba la corbata bien puesta, y al hacerlo se quedó absorto en sus pensamientos. Los Ebinger siempre habían estado presentes en su vida, desde el principio. Solo porque ahora él supiera que eran...

—¿Martin?

Oyó la voz de Mathilda y se volvió hacia la escalera.

Allí estaba, con un vestido de tarde de tonos claros y largo hasta la pantorrilla cuyos apliques de encaje realzaban su delicada figura, unos elegantes guantes en las manos y un sombrero a juego sobre el pelo, que se había recogido con desenfado. Un par de mechones rojizos se le rizaban a ambos lados del rostro. Le gustaba mucho que se dejara esos rizos sueltos y que no intentara alisarlos con uno de los peinados tirantes que últimamente se veían por todas partes.

—¡Estás preciosa! —En ese instante apenas podía creer su suerte.

Mathilda bajó los escalones con paso ligero y esa alegría tan intensa y tan suya. Martin, que la esperaba al pie de la escalera, le dio un cariñoso beso en la frente.

—¡Ay, niños, aquí estáis! —La abuela Hélène apareció en el vestíbulo con un lienzo bajo el brazo e interrumpió el momento de intimidad—. Quería daros un regalo para que se lo llevéis al señor Ebinger. —Le dio la vuelta al cuadro—. ¿Qué os parece?

—Es... ¡increíble! —El asombro de la muchacha era sincero. Le gustaba mucho el nuevo estilo pictórico de Hélène, y Martin lo sabía.

También a él le seducían aquellas enormes amapolas cuyos contornos desdibujados quedaban perfilados gracias a los fuertes contrastes cromáticos que dotaban al cuadro de estructura, a la vez que conservaban cierta materialidad.

—¡Me alegro! —Hélène se lo acercó a Martin—. ¿Se lo llevaréis?

—Por supuesto que se lo llevaremos... Pero, oye, abuela, ¿no quieres venir con nosotros y dárselo a Artur tú misma? No sé, se trata de un regalo muy especial.

—No, no —Hélène rechazó el ofrecimiento—. No hace ninguna falta.

—Sí, por favor, acompáñanos —pidió entonces también Mathilda—. Además, sales muy poco. ¡Nos darías una alegría!

Hélène vaciló.

—Es que no sé... Antes tendría que cambiarme de ropa.

—En absoluto. Llevas un vestido precioso —le aseguró Mathilda, y era cierto. Las florecillas rosadas del estampado sobre la seda color azul oscuro favorecían mucho a Hélène.

—Pero después queríais ir al cine...

—Puedes volver a casa con mamá, abuela. Eso no debería ser ningún problema —dijo Martin con vehemencia.

—Es que tengo cosas que hacer... Un nuevo cuadro. —No parecía haber forma de convencerla.

—Esa nueva obra puede esperar. —Martin la miró con ilusión—. Además, no habrá más invitados. Ni su hijo ni nadie. Ya ves que todas tus objeciones son infundadas.

La mujer respiró hondo.

—Está visto que habéis planeado la tarde por mí.

—Bueno, ahora no tenemos tantas oportunidades para estar juntos —adujo su nieto—, así que más nos vale aprovecharlas todas.

—Está bien. —Hélène se dio por vencida—. Dejad que vaya un momento a por el sombrero y el bolso de mano. ¿Me aguantas el cuadro mientras tanto?

POCO ANTES DE las cuatro, Martin tomó la curva del camino de entrada a la mansión de los Ebinger. El coche de Judith ya estaba aparcado en la explanada de grava que había junto a la casa. Martin dejó el Mercedes con el que habían ido junto al vehículo de su madre y ayudó a la abuela a apearse. Mathilda, mientras tanto, sacó el cuadro del coche y se lo tendió a Hélène. Luego se encaminaron hacia la puerta y llamaron al timbre.

Les abrió una sirvienta, seguida inmediatamente por la propia Josefine Ebinger.

—¡Martin! ¡Mathilda! ¡Cómo me alegro de que hayáis podido organizaros! ¡Ay, Artur estará muy contento!

Abrazó a los dos jóvenes y entonces vio a Hélène, que se había quedado algo rezagada.

—Señora Rothm... eh, Bachmayr, ¡esto sí que es una sorpresa! ¡Bienvenida!

—Buenas tardes, señora Ebinger. —Hélène saludó a Josefine con un gesto de la cabeza, ya que con el cuadro en los brazos no tenía ninguna mano libre que ofrecerle—. Estos dos —añadió a modo de disculpa, mirando a Martin y a Mathilda— han insistido en que viniera también. En modo alguno querría ocasionarles...

—¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Es maravilloso! Así el día de hoy se convertirá en una auténtica celebración. Imaginaos: ¡Artur se encuentra tan bien que incluso se ha levantado! ¡Pasad, pasad!

Condujo a los invitados por los largos pasillos hasta un comedor formal, abrió uno de los batientes de la puerta doble y los hizo pasar.

Martin conocía la sala. Los muebles de madera maciza eran del siglo anterior y le daban un aire lóbrego y pesado al que contribuían sobre todo las gruesas alfombras, las opulentas arañas de cristal y los numerosos óleos con marcos dorados que colgaban en las paredes.

Le asaltaron recuerdos de días pasados, de cuando todos se reunían alrededor de la mesa de comedor ovalada. Él, de niño, junto a sus padres y a Vicky, en cumpleaños, en Pascua o en alguna celebración navideña. Por aquel entonces, el comedor le había parecido un lugar acogedor. Ese día, en cambio, lo vio como un escenario de película que había acumulado polvo. Resultaba difícil contener tantos sentimientos contradictorios.

Le costó bastante resistir la tentación de tomar a Mathilda de la mano y sacarla de allí para dar un largo paseo a pesar del viento que soplaba ese día de noviembre. Sobreviviría a esa tarde igual que había sobrevivido a las últimas semanas y los últimos meses, y después dejaría descansar el pasado. Al cabo de pocos días, Mathilda y él comenzarían una nueva vida juntos en París, muy lejos de Stuttgart. Eso era lo único en lo que debía pensar.

—¡Martin! —La voz ronca y quebradiza de Artur Ebinger lo trajo de vuelta a la realidad—. Me das una auténtica alegría...

El muchacho se acercó al frágil anciano, a quien habían colocado junto a la mesa en su silla de ruedas.

—Muchas felicidades, Artur —dijo él, y se sintió invadido por una involuntaria oleada de

cariño hacia su abuelo—. Yo también me alegro de estar aquí contigo. —Le puso una mano en el hombro.

Artur Ebinger la asió cordialmente un instante con los dedos fríos y rígidos antes de dejar caer el brazo de nuevo mientras respiraba con esfuerzo.

Martin volvió a apretarle el hombro con delicadeza y luego se sentó junto a Judith. Mathilda saludó también a Artur y luego tomó asiento junto a ellos.

Hélène, que se había mantenido en un segundo plano, dio un paso al frente y se aclaró la garganta:

—Señor Ebinger...

—*Maman*? —Judith miró a su madre con sorpresa; por lo visto, acababa de darse cuenta de que Hélène también había ido.

—... ¿me permite que le entregue un pequeño detalle floral con motivo de su cumpleaños? —terminó de decir Hélène mientras miraba a su hija de soslayo para disculparse—. Espero haber acertado con su gusto. —Levantó su regalo de modo que todos los de la mesa pudieran contemplarlo.

—Es... un cuadro precioso —dijo Artur Ebinger—. Gracias, señora... —Le sobrevino un ataque de tos.

Martin se alegró entonces de haber decidido ir. Tal vez se tratara del último cumpleaños que podrían celebrar juntos.

—Es precioso, de verdad —afirmó mientras tanto Josefine, y le pidió a una de las sirvientas que dejara el cuadro apoyado en la pared, junto a la mesa de los regalos. Después abrazó a Hélène—. Muchas gracias. Le buscaremos un lugar que le haga justicia.

—Bueno... Entonces, me alegro.

La inseguridad de Hélène extrañó a Martin. Sabía que era una mujer reservada, pero nunca la había visto tan nerviosa.

—Siéntate al lado de Mathilda, *maman* —dijo Judith con cariño, y Hélène siguió su indicación con gratitud.

Cuando todos estuvieron en su sitio, Josefine tomó asiento junto a su marido. En la mirada que le dedicó a Artur, de pronto Martin percibió algo en lo que hasta entonces no había reparado nunca: la enorme profundidad de un amor maduro. Comprender eso lo conmovió. Y cuando la mujer volvió después los ojos hacia él, la dureza interior con la que Martin siempre intentaba protegerse desapareció hasta cierto punto. Parte de él empezó a sentir una cauta alegría porque esas dos grandes personas que lo habían acompañado con bondad y cariño desde el inicio de su trayectoria vital fueran sus abuelos biológicos.

Mientras tomaban el café, la tensión que Martin había acumulado como preludio a la visita a sus abuelos se esfumó al fin. Incluso su madre parecía mucho más despreocupada que en los últimos tiempos. Las sirvientas sacaron café y té, también pastel de manzana, un brioche trenzado y una magnífica tarta cuya cobertura de nata estaba decorada con virutas de chocolate, varios botones de nata montada y cerezas.

—¿Una nueva creación de vuestra cocinera? —le preguntó Judith a Josefine mientras una de las sirvientas cortaba el postre con delicadeza y lo repartía en platos.

—Sí, lo ha horneado especialmente para hoy —contestó la anfitriona—. La receta, por lo visto, es de un conocido suyo que tiene un café en Tubinga.

Judith hundió el tenedor en el bizcocho de chocolate con finas capas de nata y cerezas y lo probó.

—Mmm... Está buenísimo. El chocolate, la nata... Y también detecto el sabor de un fuerte licor de cerezas.

—En efecto. Se nota con claridad —afirmó Josefine sonriendo con satisfacción.

—Pero... está muy equilibrado —opinó Judith—. Ni le falta ni le sobra alcohol. ¿Crees que podríais darme la receta?

—Faltaría más —repuso Josefine—. Pediré que te la anoten y así te la podrás llevar esta misma tarde.

Martin disfrutaba de la tarta mientras las escuchaba, pero, igual que Artur y que su abuela, les dejó a ellas la conversación sobre repostería.

—Pues mañana mismo tengo que telegrafiarle la receta a Vicky a Estados Unidos —comentó Judith—. Seguro que allí nunca han probado nada igual. ¿Tiene algún nombre en concreto?

—La llaman tarta Selva Negra —contestó Josefine.

—¿De verdad? —preguntó Judith—. Entonces será que la inventaron allí.

—No, parece ser que no. —Josefine negó con la cabeza—. Por lo visto la creó ese repostero que le pasó la receta a nuestra cocinera.

—Entonces, ¿por qué le ha puesto el nombre de tarta Selva Negra? —se interesó Mathilda—. ¿No sería más apropiado tarta Tubinga, o tarta Suabia?

—No tengo la menor idea. Tal vez porque las cerezas recuerdan a las borlas rojas que adornan el sombrero del traje regional de allí. —Josefine se encogió de hombros—. O porque lleva licor de cerezas de la Selva Negra.

—O porque las virutas de chocolate hacen pensar en sus oscuros bosques de abetos —aventuró Mathilda.

—Sea por lo que sea, es un nombre bonito y muy adecuado. Además, está deliciosa. —Judith rebañó el último resto de nata de su plato.

—Y ahora, como le va muy bien, tomaremos un traguito de licor de cerezas —anunció Josefine—. Solo que este no es de la Selva Negra, sino que está hecho en Degerloch.

Sala de música de la mansión de los Ebinger, última hora de la tarde

JUDITH TODAVÍA SENTÍA ansiedad cuando estaba en la sala de música de los Ebinger. De ahí que llevara todos esos años evitándola y solo entrara allí si no había más remedio, cuando los Ebinger la invitaban a una velada musical.

Ese día, no obstante, no consiguió escabullirse. Martin iba a tocar un breve concierto de piano, que era su regalo para Artur. Las ganas que tenía de escuchar a su hijo la ayudaron a contener su aversión, y al tomar asiento junto a los demás en las altas sillas con respaldo tapizado de terciopelo sintió incluso cierta expectación comedida. Las sirvientas repartieron un vino espumoso.

Martin, que había llevado a Artur en su silla de ruedas del comedor a la sala de música y lo había dejado junto a Josefine, tomó su copa y la vació en pocos tragos. Después se acercó al piano de cola, al que empezaba a notársele el paso del tiempo, y esperó con paciencia a contar con la atención de los presentes.

—Querido Artur —empezó a decir, y a Judith le alegró ver que el mal humor que había notado en él durante varias semanas en relación con los Ebinger parecía haberse esfumado por

completo—, como... padrino mío —prosiguió Martin— siempre has sido una figura importante en mi vida. Desde niño he venido aquí, a la Humboldtstrasse, a esta que es como mi segunda casa. Con este obsequio musical quería darte las gracias, tanto a ti como a Josefine, por todo lo que habéis hecho por mí. —Agradeció la muda aprobación de su público con un gesto de la cabeza, tomó asiento y tocó las primeras y elegantes notas.

Como siempre, enseguida se dejó llevar por la música. La melodía goteaba de sus dedos tan burbujeante como el champán que acababan de beber, y al cabo de unos pocos compases tenía al público cautivado. Judith creyó ver el destello de una lágrima en los ojos de Artur.

La pieza era una composición del propio Martin y consistía en una melodía muy armoniosa que él interpretaba con delicadeza y en estilos diferentes. Cuando terminó y le pidieron un bis entre aplausos, se decidió por un vals de Chopin, intenso y poético.

Mientras Martin sostenía aún el último acorde, un tenue susurro hizo que mirara hacia la puerta, y su madre notó que se quedaba de piedra.

—¿Hoy había concierto? —Una aterciopelada voz masculina acalló los últimos ecos de la música.

Judith supo al instante de quién se trataba. Aunque hacía décadas que no lo veía, habría reconocido esa voz entre miles. Se volvió despacio, sin hacer caso del enorme peso que de pronto sentía en el pecho.

Allí, en la puerta, estaba Max Ebinger, todavía alto y fuerte, aunque con el pelo gris y las inconfundibles marcas del paso del tiempo en el rostro, que lo convertían en una versión mucho más madura del atractivo joven por el que había perdido la cabeza en su día.

Max parecía sorprendido, pero reaccionó con displicencia ante una situación que, sin duda, se había encontrado sin esperarlo. Dirigió una mirada atenta a todos los presentes, pero no se detuvo ni en Judith ni en sus padres, y tampoco en Martin, sino... en la madre de Judith. Hélène, no obstante, estaba de espaldas a él; era como si no se hubiera percatado de su llegada. En lugar de eso, seguía concentrada en su nieto, que ya se había levantado y estaba de pie junto al piano sin saber muy bien qué hacer.

Ese gesto de Max dejó desconcertada a Judith.

—No os molestéis —dijo este con tranquilidad, y pareció que iba a marcharse otra vez, pero Josefine recuperó la compostura hasta cierto punto y se acercó a él.

—Max... ¡Menuda sorpresa!

—Esa era mi intención —repuso su hijo, y la abrazó. Tras un momento de duda, se acercó a su padre para abrazarlo también—. ¡Feliz cumpleaños!

—Max... —Artur Ebinger estaba visiblemente conmovido.

—¡Pensábamos que estabas en Inglaterra! —Josefine se llevó una mano al pecho. Tenía la respiración agitada y acelerada.

—Y allí estaba...

De repente se oyeron unos acordes pesados y tristes que interrumpieron la conversación con impetuosidad.

Todos miraron hacia el piano.

Martin había vuelto a sentarse y golpeaba las teclas. Se había quedado pálido como la pared y tenía la mirada fija en las manos.

Judith vio de reojo que Josefine acompañaba a Max a una silla, y este se sentó sin oponer resistencia. Ella, que deseaba estar muy lejos de allí, solo se quedó por su hijo. La situación se le hacía insoportable. ¿Por qué no había dejado Josefine que Max siguiera su impulso de abandonar

la sala? La mujer era muy consciente de la particular relación que los unía a él, a ella y a Martin.

Quiso obligarse a mirar hacia el piano, pero sus ojos no hacían más que volverse hacia los Ebinger. Josefina le daba una mano a su marido; con la otra, sin embargo, asía la de su hijo. Su propio instinto maternal le indicó a Judith por qué Josefina no había sido capaz de dejar marchar a Max. Por una vez en la vida, Josefina Ebinger sabía que tenía a toda su familia consigo: esposo, hijo y nieto.

Comprendió lo enorme que debía de haber sido el dolor del matrimonio Ebinger al saber que jamás podrían reconocer oficialmente a su único nieto. A veces, otras personas pagaban el precio de la felicidad de una, y aquella era una realidad dolorosa.

Las notas brucas de la melodía hicieron que volviera a mirar a Martin.

Pero ¿qué le pasaba? Estaba maltratando el piano como si hubiera cometido una fechoría.

De repente, el joven apartó las manos de las teclas, se levantó y fue directo hacia Max.

—¿Por qué? —Lo agarró de los hombros y lo levantó de la silla—. ¿Por qué?

Al comprender lo que ocurría, Judith se quedó conmocionada. ¡Martin lo sabía! De alguna manera, su hijo había descubierto que Max era su padre. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Qué ocurre? ¿Es que te has vuelto loco? —Max intentó librarse de las manos de Martin, pero este no lo soltaba, sino que intentaba vencerlo con la fuerza de la desesperación.

Judith salió de su estupor.

Le hizo una señal a Josefina para que sacara a su marido de la habitación, y esta vez la vieja dama reaccionó al instante y empujó la silla de ruedas hacia la puerta para llevarse de allí al anciano Ebinger, visiblemente afectado.

Mientras tanto, Mathilda se acercó a Martin y le habló para intentar tranquilizarlo. Judith respiró al ver que su hijo soltaba al fin a Max, que se apartó varios pasos, se alisó la chaqueta con las manos y se retiró el pelo de la cara.

—¿Por qué? —Martin se dirigió esta vez a todos los que estaban allí—. ¿Por qué nunca me dijisteis nada? ¿Mamá? —La miró a los ojos—. ¿Por qué me habéis hecho vivir con semejante mentira?

—Martin... —Judith no sabía qué decirle—. Será mejor que lo hablemos en casa, con calma.

Su hijo negó con la cabeza.

—Durante muchísimos años creí que Victor Rheinberger era mi padre, y entonces... —Tragó saliva, aunque tenía la garganta seca—. Y entonces me enteré por casualidad de que... este... es mi verdadero padre. —Señaló a Max con un dedo tembloroso.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Max no habló en voz muy alta, pero sí con una brusquedad cortante. Miró a Judith—. ¿Tienes una explicación para esto? ¿Qué le habéis contado?

De repente, ella recordó aquella noche del baile en casa de los Ebinger que destrozó su juventud. Aquella noche en la que salió huyendo de la sala de baile, recorrió los pasillos sin rumbo y acabó encontrándose en la sala de música con la esperanza de haber escapado de aquella locura que amenazaba con arrastrarla al abismo. Aquella noche en la que Max se sentó a ese mismo piano y en la que el champán le resultó tan burbujeante como sus besos...

—Max... —dijo bajando la voz—. Es la verdad.

Él se echó a reír. Desconcertado, incrédulo.

—Max —repitió, y de repente le pareció correcto expresarlo en voz alta—: Martin es hijo tuyo.

¿HABÍA MOMENTOS QUE ponían en tela de juicio todo lo que una persona había creído hasta entonces? ¿Que derrumbaban todo lo que había parecido cierto y seguro? ¿Que hacían dudar de la realidad y de los hechos que la conformaban?

En el instante mismo en que supo que Max había entrado en la sala, Hélène se sintió arrastrada por una fuerte corriente. Todos sus sentidos reaccionaron mientras oleadas de miedo y nostalgia la invadían.

Quiso resistirse con todas sus fuerzas a esa riada que se la llevaba consigo.

Max era el pasado.

Georg era su presente y su futuro, su compañero, sus cimientos. Su marido. Los sentimientos de Hélène hacia él estaban definidos por el afecto, el aprecio y la confianza. Tras todos los años que habían pasado juntos, se habían amoldado el uno al otro, se entendían sin necesidad de muchas palabras, compartían amistades y sobrellevaban entre ambos el peso de la vida, tal como se habían prometido el día de su boda.

Aun así, Max era una chispa que encendía a Hélène y prendía fuego en su interior. Incluso ese día, después de tantos años, al tenerlo delante reaccionó como si el día anterior la hubiera estrechado entre sus brazos por última vez. Los rescoldos, por mucho que en algún momento ella hubiera dejado de añorarlo, nunca se habían extinguido del todo. De haber sospechado que se lo encontraría allí esa tarde, nunca habría asistido.

Jamás.

Por si eso fuera poco, las inauditas palabras de Judith se habían quedado sobrevolando la sala, amenazantes y funestas, y chocaban con los incontrolables sentimientos de Hélène.

«Martin es hijo tuyo.»

Hélène no quería creerlo, aunque sabía que era cierto. Desesperada, intentó comprender, echó cuentas.

Martin había venido al mundo en junio de 1904. Si era hijo suyo, entonces debía de haber sido concebido en septiembre... poco antes de que Max partiera hacia Italia.

Eso significaba que Max se había acercado a su hija aun sabiendo que iba a marcharse de Stuttgart. ¿O se trataba de una aventura que venía de más lejos? Cuando ella se lo encontró en Riva, Max dejó muy claro que había planeado mucho su viaje a Italia y que no pensaba regresar a Stuttgart en una temporada. No mencionó que hubiera dejado a ninguna novia allí.

Hélène cerró los ojos e intentó recordar aquella época en Riva.

Max no era ningún santo, aunque eso ella ya lo sabía y lo aceptaba. Era consciente de que no tenían una relación exclusiva, de que había otras mujeres. El arte la había ayudado a superar los numerosos desengaños y las heridas que le había supuesto ese hecho, y también la soledad cuando él pasaba semanas o incluso meses de viaje sin decirle cuánto tiempo estaría fuera. Hélène siempre volvía a recibirlo con los brazos abiertos, feliz de que regresara a su lado, cansado y harto de la vida de excesos que llevaba en esos intervalos.

«Martin es hijo tuyo.»

En aquel entonces, Max debió de saber que había pasado de la cama de la hija a la cama de la madre. Con despreocupación y sin remordimientos. Y era así como había sucedido el hecho insoportable de que su nieto fuera hijo de él. Hijo del que había sido su amante. Del amor de su vida.

Despacio, se volvió hacia Max y lo vio junto a Martin y Mathilda, con los hombros caídos, la mirada fija en Judith, incrédulo y receloso.

Hélène sí creía a su hija.

¿Qué motivos podía tener para inventar una historia como esa? Muy al contrario; era evidente que Judith había protegido con todas sus fuerzas el secreto de los orígenes de su hijo. El propio Martin parecía haberse enterado hacía poco tiempo.

Aunque amenazaba con destrozarla por dentro, sabía lo que tenía que hacer.

—¡Max!

Se acercó a él lentamente. Los ojos molestos de Max pasaron de Judith a ella. Inseguro, la miró dar cada paso.

Se detuvo justo ante él, le clavó la mirada en los ojos e intentó contener los latidos del corazón. Entonces alargó el brazo para tomar impulso y le dio un bofetón en toda la cara.

Él, sobresaltado, se llevó una mano a la mejilla, en la que habían quedado marcados los dedos de Hélène.

—Eres un cerdo asqueroso, Max. —Ella misma percibió el tono dolido y frío de sus palabras—. ¿Cómo fuiste capaz?

Abandonó la sala de música y recorrió todo el pasillo sin lograr sentir nada. Al llegar al guardarropa, se hizo con el sombrero y el abrigo y salió a la ventosa tarde de noviembre.

MARTIN NO ENTENDIÓ nada al ver que su abuela le daba una bofetada a Max. Las pocas palabras que había pronunciado la mujer contenían algo más que la simple ira de una madre hacia el hombre que había abandonado a su hija embarazada. Había sido una escena cargada de una innegable intimidación.

—¿Qué ha sido eso, Max? —dijo Judith, expresando lo que Martin no se atrevía a pensar.

El hombre se limitó a sacudir la cabeza.

—No preguntes, por favor.

—¿Qué hubo entre mi madre y tú? —insistió Judith—. ¿Fuiste...? ¿Acaso fuiste su amante?

Igual que su madre, también Martin estaba ansioso por que respondiera con un rotundo «No» mientras miraba con incredulidad a Max, en cuya mejilla seguían marcados los dedos de Hélène.

—Por lo menos ahora podrías decirme la verdad —añadió Judith con desprecio.

—Tampoco tú me dijiste la verdad. —Max sacudió la cabeza—. Hasta hoy mismo no sabía... que te hubieras quedado embarazada.

—¿Y qué habría cambiado eso? Te marchaste y nadie sabía dónde estabas. Para cuando volvimos a tener noticias tuyas, las cosas ya habían tomado otro rumbo.

—Victor Rheinberger. ¿De verdad lo reconoció como si fuera hijo suyo?

—No solo lo reconoció. Lo acogió y lo quiso como a su propio hijo. —A Judith se le quebró la voz—. Visto con la perspectiva del tiempo, estuvo bien que desaparecieras y que nosotros... formáramos una pareja. No quiero ni imaginar cómo habría sido mi vida de haber tenido que casarme contigo.

—Pero ¿por qué lo mantuviste en secreto? Yo te habría ayudado. Y mis padres se habrían alegrado de tener un nieto.

—¿Cómo me habrías ayudado? ¿Con dinero? —Judith soltó una risa amarga—. Tus padres lo supieron desde el principio y estuvieron siempre a nuestro lado. ¿Por qué, si no, crees que los hicimos partícipes de nuestra vida como los padrinos de Martin? —Le sostuvo la mirada—. Pero todavía no has contestado a la pregunta sobre mi madre. ¿Estuvisteis juntos?

—Judith. —Era evidente que Max se debatía consigo mismo—. No todas las personas toman el camino más recto. Yo me he permitido algunos rodeos y todavía hoy lo sigo haciendo, en cierto sentido.

—Déjate de circunloquios, Max. Dilo.

—Si tan importante es para ti saberlo... —Max soltó un suspiro—. Sí. Sí, estuvimos juntos.

Ahora que toda la verdad había salido a la luz, Martin creyó intuir la conmoción que sacudía a su madre y de repente supo que había algunos secretos que era mejor no destapar jamás. La ignorancia podía ser una bendición. Notó que Mathilda deslizaba una mano en la suya y se lo agradeció apretándola.

—Hélène fue la mujer que durante más tiempo estuvo en mi vida —siguió explicando Max—. La única que me llegó al corazón. Pero en algún momento también eso se acabó.

—O sea que en algún momento... también te hartaste de ella. —Un brillo peligroso iluminó los ojos de Judith—. ¿No tienes mala conciencia por utilizar a las personas de esa manera?

—Yo no la util...

Antes de que pudiera terminar la frase, Judith se colocó frente a él, levantó la mano y le soltó otra sonora bofetada.

—Eres un miserable.

Pocas veces Martin había visto a su madre tan furiosa.

—Seguramente me lo merezco —señaló Max, y torció el gesto.

—¡Desde luego que sí!

—Judith. Siento mucho... lo que ha ocurrido.

—Más te vale. —Con un hondo suspiro, se frotó la palma de la mano—. Si Victor hubiera estado presente hoy aquí...

—Lo siento de verdad —repitió Max—. Aunque eso no cambie nada.

—Calla, Max. —Se masajeó las sienes. De repente parecía cansada, exhausta. Se sentó en la primera silla que encontró.

—Querría explicarme alguien, por favor, qué fue exactamente lo que ocurrió en aquel entonces —se oyó decir Martin de pronto—. Me parece que tengo derecho a saber cómo fueron las cosas.

Judith parecía demasiado afectada.

—Después, Martin —repuso, eludiendo la cuestión.

—No —insistió su hijo—. Quiero saberlo ahora. Todo. —Y se sentó.

Mathilda se colocó a su lado y le puso una mano en el hombro. Sentirla tan cerca le daba fuerzas.

Judith entrelazó las manos en el regazo mientras parecía reflexionar. Al cabo de un momento empezó a explicarlo todo, titubeante.

Habló del desdichado compromiso matrimonial que su padre le había concertado y que había anunciado precisamente en ese baile de los Ebinger, y también de lo ocurrido en la sala de música.

A Martin, la historia le pareció un cuento de terror como salido de otra época.

—En la actualidad habría reaccionado de una forma muy diferente —dijo su madre al terminar—, pero hoy en día las mujeres también tenemos más derechos y somos más valientes.

—Bueno, Judith —añadió Max con calma—. Ambos habíamos bebido muchísimo champán y había una infinidad de cosas más flotando en el ambiente: tu compromiso, el traspaso oficial de la fábrica de maquinaria de mi padre a mí, que yo no deseaba en absoluto... —Se frotó la nuca—. Aunque yo, como el más experimentado, debería haber frenado todo aquello, esa tarde ambos estábamos bastante perdidos. —Miró a Judith con una expresión que transmitía su consternación mucho mejor que las palabras.

—Es preferible que nos fijemos en lo bueno que salió de ello —intervino entonces Mathilda—. De no ser por esa noche, Martin no habría venido al mundo. Si estuvo bien o no meterlo todo debajo de la alfombra es algo que nadie puede responder en retrospectiva, pero yo me alegro de corazón de que... bebierais demasiado champán. —Le pasó una mano por el pelo a Martin con cariño.

—Mathilda... —repuso Judith—. Aunque tus palabras resulten algo torpes para describir todo lo que sucedió y lo que he sufrido...

—Perdóname, por favor —dijo Mathilda enseguida, y un ligero rubor le cubrió las mejillas—. No pretendía ofenderte... Ni a ninguno de los presentes.

—Déjame terminar —pidió Judith con una sonrisa—. Esa noche tuvo terribles consecuencias, eso no puede negarse. Pero sin duda es cierto que de toda esa desgracia también surgió algo maravilloso. —Miró de nuevo a Max—. Tu conducta de entonces fue deplorable. El asunto entre mi madre y tú no es cosa mía, en última instancia. En ese momento, ella ya nos había abandonado y había empezado su propia vida. Además, desde entonces han pasado décadas.

—Tal vez lo de Hélène no estuviera bien si lo juzgamos según la moralidad imperante —señaló Max sin que pareciera desear la comprensión de nadie—, y es posible que ni siquiera el hecho de que para mí fuera un gran amor disculpe nada. Aun así, en ningún momento nos comportamos de una forma frívola ni irresponsable. Vivimos nuestra relación con plena conciencia. Verás, Judith, el amor tiene muchas caras.

Ella se miró con cierto bochorno la mano derecha, donde todavía brillaba su alianza.

—Es posible... De todos modos, aunque ya no se puede cambiar nada, una cosa está clara: jamás podré considerarte el padre de mi hijo.

—Y no tienes por qué, mamá —dijo Martin—. Tampoco yo lo considero... mi padre. —Le costaba mucho expresar los sentimientos que arreciaban en su interior—. Pero tal vez puedas entender que... —volvió a tomar aire con fuerza— ... que me gustaría conocer al hombre del que desciendo.

Max lo miró con sorpresa.

Y aunque Martin se parecía mucho a su madre físicamente, también reconoció un poco de sí mismo en los rasgos de Max Ebinger. Por muy duro que resultara y por mucho dolor que conllevara, de pronto, de una forma absurda, se sentía completo.

—Martin, que quieras conocer mejor a Max es algo a lo que tienes todo el derecho —repuso Judith entonces, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas—. Quizá fuera un error ocultarte esa parte de ti. Sin embargo, te ruego que nada de eso tenga lugar en nuestra casa. Todavía no.

—Por supuesto. Eso lo respeto, mamá —dijo Martin—. Y te lo agradezco.

Mathilda acarició la mano de Martin, después se acercó a Judith y la agarró del codo.

—¿Te parece que vayamos a buscar a Artur y a Josefina?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Es una buena idea.

Cuando las dos mujeres salieron, Max se sentó al piano y tocó unas notas.

—Ya no está desafinado. ¡Suenan muy bien!

—También a mí me ha llamado la atención antes. —Martin sonrió con inseguridad—. Tal vez mi tío haya venido por aquí y lo haya afinado.

—¿Tu tío?

—Anton, sí. Fabrica pianos.

—¡Ah! —Max se puso a tocar un alegre *swing*—. Estos últimos meses he estado en Londres y allí me he topado con varios músicos interesantes. —Sonrió a Martin, todavía con cierta vacilación, pero sin reparos—. ¡Siéntate conmigo! Me interesa conocer tu opinión.

Él aceptó el ofrecimiento.

—¡Encantado! La verdad es que estoy más cómodo con la música clásica, pero de vez en cuando toco *jazz* en un local de París.

Max se detuvo un momento y miró a su hijo con seriedad.

—Sé que tu padre ha muerto, Martin. Pero yo estoy vivo y me gustaría ofrecerte mi amistad. Tal vez con el tiempo pueda surgir entre nosotros... algo especial.

El muchacho asintió.

Se pusieron a tocar; primero uno, luego el otro, después los dos juntos. Cada nota traía consigo consuelo, una tímida comprensión y una nueva esperanza. Y así, la música ejerció de bálsamo sanador para el dolor que afligía el alma de Martin.

Ciudad de Nueva York, Manhattan, calle Cuarenta y dos, 18 de noviembre de 1936

—¿QUÉ TE CONTABA tu madre en su carta? —preguntó Andrew mientras subían la escalera de la estación de metro hacia la calle Cuarenta y dos.

—Luego te lo explico —respondió Viktoria—. Son demasiadas cosas. Y demasiado increíbles.

Andrew la miró con preocupación. Con una expresión similar le había entregado esa mañana el grueso sobre con pegatinas azules de correo aéreo dirigido a «SweetCandy Ltd., a/a Viktoria Rheinberger, Manhattan, Nueva York» con la elegante caligrafía de Judith. También Viktoria, al verlo, tuvo claro que algo importante debía de haber ocurrido. La correspondencia con Stuttgart seguía siendo escasa por motivos de seguridad, de modo que ¿qué había motivado que Judith le escribiera una carta de varias páginas? Viktoria se había metido en una sala de reuniones para leerla y había necesitado el resto de la mañana para recomponerse un poco.

Un viento gélido provocó que se helara de frío cuando salieron de los túneles del metro. Los copos de nieve caían del cielo como si bailaran, pero enseguida se convertían en un lodo gris sobre la concurrida acera de la calle Cuarenta y dos. El invierno en Nueva York, según había comprobado, llegaba pronto y era helador.

A esas alturas, Viktoria ya se había aprendido la cuadrícula de las calles de Manhattan. Las escasas avenidas discurrían a lo largo, de norte a sur, y las numerosas calles las cruzaban de este a oeste, de manera que la calle Cuarenta y dos también unía sin obstáculo alguno el East River con el río Hudson.

Se ciñó mejor el cálido abrigo de invierno con forro de pelo que se había comprado hacía poco. Andrew se percató y, cariñoso, le rodeó los hombros con un brazo mientras se unían al pelotón de transeúntes que recorría la acera. Al verla regresar a su despacho ese mediodía, enseguida supo que algo andaba mal, así que la convenció con prudencia pero con firmeza para que saliera a comer con él. Quería llevarla a un sitio que ella aún no conocía, y lo cierto era que le estaba sentando bien mezclarse con más personas, oír retazos de conversaciones con ese acento neoyorquino que ya le resultaba tan familiar y percibir el ajetreo de la ciudad.

A pie iban mucho más deprisa que el sinfín de coches que intentaban avanzar entre bocinazos en el atasco de la calzada y expulsaban humo hacia un cielo gris invernal. Ir en coche por Manhattan era, ante todo, cuestión de paciencia. Por eso Andrew casi siempre prefería ir a pie, y solo de vez en cuando paraba un taxi.

A pesar de las desapacibles temperaturas, en alguna que otra esquina de la Cuarenta y dos se veía a intrépidos jóvenes limpiabotas que, tapados hasta arriba, repiqueteaban con el cepillo en una caja de madera para atraer a los clientes. A Viktoria le daban lástima esos muchachos. En un día así, no debían de ganar casi nada. La pobreza y la riqueza estaban más cerca una de otra en Nueva York que en Stuttgart.

Pasaron por delante de los preciosos escaparates de numerosas tiendas hasta que por fin

llegaron al restaurante que había elegido Andrew. Sobre la entrada, unas grandes letras luminosas de color azul formaban la palabra CAFETERIA entre los vapores de ese día de noviembre.

Dentro no solo encontraron una agradable calidez, sino también un comedor amplio, muy limpio, con un largo mostrador protegido por un cristal en el que se exponía la abundante oferta gastronómica.

De un cajón metálico que había a la derecha de la entrada sobresalía el extremo de una tarjetita de cartón azul. Andrew tiró de ella y, tras el inesperado y delicado sonido de una campanilla, la máquina expendedora emitió un vale para, un momento después, expulsar el extremo del siguiente. Viktoria siguió su ejemplo y, por un instante, el tintineante sonido la transportó al pequeño café de la fábrica de chocolate de Stuttgart. También allí sonaba una tenue campanilla cuando entraba alguien.

—Las bandejas están ahí —explicó Andrew, y señaló en dirección al mostrador—. ¡Ten cuidado de no perder el vale!

Se hicieron con dos bandejas marrones, pusieron en ellas cubiertos y servilletas de papel y las colocaron en la pasarela de tubos niquelados que discurría justo delante del mostrador donde se exponía la comida.

—¡Ay, madre mía, cuántas cosas tienen! —Viktoria empujó su bandeja delante de la de Andrew, y al avanzar fue viendo carne y salchichas asadas, patatas cocinadas de diversas formas, una amplia variedad de verduras y mucho más—. Para probarlo todo tendríamos que pasarnos aquí el resto del día.

—Y ni siquiera así lo conseguiríamos —bromeó Andrew sonriendo con satisfacción. Luego pidió un trozo de redondo de ternera relleno, con guarnición de puré de patatas y ensalada, a uno de los cocineros que recibían las comandas de los clientes tras el mostrador.

El hombre le sirvió el plato correspondiente mientras una chica muy maquillada y con una pequeña cofia de color rosa le preguntaba a Viktoria qué deseaba. Ella se decidió por una sopa de tomate, un poco de pescado y bolitas de patata con coles de Bruselas.

—¿Me permite su vale? —le pidió con amabilidad mientras ella ponía su plato en la bandeja.

—¡Ay, desde luego! —repuso y le entregó la tarjetita azul.

La empleada agujereó con unas tenazas el precio correspondiente y se la devolvió.

Mientras tanto, Andrew había pedido dos vasos de zumo de naranja. Aunque sobre todo los pastelitos tenían una pinta estupenda, Viktoria prefirió no tomar postre. No tenía tanta hambre.

Con las bandejas en las manos, buscaron un lugar libre en alguna de las lustrosas mesas del establecimiento. Andrew guardó el sombrero en el compartimento que había bajo el tablero y Viktoria sacó los brazos de las mangas del abrigo, pero se lo dejó puesto por encima. Allí no había guardarropa, la mayoría de los clientes ni siquiera se habían quitado las prendas de abrigo.

—Bueno —dijo él, y brindó con su zumo de naranja—, pues buen provecho.

Ella olfateó su sopa.

—El aroma no es muy intenso.

Andrew sonrió.

—Los tomates de aquí no pueden compararse con los de Alemania. Casi siempre los cosechan cuando aún están verdes y luego los procesan. Espera... —Le pasó la pimienta y la sal, que estaban en la mesa junto al aceite, el vinagre y un azucarero—. Tal vez con esto sepa un poco mejor.

—Gracias. —Condimentó la sopa y la probó.

—¿Y bien? —preguntó Andrew mientras cortaba un trozo de carne—. ¿Qué tal está?

—La verdad es que muy rica —opinó ella—. Tiene un sabor más aromático de lo que parece al olerla. ¿Quieres probarla?

Tomó un poco y dejó que también Viktoria probara lo que había pedido él.

—Es evidente que aquí no encontrarás una revelación gastronómica —añadió.

—No, eso no —repuso Viktoria—, pero para comer algo rápido me parece que no está nada mal. —Además, le gustaba la atmósfera informal del local.

El pescado y las guarniciones estaban deliciosos.

—¿Me explicas ahora lo de la carta? —preguntó Andrew cuando terminaron de comer y ya estaban con dos tazas de café caliente y humeante.

Ella miró por los grandes ventanales del Cafeteria, ante los que seguían cayendo copos de nieve.

—Martin, mi hermano no es... hijo de mi padre.

—¿Cómo dices? ¿Eso es lo que decía la carta? —Era evidente que a Andrew le costaba creerlo.

—Ese es el resumen, sí.

—¡Caray! —Se pasó una mano por la nuca—. Pues sí que es una noticia inesperada.

Viktoria asintió.

—Lo siento —dijo él—. No tendría que haberte presionado para que me lo contaras.

—No pasa nada. De todas formas te lo habría explicado. Es solo que primero necesitaba un tiempo para asimilar la novedad. —Levantó la taza con ambas manos y sopló el café caliente. En cierto sentido, poder compartir con él su conmoción la hacía más fácil de sobrellevar—. Por lo visto, Martin lo sabía desde hace tiempo porque encontró unos documentos donde lo decía —siguió contando—. Pero, con toda la agitación que había en la fábrica de chocolate, prefirió no angustiar más a nuestra madre con el asunto. —Dio un sorbo de la taza—. Sin embargo, hace algo más de una semana, de pronto se encontró con su padre biológico por casualidad. También mi madre y mi abuela estaban allí.

—¿Y pudieron hablar de todo ello? —preguntó Andrew.

—Según se mire —repuso Viktoria—. Si lo que escribe mi madre en su carta apareciera en una novela, pensaría que el autor tiene una imaginación desbordante. Porque no se trata solo de que ese tal Max Ebinger sea el padre biológico de mi hermano, sino que también fue... un antiguo amante de mi abuela. —Soltó una carcajada—. ¿Te lo puedes creer?

Él se quedó callado al principio, sin duda para ordenar las ideas.

—Puede parecer extraño —dijo entonces—, pero creo que en este mundo no hay nada imposible.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que no te resulta... antinatural?

—No. O no como a ti.

Viktoria sacudió la cabeza y dejó la taza.

—Al fin y al cabo somos personas. —Puso una mano sobre la de ella—. No siempre podemos controlar lo que sentimos. Igual que no siempre podemos explicarlo.

—No, pero...

—El amor no hace preguntas, Viktoria, y a veces sigue caminos extraños. Aunque todavía no conozco las circunstancias exactas, seguro que para todo puede encontrarse una explicación. Que después seamos capaces de entenderla es algo que está por ver.

—Esa es una actitud muy poco habitual.

—Digamos que es una actitud abierta. De orientación humanitaria. —Andrew se terminó el café—. Es natural que se tarde un tiempo en asimilar algo así. Si me permites que te dé un consejo como alguien que lo ve desde fuera: intenta no juzgar a nadie. Puedes cuestionarlo todo, puedes extrañarte, albergar dudas, pero intenta no medirlo con una estricta escala moral. Casi nadie sale bien parado. Y los que sí, casi siempre lo logran solo a costa de ocultar sus propios abismos.

Esas palabras contenían tanta sensatez que Viktoria tardó un minuto en interiorizarlas de verdad. Pero Andrew tenía razón. Ella, evidentemente, había dado por sentado que tenía una familia perfecta: un padre que la había apoyado y protegido, una madre que la había acompañado con cariño en sus primeros pasos por la vida y hacia la edad adulta, un hermano mayor a quien podía admirar. Por eso le costaba tanto soportar el drama que de repente asomaba detrás de esa armonía y reconocer que, incluso en su caso, las cosas no eran tal como parecían desde fuera.

—Tu confianza se ha tambaleado y eso es del todo normal —añadió el joven en un tono más suave—. Pero, al margen de las circunstancias que empujaron a tus padres a ocultar con tanto empeño la existencia del padre biológico de Martin, fue maravilloso que Victor lo acogiera como hijo suyo. Así pudo crecer protegido, igual que tú. Desarrollar su talento, confiar en sus padres. Ese es un bien superior. Ten presente todo eso cuando contestes a tu madre.

—Lo intentaré. —Sonrió con timidez.

—¿Quieres que volvamos ya? A las dos tengo una reunión con John Carollo. ¿Querrás asistir?

—Por supuesto.

—Bien. —Andrew se levantó, se puso el sombrero, le pidió a Viktoria su vale y pagó las consumiciones de ambos en la caja. Después le ofreció el brazo.

Una intensa nevada los acompañó de camino al metro.

Una hora después, en el despacho de Andrew

JOHN CAROLLO LLEGÓ puntual, como siempre.

—Bueno, ¿han podido descubrir algo más en lo tocante a las deudas pendientes? —preguntó en cuanto estuvieron sentados alrededor de la mesa de reuniones, y encendió un cigarrillo.

—Ahora mismo estamos realizando una investigación interna sobre esos expedientes —contestó Andrew—. Primero pensamos que mi prima, Grace Miller, tenía algo que ver en el asunto, pero es evidente que la responsabilidad es de uno de nuestros contables, que según Grace se marchó de un día para otro hace varias semanas.

—Qué interesante...

—Hemos intentado dar con su paradero o descubrir dónde trabaja ahora, pero parece que se lo haya tragado la Tierra.

—Eso es extraño. Tal vez lo infiltraron y luego lo sacaron de aquí cuando empezaron las investigaciones.

—Es posible.

—Deberíamos tenerlo en cuenta —opinó Carollo, y dio una calada—. Pasemos ahora a las novedades que puedo aportar yo al respecto. Las direcciones de facturación y entrega que aparecen en esa lista ya no existen. En estos momentos, unos de mis colaboradores intenta

descubrir si detrás de esas supuestas empresas fantasma se esconde una misma persona actuando de tapadillo. Me gustaría consultar otra vez a la señorita Miller en ese sentido.

—Faltaría más. Puede recurrir a Grace cuando quiera. Lo mejor será que concierte una cita con ella directamente —repuso Andrew, y se frotó la frente—. Espero que al menos podamos sacar algo en claro de todo esto. Aunque, si alguien tenía intención de estafarnos, seguro que habrá borrado cualquier rastro.

—En muchos casos, aunque sea así, no lo consiguen del todo. Esperemos un poco, señor Miller.

Andrew asintió y luego miró a Viktoria, que los escuchaba con atención.

—Aquí, en la empresa, la señorita Rheinberger ha estado investigando con el señor Stern y con Grace. ¿Querrías informar al respecto, Viktoria?

—Con mucho gusto. —Se irguió en su asiento—. Las primeras irregularidades se produjeron hará un año más o menos. Al principio se trataba de casos aislados, de modo que no llamaron la atención. Después todo empezó a volverse hasta cierto punto sistemático, cosa que resulta especialmente llamativa en la lista de «Clientes especiales». Entre los proveedores también hemos encontrado varios expedientes sospechosos, sobre todo por precios inflados. Pero de eso ya está usted al tanto.

Carollo asintió y apagó el cigarrillo a medio fumar.

—En efecto. De momento tenemos los hechos sobre la mesa. Yo me he puesto en contacto con uno de sus clientes por una amenaza de demanda contra SweetCandy a causa de un producto defectuoso. Me ha hablado de desencuentros habituales en el trato comercial, y de que hasta ahora siempre se han ido ustedes de rositas. Si hubiese llegado a presentar esa demanda, sin duda los habrían condenado a pagar daños y perjuicios.

—Imposible. Nuestros productos son impecables. O bien los manipularon, o esa reclamación era falsa.

—El asunto se ha solventado de mutuo acuerdo, así que yo no lo removería más —aconsejó Carollo—. Si está relacionado o no con las irregularidades es algo que solo podemos suponer, no demostrar.

—Cierto —repuso Viktoria—, pero me hago otra pregunta: ¿quién tiene la posibilidad de conseguir que tantos clientes participen en una estafa así? Esa persona, por un lado, debe disponer de muchos contactos y, por otro, de cierto poder. Si no, no es posible organizar algo parecido.

—En eso tiene toda la razón —coincidió Carollo—. Me pondré de nuevo en contacto con el Hudson Bank para comentarlo con ellos. Tal vez alguno de sus empleados se mueva siguiendo sus propios intereses.

—Hágalo, por favor. Y también sería oportuno saber de una vez por todas para qué quería el Hudson Bank hacerse con nuestro préstamo a toda costa —dijo Viktoria—. Me extraña que aún no tengamos información sobre eso. En mi opinión, deberíamos volver a revisar en detalle los expedientes de esos clientes en concreto para ver si tienen cuentas en el banco.

—Sería muy conveniente —opinó Carollo—. Debería encargarse de ello la señorita Miller, porque demostrar que un banco serio ha cometido irregularidades es cualquier cosa menos sencillo. Requiere su tiempo. —Carraspeó—. Dejen que meditemos todo este asunto un poco más. También es posible que nos las estemos viendo con el sindicato del crimen. Por si acaso, deberíamos ser muy cuidadosos con la investigación.

—La mafia tiene buenos contactos en Nueva York —explicó Andrew—, pero no creo que

esté relacionada con nuestro asunto. Hace tiempo que nos habrían apretado más las tuercas. Para ellos, una vida humana vale muy poco.

—Eso es cierto —repuso Carollo—. Sin embargo, ya que los demás puntos de partida no parecen conducir a ninguna parte, deberíamos tener en cuenta esa posibilidad.

—¿Lo dice en serio, señor Carollo? —Andrew se puso visiblemente nervioso—. ¿Sabe lo que significaría que la mafia estuviera detrás de todo esto?

—Si no, no lo habría dicho. Desde el final de la Prohibición, su lucrativo negocio se ha venido abajo. Ahora buscan introducirse en otros sectores de la economía.

—Y el mercado inmobiliario es uno de ellos —dedujo Viktoria—. Es posible que vean en SweetCandy un succulento objeto de especulación.

—¿Aunque existan muchas otras empresas que puedan conseguir sin tanto problema? —se extrañó Andrew.

—En Manhattan ya casi no quedan solares libres —señaló Carollo—. Los precios suben como la espuma. En una situación así, cualquier empresa es interesante.

Andrew sacudió la cabeza.

—Si el señor Carollo tiene en cuenta esa posibilidad, tú también deberías hacerlo —opinó Viktoria.

—Si tengo razón, nos espera una dura batalla, señor Miller. —Carollo alcanzó el sombrero—. Esos hombres no son conocidos precisamente por dar su brazo a torcer una vez tienen un plan.

—¿De verdad es tan fácil quitarle una propiedad a alguien aquí? —preguntó Viktoria—. No quiero creerlo.

—Bueno, a ver, fácil no es. Pero para quien no tiene escrúpulos y dispone de buenos contactos en la ciudad, nada es imposible. Lo único que cuenta es ser más listo que el contrincante. —En los ojos del abogado refulgió cierta belicosidad—. ¡Tendrán noticias mías!

—NO SÉ POR qué —comentó Viktoria cuando Carollo ya no estaba—, pero tengo la sensación de que ese abogado no habla claro.

—Solo hemos considerado diferentes escenarios —repuso Andrew.

—Pero, en serio, dime —insistió Viktoria—: ¿qué se propone hacer ahora?

—Preguntará por ahí, para ver si la mafia de Nueva York está metida en esto.

—Y si descubre que es así, la cosa se complicará.

—En efecto.

—¿Tienes miedo, Andrew?

—Miedo no, pero sí una preocupación comprensible.

—Suponiendo que tuviera razón y que la mafia de verdad fuera detrás de SweetCandy, también podría ser que utilizara al Hudson Bank para conseguir su objetivo.

Andrew la miró.

—Si detrás de esto está la mafia, todo es posible.

Ambos se quedaron callados.

—Viktoria —dijo él al cabo de un rato—. Tenemos que andarnos con muchísimo cuidado.

—Lo sé.

—Si te parece demasiado peligroso, dímelo con franqueza.

—¿Qué? ¿Acaso crees que voy a dejarte tirado en una situación así? —Ella negó con la

cabeza—. Prepararé el debut de Brenda Frazier, perfeccionaré las creaciones de chocolate de vuestro recetario y probaré nuevas ideas. No te librarás de mí tan deprisa.

Andrew sonrió y la tomó de la mano.

—Eres maravillosa.

Ella le acarició los dedos.

—Y se me ocurre algo más. Aunque es un tanto arriesgado.

—¿A qué te refieres?

—Casi no me atrevo a proponértelo, pero sería una opción: que le vendieras SweetCandy a mi madre y ella pagara a todos los acreedores. Con eso, el Hudson Bank ya no tendría nada a lo que agarrarse.

—Sí que es arriesgado, ya lo creo —repuso Andrew, y en su voz se percibían sus reparos con claridad—. ¿Qué crees que haría la mafia cuando se diera cuenta de que le hemos estropeado el negocio?

—Eso sí es cosa de la mafia... Todavía no lo sabemos. En tal caso, tendrían que buscar otra estrategia, pero nosotros ya habremos ganado mucho.

—No permitirán que nos salgamos con la nuestra.

—¿Quién sabe? Tal vez te parezca algo ingenuo, Andrew, pero a veces esa gente prefiere cambiar de objetivo y buscar otro más fácil que pueda conseguir más deprisa.

—Madre mía, Viktoria, no te haces una idea de lo que implicaría meterse con la mafia. —La miró con insistencia—. De todos modos, llegado el caso me parecería una buena solución. Pero ¿de dónde va a sacar tu madre el dinero necesario?

—Ha vendido la fábrica de chocolate de Alemania por una buena cantidad. Lo he leído entre líneas en su carta. También me ha dicho que me ponga en contacto con mi tío Karl. Por lo visto, ha conseguido hacer llegar todos los beneficios a Suiza. Creo que mi madre quería informarme porque me corresponde una participación de la fábrica.

—¿Y crees que se plantearía realizar una inversión en Nueva York?

—Eso tendremos que preguntárselo. Pero, si ella estuviera dispuesta, ¿lo considerarías tú también?

Andrew se frotó la nuca.

—Deja que lo piense, Viktoria. Esto no significa que no confíe en ti, al contrario. Pero semejante golpe de efecto tendría importantes consecuencias. ¡Y para todos los involucrados!

Fábrica de pianos A. Rothmann, última hora de la tarde del 23 de noviembre de 1936

EL TÍPICO OLOR a cola, barniz y madera evocó inmediatamente una sensación de calidez y familiaridad en Judith, que cruzó rauda el amplio salón de muestra de la fábrica de pianos de Anton, donde instrumentos nuevos y viejos recibían a los visitantes. Vio a su hermano de pie junto a un gran piano de cola lacado en negro, enfrascado en una conversación con una vieja dama que contemplaba el magnífico instrumento con interés.

—¿Quieres adelantarte tú, Judith? —le dijo Anton sin moverse del sitio—. Los demás ya están arriba.

Ella asintió y salió de la exposición en dirección al taller. Como había supuesto, allí encontró a su sobrino Emil haciendo manualidades con trozos de madera sobrante.

—¿Qué estás construyendo? —preguntó con curiosidad.

—Una torre —contestó el niño, y siguió martilleando muy concentrado un clavo en los tablones.

—Ten cuidado y no te aplastes los dedos —le advirtió Judith.

—Nunca me aplasto los dedos. —A Emil pareció molestarle su preocupación.

—Ah, bueno. Pues, entonces, nada. —Le pasó una mano por la oscura cabellera—. Vendré a ver cómo va tu torre antes de marcharme, ¿de acuerdo?

—Sí, tía Judith. —Emil sacudió la cabeza como si quisiera volver a peinarse el pelo alborotado, y buscó un trozo de madera adecuado en la pila que tenía allí cerca.

Ella le puso un par de bombones en la mano y siguió en dirección a la vivienda, que se encontraba en la planta superior de la fábrica.

Su cuñada la recibió con cariño y enseguida la hizo pasar al comedor, donde Karl ya estaba sentado ante la mesa puesta. Olía a pastel de manzana y a café.

—¡Judith! —Su hermano se levantó al instante y la abrazó con afecto.

—Me alegro de que hayas llegado bien, Karl —señaló ella—. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en el camino.

—Los controles fronterizos son estrictos, claro, pero voy con cuidado. ¡No te preocupes!

Se sentaron y Anton llegó mientras Serafina todavía estaba sirviendo el café.

—Me he retrasado un poco, lo siento, pero ya no se vende un gran piano de cola todos los días.

Serafina sirvió también el pastel de manzana recién hecho mientras todos se interesaban por la salud de los demás.

—Por aquí habéis tenido mucho que asimilar —comentó Karl—. Aunque, si os soy sincero, también a nosotros nos costó un poco digerir tantas novedades. Primero lo de tu hijo, luego lo de tu madre...

—Ya lo creo. —Judith suspiró y dejó el tenedor de postre en el borde del platito—. Nos quedamos todos de piedra y, por supuesto, yo tengo un poco de mala conciencia. Pero si me

encontrara otra vez en la misma situación, creo que obraría igual. En las circunstancias de aquel entonces, lo cierto es que no tuvimos mucha elección.

—Fue una decisión que tomasteis Victor y tú juntos, y eso nadie puede criticarlo —repuso Karl—. Aun así, yo le habría contado la verdad a Martin en algún momento, como muy tarde cuando cumplió la mayoría de edad. Me parece que un hijo tiene derecho a saber.

Sus palabras afectaron a Judith.

—Visto desde la situación actual, sin duda tienes razón. Pero llegó un momento en que interiorizamos tanto esa mentira, o como quieras llamarlo, que para nosotros dejó de tener importancia. Sencillamente, ni nos planteábamos sacar el tema.

—No pasa nada —repuso Karl, conciliador—. Ya sufristeis suficiente en aquel entonces. Quién sabe lo que habríamos hecho nosotros en una situación así... Pero, dime, ¿cómo está Martin ahora?

—Se ha marchado a París con Mathilda —explicó su hermana—. Han dado un rodeo para pasar por Suiza y visitar a los padres de ella en Zúrich. Por lo demás, parece que se lo ha tomado muy bien. Está en contacto con Max Ebinger. Creo que es importante para él. Pero no sabría decir cómo lo lleva realmente. Con Martin, eso es algo de lo que nunca se puede estar seguro.

—Por suerte, Mathilda está a su lado —afirmó Serafina, y Judith asintió.

—Aunque es evidente que no ocurrió en las mejores circunstancias, pienso que está bien que todo saliera por fin a la luz. —Anton miró a Judith—. Por cierto, Serafina y yo lo sabíamos, desde hace mucho tiempo.

A Judith se le cayó el tenedor, que repiqueteó en el plato de porcelana.

—¿Lo sabíais?

—Sí. Fue por casualidad. —Su cuñada le puso una mano en el brazo con gesto tranquilizador.

—Después del gran incendio, os estaba esperando en el estudio de Victor —explicó Anton—, y en el escritorio había toda clase de documentos. Yo tenía la mano herida, se me resbaló una pila de papeles y... de una carpeta salió aquella hoja.

—No pasa nada, pero ¿por qué no nos lo dijisteis? —preguntó Judith.

—Era asunto vuestro. Aunque gracias a eso entendimos mejor algunas cosas. Vuestra relación con los Ebinger, por ejemplo.

—De todos modos, ahora ya no se puede cambiar nada —opinó Karl con calma—. Ni el hecho de que lo mantuvierais en secreto, ni las circunstancias en las que nos hemos enterado.

—¿Y cómo se encuentra tu madre, Judith? —se interesó Serafina—. Vino a vernos justo después de que todo se supiera el día del cumpleaños del señor Ebinger, cuando Anton la llevó en coche a Degerloch.

—No muy bien —respondió Judith—. Se marchó casi de inmediato. Sin rencor, cierto, pero muy afectada. No se vio capaz de enfrentarse a la situación. Desde entonces hemos hablado varias veces por teléfono. Se siente culpable, y creo que todavía no ha superado del todo la relación con Max.

—Debería darme lástima —comentó Karl—, pero no soy capaz de sentir compasión por ella. Quien mala cama hace...

—Pues yo puedo entender muy bien sus sentimientos —dijo Anton—, y le deseo que pueda hacer las paces con su pasado. Pero mejor hablemos de lo que nos ha reunido hoy aquí: la situación en Nueva York. Karl, tú has hablado con Vicky por teléfono. ¿Nos pones al corriente de las últimas novedades?

—Desde luego —repuso este—. Es muy probable que la fábrica de dulces se haya convertido en blanco de especuladores inmobiliarios, que son quienes han provocado la drástica disminución del volumen de negocio en el último año. Existe un gran peligro de que Andrew lo pierda todo. Nos enfrentamos a la cuestión básica de cómo podría salvarse SweetCandy.

—¿Doy por hecho que la devolución de mi préstamo debe seguir aplazándose? —expuso Judith.

—Exacto. Con eso, volverían a tener cierto margen de maniobra. Por el momento, hasta el uno de enero. —Karl se reclinó en su silla.

—¿Qué opinión les merece esa estrategia al señor Stern y a Vicky? —preguntó Judith.

—Ambos la apoyan. Vicky ve un gran potencial de futuro en esa maniobra y en el desarrollo de productos de SweetCandy. El señor Stern apoya la tesis de que han engañado a Andrew y de que ha acabado en esa situación de emergencia económica sin que tenga ninguna culpa. En estos momentos están intentando dar con los artífices de la estafa.

Judith sopesó las palabras de Karl. En realidad, le habría gustado poder hablar personalmente con su hija, con Andrew y con el señor Stern, pero aún debían medir sus comunicaciones, tanto las telefónicas como las postales. Establecer el contacto a través de Karl en Suiza era la vía más segura.

—Suponiendo que siga apoyándolo hasta principios de año —señaló Judith, dando que pensar a los presentes—, ¿cómo mantendrá SweetCandy su liquidez? Este verano tenían problemas de tesorería. Quizá no lo consigan solo con la prórroga del préstamo.

—Así es. Tendrías que invertir más dinero —dijo Anton.

—Ah...

—Lo primero sería poder cancelar los préstamos bancarios —explicó Karl—. El Hudson Bank, es decir, la institución financiera que concedió esos préstamos, parece seguir sus propios intereses, ya que ha abierto una deuda hipotecaria sobre el solar de la fábrica. Si tú la saldaras, el peligro que los amenaza quedaría eliminado.

—¿Y de esa forma la deuda hipotecaria pasaría a mí?

—Exacto. Con ello, ya no solo tendrías acceso al cincuenta y uno por ciento de la fábrica y la sociedad SweetCandy a través de una posible conversión del préstamo, sino también a la propiedad del solar.

—Entonces la decisión está muy clara —zanjó Judith.

—Yo también lo creo —repuso Karl—. Sin embargo, SweetCandy necesitará liquidez adicional para poder seguir en funcionamiento.

—En resumen, que prácticamente todas nuestras reservas de capital quedarían invertidas allí —dijo Judith—. Si lo hacemos, corremos un alto riesgo y nos quedamos sin la posibilidad de volver a comprar la fábrica de chocolate de Stuttgart.

—Sabemos que tienes la esperanza de poder regresar —repuso Anton—, pero en la situación actual no es sensato especular con eso. Una inversión de esas dimensiones en Nueva York...

—... implicaría que en el futuro la fábrica de chocolate Rothmann tendría allí su sede —corroboró Judith—. Pero entonces quiero que se llame Chocolates Rothmann. Se lo debo a Victor.

—Estás en tu derecho —convino Karl—. Creo que eso se podrá negociar, sin duda.

—Habrás que hacerlo —insistió ella—. Invertimos una cantidad enorme y con ello perdemos casi todas las posibilidades de regresar a Stuttgart.

—Todavía hay que discutir qué forma adoptará el negocio, desde luego —dijo Karl—, pero

Andrew no puede oponerse, y no creo que lo haga. En cuanto al riesgo, el valor de un solar como ese en Manhattan es enorme, porque los precios no hacen más que subir. Nuestro dinero estaría seguro.

—Pero aún queda una gran incógnita —añadió Judith—. La cuestión de quién quiere provocar la ruina de SweetCandy.

—Es posible que el fenómeno cese en cuanto el Hudson Bank pierda su derecho al solar —opinó Anton.

—¿Qué probabilidades creéis que hay de que ocurra algo así? —preguntó Judith, que miró primero a Anton y luego a Karl.

—Desde aquí es difícil valorarlo —repuso este último—, pero poniéndolo todo en la balanza...

—... tenemos que arriesgarnos —terminó Judith por él—. Esta noche lo consultaré con la almohada y mañana os comunicaré mi decisión.

Mansión de los Rothmann, sobre las siete de la tarde de ese mismo día

CUANDO JUDITH REGRESÓ de la fábrica de Anton, aparcó el coche en el garaje y entró en la Mansión de los Chocolates por una puerta lateral del ala del servicio. Durante el trayecto la habían asaltado muchas ideas, y antes que nada debía ponerlas en orden.

En la cocina encontró a Theo y a Gerti, que estaban cenando juntos. Sin pensárselo dos veces, se sentó a la mesa con ellos.

—¡Ahora mismo le subo algo, señora! —Era evidente que a Gerti le incomodaba que los hubiera sorprendido comiendo.

—Ay, Gerti —dijo Judith—, ¿qué hago cenando yo sola ahí arriba? Dora se ha ido a visitar a una pariente. Me gustaría quedarme aquí con vosotros, si os parece bien.

—¡Por supuesto que sí! —masculló Theo, que acababa de meterse un trozo de salchicha en la boca.

Gerti, aunque se ruborizó, acabó por asentir también.

—Claro. Enseguida le saco un plato. —Fue a por la vajilla, un vaso y cubiertos, y dispuso otro sitio—. He preparado carne en gelatina.

—Perfecto. Es justo lo que me apetece.

Judith se sentó ante la carne y una rebanada de pan, y comió con apetito. Desde que Martin, Mathilda y Hélène se habían marchado, a veces se sentía un poco perdida en la gran propiedad, sobre todo cuando Dora tampoco estaba.

—Fanny ya se ha ido a su casa —explicó la cocinera—. No se encontraba muy bien.

—Quizá haya pillado la gripe —opinó Theo.

—Pues espero que no —repuso la mujer.

Comieron un rato en silencio y entonces, de repente, oyeron que alguien llamaba a la puerta del ala del servicio con fuertes golpes.

Gerti, extrañada, miró a Theo. Este se encogió de hombros y se levantó para ir a abrir.

Desde lejos, Judith reconoció la voz de Tine. ¿Qué demonios estaba haciendo allí la antigua sirvienta?

—Ay, señora Rheinberger —balbuceó cohibida cuando Theo la hizo pasar—. Disculpe que me presente aquí de esta forma, pero tengo que decirle algo con urgencia.

—¿De qué se trata? —preguntó Judith.

—Quería advertirle.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—De que hay personas, señora, que quieren hacerle daño.

Judith sintió que se inquietaba, pero intentó no dejarlo entrever.

—¿Y cómo quieren hacerme daño esas personas, Tine? Tienes que darme información más precisa.

—Bueno. Es que tengo un novio que está... con la SA.

—Lo sé —masculló Theo—. Te vi con él este verano.

—Pues resulta que me ha dicho que busque a un par de mozos para mandar que escriban barbaridades en los muros de esta casa.

—¡Tine! —exclamó Gerti—. Pero ¿qué cosas?

—No sé, cosas feas. Cosas que enfaden a la señora Rheinberger y que también la asusten. Iba a darme por escrito exactamente el qué. Bueno, el caso es que mi novio quería que escribieran cosas aquí.

—¿Y puedo preguntarte por qué has venido a avisarme, Tine? —preguntó Judith con serenidad.

La muchacha empezó a sollozar.

—Es que ese *Seggl* me ha dejado, el muy idiota. Y ahora... ahora... me siento muy desgraciada.

—O sea, que te ha roto el corazón y quieres vengarte de él explicándonos sus planes —resumió Judith.

—Puede... —Tine vaciló—. Se ha buscado una novia nueva allí abajo, en Stuttgart.

—Venga, dinos lo que sea importante para la señora —la apremió Gerti—. Tus males de amores no le interesan a nadie.

—Hay... Hay... —Tine se sorbió la nariz—. Hay más cosas todavía...

—¡Pues suéltalo de una vez! —Theo estaba tan al límite de su paciencia como Gerti.

—Bueno, pues cuando trabajaba aquí, él, o sea mi novio, siempre me decía que tuviera los ojos bien abiertos, pero yo no sabía a qué se refería exactamente. Le contaba, por ejemplo, lo que tenían los señores para comer y qué vestidos nuevos se compraba la señorita Viktoria...

—Pero seguro que eso no le interesaba demasiado —supuso Gerti.

—Pues no. Me decía que echara un vistazo en el estudio mientras limpiaba, o que estuviera atenta a lo que las visitas hablaban con los señores. Pero yo no era capaz de acordarme bien de todo lo que decían, y tampoco sé leer muy deprisa, así que no podía enterarme de lo que había en el escritorio...

—Menuda suerte que esta niña sea tan boba... —oyó Judith que Theo murmuraba para sí.

—Y como no encontré a nadie para que escribiera nada en los muros de la mansión, pues se puso hecho una furia y me dijo que iba a meterse en problemas, que yo debería esforzarme más, porque soy muy tonta... y que me abandonaba.

Theo estuvo a punto de atragantarse con un trozo de pan de tanto sacudir la cabeza.

—Tine —dijo Judith con cautela—, ¿no sabrás si la idea de pintar en nuestros muros fue de tu novio, o si a él se lo encargó alguien más?

—No, eso no lo sé... —La joven se pasó el dorso de la mano por los ojos, enrojecidos de tanto llorar.

—¿Nunca mencionó el nombre de nadie? —Judith no pensaba rendirse.

Tine se esforzó por recordar mientras retorció el pañuelo que se había sacado del bolsillo de la falda durante su arrebato sentimental.

—Siempre subía un tipo desde Stuttgart y quedaba con él en la taberna para tomar una cerveza. Creo que se llamaba... Weber. Pero tampoco estoy muy segura.

Aunque ya había contado con esa posibilidad, Judith sintió un escalofrío.

—¿Weber?

Tine se sonó la nariz.

—Sí, eso creo. Siempre me hablaba de un tal Weber. Me acuerdo porque insistía en que no podía decirle ese nombre a nadie. A-na-die. —Pronunció esas últimas sílabas tal como a menudo hacían los suabos cuando se esforzaban por hablar sin acento para que los entendieran mejor.

—Está bien, Tine. Puedes irte. —Judith sacó dos marcos del bolso y se los dio.

La chica hizo una reverencia algo torpe.

—Gracias, señora.

—Si te enteras de algo más, ven enseguida a contármelo, ¿me oyes? —le pidió con insistencia.

—Sí, señora Rheinberger.

Cuando la antigua sirvienta se marchó, Gerti y Theo se miraron preocupados.

Judith suspiró.

¿Era posible que Weber no hubiera encajado bien su derrota y buscara venganza, y que acabara arrastrándola a una pequeña guerra con un jefe de sección local que tenía el orgullo herido?

En Stuttgart ya no le esperaba ningún futuro, cada vez era más evidente. Victor había muerto, ella había vendido la fábrica de chocolate, su familia estaba repartida a lo largo y ancho del mundo.

¿Qué quedaba de su felicidad? Una tumba, sueños perdidos, innumerables recuerdos.

Pero también esperanza; delicada, vulnerable y al mismo tiempo imperiosa. Alimentada por esa hambre de vivir que Judith siempre había sentido en su interior.

De nada servía aferrarse al ayer.

Solo se podía dar forma al mañana.

Zúrich, Suiza, tarde del 6 de diciembre de 1936

DESDE LA MÜNSTERGASSE, Judith giró por la Spiegelgasse y caminó junto a los edificios de varias plantas que ascendían en pequeña cuesta buscando el número trece. El bloque de pisos de alquiler quedaba a mano izquierda y tenía un vistoso voladizo. Se detuvo y paseó la mirada por las cuatro plantas de la fachada. Un estrecho alero hacía las veces de frontera con el azul grisáceo del cielo de diciembre, que apenas conseguía arrojar un poco de luz en el estrecho callejón.

Un ciclista tocó el timbre.

Judith se sobresaltó y se apartó para dejarlo pasar. Después se acercó al portal, observó los cartelitos de los timbres y apretó el que decía «Fetzer».

Tardó un rato en oír pasos en la escalera, y entonces se abrió la puerta.

—¡Señora Rheinberger! —Robert Fetzer estaba a todas luces sorprendido—. Eeeh... ¿Qué la trae por aquí?

—Hola, Robert —repuso Judith, aliviada al ver que no se negaba a recibirla—. Estoy pasando unos días en casa de mi hermano y he pensado que podía hacerles también una pequeña visita a Luise y a usted.

—Ah... Sí, bueno, Luise no está en casa ahora mismo. —Se rascó la cabeza casi calva con gesto avergonzado—. Aún está con una clienta, pero volverá enseguida. —Lo pensó un momento—. ¿Quiere pasar y esperarla?

—Si es posible, me gustaría mucho.

Judith lo siguió hasta un piso de la buhardilla. Tenía una habitación y media, era estrecho, pero estaba ordenado y resultaba acogedor.

—Siéntese, por favor, señora Rheinberger. —El hombre señaló una pequeña mesa de comedor rectangular cubierta con un mantel de cuadros rojos y blancos.

Judith tomó asiento en una de las dos sencillas sillas de madera. Robert se sentó frente a ella y dejó las manos unidas sobre la mesa.

—¿Cómo les va todo? —pregunto Judith.

—Hasta ahora, bien. Aunque yo... todavía no tengo trabajo. —Se le veía frustrado.

—Sí, Karl me lo ha contado —repuso Judith—. Parece que tendrá que echarle usted paciencia.

—A mí ya no me quiere nadie.

—No debe pensar eso.

—Me cuesta creer en un futuro mejor. —Negó con la cabeza—. Lo único que puedo esperar es ir tirando.

Ella no consiguió encontrar palabras de aliento, así que entre ambos se hizo un silencio incómodo que duró un buen rato. Los ruidos del edificio se oían con toda claridad: un grifo que goteaba, los gritos de un bebé, el regular tictac de un reloj de péndulo.

Al final, Judith tomó impulso:

—No sé si seguir esperando. Tal vez Luise se retrase un poco más hoy...

Robert se encogió de hombros.

—La verdad es que siempre me avisa de todo, mi Luise, pero nunca se sabe...

Justo en ese momento oyeron pasos en los últimos peldaños de la escalera y una llave que giraba en la cerradura.

—¡Aquí está! —Robert se levantó enseguida y fue a recibir a su mujer.

Estaba espantosamente pálida. Cerró la puerta tras de sí con cara de agotamiento y evitó el beso con el que su marido pretendía saludarla.

—Tenemos visita —anunció Robert.

Fue entonces cuando Luise vio a Judith. Dejó en el suelo el cesto con ropa para zurcir que llevaba bajo el brazo y se pasó el dorso de la mano por la frente. Después se acercó a ella y le dio un afectuoso abrazo antes de sentarse en la silla que Robert acababa de dejar libre.

—Discúlpame por llegar tan tarde, por favor —dijo con cansancio.

—Por el amor de Dios, Luise, no tienes que disculparte por nada. No podías saber que estaba en Zúrich y que hoy vendría a veros.

—Sí, qué lástima, porque ahora mismo tengo que volver a salir a tomar unas medidas.

Judith la miró con preocupación.

—No quieras hacer demasiado —dijo entonces.

Robert se retiró a un viejo sillón que había en la esquina opuesta de la sala.

—Si he venido hoy aquí, Luise —prosiguió Judith—, es porque quería preguntarte si pudiste ponerte en contacto con el amigo de Viktoria en Francia.

—Ah, ¿te refieres al tal Luc?

—Exacto.

—Sí, nos hemos escrito. Nos enviará un telegrama en cuanto puedan recibirnos en Voiron. En estos momentos está buscando posibles trabajos. Para ambos. —Miró a su marido.

—Esa es una buena noticia —comentó Judith con alivio—. Espero que Luc tenga éxito con sus gestiones. Así todo será más fácil, sobre todo para ti, Luise.

La mirada que Judith percibió en los ojos de la mujer le corroboró su temor de que la madre de Mathilda estuviera físicamente sobrepasada. Pero, además de eso, también comprendió que se veía obligada a convivir con un marido al que ya no le unía ningún vínculo emocional, y esa era una enorme carga mental.

—Es lo que más deseo. —Luise se frotó las sienes.

—¿Te van llegando noticias de Mathilda? —preguntó su amiga.

—Sí, nos escribe algo siempre que puede. Pero Martin y ella tienen mucho que hacer, ya lo sabes.

—Desde luego. Y está muy bien que los jóvenes sigan su propio camino. —Judith se levantó—. Bueno, pues me marchó ya.

—¿A casa de Karl y Elise?

—Sí. Después se pasará por allí San Nicolás. O, mejor dicho, su versión suiza: Samichlaus. Tengo mucha curiosidad.

—Yo aún no sé cómo funciona nada de todo eso —repuso Luise, y se levantó también—. Gracias por venir a vernos, Judith. Te lo agradezco mucho. La próxima vez, avisa, ¿quieres? Así tal vez pueda pasar un rato más contigo.

Storchengasse, Zúrich, esa misma noche

—¡VIVA! —OSCAR LEVANTÓ los brazos en alto—. ¡Mira, tía Judith! ¡He atrapado tu último sombrerito!

—Ay, madre mía. —Judith puso cara de gran decepción—. ¡Pues es verdad!

—¡He ganado! —exclamó el pequeño con alegría. Se levantó saltando de la mesa del comedor, donde llevaban más de una hora jugando a su juego preferido, Atrapa el sombrero, y se puso a bailar una alegre danza de la victoria por toda la sala—. ¡He ganado! —informó a su hermana pequeña, que estaba sentada en el suelo junto a su madre, jugando con unas piezas de construcción.

Mientras la niña mordisqueaba un bloque de madera con deleite, Elise le construía pacientemente una casita a su hija.

De repente se oyeron unos fuertes golpes en la puerta de la casa.

Oscar se llevó una mano a la boca, emocionado.

—¿Ya está aquí? —preguntó sin aliento—. ¿Es Samichlaus?

—Me parece que sí —repuso Karl, y dejó el periódico que estaba leyendo para levantarse del sofá—. Seguro que su ayudante, Schmutzli, ha venido también con él.

—Sch... Schmutzli... —Oscar, asustado, retrocedió de nuevo hasta Judith, que seguía sentada a la mesa.

Elise levantó a la pequeña Ursula y se acomodó con ella en el sofá.

Karl abrió la puerta y un instante después regresó seguido de un hombre muy grande con una barba larga y blanca. Sobre el pelo, también blanco como la nieve, llevaba una mitra roja, y bajo su rojo manto se veía una larga túnica de lino blanco.

—He oído que aquí hay unos niños que me están esperando —anunció Samichlaus en dialecto suizo.

Oscar se metió un dedo en la boca, se acercó un poco y se lo quedó mirando con curiosidad. De pronto se percató también de la misteriosa figura vestida de marrón oscuro que había entrado en la sala detrás de Samichlaus.

—Es... ¡Schmutzli! —exclamó y huyó a los brazos de Judith.

Su tía lo estrechó y sintió cómo temblaba su cuerpecillo.

—No tengas miedo, Oscar —dijo para tranquilizarlo—. No te hará nada.

El niño negó con la cabeza y se apretó más aún contra ella.

Judith le dirigió a Karl una mirada de advertencia y este reaccionó enseguida.

—Me parece que aquí todos los niños han sido buenos, Schmutzli —dijo—, así que puedes esperar a Samichlaus fuera.

El hombre agitó un momento su vara de mimbre, como amenazándolos, pero luego hizo caso a Karl y salió del piso.

—¿Ah, sí? ¿Es eso cierto? —preguntó entonces Samichlaus—. ¿De verdad todos los niños de esta casa han sido buenos?

—¡Da! ¡Daaaaaa! —exclamó Ursula, y todos se echaron a reír.

Hasta a Samichlaus se le escapó una sonrisilla, así que Oscar se atrevió a salir de su escondite.

—Tienes una barba muy larga —constató—. ¡Y muy blanca!

—Eso es porque soy muy viejo —repuso Samichlaus—. Pero dime, muchachito, ¿sabrías recitarme un pequeño verso?

—Mmm... —dudó Oscar—. Es que se me ha olvidado.

—Tal vez tu papá pueda ayudarte a recordarlo.

Karl se arrodilló junto a su hijo.

—Oscar, nos sabemos una canción de San Nicolás.

El niño negó con la cabeza.

—Que sí, Oscar —insistió Karl—. La cantaremos juntos.

Y empezó a entonar *Lasst uns froh und munter sein*.

El niño se le unió con cierta vacilación, así que Karl lo dejó en la primera estrofa. Después se enderezó y tomó a su hijo de la mano.

—Ha sido muy bonito —opinó Samichlaus satisfecho y abrió el gran libro que llevaba consigo—. Ahora veremos lo que sabe Samichlaus de ti.

Oscar asió con fuerza la mano de Karl y esperó obediente a oír la lista de sus travesuras.

—Bueno, aquí no dice mucho. ¿A veces molestas a tu hermana?

—Ella también me molesta a mí —relativizó Oscar.

—Aun así... Tú eres el mayor. A partir de ahora, sé bueno con ella.

El niño asintió, aunque con cierto titubeo.

—Y también... dejaste abierta la jaula del loro de tu tía, y *Pepe* salió volando.

—No fui yo —se defendió Oscar—. Ese fue Emil.

—¿Y quién es Emil?

—Su primo —respondió Karl en lugar del niño—. Y lo del loro fue obra de ambos.

—¡Ajá! —Samichlaus arrugó la frente, cerró el libro y abrió el saco de arpillera que cargaba—. Bueno, prométeme que no volverás a hacer nada parecido.

—No, no lo volveré a hacer. Además, tampoco puedo —explicó Oscar muy serio—, porque *Pepe* se ha quedado en Alemania.

Judith tuvo que contener la risa cuando Samichlaus miró al niño, contrariado. Después, sin embargo, en su rostro apareció una sonrisa y buscó algo en el saco.

—Ven aquí, Oscar —dijo con benevolencia y le entregó una naranja al pequeño, que alargó la mano. Después sacó también una tableta de chocolate.

—¡Chocolate! —exclamó Oscar—. ¡Antes comíamos mucho porque mi tía tenía una fábrica entera!

—¿HAS VISTO LA cara que ha puesto Samichlaus? —le preguntó Oscar a su padre cuando, tras una última advertencia, el anciano se marchó.

—Verás, Oscar, para la mayoría de los niños, una tableta de chocolate es un regalo muy especial —explicó Karl—. Por eso se ha quedado tan sorprendido cuando le has dicho que tu tía tenía una fábrica de chocolate y que para ti es muy normal.

El niño miró los regalos que tenía en las manos.

—Eso no es culpa mía. Bueno, me comeré mi naranja. —Fue a la mesa y dejó allí la naranja y una manzana—. ¿Me la pelas, tía Judith?

—Ya lo hago yo —dijo Elise, que dejó a Ursula sentada en el suelo y fue a por un cuchillo.

—Me apetece salir a dar un paseo —dijo Karl mientras tanto—. ¿Quieres acompañarme, Judith?

—Sí, claro.

Se pusieron las botas y el abrigo y, tras despedirse de prisa de Elise y de los niños, salieron

hacia la orilla del lago de Zúrich.

—Qué lástima que *maman* y Georg no hayan podido venir hoy —comentó Judith mientras recorrían el camino de grava—. Ya es mala suerte que tuvieran que viajar a Múnich justo cuando yo venía a veros...

—Tenían una cita para vender un cuadro, así que es comprensible que hayan tenido que marcharse.

—Lo sé.

—Pero los verás en la celebración de Navidad, cuando nos reunamos todos.

—Sí, en Navidad —repitió Judith, absorta en sus pensamientos—. Ay, Karl. Es que no sé qué camino seguir el año próximo.

—El asunto con Weber no te deja tranquila, ¿verdad? —preguntó su hermano.

—Eso también. Tener siempre miedo a que pase algo es una sensación muy extraña.

—Sí, te creo.

—Me noto inquieta. Quisiera marcharme. Puede que no para siempre, pero sí una buena temporada.

—¡Pues me parece muy buena idea! —replicó Karl—. Anton y Serafina también están haciendo planes para emigrar a Estados Unidos.

—Sí, Anton no habla de otra cosa. —Judith entrelazó el brazo con el de su hermano y siguieron paseando juntos—. Tengo muchas ideas rondándome la cabeza. No sé si quiero venir a Zúrich con vosotros o pasar una temporada con Martin y Mathilda en París...

—Las dos opciones son buenas —opinó Karl.

Su hermana asintió.

—Pero, si te soy sincera, me atrae más otro lugar.

—Nueva York. —Karl sonrió.

—Sí.

—¡Ya lo había pensado! En Nueva York tienes a tu hija, y pronto serás la propietaria de una empresa allí.

—Es posible. Aunque lo que me gustaría, sobre todo, es empezar de cero.

—Viktoria se alegrará de tenerte a su lado.

—¿Crees que es el paso correcto?

—Desde luego. Y tú lo sabes también. Vamos, acerquémonos al agua.

—Claro.

Se apartaron del camino y cruzaron el césped hasta la orilla.

Karl buscó una piedra del suelo y la lanzó sobre la oscura superficie del lago de tal forma que rebotó varias veces en el agua, hasta que por fin perdió impulso y se hundió.

—¡Muy bien! —exclamó su hermana y le sonrió.

—Ya no regresarás, Judith —afirmó Karl.

—No lo sé.

—Yo sí. —Y lanzó otra piedra.

Judith se la quedó mirando, pensativa.

—Gracias por todo, Karl —dijo al cabo de un rato.

—Ay, no tienes que darme las gracias. —La agarró del brazo—. Al fin y al cabo, somos una familia.

Estuvieron un rato abrazados, sintiendo ese vínculo familiar que les decía que siempre podrían contar el uno con el otro.

—Te echaré de menos —dijo Karl entonces.

SweetCandy Ltd., ciudad de Nueva York, 11 de diciembre de 1936

—¡ES PRECIOSO! —SALLY contemplaba embelesada el busto de chocolate de Brenda Frazier, que estaba en la mesa de trabajo de Viktoria.

—Sí, ha quedado muy bien —repuso esta—. Aunque todavía nos falta por hacer el trabajo más complicado.

En esa fase, el rostro de Brenda apenas se reconocía aún. Después de que todas las pruebas con chocolate blanco hubieran fracasado a causa de su bajo punto de fusión, Viktoria había usado un chocolate amargo con un contenido muy alto de cacao. Por eso solo recordaba de lejos a Brenda y su clara tez empolvada.

Para conseguir que la ilusión fuese perfecta, los días previos al debut cubrirían el elegante busto marrón oscuro con varias capas de chocolate blanco sobre el que después pintarían los rasgos de la muchacha. Todo debía ser lo más realista posible, y Sally ya estaba experimentando con colorantes alimentarios. Para las joyas, utilizarían los mismos diamantes comestibles que estarían presentes como temática básica en todo el bufé.

—¿Esa es la peluca? —preguntó su ayudante con curiosidad mientras señalaba una caja cuadrada de cartón azul claro que había junto a la escultura de chocolate.

Viktoria asintió y levantó la tapa. La recreación del peinado de debutante de Brenda Frazier descansaba entre varias capas de papel de seda blanco.

—¡Qué bonita! —susurró Sally, impresionada, mientras Viktoria sacaba la peluca despacio y la contemplaba desde todos los ángulos—. ¿De verdad irá Brenda peinada justo así en su debut?

—Eso me ha asegurado su madre —respondió Viktoria—. De manera que se acercará mucho a la realidad.

Había ido a recoger la peluca esa misma mañana a un pequeño negocio de vestuario teatral del que le había hablado Eleanor. Su modesto equipo trabajaba para varios escenarios reconocidos de Nueva York, así que contaba con la experiencia necesaria.

—¿Querías inclinar el busto solo un poco, por favor, Sally? —pidió—. Así podremos probarle la peluca.

Sallyladeó la pieza de chocolate unos cuarenta y cinco grados.

—¿Está bien así?

Viktoria asintió y colocó la peluca con cuidado sobre el cuero cabelludo, que estaba cubierto por una redecilla de hilo metálico. Después giró la figura sobre sí misma con delicadeza para verla desde todos los lados.

—¡Encaja! —Sally aplaudió con entusiasmo—. ¡Qué maravilla!

También Viktoria contempló satisfecha los rizos negros que caían con total naturalidad sobre la cabeza de chocolate.

—Cuando lo hayamos recubierto con chocolate blanco, será muy realista —le dijo a Sally.

Juntas quitaron la peluca con cautela y la devolvieron a la caja.

—Bien —dijo Viktoria con alivio—, no se ha roto nada. No volveremos a colocarla hasta que lo tengamos todo listo para el debut.

—Me muero de curiosidad por saber qué dirá la gente. —La muchacha retiró la caja y la dejó en la estantería de detrás del puesto de trabajo de Viktoria—. Nunca había vivido nada tan emocionante.

Viktoria sonrió mientras levantaba el busto y lo llevaba a una de las neveras que habían vaciado expresamente. Cabía justo en el interior.

Todavía faltaban dieciséis días para el baile de Brenda y aún les quedaba muchísimo trabajo que hacer.

—¿Cómo vamos con el puzle de chocolate? —preguntó Sally cuando Viktoria regresó a su mesa.

—Ahora nos ocuparemos de eso.

Desde que le había hablado de ello a Andrew en Stuttgart, no había dejado de pensar en hacer un puzle de chocolate, y con los preparativos del debut de Brenda había empezado a darle forma.

—¿Son esos los moldes?

—Sí, ya están aquí. Por suerte. Puedes empezar a fundir el chocolate, Sally.

—¿Noventa por ciento?

—Exacto.

Le habían dado muchas vueltas al posible diseño y finalmente se habían decantado por una silueta. Brenda había posado con paciencia para que Viktoria pudiera esbozar su perfil, que luego pasó a papel grueso. Para crear la efígie de la debutante dividida en piezas sueltas de puzle, había encargado varios moldes de chapa que estaban a punto de rellenar con chocolate fundido.

Sally ya había encendido los fogones y estaba derritiendo el chocolate en una olla, picado muy fino, para convertirlo en una masa lisa. Igual que con el busto, también en esta ocasión trabajaban con un contenido muy elevado de cacao. Viktoria, mientras tanto, colocó los moldes sobre una bandeja con superficie enfriable. En cuanto la masa de chocolate estuvo bien atemperada, Sally la vertió en los moldes con sumo cuidado. Viktoria dio unas suaves sacudidas a la bandeja para que quedase bien repartida.

—Mañana veremos si ha funcionado —señaló.

—¿De verdad quieres hacer puzles para todos los invitados? —preguntó Sally mientras llevaba la bandeja a la nevera—. En tal caso, tendremos mucho que hacer.

—Sí, es cierto. Pero los puzles son fáciles de preparar. Además, Andrew nos ha cedido a algunas trabajadoras que se dedicarán a ello toda la jornada.

—Entonces, ¿empezaremos mañana?

—Si el puzle de prueba ha salido bien, sí. —Viktoria se acercó al fregadero y se lavó las manos—. Y tú dirigirás a las chicas. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. Será un placer. —La muchacha se dispuso a limpiar el puesto de trabajo—. ¿Has pensado ya cómo quieres envolver los puzles?

—Sí. En una cajita plana de bombonería que lleve impreso el perfil de Brenda.

—¡Ay, qué buena idea!

—Y en la parte de abajo —añadió Viktoria— pondremos mi propia etiqueta: LA REINA ALEMANA DEL CHOCOLATE.

Ese mismo día, sobre las tres de la tarde

—BUENO, ¿QUÉ TAL va tu día por ahora? —preguntó Andrew cuando recogió a Viktoria en el vestíbulo de entrada de SweetCandy, tal como habían quedado esa mañana.

—¡Muy bien! El busto de Brenda está quedando tal como lo había imaginado.

—Me alegro. —Andrew abrió la puerta y se la sostuvo—. He pedido un taxi. ¡Mira, ya está aquí!

—¿De verdad? ¿Adónde quieres ir?

—Espera y verás.

Fuera hacía frío, pero no había nubes. Andrew le puso una mano en la espalda con cariño mientras iban hacia el coche que los esperaba.

—También han llegado los moldes para el puzzle —comentó ella cuando subieron y el conductor se incorporó al denso tráfico de la ciudad—. Acabamos de rellenarlos de chocolate.

—¿Y ha funcionado?

—El resultado se verá mañana, cuando los saquemos de la nevera.

—¡Tengo mucha curiosidad!

—¡Yo también! —Viktoria le cogió la mano—. ¿Sabes que a veces casi no puedo creer que esté aquí, Andrew? En tan solo unas semanas, mi vida ha cambiado mucho.

—Y más que cambiará todavía. —Él le correspondió apretándole la mano también—. Hoy he hablado con Karl por teléfono. Tu madre ha dado el visto bueno a poner ese dinero que tanta falta nos hace. Karl ya ha realizado la transferencia.

—¿De verdad? Espero que no haya ningún problema. Las transferencias al extranjero a veces son imprevisibles.

—De momento, pensemos que todo va a salir bien. —Andrew sonrió con seguridad—. Por cierto, recuerdos de parte de John Carollo.

—¡Ay, es verdad! Hoy tenías una cita con él.

—Exacto, habíamos quedado para comer. Volverá a comprobar todas las posibilidades que tenemos para evitar la quiebra. También me ha dicho que cada vez hay más indicios que señalan a la mafia como autora de esas artimañas.

—Eso no es buena noticia.

—No, pero al menos sabemos con quiénes nos las estamos viendo.

—Mmm... ¿Y qué va a hacer Carollo ahora?

—Me ha comentado que tiene contactos a los que podría recurrir en un caso así.

—¿Cómo dices? ¿Tiene contactos en esos círculos?

—Aquí no es extraño, Viktoria. En los últimos años han cambiado muchas cosas: la Prohibición, la crisis económica... Precisamente los abogados se han visto obligados a actuar en todos los ámbitos.

—Si tú lo dices... —Ella no insistió, pero le quedó un evidente malestar.

Habían llegado a la Quinta Avenida, pero al cabo de pocos metros el conductor se apartó de la hilera de coches y paró a un lado.

—Ya hemos llegado, señor.

Viktoria miró por la ventanilla.

—¡Oh! ¡Pero si estamos en el Empire State Building!

—En efecto.

Andrew le dio las gracias al taxista y pagó. Después se apearon.

Viktoria elevó la mirada cada vez más arriba por la impresionante fachada de granito y piedra

caliza, cuya arquitectura rectangular no solo ganaba elegancia gracias a que iba estrechándose a medida que ascendía, sino también por el sinfín de ventanas que la jalonaban y que se convertían en un elemento constructivo por derecho propio. Desde su llegada a Nueva York, había visto el gigantesco edificio a menudo, ya que su ubicación en Midtown Manhattan hacía que atrajera todas las miradas desde cualquier punto de la ciudad, pero aún no lo había visitado.

—¿Vamos? —Andrew le ofreció el brazo y entraron en el enorme vestíbulo hecho de mármol.

Al principio, el aluvión de impresiones fue tal que Viktoria no supo adónde mirar. Contempló los techos embellecidos con plata y pan de oro, que recreaban un cielo estrellado en el que un disco solar y varios planetas se fundían con la representación de mecanismos y engranajes industriales. Después dirigió la vista hacia el impresionante relieve del propio Empire State Building con una corona radiada, que presidía el vestíbulo rectangular desde su estrecha cabecera. Dos columnas de mármol flanqueaban el mosaico.

—Me recuerda un poco a Europa —le dijo Andrew al oído cuando se disponían a subir—. Este vestíbulo irradia cierta prestancia histórica aunque solo tenga cinco años.

El gélido cielo azul del invierno se extendía por encima de las sobrecogedoras vistas que los recibieron en el mirador de la planta ochenta y seis. Tenían Nueva York a sus pies: desde allí se veía un Central Park invernal, las resplandecientes bandas del río Hudson y el East River, el puente de Brooklyn, la estatua de la Libertad.

—¿Ves el edificio Chrysler ahí delante? —preguntó el joven, y señaló otra construcción alta que se veía no muy lejos de donde estaban.

Viktoria asintió.

—Desde aquí se ve muy bien la aguja. ¡Es espectacular!

—Gracias a ella, el Chrysler fue el edificio más alto del mundo durante exactamente un año. Después, el Empire State Building lo superó.

—¿Fue una especie de competición de los arquitectos?

—Y de los inversores. Para ellos, sin embargo, desde un punto de vista económico ha sido un desastre. Solo han conseguido alquilar parte de las oficinas.

—Quizá apuntaron demasiado alto...

—Y más aún en los tiempos difíciles de la Gran Depresión. Pero así es Nueva York... —Andrew puso una mano en la barandilla de la terraza panorámica y bajó la mirada hacia las calles, donde se afanaban coches, tranvías y transeúntes. Eran apenas puntitos diminutos, pero no dejaban de moverse.

—Es la ciudad que nunca duerme. Pero si sigues mirando, verás que hasta Nueva York tiene un final.

Viktoria dejó vagar la vista por el mar de edificios y los desfiladeros de calles hasta que llegó al horizonte, donde el gris y el marrón se fundían con un azul verdoso.

—Hoy hay muy buena vista —comentó Andrew. Le dio la mano y recorrió con ella parte del mirador, hasta que alcanzaron a ver el extremo sur de Manhattan—. Se aprecia Nueva Jersey y más allá.

—Es impresionante. —Viktoria no se cansaba de contemplar la palpitante ciudad y el paisaje que se adivinaba pasados sus límites—. No soy capaz de imaginar cómo se diseña un edificio tan gigantesco como este —comentó cuando decidieron bajar de nuevo, porque cada vez había más gente en el mirador.

—Desde luego. Sobre todo teniendo en cuenta que lo levantaron en tan solo un año.

—¿En un año? ¿Cómo es posible?

—Gracias a la construcción con estructura de acero y a una coordinación milimétrica de todos los procesos. Aun así, fue todo un portento.

—ME APETECE UN perrito caliente —dijo Viktoria tras salir del edificio, cuando Andrew estaba a punto de parar un taxi.

—¿Un perrito caliente? En realidad, tenía intención de invitarte a cenar. Y por todo lo alto, además.

—¿Es que se trata de una ocasión especial?

—Espera y verás. —La miró de una forma muy significativa—. Pero antes tengo pensada otra cosa.

Buscó un taxi y se montaron.

—Llévenos a Brooklyn, por favor —indicó al conductor.

De nuevo se incorporaron al denso tráfico de Nueva York. Por la ventanilla del coche, Viktoria vio pasar los mismos edificios de Manhattan que un momento antes habían contemplado desde lo alto, y volvió a pensar en lo diferente que era de Alemania.

—No todo es bueno en Nueva York —dijo él de repente—. Por un lado hay fortunas inmensas, como la de los Frazier; por otro, muchísimas personas que viven en la pobreza. La gran crisis económica de los primeros años de la década ha tenido mucha culpa. Nueva York se está recuperando muy despacio.

Viktoria asintió.

—Incluso en Alemania se ha notado. Todavía recuerdo ver a la gente de Stuttgart haciendo cola, y a mi padre explicándome que buscaban trabajo. Aunque por aquel entonces, con catorce años, yo no acababa de entender la trascendencia de aquello, y nuestra fábrica logró salir adelante.

—He visto quebrar a muchísimas empresas. Esto fue un infierno.

—¿Cómo os las apañasteis en aquellos años?

—SweetCandy también tuvo mucha suerte. El dinero de mi abuelo, su experiencia y sus buenos contactos nos salvaron. Además del préstamo de tu padre.

—¿Y las consecuencias de la crisis aún se dejan sentir en las dificultades por las que pasa SweetCandy en la actualidad?

—No directamente, aunque aquello dejó secuelas, por supuesto.

Recorrieron el puente de Brooklyn, la larga estructura asfaltada que cruzaba el East River y unía Manhattan con el distrito de Brooklyn. En cuanto llegaron al otro lado, Andrew dio instrucciones al conductor para que girara a la derecha.

—Vaya a Brooklyn Heights, por favor.

—¿A qué calle?

—Ninguna en concreto, solo conduzca por el barrio. Después regresaremos otra vez a Manhattan sin hacer ninguna parada.

—Como quiera. —El taxista empezó a recorrer las calles.

Las bonitas casas de arenisca rojiza hacían que la zona no solo pareciera elegante, sino también acogedora y familiar.

—¿Te gusta esto? —preguntó Andrew.

—¡Oh, sí! ¡Es precioso!

—Me encantan estas *brownstone houses* —explicó Andrew—, y algún día me gustaría vivir en una de ellas.

—Puedo entenderlo muy bien. —Viktoria vio a una joven con un cochecito de bebé delante de una de las casas.

Él siguió su mirada y sonrió en el silencio que se hizo de pronto. Solo se oía el rumor del motor.

—Viktoria... —dijo él entonces. De pronto parecía muy nervioso—. En realidad, en el Empire State Building quería preguntarte algo, pero... de pronto había allí demasiadas personas.

—¿Y qué querías preguntarme? —Notó que se le contagiaba su inquietud.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Algo más de... ¿cuatro meses?

—Pues para mí es casi como si te conociera de toda la vida. Si te soy sincero, ya no soy capaz de imaginar no estar contigo.

La cálida voz de Andrew hizo que a Viktoria se le pusiera la piel de gallina.

—En este breve tiempo, nuestras vidas se han entrelazado de una manera que casi me parece surrealista.

—A mí me pasa lo mismo —reconoció ella en un susurro.

—He estado pensando si debía dar este paso. En la situación actual, podría parecer que quiero aprovecharme de ti. —Se pasó una mano por el pelo y respiró hondo—. Aun así... —La miró—. Viktoria, ¿eres capaz de imaginarte... como mi mujer?

En sus ojos grises, ella leyó mucho más. Cariño, confianza, aprecio. Y notó que todos esos sentimientos resonaban también en su interior.

—Ya soy tu mujer, Andrew. Desde aquella noche en el SS *Manhattan*.

—¿Significa eso que... sí?

—Significa que sí. ¡Sí! —Le sonrió y sintió que la invadía una intensa felicidad, tan potente que creyó poder iluminar todo Nueva York con su fulgor.

—Dios mío, Viktoria... —Andrew la abrazó, le acarició la cara y le dio un beso largo y apasionado—. Casi no puedo creerlo.

El taxista los miró por el retrovisor con una sonrisa.

—Y te he soltado una pregunta tan importante en un sencillo trayecto de taxi por Brooklyn... —Sacudió la cabeza, riendo—. Ya ves lo nervioso que estoy. En realidad, había planeado hacerlo de otra forma.

—Has escogido el momento perfecto. En un trayecto de taxi por Brooklyn... Nuestro futuro hogar.

—Bueno, todavía no puedo permitirme comprar una de las *brownstones*.

—Todavía... —recalcó Viktoria con confianza—. Además, ¿quién dice que seas tú quien tenga que comprar la casa? Puede que la compre yo para ti. Para nosotros.

—La compraremos juntos. Como el señor y la señora Miller.

—Y en ella criaremos a nuestros diez hijos.

—¿Diez? —Andrew enarcó las cejas medio en broma.

—Siempre he querido tener familia numerosa.

—Quizá podríamos empezar por uno. —Le hizo una señal al taxista—. Llévenos al Plaza, por favor.

—¿Al Plaza? —preguntó Viktoria—. ¿No es un poco caro?

—Ya que te he propuesto matrimonio en un taxi, no hay nada demasiado caro para el

momento en que te entregue el anillo de compromiso.

SweetCandy Ltd., ciudad de Nueva York, la mañana del 21 de diciembre de 1936

HACÍA UNA SEMANA que el mundo tenía otro rostro. Las personas con las que Viktoria se cruzaba sonreían, incluso el trajín incansable de Nueva York parecía menos acelerado e impersonal. Lo que fuera que la imbuía esos días, le estaba sentando bien.

Todavía no podía creer la suerte que tenía. Todas las mañanas se aseguraba de que aquella era su vida de verdad y no un sueño del que pudiera despertar en cualquier momento.

En la mano derecha llevaba el anillo de Andrew. Una joya familiar de la colección de su abuela que para él tenía un gran valor sentimental y que para Viktoria significaba mucho llevarlo. Además, le parecía especialmente bonito que ese anillo de oro con diamantes engarzados procediera de Alemania. De esa forma, en él se unían los dos continentes de los que procedían.

Sin embargo, durante los últimos días habían sucedido muchas más cosas.

Andrew había saldado todos los préstamos del Hudson Bank con el dinero de Judith. En realidad, John Carollo le había pedido que esperara un poco todavía, ya que él tenía asuntos importantes que resolver en Nueva Jersey y le habría gustado estar presente, pero Andrew no le había hecho caso. Creía que no había tiempo que perder, y Viktoria coincidía con él.

Así que el solar sobre el que se levantaba SweetCandy ya era propiedad de Judith Rheinberger. La madre de Viktoria también les había enviado más dinero para que pudieran seguir con la actividad empresarial. Entre las diversas modificaciones que Andrew había tenido que introducir, junto con medidas de austeridad específicas, también se incluían cambios fundamentales en el sistema de trato con clientes y proveedores. Su prima Grace lo aceptó sin rechistar y, en contra de lo que esperaba Viktoria, incluso se mostró receptiva cuando Andrew le comunicó que su contrato laboral iba a cambiar. En concreto perdía algunas autorizaciones de firma, porque Andrew quería impedir que siguiera actuando por su cuenta, como hasta entonces. Grace expresó su pesar, en efecto, pero firmó sin dudarlo ni un momento y aprovechó la ocasión para felicitarlos por su compromiso. Tal vez el recelo de Viktoria hacia ella había sido algo exagerado, porque dio una explicación muy plausible para todas las irregularidades que Andrew comentó con ella. Incluso para el contrato de alquiler del apartamento en el London Terrace, que se había formalizado, al parecer, por encargo de su abuelo, quien lo había puesto a disposición de un amigo suyo.

Ese día, Andrew y Viktoria se dedicaron a equipar un segundo despacho justo al lado del de él. A partir de entonces, Viktoria sería responsable de compras y de desarrollo de producto en SweetCandy, y Andrew había insistido en que trabajaran cerca el uno del otro.

—Esto tiene un aspecto muy agradable —comentó mientras guardaba unas carpetas en el archivador.

—¿No estarás celoso de mi nuevo despacho? —bromeó ella.

—¿Yo? Qué va —replicó él, guiñándole un ojo—. O tal vez sí... Un poco.

—Puedes venir a verme cuando quieras —ofreció Viktoria con generosidad.

—Piensa bien eso que dices, ¡o al final me instalaré aquí!

—¡Cuando quieras! —Se echó a reír.

Le gustaba el espacio, que había mandado pintar de un amarillo claro. El mobiliario era sin duda más sencillo que el del despacho de Andrew, que había sido decorado en tiempos de su abuelo.

—Bueno, pues voy un momento a buscar mi... —estaba diciendo él, siguiendo con su broma, cuando sonó el teléfono.

Corrió a su despacho, pero dejó abierta la puerta que lo comunicaba con el de Viktoria.

—¿Sí? Sí, soy Miller, de SweetCandy. Sí... Pásame.

Viktoria dejó en su escritorio los sellos que quería ordenar y fue a la sala contigua. Intuía que se trataba de una conferencia transatlántica.

Cuando Andrew la vio, asintió con la cabeza para indicarle que se acercara.

—¿Sí, señora Rheinberger? Qué alegría oírla. ¿Cómo se encuentra? Me alegro. Sí. Nosotros también estamos bien por el momento.

Viktoria apretó la cara contra la de él para poder oír al menos un par de palabras de lo que decía su madre.

—Sí, todo ha ido según lo previsto. Ya le han transferido la deuda hipotecaria —explicó Andrew—. ¿Cómo dice? ¡Sí! De manera que ha decidido...

De repente se quedó mudo.

Viktoria lo miró con una mirada interrogante.

—Bien. Naturalmente —prosiguió él entonces—. No, no... Está usted en su derecho, señora Rheinberger. Dispondré todo lo necesario por nuestra parte. —Inspiró hondo.

—¿Qué ocurre? —susurró Viktoria.

—Señora Rheinberger, antes de que sigamos hablando, tengo aquí a su hija, a quien le gustaría mucho hablar también con... ¿Sí? Un momento... —Le pasó el auricular a Viktoria, se sentó en la silla de su escritorio y se frotó con dos dedos el nacimiento de la nariz.

—¿Mamá? —preguntó con cautela—. ¿Ha ocurrido algo?

—¡Ay, Vicky, qué alegría oírte! —Sonaban algunos crujidos en la línea, pero la voz de Judith llegaba con claridad.

—Yo también me alegro, pero estoy preocupada... —Viktoria toqueteaba nerviosa el cable del teléfono.

—Aquí estamos todos bien —le aseguró su madre enseguida—. Llamo por otro motivo, Vicky. Acabo de comunicarle al señor Miller que tengo intención de hacer efectivos los derechos del préstamo convertible.

—Pero... ¿Sí? —Viktoria estaba desconcertada. Por un lado se alegraba, pero también comprendía la decepción de Andrew—. Entonces, ¿SweetCandy te pertenecerá a ti?

—A partir del uno de enero tendré el cincuenta y uno por ciento de las participaciones. El resto seguirá siendo propiedad del señor Miller.

—Entonces, serás la accionista mayoritaria.

—Sí. —Su madre carraspeó—. Lo he pensado mucho, Vicky.

—Ya lo sé, mamá.

—Tengo diversos motivos. Para empezar, Weber no descansa y me da la sensación de que quiere perjudicarme personalmente. Pero, además, nuestro hogar, nuestra Mansión de los Chocolates, se ha quedado muy vacía. La vida ha pasado de largo.

—¿Qué quieres decir con eso, mamá?

—En Navidad y en Fin de Año todavía estaré aquí, con Karl, pero en año nuevo regresaré a Stuttgart y empezaré a hacer las maletas.

—¿Significa eso... que te vienes con nosotros? ¿A Nueva York?

—Sí, hija. Y no solo por unas semanas.

—¿Para siempre?

—Para una larga temporada, por lo menos.

—¡Qué maravilla! ¡Me alegro mucho! —exclamó Viktoria, y a tal volumen que Andrew la miró extrañado—. Entonces, estarás aquí para nuestra boda, mamá —añadió bajando un poco la voz.

—¿Vas a...? ¿Vais a... casaros?

—¿Es que te sorprende? —Viktoria sonrió.

—Bueno, la verdad es que no. Solo que no esperaba que la cosa fuese tan deprisa.

—Tampoco yo... —confesó ella, y miró a Andrew a los ojos—. Pero, al margen de nuestra felicidad personal, así SweetCandy seguirá siendo una empresa familiar. Vuelvo a pasarte con Andrew. ¡Hasta pronto, mamá! Nos encargaremos de comprarte los billetes para la travesía. Avísanos cuanto antes de cuándo podrás viajar.

Viktoria le devolvió el auricular a su prometido y después regresó a su despacho, donde colocó algunos libros en las estanterías mientras escuchaba el resto de la conversación entre su madre y Andrew. Sobre todo se trataba de acordar plazos, puesto que Karl ya debía de haber puesto muchas cosas en marcha.

—Me gustaría mucho ir a buscar a mi madre —dijo Viktoria cuando Andrew colgó y regresó con ella.

—¿Quieres viajar a Stuttgart?

—Sí. También para despedirme de mi hogar. Quién sabe lo que traerán los próximos años...

Él la miró con comprensión.

—Yo me encargo de los billetes.

—Me basta con uno.

—Te acompañaré, Viktoria. Como tu futuro esposo, me gustaría mucho estar a tu lado. Bueno, si a ti te parece bien.

—¡Claro que sí! Me alegro de que me acompañes... —Se interrumpió.

De pronto se oyeron fuertes pasos en el pasillo y unas voces autoritarias.

—¿Qué ocurre ahí?

—Ni idea. —Andrew regresó a su despacho.

Sin embargo, antes de que llegara al escritorio, la puerta se abrió de golpe y entraron tres hombres vestidos de uniforme oscuro. Las mujeres de la antesala no habían podido detenerlos.

—¿Señor Miller?

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Queda detenido por ser altamente sospechoso de estafa empresarial.

—¿Cómo dicen? —Viktoria sintió que el horror la atravesaba como una descarga eléctrica.

En pocos pasos estuvo en el despacho de Andrew y vio a uno de los agentes agarrarlo del brazo.

—Debe de ser una equivocación, señores —se defendió el joven empresario—. ¿Cómo es que se me acusa de eso?

—Ya se verá en el interrogatorio —contestó el hombre.

—Avisa enseguida a John Carollo —le pidió a Viktoria en alemán mientras le ponían las esposas.

—¡Andrew!

—Todo se aclarará —dijo él, pero la última mirada que le dirigió antes de que se lo llevaran transmitía la misma conmoción que tenía paralizada a Viktoria.

En cuanto la puerta se cerró tras él, ella marcó el número del abogado con dedos temblorosos.

Bufete legal de John Carollo, una hora después

—Sí, ESO LO he entendido, pero que sean pruebas suficientes es algo que está por ver. —John Carollo estaba de pie junto a su escritorio, con el auricular del teléfono en la mano, mirando hacia Lexington Avenue desde la ventana de su despacho—. También queremos solicitar la puesta en libertad provisional bajo fianza. Sí, compruébelo, por favor.

Viktoria estaba desesperada, pero intentaba mantener la compostura. Desde que habían detenido a su futuro marido, apenas era capaz de pensar con claridad.

—Insisto en que se me permita ver hoy mismo a mi defendido. ¿A las seis? Bien. Gracias.

Colgó y miró a Viktoria.

—Es muy probable que pueda salir de la cárcel bajo fianza. Dependerá de lo deprisa que consigamos reunir la cantidad que nos pidan.

—¡Me encargaré de eso ahora mismo! —Sentía que el alivio se le extendía por el cuerpo—. ¿A cuánto asciende?

Carollo anotó la cifra en una libreta y la deslizó hacia ella.

—Es bastante alta. Veinte mil dólares.

Viktoria tragó saliva.

—Sí que es mucho.

—Haga una transferencia a mi cuenta y yo me encargaré de todo. —John Carollo, todavía de pie ante su mesa, se puso a hojear unos documentos.

—Sí, bueno, yo... —empezó a decir ella.

—Por cierto —la interrumpió el abogado—, necesitaría que me facilitara un par de datos más.

—Sí, por supuesto. —Se frotó las sienes. Le dolía la cabeza.

Carollo pareció encontrar lo que buscaba, porque sacó un documento de aspecto oficial de entre el montón de papeles y se sentó.

—Primero tendré que informarme de qué es exactamente aquello a lo que nos enfrentamos. Sin pruebas concretas y fundadas, no podrán sustentar una condena penal. —Se puso las gafas.

—¿Es que aún no lo sabe?

—De momento solo sé de qué se le acusa, no quién ha presentado la acusación.

—Entiendo.

—Espero enterarme de algo más cuando vaya a ver al señor Miller a la cárcel. Por eso me gustaría saber si últimamente les ha ocurrido algo fuera de lo común.

Viktoria reflexionó.

—Usted mismo sabe que hace poco el Hudson Bank intentó hacer valer sus derechos sobre SweetCandy. Justo después de que mi madre anunciara que iba a saldar los préstamos.

—Eso era de esperar. Pero como el dinero llegó de Alemania sin retrasos, pensé que habían liquidado las deudas.

—Y así lo hicimos. No puede deberse a eso.

—¿Hay algo más que le haya llamado la atención, señorita Rheinberger?

—La verdad es que nada fuera de lo habitual. —Lo pensó un momento—. Al principio, el abuelo de Andrew se resistió cuando se enteró de que mi madre iba a ser la propietaria de la fábrica, pero creo que acabará aceptándolo. Todo esto ha sido muy traumático para él.

—Es comprensible. —Carollo asintió—. ¿Y la prima de Andrew, Grace Miller?

—¿Grace? Ha reaccionado inesperadamente bien —contestó Viktoria—, aunque Andrew la ha cambiado de puesto.

—Estupendo. Entonces, ¿se queda?

—Sí, se queda. De todos modos, ahora está de camino a Boston; quería pasar la Navidad con su madre, así que Andrew le ha dado vacaciones hasta año nuevo.

—Mmm... —El abogado pareció absorto unos instantes.

—Señor Carollo, ¿no habrá descubierto algo más sobre quiénes se ocultan detrás de la estafa a SweetCandy? —preguntó Viktoria—. ¿Se ha intensificado su sospecha de que la responsable es la mafia? ¿Y quizá también de la detención de Andrew?

Carollo, pensativo, dio unos golpecitos con el lápiz en la mesa.

—Es plausible, pero cualquier investigación en ese sentido tendrá que realizarse con suma cautela. Si me entero de algo, la informaré de inmediato.

—Lo entiendo. ¿Necesita algún dato más?

—No, señorita Rheinberger, de momento lo tengo todo. Llámeme por teléfono cuando haya reunido el dinero de la fianza y le diré cómo proceder.

—Gracias. —Viktoria se levantó—. Ahora regresaré a la empresa. Me encontrará allí al menos hasta las ocho.

—Bien, me doy por enterado. —El abogado la acompañó a la puerta—. Mantenga la cabeza alta. Haremos todo lo que esté en nuestra mano.

Departamento de desarrollo de SweetCandy, última hora de la tarde

VIKTORIA HABÍA ESTADO en el banco y había depositado el dinero de la fianza. Esperaba que la transacción se hubiera realizado sin demora para que Andrew saliera pronto libre. Seguramente Carollo seguía con él, averiguando las circunstancias de su detención. En una breve conversación telefónica, le había dado a entender que el procedimiento para la puesta en libertad, sobre todo si era bajo fianza, podía demorarse algunos días. Viktoria no conocía el sistema legal estadounidense, así que no tenía más remedio que fiarse de esa información.

En esos momentos se encontraba en el departamento de desarrollo porque no quería regresar a casa. Allí, rodeada de utensilios de trabajo y del familiar aroma del chocolate, esa noche no se sentiría tan sola como en el apartamento de Andrew.

—¿Viktoria? —preguntó su ayudante con cautela.

—Ah, Sally —repuso, levantando la vista de la mesa de trabajo—. ¿Todavía estás aquí?

—Sí, y me quedaré hasta que te vayas.

—No hace falta. Tal vez pase aquí la noche.

Sally ocupó su puesto de trabajo junto a Viktoria para dejar clara su intención.

—A mí no me espera nadie, así que me quedaré también. Todavía tenemos mucho que hacer. En eso llevaba razón. El debut de Brenda Frazier estaba cada vez más cerca, igual que la

Navidad.

—Muy bien —dijo Viktoria con un suspiro—. Pues intentemos aprovechar el tiempo de forma útil.

Había preparado numerosas listas con cada una de las fases del trabajo y las había colgado sobre las mesas. Cada día estaba planificado de arriba abajo para que la noche del veintiséis de diciembre todo estuviera listo y perfecto.

—No entiendo por qué los Frazier han organizado el debut justo después de Navidad —dijo Sally con total sinceridad, sacudiendo la cabeza.

—Supongo que querrán atraer la mayor atención posible.

—Eso ocurrirá de todos modos.

—Puede que tengas razón.

Pasaron las horas siguientes trabajando muy concentradas. Empezaron por empaquetar los puzzles de chocolate que faltaban y que Sally había elaborado con la ayuda de su grupo de chicas. Después derritieron grandes cantidades de chocolate blanco, que vertieron en moldes para formar exteriores huecos de bombones.

Mientras esperaban a que se endurecieran en la nevera, probaron las fresas deshidratadas que Viktoria ya había preparado en septiembre, poco después de llegar a Nueva York, cuando se hizo con los últimos frutos de la temporada y decidió conservarlos con miras a realizar futuras pruebas con chocolate.

—Yo creo que están muy ricas —opinó Sally después de comerse un par.

También a Viktoria le gustó el sabor, entre ácido y dulce.

—Armoniza especialmente bien con el chocolate blanco. Pero tengo otra idea. —Sacó una pequeña lata de un cajón, le quitó la tapa y vació parte del contenido en un platito con mucho cuidado.

—¿Y eso qué es?

—Lavanda.

—¿Lavanda? —preguntó Sally extrañada. Aplastó varias flores de color lila con la mano y las olfateó—. Huele muy bien, pero ¿quedará bueno con el chocolate?

—Tiene un sabor extraordinario. Tal vez no le guste a todo el mundo, pero no creo que nadie en Nueva York conozca el chocolate de lavanda.

—Yo tampoco...

—Me traje estas flores secas de Europa. ¿Te acuerdas de que estuve en Francia para formarme como *chocolatière*? La idea del chocolate de lavanda procede de allí, y las flores también.

—¿Cómo quieres prepararla?

—Te propongo intentarlo de dos formas diferentes. Una con chocolate blanco y otra con chocolate con leche.

—Interesante...

—Te gustará, Sally. ¡Estoy segura!

—¿Por dónde empezamos?

—Por las fresas con chocolate blanco.

Mientras Viktoria sacaba los moldes de tabletas, Sally fundió chocolate blanco y después lo vertió en ellos. Viktoria espolvoreó las fresas deshidratadas por encima.

—¡Mmm, qué pinta más refinada! —Sally contemplaba extasiada los frutos rojos sobre el chocolate color crema—. ¡Y, sin embargo, es sencillísimo de hacer!

—A veces las recetas más sencillas son las mejores —repuso Viktoria, satisfecha—. Prepararemos estas tabletas para Brenda, y también bombones de fresa. Los bombones los rellenaremos con una crema de nata y mermelada de fresa, y después los decoraremos con las fresas deshidratadas.

—¿La crema de nata con champán?

—¡Desde luego! Probemos ahora con los bombones de lavanda. ¿Troceas un poco de chocolate con leche, por favor?

Sally siguió sus órdenes. Viktoria, mientras tanto, llevó la nata a ebullición y le añadió una cucharada de lavanda seca. Después, su ayudante echó el chocolate con leche troceado en la infusión de nata y lavanda mientras Viktoria removía con paciencia, hasta que todo se unió en una masa homogénea. Le añadieron un poquito de mantequilla y vertieron la *ganache* obtenida de esa forma en una bandeja, en una capa de un centímetro de grosor.

—Bueno —comentó Sally mientras llevaba la bandeja a la nevera—, ahora solo hay que esperar.

—Sí. Y mañana le añadiremos una cobertura de chocolate negro y flores de lavanda azucaradas.

—¿No querías preparar también bombones de chocolate blanco con lavanda?

—Eso lo haremos mañana. Cuando estén listos los exteriores de chocolate blanco. Una parte la terminaremos con relleno de fresa y la otra, con lavanda.

Lavaron los utensilios de trabajo y Viktoria miró el reloj; eran casi las tres de la madrugada.

—¿Quieres que nos pongamos con los diamantes comestibles? —preguntó Sally—. Estaría bien que pudiéramos terminarlos.

Viktoria bostezó.

—Es verdad.

—Si estás muy cansada, también podemos dejarlo para mañana...

—No, no. De todas formas, no podría dormir. ¿Has pensado en la receta de los diamantes?

—¡Tengo incluso dos! Una con gelatina y otra con azúcar. Enseguida veremos qué versión parece más auténtica.

—Bien. Empecemos.

Sally echó varias bolsitas de gelatina granulada en una olla de agua fría y la dejó en remojo. Mientras tanto, Viktoria diluyó azúcar en agua y lo puso a hervir hasta que el agua se evaporó. Antes de que el azúcar tomara color, lo apartó del fuego y vertió la masa resultante en unos moldes para bombones que imitaban la forma de un diamante.

Sally calentó entonces la gelatina, le añadió azúcar y rellenó también los moldes correspondientes.

Cuando terminaron, los primeros trabajadores del turno de la mañana ya empezaban a llegar. El rumor que se oía en el edificio hizo que Viktoria pensara en Andrew. Esperaba que aquella pesadilla terminara pronto.

Se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Vete a casa, Sally. Yo me echaré un rato en el despacho.

—No, no vale la pena. —La chica se lavó las manos—. ¿Te importa que vaya a la sala de descanso a dormir un poco?

—No. Ve tranquila. Nos veremos a las diez. Espero que puedas dormir algo.

Despacho de Andrew, 22 de diciembre de 1936, sobre las nueve de la mañana

—¡DESPIERTA, QUERIDA! —LA voz de Eleanor llegó al oído de Viktoria como a través de una espesa niebla.

—Mmm... —farfulló sin abrir los ojos. En realidad solo quería que la dejaran tranquila.

—¡Chica! ¡Venga! ¡No me digas que estás cómoda durmiendo así!

Viktoria parpadeó por fin y se encontró mirando el rostro borroso de Eleanor. Poco a poco se enderezó en la silla del escritorio de Andrew, donde se había quedado dormida. Le dolían todas las extremidades.

—Bueno, ¿qué? —Eleanor se acercó una silla y se sentó frente a ella—. ¿Estás bien?

En lugar de responder, se frotó los ojos.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Quería preguntarte cómo van los preparativos del debut de Brenda.

—Bien. —Viktoria bostezó.

—¿Bien? ¡Yo esperaba que fueran fantásticamente!

—Sí. Todo va fantásticamente bien —repuso ella cansada.

Eleanor la miró extrañada.

—¿Qué ocurre, Viktoria?

Ella tomó aire.

—Andrew está... en la cárcel. —Y de repente se le saltaron las lágrimas. El agotamiento, el miedo y la preocupación se abrieron camino.

La mujer se le acercó de inmediato desde el otro lado del escritorio y la rodeó con un brazo para consolarla.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Ella asintió, pero no consiguió pronunciar una sola palabra.

—¿Sabes qué? —dijo Eleanor con cariño—. Lo primero que haremos será tomarnos un café y comer algo. El mundo se ve de otra manera después de desayunar como es debido.

—No, no voy a poder. Tengo que seguir con los preparativos para Brenda.

—Ni hablar. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. En este estado, de todas formas nada te saldrá bien. Nos vamos a desayunar y me explicas lo ocurrido, y después volveré aquí para preparar contigo un reportaje de varias páginas sobre la Reina Alemana del Chocolate. La publicidad catapultará vuestra empresa a la fama, Viktoria, créeme.

—¿De verdad? ¿Vas a hacer eso por mí?

—A cambio, tú también harás algo por mí. Verás, me gustaría desarrollar contigo una línea exclusiva de chocolates, como esas chocolatinas para deportistas de las que me hablaste. —Sonrió de oreja a oreja.

Viktoria no estaba segura de si hablaba en serio sobre lo de las chocolatinas para deportistas.

—¿De verdad quieres sacar tu propio chocolate? ¿Uno que lleve tu nombre?

—Exacto. Ya lo hablaremos con más detalle después del debut de Brenda. —Eleanor sonrió—. Y ahora, bajemos un rato a la cafetería, que dentro de una hora más o menos llegará uno de nuestros fotógrafos. Te hará unas fotos legendarias, a ti y a tu trabajo. Ya verás, pronto no tendréis ningún hueco en los libros de encargos.

Salieron del despacho de Andrew y fueron hacia el ascensor. De repente Viktoria se llevó una mano a la frente:

—Tengo que decírselo a Sally. Íbamos a reunirnos a las diez.

Eleanor asintió.

—Venga. Te espero en el vestíbulo.

UNA HORA DESPUÉS ya estaban de vuelta en SweetCandy y Viktoria se encontraba mucho mejor. Por un lado, el desayuno había conseguido levantarle los ánimos y, por otro, le había contado a su amiga lo de Andrew y gracias a eso se había quitado algo de peso de encima. Eleanor confiaba en que Andrew, tras el pago de la fianza, pronto estaría libre de nuevo.

El fotógrafo las estaba esperando en el vestíbulo de la empresa. Se presentó como Mike, y juntos se dirigieron al departamento de Desarrollo. Por el camino, sacó las primeras fotografías.

—¡Qué bien huele eso! —comentó Eleanor cuando llegaron a Desarrollo de Producto.

—¡Ya lo creo! —coincidió Mike—. Espero que nos dejen probar un poco de chocolate.

Viktoria abrió la puerta.

—Por supuesto.

—¡Viktoria! —exclamó Sally en cuanto entraron en la sala. Alrededor tenía a algunas de las diez trabajadoras del departamento, que parecían estar contemplando algo—. ¡Estábamos a punto de rellenar los bombones de chocolate blanco!

—Fantástico —repuso Viktoria, y se volvió hacia sus acompañantes—. Ahora mismo estamos fabricando una de las especialidades para el baile de Brenda: trufas blancas de fresa.

—¡Suenan exquisito! —comentó Eleanor con ilusión y abrió su libreta, donde se puso a hacer anotaciones.

Mike, mientras tanto, ya estaba apretando el disparador para immortalizar a Sally rellenando los exteriores de los bombones con una manga pastelera: primero introducía un poco de mermelada de fresa y luego una *ganache* aromatizada con champán. Por último, el bombón se sellaba con un poco de cobertura de chocolate blanco.

Mientras las chicas ayudaban a Sally, Eleanor le hizo a Viktoria un sinfín de preguntas, en especial sobre su carrera y la fábrica de chocolate de Stuttgart, y tomó nota de sus respuestas con entusiasmo. Al final dirigió la conversación hacia los preparativos del bufé de Brenda. En ese punto, Eleanor prefirió dejar que las imágenes hablaran por sí solas: unas fotografías que despertaran la curiosidad del lector sin desvelar demasiado. Mike retrató a las chicas trabajando, así como los ingredientes que usaban. Cuando tuviera el reportaje terminado, Eleanor decidiría sobre la utilización de cada una de las tomas.

Por fin cerró la libreta y le dio un abrazo a Viktoria.

—¡Ha sido impresionante, querida! ¡Gracias!

—¡Soy yo quien debe dártelas, Eleanor! Estoy impaciente por ver qué haces con todo esto.

—Le indicó a su ayudante que se acercara—. Todavía tenemos preparado algo más.

Sally le entregó a Eleanor una cajita con pruebas de los bombones del debut.

—Para vosotros y para la redacción —dijo Viktoria.

Eleanor la aceptó, abrió un momento la tapa y miró lo que había dentro.

—¡Oh, muchas gracias! ¡Los disfrutaremos muchísimo!

—¿Sabes cuándo saldrá el reportaje? —preguntó Viktoria mientras acompañaba a Mike y a ella a la salida.

—A principios de la semana que viene. Pediré que te envíen un ejemplar.

Ese mismo día, última hora de la tarde

VIKTORIA ESTABA SATISFECHA pero extremadamente agotada cuando, casi de noche, salió de camino a Greenwich Village. Después de que Eleanor y Mike se marcharan, Sally y ella habían seguido trabajando durante horas. Además de las trufas de fresa, también las dos variantes de diamantes comestibles habían salido bien. Algunas de las trabajadoras del departamento de Desarrollo habían expresado su entusiasmo después de probar los bombones de lavanda; solo a Sally le habían resultado demasiado intensos. Aun así, Viktoria estaba segura de que a la consentida alta sociedad neoyorquina le parecería más que interesante descubrir un nuevo sabor, tal vez acompañado de la bebida adecuada.

Fuera, envuelta por el frío aire de diciembre, Viktoria apretó el paso porque quería llegar a casa cuanto antes. Ya casi estaba en la estación del metro cuando vio por delante a una mujer cubierta por un grueso abrigo que le resultó vagamente familiar. Casi sin querer, acomodó su paso al de ella. Sin embargo, justo en el momento en que la desconocida pasaba de largo ante la boca del metro, bajo la tenue luz de las farolas reconoció a... Grace Miller.

Viktoria se quedó perpleja. Se suponía que la prima de Andrew estaba en Boston. ¿Qué hacía entonces en Nueva York?

Sin pensárselo demasiado, se pegó a los talones de Grace. La nieve que empezaba a caer y la penumbra del anochecer invernal hacían difícil no perderla de vista. Por suerte, no tardó mucho en detenerse en la esquina de un gigantesco complejo de edificios, donde se sacudió la nieve del abrigo de pieles y siguió por uno de los pasadizos cubiertos, entre los cuales se veía ondear de vez en cuando la bandera estadounidense. Antes de entrar por fin en un edificio, Grace se detuvo una última vez y miró alrededor con cautela.

Viktoria, que aguardaba en la acera opuesta de la Veintitrés Oeste, bajó la cabeza, pero siguió observando la silueta de Grace por el rabillo del ojo; se había detenido justo delante del London Terrace, el imponente y exclusivo complejo residencial con piscina, pabellón deportivo y restaurantes diversos en el que Grace, el año anterior, había alquilado un apartamento, supuestamente para un amigo de su abuelo.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

¿Vivía la propia Grace en ese lugar? ¿Iba a hacerle una visita a aquel amigo?

Cuando desapareció en el interior del edificio, Viktoria esperó unos minutos, después cruzó la calle despacio y entró en el vestíbulo del bloque de viviendas por la doble puerta de metal y cristal.

La entrada estaba flanqueada por dos porteros que llevaban uniformes al estilo de los de la policía inglesa. No veía a Grace por ninguna parte, debía de haber subido en ascensor a una de las plantas superiores.

Viktoria reflexionó un momento sin saber qué hacer, y por lo visto se detuvo en el vestíbulo con aspecto de no saber adónde iba, porque uno de los porteros se dirigió entonces a ella:

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Eeeh, no... Bueno, sí. —Pensó a la desesperada qué respuesta dar—. Al pasar he visto por casualidad a una antigua amiga que entraba aquí y querría hablar con ella... Pero ahora la he perdido.

—¿Y cómo se llama su amiga?

—Grace Miller.

—Lo lamento, pero aquí no vive nadie con ese nombre.

—¿Ah, no?

—Siento tener que pedirle que salga del edificio, señorita.

—Por favor, es muy importante.

—De nuevo, lo lamento. —El tono del portero se volvió más firme.

—Quizá ha venido a... visitar a una amiga —volvió a intentarlo Viktoria—. Sí, seguro que ha venido a ver a una amiga. Yo... subiré en el ascensor y la buscaré.

—Eso no va a ser posible, señorita. —El hombre se alzaba como una pared entre ella y los ascensores—. Por favor, salga del vestíbulo. Si no, tendré que llamar a la policía.

Viktoria retrocedió un paso.

¿Podía ser que Grace viviera allí bajo un nombre falso? ¿O que conociera al amigo de su abuelo al que supuestamente le había alquilado el apartamento? Viktoria se enfadó por no haberle preguntado a Andrew el nombre del caballero. De haberlo hecho, ahora lo tendría más fácil; en cambio, así no podía avanzar más.

—Gracias —masculó y dio media vuelta para marcharse.

Cuando salió a la calle, la nevada se había intensificado. Habría podido parar un taxi, pero prefirió regresar a pie hasta la parada del metro; necesitaba moverse un poco y sentir el aire fresco. La ayudaría a pensar mejor.

Tenía que buscar enseguida el contrato de alquiler. Con ese documento lograría pasar la barrera de los porteros.

Cuando por fin llegó al apartamento de Andrew en Greenwich Village, estaba completamente empapada y aterida de frío.

Pista de patinaje Rockefeller Skating Pond, 25 de diciembre de 1936

—BUENO, ¿QUÉ ME dices? —preguntó Eleanor con ilusión—. Esto es magnífico, ¿a que sí? *The Times* no exageraba.

Viktoria se estaba poniendo los patines que le había prestado Eleanor.

—¡Sí, es estupendo! Gracias por encontrar un rato para quedar conmigo hoy. —Miró a su amiga desde abajo—. ¿De verdad que a tu marido no le importa pasar solo el día de Navidad?

—Qué va. Le gusta estar tranquilo. —Eleanor le guiñó un ojo—. Además, entiende que tengo que distraerte.

—Ay, ojalá fuese tan fácil —dijo Viktoria con un suspiro—. Pero gracias por intentarlo.

Andrew seguía detenido a pesar de que el pago de la fianza debía de haber llegado hacía tiempo. John Carollo, a quien Viktoria llamaba casi a diario, decía que la Navidad había provocado retrasos, algo que ella no entendía en absoluto. Poco a poco empezó a preguntarse por qué insistía Andrew en recurrir a ese abogado que no parecía avanzar ni con la investigación de la estafa ni con el asunto de la causa penal.

—¿Estás lista? —preguntó su amiga.

Viktoria apretó el último lazo y se incorporó.

—Sí.

—¡Pues vamos!

Entraron en la pista de hielo artificial que habían montado en un Rockefeller Center cargado de decoración navideña. Ese día, el de la inauguración del *skating pond*, atraía a numerosos neoyorquinos y, por lo tanto, el hielo estaba muy concurrido.

Al principio, Viktoria no se separaba del borde, pero después fue ganando seguridad y al final se atrevió a mezclarse con los demás patinadores. Los hombres llevaban traje o pantalones bombachos con jerséis de colores claros. Algunas mujeres se deslizaban sobre el hielo con patines blancos y vestidos de escote cerrado largos hasta las rodillas; otras, por el contrario, preferían falda y jersey, igual que Viktoria y Eleanor. Mientras que mucha gente iba dando vueltas con tranquilidad, un grupo de jóvenes había formado un círculo y, entre carcajadas, intentaba crear diferentes figuras. Una parejita ensimismada bailaba un vals sobre el hielo. Junto a una de las bandas largas de la pista se alzaba la gigantesca escultura de bronce dorado de Prometeo, que, enmarcado por fuentes de agua, parecía contemplar los alegres sucesos que se desarrollaban a sus pies.

Un sinfín de espectadores aguardaba junto a la instalación. Algunos esperaban para poder entrar también en el hielo, ya que la capacidad de la pequeña pista era limitada. Unos vigilantes cuidaban de que no se llenara demasiado.

Mientras Viktoria se deslizaba sobre el hielo, de pronto recuperó la despreocupación de su infancia, cuando Mathilda y ella iban con los patines al lago Feuersee de Stuttgart. Los últimos días en Estados Unidos habían sido duros. Había pasado la primera Nochebuena en el extranjero

sola y sin su familia; se había preparado un té y había encendido una vela, y luego contempló la nevada desde la ventana pensando en Andrew. Como no estaba emparentada ni casada con él, en la cárcel no le permitían visitarlo, ni siquiera durante esos días festivos.

Después había hablado por teléfono con Karl y también con su madre, que estaba pasando las fiestas con Hélène y Georg. Naturalmente, la conversación había tocado el tema del próximo traslado de Judith a Estados Unidos, pero Viktoria no le contó a su familia nada de lo ocurrido con Andrew. Antes de decirles algo, quería ponerse de acuerdo con él. En cuanto regresara a casa.

Eleanor patinaba de maravilla. Viktoria admiró las piruetas y las figuras que realizaba la estadounidense. Como era nadadora, tenía una condición física envidiable, pero sobre todo se había convertido en una buena amiga y en alguien de confianza.

Se dejó guiar por ella e intentó realizar algunos giros. De repente, Eleanor se le acercó sonriendo, la tomó de las manos y la arrastró consigo en rápidos círculos.

Ella se echó a reír. Debía de tener las mejillas tan sonrojadas como su compañera, porque el viento invernal era frío y cortaba la tez. Pero, al mismo tiempo, moverse le sentó bien, le despejó la cabeza y le permitió sentir su propia energía. Cuando por fin salieron de la pista, Viktoria volvía a mostrarse más confiada en que el asunto de Andrew terminaría bien.

—Bueno —dijo Eleanor cuando se quitaron los patines—, ahora iremos a comer algo.

—Estupendo. ¿Aquí?

—Sí, aquí. Ven conmigo.

Tuvieron que esperar un rato hasta conseguir mesa en el Promenade Café, después se sentaron y pidieron dos copas de champán para empezar.

—Al fin y al cabo, hoy es Navidad —dijo Eleanor, alegre, cuando brindó con ella—. ¡Por que las cosas mejoren para ti!

—Gracias. —Viktoria disfrutó del tenue tintineo de las copas cuando inclinó la suya hacia la de Eleanor con delicadeza—. Y sí, aprovechemos este día.

La oferta gastronómica era maravillosa. Viktoria no conseguía decidirse y se pasó un buen rato mirando la carta. Al final escogió el cordero, y Eleanor un sándwich de rosbif.

Después de que el camarero les tomara nota, su amiga encendió un cigarrillo y echó el humo al aire.

—¿Cuándo volverás a hablar con vuestro abogado?

—En cuanto pueda ponerme en contacto con él. Está pasando la Navidad en Nueva Jersey con su familia y mañana vuelve a Manhattan.

—Un día antes del debut de Brenda.

—Exacto.

—Seguro que pronto ponen en libertad a Andrew.

—Eso espero. —Viktoria se frotó las sienes—. Para mí, todavía es un misterio que se pueda encarcelar a un hombre inocente así como así. ¿Acaso no se comprueba primero a fondo la denuncia?

—En realidad, sí. A menos que exista peligro de fuga. En ese caso, puedo entender que actúen con celeridad. Alguien debió de exponer el asunto de una forma especialmente dramática... o sobornaron al fiscal. —Eleanor apagó el cigarrillo aunque solo le había dado tres caladas—. John Carollo es un buen abogado, sobre todo en asuntos empresariales. Lo sacará de ahí. ¿Has llegado a contarle lo de Grace?

—Sí. También le pareció extraño, pero su simple presencia en el London Terrace no basta

para fundamentar una sospecha. Aun así, comprobará lo del apartamento.

—Bien.

Estuvieron hablando de la reputación de Carollo y de varios casos espectaculares de delitos económicos hasta que el camarero llegó con la comida.

—Esto está buenísimo —dijo Viktoria después de probar el cordero.

—¿Y cómo llevas los preparativos del debut de Brenda? Se trata de un acontecimiento por todo lo alto.

—¿Sabes? El debut me está ayudando a superar estos días tan tristes. Tengo tanto que hacer que a veces me olvido de todo lo demás.

—Te entiendo muy bien. ¿Cuentas con ayuda?

—Sally está siempre en su puesto. Hoy le he dado el día libre para que pueda ir a ver a sus padres, pero a partir de mañana trabajaremos sin descanso.

—Es todo un reto, pero valdrá la pena —opinó Eleanor, y dejó los cubiertos—. ¡Espera, tengo algo para ti! —Rebuscó en el bolso y poco después puso la última edición de *Life Magazine* junto al plato de Viktoria—. Lo cierto es que quería esperar hasta después de comer, pero es que ahora venía que ni pintado.

—Dime. —Viktoria estaba emocionada—. ¿Sale ahí nuestro reportaje?

—¡Compruébalo tú misma! —Eleanor se limpió la comisura de la boca con una servilleta y miró a su amiga con curiosidad mientras esta hojeaba la revista y llegaba por fin a una página doble.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con alegría—. ¡Dos páginas enteras!

Eleanor sonrió. El artículo llevaba por título «La Reina Alemana del Chocolate», y justo debajo había un gran retrato de Viktoria con un bombón de chocolate blanco y fresa en la mano.

—Viktoria Rheinberger crea joyas de azúcar y chocolate —leyó en voz baja—. Proviene de una reputada dinastía chocolatera de Alemania y aprendió el oficio de la alta confitería en Francia.

—Lo de la dinastía es importante para los estadounidenses —señaló Eleanor—. Aquí, las familias empresariales tienen un aura especial.

Viktoria asintió y leyó el artículo hasta el final mientras su amiga seguía comiendo, satisfecha. Al terminar, alzó la cabeza.

—Esto es... ¡increíble! No habría podido hacerse mejor. Este artículo supondrá un prestigio impresionante para nosotros.

—¡Que os habéis ganado con creces!

—Y las fotografías también son estupendas. Dan ganas de probar nuestros productos.

—Esa era la intención. Lo he publicado adrede por Navidad y justo antes del debut. Así obtendremos muchísima atención. Prepárate para recibir una auténtica avalancha de pedidos a partir de año nuevo.

Viktoria se levantó y la abrazó. Después guardó la revista, muy contenta.

La vida le sonreía. Al menos un poco.

El Ritz-Carlton de la ciudad de Nueva York, 27 de diciembre de 1936

POR FIN LLEGÓ el día que la alta sociedad neoyorquina había esperado con tanta impaciencia. El día que copaba los titulares de las gacetas y parecía haber eclipsado cualquier otro tema: el debut de Brenda Frazier.

Mientras infinidad de personas seguían luchando contra las consecuencias de la Gran Depresión para conseguir ganarse el pan todos los días, la flor y nata se preparaba para asistir a la fiesta más ostentosa que la ciudad había visto jamás. La expectación era máxima, las redacciones habían dispuesto una cobertura informativa especial, había fotógrafos y periodistas enviados para documentar los sucesos de la velada.

Viktoria y Sally habían llegado a media tarde al Ritz-Carlton, el exclusivo hotel de la Quinta Avenida en cuya sala de baile principal tendría lugar el gran acontecimiento. Mientras ellas montaban el bufé de chocolates, el personal del hotel decoraba la enorme sala para que luciera en todo su esplendor.

Por orden de Viktoria, un técnico de SweetCandy había desarrollado un sistema de refrigeración que mantendría las delicadas exquisiteces frescas y con buena presencia durante más tiempo. El inteligente joven estaría allí, disponible por si surgía algún contratiempo.

El punto central de la composición lo ocupaba el busto de Brenda Frazier, dispuesto sobre una bandeja de plata con ribete de perlas. La figura hueca estaba recubierta de chocolate blanco y la habían maquillado con delicadeza. En el pelo y el escote llevaba diamantes comestibles.

Alrededor del busto, en círculos concéntricos, colocaron los bombones de fresa decorados de diferentes formas: con fresas deshidratadas, pistachos picados, diamantes de gelatina y pequeñas retículas de azúcar teñidas de rojo.

Los bombones de lavanda tenían su propio escenario. Estaban dispuestos en unas fuentes de cristal alargadas, formando un delicado patrón en colores crema y lila, con flores de lavanda escarchadas y rosas blancas de mazapán y fondant como decoración. En una gran bandeja de plata había chokolatinas de los sabores más diversos, rodeadas de un mar de flores frescas en tonos rosa palo y rojo rubí. Las exquisitas trufas de champán descansaban sobre un lecho de diamantes artificiales. Había fruta fresca recubierta por una crujiente capa tras pasar por un baño de chocolate amargo fundido, y unas almendras tostadas y chocolateadas que olían a canela, cardamomo y anís, y recordaban a las pasadas fiestas navideñas.

Viktoria pensó que les había quedado especialmente bien el enorme expositor de varios pisos en el que los más delicados pasteles en miniatura competían entre sí: tartaletas de chocolate, cortes de galleta y fruta, diminutas Coronas de Fráncfort y pequeñas y novedosas tartas Selva Negra, cuya receta había recibido de su madre hacía poco. Un pastel de chocolate de varios pisos, decorado con flores escarchadas y hojas de azúcar, ponía la guinda al conjunto.

Además de eso, había una gigantesca selección de bombones, muchos elaborados a partir de recetas tradicionales de los Rothmann, con caramelo y frambuesas, con gelatina de frutas y

fondant, pero también creaciones nuevas más orientadas al gusto estadounidense, como unos de praliné de cacahuete recubierto de chocolate con leche.

Junto con varias camareras del Ritz-Carlton, Sally ofrecería las exquisiteces personalmente a los invitados, ya que si no, con casi mil quinientos asistentes, el bufé se vaciaría en muy poco tiempo.

Viktoría notaba todos los músculos de su cuerpo mientras terminaban la composición de flores frescas y ramas verdes y le daban los últimos retoques con unas cintas de satén de color rosa. Se había planteado incluir también banderitas de Estados Unidos, pero al final decidió no hacerlo. Ella era la Reina Alemana del Chocolate, una marca que debía hablar por sí misma gracias a la calidad de sus preparaciones y a la originalidad de sus productos.

Cuando por fin terminaron, retrocedió un par de pasos para contemplarlo todo con calma.

—Ha quedado perfecto —le dijo a Sally con alegría y la abrazó sin pensarlo.

—Pues sí —confirmó esta riendo.

Poco después regresaron a una de las salas del personal del hotel, donde se cambiarían de ropa para el baile.

Por la noche

PASABAN UNOS VEINTE minutos de las once cuando Brenda Frazier llegó al Ritz-Carlton. Se apeó del coche con la dignidad de una reina y un ramo de orquídeas blancas en el brazo, y enseguida la recibieron los innumerables disparos de las cámaras fotográficas.

Iba arreglada con tal perfección que Viktoria tuvo la impresión de que se trataba de una muñeca viviente.

Su melena oscura, larga hasta los hombros, enmarcaba el rostro maquillado con polvos claros, unos labios en un tono rojo cereza, ojos oscuros y cejas altas, finas y bien perfiladas. La refulgente gargantilla de diamantes ponía una nota de glamur a su vestido largo y sin tirantes, de un brillante satén blanco y con plumas de avestruz. El corpiño ceñido realzaba su estrecha cintura, y los guantes de satén blanco le llegaban hasta por encima de los codos.

Sally y Viktoria se habían tomado un momento para presenciar su llegada y aguardaban tras los empleados del hotel, que se habían reunido en el vestíbulo para recibir a la debutante.

—¡Qué guapa va! —exclamó Sally.

—Sí. Está preciosa —repuso Viktoria—, pero si te pudiéramos arreglar a ti con semejante despliegue, estarías igual de estupenda.

Antes de que todo aquel pelotón inundara el vestíbulo, tomó a su compañera del brazo y se la llevó al salón de baile por una puerta lateral. Una vez allí, ocuparon su sitio cerca del bufé de chocolate. Desde allí tendrían una vista bastante buena del acontecimiento.

En ese momento observaron maravilladas lo diferente que estaba la sala a la luz de las numerosas lámparas y velas, que la hacían relucir con reflejos blancos y dorados.

—Es mágico —susurró Viktoria—. La señora Watriss deseaba que el salón recordara al palacio de Versalles. —Y señaló las decoraciones doradas.

—¿El palacio de Versa... qué? No lo conozco —dijo Sally.

—Es un palacio que está cerca de París. —Se interrumpió un instante, porque los invitados empezaban a entrar en la sala—. Lo construyeron en la época en que Nueva York acababa de fundarse —añadió.

Sally asintió con educación, pero toda su atención estaba puesta en el espectáculo que rodeaba a Brenda Frazier.

—Dime, Viktoria, ¿es esa la madre de Brenda? —preguntó señalando a la señora Watriss, que acompañaba a su hija en dirección a un ostentoso arreglo hecho con flores rojo pasión y cornucopias de azucenas.

—Sí, esa es.

—Casi va enterrada en joyas —susurró la joven sin aliento.

La señora Watriss, en efecto, iba cargada de joyería hasta arriba. Viktoria se dijo que, en esa ocasión, menos habría sido más. A la mujer no la habían bendecido con el sentido del gusto, y su aspecto recordaba a un recargado árbol de Navidad.

—Las joyas no siempre lo hacen todo más bonito —opinó con un deje de cinismo—. A veces iluminan cosas que habría sido mejor que pasaran inadvertidas.

Mientras tanto, empezó el desfile.

Brenda y su madre iban dando la bienvenida a los invitados con paciencia. Los fotógrafos immortalizaban cada instante, y Viktoria se sorprendió pensando que jamás querría ser el centro de semejante atención.

—Esa es la señora Vanderbilt —susurró Sally cuando una dama que llevaba unas exclusivas pieles de zorro pasó por delante de ellas conversando animadamente con otra señora vestida con un lujo similar—. Y esa, la señora Astor.

—¡Ah! —Viktoria intentó recordar sus rostros, ya que eran posibles futuras clientas. Con el nuevo año se anunciaría entre la alta sociedad de Nueva York, de manera que le resultaría ventajoso conocer ya a algunas de sus representantes más notables.

Sally siguió informando de qué gran personalidad neoyorquina tenía el honor de estrecharle la mano en cada momento a la señorita Frazier. Viktoria se esforzaba por seguir los acontecimientos con atención, pero no podía evitar que su cabeza pensara todo el rato en Andrew, de quien había recibido un breve mensaje el día anterior que decía que todo estaba bien y que no se preocupara. Por dentro, sin embargo, estaba tensa. Al día siguiente tenía una cita con John Carollo.

—¡Viktoria, querida!

Ella se alegró al reconocer esa voz.

—¡Eleanor! ¡Qué bien verte!

La reportera llevaba su libreta sujeta bajo un brazo, y con el otro rodeó a Viktoria.

—Ya le he hecho una entrevista exclusiva a Brenda. Ahora están con ella mis compañeros, así que tengo un rato libre.

—¿Y qué te ha contado? —preguntó Sally con curiosidad.

—Que tiene la gripe.

—¿Qué? ¿La gripe? —Sally no podía creerlo—. Pero ¡si se la ve estupenda y la mar de sana!

—No sé muy bien qué cóctel de medicamentos le han dado. En cualquier caso, aguantará toda la velada. Su madre no aceptaría otra cosa.

Viktoria sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿No estaría mejor guardando cama?

—La señora Watriss no puede permitírselo —informó Eleanor con objetividad—. Brenda lleva años preparándose para este día. No dejarán que una gripe se lo estropee.

—No sé yo...

—Los Frazier —explicó Eleanor— no pertenecen a la vieja élite neoyorquina, sino que han

amasado su fortuna durante las últimas décadas. Si quieren codearse con las grandes familias, el debut de su hija debe eclipsar a todos los demás. Por eso hoy Brenda no dará muestra de ninguna debilidad. Sabe que se lo juega todo.

—Bueno, en tal caso —comentó Sally—, prefiero no ser debutante.

—Ahí llevas mucha razón —repuso Eleanor—. Aunque hay muchísimos debuts que se celebran en ambientes más modestos. Con ocasión de una cena, por ejemplo. A veces, las familias solo ofrecen una merienda privada. Así es menos costoso para los padres y muchísimo menos estresante para las chicas, pero también reciben mucha menos atención por parte del público.

Estuvieron charlando un rato más, luego Eleanor se despidió y se perdió entre los invitados. Viktoria y Sally comprobaron una última vez el bufé mientras el desfile se acercaba a su fin y los presentes se dirigían a las mesas.

Una orquesta subrayaba la entrada de cada uno de los platos de la cena, refinadas preparaciones servidas en una elegante vajilla de porcelana y acompañadas de buenos vinos. Los invitados disfrutaron, charlaron y esperaron con fervor a que Brenda Frazier fuera presentada oficialmente ante todos y abriera el baile.

Cuando se acercaba el gran momento, los camareros recogieron las mesas, los músicos afinaron sus instrumentos y los invitados se colocaron junto a la pista o en las tribunas. Las conversaciones y las risas de la sala fueron acallándose.

Acompañados por una música festiva, cuatro *escorts* empezaron a caminar con Brenda en el centro. Los cuatro apuestos jóvenes llevaban traje oscuro y camisa blanca con pajarita a juego. Tras ellos iban otras debutantes de la temporada, vestidas de blanco y con sus respectivos caballeros, y todos entraron en la pista de baile al son de una polonesa. Las parejas formaron un pasillo para la debutante de la noche.

Los acompañantes de Brenda llevaban consigo unas bandas de satén claro que ellos mismos se colocaron sobre el hombro en ese momento. La muchacha tomó los extremos de las cintas mientras los jóvenes se dispusieron delante de ella de dos en dos, de manera que daba la impresión de que Brenda conducía un carruaje. Incluso llevaba en la mano una elegante fusta. Despacio, realizaron una vuelta al salón de baile para que la sociedad de Nueva York pudiera darle la bienvenida oficial a Brenda como uno más de sus miembros.

De repente se oyó un murmullo entre los presentes. Algunas muchachas se llevaron la mano a la boca con espanto. El rumor creció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sally en voz baja, y alargó el cuello para ver mejor.

—Se le han caído las riendas —explicó una dama que estaba muy cerca de ellas, y también Sally se tapó la boca con la mano sin darse cuenta.

Justo entonces, varias personas cambiaron de posición y Viktoria consiguió atisbar la escena.

Los cuatro muchachos estaban recogiendo las bandas del suelo y se las tendían a Brenda, visiblemente conmovida. Parecía que le dirigían alguna palabra de ánimo y consuelo antes de regresar a sus posiciones. El quinteto siguió con su ronda y quedó fuera del campo de visión de Viktoria.

Solo gracias al aplauso ensordecedor supieron que Brenda debía de haber completado el trayecto sin más percances.

La música cambió, y las demás debutantes y sus parejas se reunieron para bailar un cotillón que enseguida se convirtió en un vals. Sus vestidos blancos ofrecían un maravilloso contraste con los trajes negros de los caballeros mientras se entregaban con gracia al compás de tres por

cuatro y abrían el baile para todo el mundo.

EL INTENSO AROMA de los ramos de flores cargaba el ambiente y se mezclaba con el humo de cigarrillos y puros. En la pista de baile, las parejas se contoneaban al son de una rumba; corrían ríos de champán.

Viktoria y Sally no tenían mucho tiempo para contemplar la fiesta, porque con el final de la parte formal también se había abierto el bufé de chocolate, que estaba constantemente rodeado de gente.

Viktoria disfrutaba de la admiración que provocaban sus creaciones, sobre todo los pasteles en miniatura y las trufas de chocolate blanco y fresa. Apenas daban abasto rellenando las bandejas. Eleanor había acertado con su predicción: ni siquiera la consentida sociedad de Nueva York había visto nunca nada comparable.

Mientras Viktoria se ocupaba de recolocar unos bombones, de pronto Brenda se abrió paso entre el gentío y se acercó al bufé.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó al ver los dulces—. ¡No había imaginado que sería tan magnífico!

Brenda iba del brazo de un hombre que parecía algo mayor que ella, pero que la conducía por entre los numerosos asistentes con seguridad y una desenvoltura muy atractiva. La debutante llevaba en la mano una copa de una bebida inidentificable.

—¿Qué me recomiendas, Viktoria? —preguntó.

Esta puso varios manjares en un platito de porcelana que el acompañante de Brenda sujetó enseguida. Después le guiñó un ojo a Viktoria y, tras darle a Brenda un beso en la frente, le ofreció el exclusivo surtido.

Para asombro de Viktoria, Brenda escogió el bombón de lavanda y, mientras se lo metía en la boca, le dirigió una seductora mirada de ojos entornados al atento hombre que seguía a su lado. Viktoria esperó con emoción la reacción de la chica.

—¡Increíble! —exclamó y dio un sorbito de su copa—. ¡Absolutamente excepcional! —Y le sonrió antes de dar media vuelta y seguir su camino con la protectora mano de su galán en la espalda.

—¡Ese es Peter Arno! —informó Sally cuando creyó que no la oirían—. ¿No te parece guapísimo?

—Sí. Tiene... algo especial. Pero nunca había oído su nombre —reconoció Viktoria, que hasta entonces no se dio cuenta de lo nerviosa que había estado. Si Brenda hubiera torcido el gesto al probar el bombón de lavanda, su carrera habría estado sentenciada antes de empezar de verdad.

—Es dibujante de cómic —explicó entretanto una mujer que estaba cerca de ellas—. Un hombre muy poco convencional. Y encantador.

Mientras muchos de los presentes alargaban la mano casi a la vez hacia los bombones de lavanda, Viktoria miró a Brenda. A sus diecisiete años, la chica reía y bromeaba, y unos metros

más allá permitió que un joven le pidiera un baile. Peter Arno la dejó libre con un galante gesto de la mano. Brenda le dio un beso en la boca con toda naturalidad a Arno y luego otro a su nuevo admirador antes de que la sacara a la pista.

—¡Ay, pobrecilla! —Eleanor se abrió paso hasta ellas y se sirvió unos bombones de praliné—. Tiene los pies hinchados, fiebre, y aun así no se quita la sonrisa de los labios.

—¿Quién? ¿Brenda? —preguntó Sally, contrariada.

—Sí —repuso Eleanor mientras se hacía con otra trufa de fresa—. Lleva toda la velada bebiendo grandes cantidades de leche con Coca-Cola para mantenerse despierta. —Debía de haberse dejado la libreta por alguna parte y, en su lugar, tenía una copa de champán en la mano.

—¿Leche con Cola-Cola? —preguntó Viktoria—. ¿Para mantenerse despierta?

—Sí, es muy habitual. Pero no te preocupes, las jóvenes damas y los caballeros de estos círculos están acostumbrados. Su vida consiste en estar de fiesta hasta el alba. Brenda caerá rendida en la cama en algún momento, pero dentro de un par de días volverá a estar como nueva. Al fin y al cabo, la fiesta continúa.

—Esto no está hecho para mí. —Viktoria sacudió la cabeza, aunque sabía por Andrew que a Eleanor también le gustaba salir y beber sin medida. Su marido, Art Jarrett, tenía su propia orquesta de baile, con la que actuaba en Chicago.

—¡Bueno, tengo que seguir! —La reportera cogió un último bombón y desapareció de nuevo entre el bullicio de la fiesta.

El baile se acercaba a su punto culminante. Brenda seguía dando vueltas como si no tuviera la gripe ni los pies hinchados; reía, coqueteaba, bebía. Los hombres se peleaban por sacarla a la pista y parecía que no perdonaban ni una canción.

Viktoria, por el contrario, ya estaba derrotada y exhausta cuando, bastante después de la medianoche, repuso los últimos bombones y chokolatinas. Se encontraba sola junto al bufé; los empleados del hotel habían regresado a sus labores habituales después del primer asalto, y Sally había ido un momento al baño.

Empezó a disponer los paquetes con los puzzles de chocolate, que estaban pensados como detalle de despedida para los invitados, cuando alguien le puso una mano en la cintura.

—¿Puedo sacarla a bailar?

Se le cayeron varias cajitas y se dio la vuelta.

—¡Andrew! —Se llevó ambas manos al pecho—. ¿Cómo...? ¿Qué ha ocurrido?

—He pensado que sería buena idea pasar a ver el bufé de chocolate —contestó medio en broma y abrió los brazos.

—Cómo eres... —Se abrazó a su cuello, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Shhh, tranquila. —Le acarició la espalda para tranquilizarla—. No pretendía asustarte.

Viktoria estaba tan impresionada por su presencia que no le salía la voz. Sentirlo allí, inspirar su aroma, saberse a su lado... y de una forma tan inesperada.

—¿Es que ya no queda nada más para picar? —oyeron que preguntaba la voz de una mujer mayor, algo molesta.

Andrew soltó a su prometida.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo.

—¿Acaso es usted... la Reina del Chocolate? —La dama lo observó con atención.

—Soy el Rey del Chocolate —repuso él sonriendo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Ah... el rey. —Estaba claro que la señora no había escatimado con el champán esa noche, porque hablaba con la lengua algo pastosa—. Bueno, joven, entonces deme unos bombones de

esos... Los que tienen pistachos.

Andrew le sirvió los chocolates a la mujer en un platito que le pasó Viktoria.

—Y también de esos de fresa —añadió la dama—. Son sencillamente maravillosos.

—Con mucho gusto, *madam* —dijo Andrew con formalidad y le entregó su selección.

La mujer se alejó entonces con una sonrisa soñadora.

—Puedes relevarme si quieres —comentó Viktoria—. De todas formas estoy cansada.

—Yo más bien pensaba en sacarte a la pista de baile.

—¿Así, sin prepararme? —preguntó ella—. ¿Con este vestido? No, no puede ser. ¡Solo tienes que ver a todas esas chicas y a esas mujeres!

—Estás preciosa —dijo Andrew, y bajó la mirada a su vestido azul oscuro, largo hasta las pantorrillas.

Ella negó con la cabeza.

—Solo llamaríamos la atención...

—Mejor me lo pones. —La tomó de la mano.

En ese momento, Sally regresó.

—¿Adónde vais?

—¡A bailar! —exclamó Andrew con convicción, y arrastró a Viktoria a la pista.

La orquesta estaba tocando un vals vienés y, después de superar la timidez inicial, Viktoria disfrutó de unos pocos minutos balanceándose por la pista entre los brazos de Andrew.

Después, cuando regresaron al bufé, le preguntó si se había escapado de la cárcel.

Él se echó a reír.

—De ser así, ya tendría a la policía encima. No. Esta tarde me han dejado en libertad condicional. Por fin ha llegado la fianza, aunque parece que el pago se ha retrasado. Un agente se ha presentado de repente en mi celda y me ha dicho que podía irme.

—¿Es que ha ido a verte John Carollo? ¿Aunque sea domingo?

—Sí, ha estado allí. Y gracias a sus esfuerzos me han dejado libre hoy mismo. Si no, habría tenido que esperar hasta mañana.

Viktoria le asió la mano y se acurrucó contra él.

—Menos mal.

—¿Lo has pasado muy mal, cariño? No me olvido de que has tenido que encargarte de muchas cosas tú sola estos últimos días. La nueva empresa, el debut...

—He tenido muy buena ayuda. En la empresa, todos han hecho lo que han podido. Lo que peor he llevado ha sido estar tan preocupada por ti.

—Qué valiente eres... —Le dio un beso en la frente—. ¿Hasta qué hora tienes que quedarte?

—Creo que ya no falta mucho. El bufé está prácticamente agotado.

—¡Qué buena señal!

—Sí. Creo que la velada ha sido un éxito. —Se apartó un mechón de pelo que se le había soltado del recogido y le había caído en la cara.

—Entonces, seguro que el año que viene tendremos un buen volumen de ventas.

—Si todo va bien, sí.

—¿Sabes? ¡Estoy muy orgulloso de ti, Viktoria!

Bufete legal de John Carollo, al día siguiente

—¡QUÉ ALEGRÍA VERLOS hoy aquí! —Carollo le dio la mano primero a Viktoria y después a Andrew.

—Somos nosotros quienes más nos alegramos, señor Carollo —repuso Andrew mientras pasaban del vestíbulo al despacho del abogado—. Nuestras reuniones en la cárcel fueron algo... incómodas.

—Ya lo creo, señor Miller. —John Carollo les sostuvo la puerta y los invitó a entrar con un gesto—. Ustedes primero.

El sol inundaba la sala. Fuera hacía un fantástico día invernal, aunque también muy frío.

—Tomen asiento, por favor. —Carollo esperó a que ambos se hubieran sentado y luego se acomodó tras su escritorio—. Primero me gustaría ponerlos al corriente del estado actual de su caso. Está usted libre hasta el juicio, señor Miller. Hasta entonces deberíamos recopilar pruebas de su inocencia suficientes para desmontar la acusación.

Andrew asintió y apretó la mano de Viktoria.

—Aunque tenga que ir hasta el fin del mundo. Lo único seguro es que no pienso volver a la cárcel.

—Bueno —continuó Carollo—, seguí su pista sobre la visita de la señorita Miller al London Terrace, incluso subí dos veces al apartamento.

—¿Ah, sí? —Viktoria se puso alerta—. ¿Y qué?

—No encontré a nadie. Por supuesto, pregunté a los porteros, que me informaron de que el apartamento número 5021 está ocupado esporádicamente por un matrimonio que se apellida Brown. No pudieron decirme más.

—¿Brown, y no Miller? —preguntó ella.

—No, Miller no —confirmó Carollo—. Por eso es de suponer que confundió usted a otra persona con Grace.

—Es muy probable, Viktoria —coincidió Andrew—. Ese día hacía muy mal tiempo, ¿verdad? O eso me contaste, al menos.

—No, no... Estoy convencida de que era Grace. —Pero en el mismo momento en que insistía, le entraron dudas. ¿Y si se hubiera tratado de otra persona y ella solo hubiese creído confirmar que se trataba de la prima de Andrew porque entraba en el London Terrace?

—Bueno, de todos modos no sacaremos nada más del London Terrace —afirmó Carollo—. Por cierto, ya tengo las primeras noticias de mi informante. Duda mucho que el Hudson Bank haya tenido nada que ver en el asunto. Todo apunta más bien a una acción de dos familias mafiosas. Seguirá investigando.

—¿Y se muestra usted tan tranquilo, señor Carollo? —Viktoria volvía a tener la sensación de que el abogado estaba mareando la perdiz—. Si de verdad la mafia está implicada, el problema no es solo SweetCandy. No hace mucho que estoy en Nueva York, pero sé que entonces nuestras

vidas también podrían estar en peligro.

—Quédese tranquila, señorita Rheinberger. Precisamente por eso debemos actuar con prudencia.

—En eso lleva razón, Viktoria —opinó Andrew—. Si la mafia quiere quedarse con SweetCandy a toda costa, tendremos problemas.

—Por desgracia, así es —confirmó el abogado—. Por eso necesitamos tiempo.

—Haga todo lo que pueda, Carollo —repuso Andrew antes de levantarse—. Y gracias por conseguir sacarme ayer mismo de allí.

—Es mi trabajo, señor Miller. Mejor descanse y déjeme a mí todo lo demás.

—Bueno, pues eso haré. A la señorita Rheinberger y a mí nos espera bastante trabajo en la empresa.

—Que lleguen bien a casa —dijo Carollo con una sonrisa comprensiva—. Necesitarán todas sus fuerzas cuando empiece el juicio.

También Viktoria se puso de pie.

Carollo los acompañó a la puerta.

—Les deseo unos días de descanso y un feliz año nuevo.

—Gracias e igualmente —contestó Andrew—. ¿Nos informará de cómo va todo antes de fin de año?

—Por supuesto. —El abogado les dio la mano a ambos—. De todos modos, volveré a ponerme en contacto con ustedes cuando haya reunido pruebas de que no estafó usted sistemáticamente a clientes y proveedores.

—No debería resultarle difícil —dijo Andrew—. Para mí, sigue siendo un misterio que esto haya podido acabar con mi detención.

—Opino lo mismo, señor Miller, pero el brazo de la mafia es largo. Tendrán noticias mías.

—NO SÉ, PERO no me he quedado tranquila con lo de Grace —dijo Viktoria poco después, cuando salieron a la calle—. Yo creo que sí fue ella a quien vi.

—Mmm... No quiero poner en duda lo que viste, pero podría tratarse de una confusión. En eso Carollo tiene razón, quizá fuera otra mujer.

—Pero ¿justo en el mismo edificio de apartamentos donde Grace alquiló uno a nombre de SweetCandy? Me parece demasiada casualidad. Creo que Carollo a veces la subestima.

—Suponiendo que fuera cierto, ¿por qué habría de resultar sospechoso? Tal vez haya cosas de su vida privada de las que no sabemos nada, y eso es algo que no podría echarle en cara. Mi abuelo puede ser muy difícil; contra eso, tomarse un rato libre de vez en cuando le sienta bien a cualquiera —opinó Andrew—. Oye, estoy agotado. Carollo sabe lo que se hace. ¿No podemos dejarle todo esto a él?

—Me cuesta no seguir pensando en ello, pero entiendo que quieras descansar. —Viktoria lo tomó del brazo mientras giraban por la Cincuenta y siete Este—. ¿Hace mucho que conoces a Carollo?

—Sí, mucho. Ya trabajaba para mi abuelo.

—O sea, que es de confianza —afirmó ella.

—Absolutamente. Y también les llevó asuntos a tu padre y a Anton.

—Entonces, está bien. —Le apretó el brazo.

—Además, tampoco podría permitirse que lo involucraran en según qué —añadió Andrew—.

Su mujer pertenece a una prestigiosa familia de Nueva York. Tienen tres hijos, y con algo así nadie se mete en... chanchullos.

—O sea, que nos concentraremos en Grace.

—Si de verdad te preocupa que esté implicada en todo esto...

Caminaron un rato en silencio. Después, Viktoria tomó aire para hablar:

—Vayamos al London Terrace, Andrew.

—¿Ahora?

—Sí. Tengo que verlo todo otra vez. Es que no me quedo tranquila.

—Mmm... Si tanto te inquieta, no voy a quitarle importancia así como así. Al fin y al cabo, no eres de las que se dejan llevar por delirios.

—Es solo que quiero saber si de verdad me equivoqué tanto cuando creí reconocerla.

—Está bien. —Andrew asintió y paró un taxi.

—Gracias.

—Es evidente que tienes motivos —dijo él cuando subieron—, así que iremos a ver.

Viktoria le dio un beso en la mejilla y luego dirigió al taxista hasta el lugar frente al London Terrace desde donde había observado a Grace aquel día.

Andrew pagó y se apearon.

—¿Qué entrada era? —Andrew miró alrededor—. ¿Te acuerdas? Todas se parecen.

Viktoria señaló al centro del edificio.

—¡Esa de ahí!

Esperaron a que un autobús pasara de largo, luego cruzaron la calle y entraron en el gigantesco complejo de apartamentos.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —Uno de los porteros se les acercó mientras contemplaban el vestíbulo.

Viktoria sacó el contrato de alquiler que se había metido en el bolso unos días antes para volver a intentar ver el apartamento cuando tuviera oportunidad.

—Somos los arrendatarios del número 5021 —dijo Andrew, y mostró su tarjeta de visita, que lo identificaba como director de SweetCandy—. Tenemos el permiso de nuestros inquilinos, el matrimonio Brown, para entrar a ver las consecuencias de una fuga de agua por la que hemos recibido quejas.

El portero se rascó tras la oreja.

—¿Una fuga de agua? Esperen un momento... —Repasó la lista de inquilinos—. ¿El 5021, dice? Bueno... Ahora mismo el matrimonio Brown está de viaje. Tendría que abrirles yo la puerta...

—Si es usted tan amable.

El portero asintió.

—Los acompaño arriba.

Los dirigió hacia el ascensor, donde un ascensorista de rostro impasible los subió a la quinta planta. Salieron y el portero les abrió el apartamento 5021 con una llave de un grueso mango.

—Los espero aquí —informó.

—Muchas gracias —repuso Andrew, y dejó que Viktoria entrara primero.

Se entendieron solo con mirarse. Mientras Andrew iba al baño y abría los grifos, Viktoria entró en las demás habitaciones sin hacer ruido.

El apartamento estaba amueblado con relativa sencillez y muy ordenado. Parecía que una sirvienta acabara de recogerlo todo hacía poco.

Las camas del dormitorio tenían sábanas limpias; en la cocina no encontraron alimentos frescos, solo un par de provisiones de caducidad larga. En el salón todavía había un libro en una mesita auxiliar, junto al sofá. *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Viktoria lo abrió con una mano al pasar y hojeó las páginas desgastadas mientras oía que Andrew hablaba con el portero. Poco después, se reunió con ella.

—Lo he enviado abajo.

—¿Y te ha hecho caso?

—¡Por supuesto! Le he dicho que quería repasarlo todo con detenimiento una vez más. Una fuga de agua puede acabar generando moho, y el moho es muy difícil de eliminar.

—¿Y te ha creído?

Andrew sonrió de oreja a oreja.

—Si no, todavía estaría en la puerta. Venga, empecemos. Le he dicho que vuelva dentro de media hora.

Viktoria iba a cerrar otra vez el libro cuando le llamó la atención una dedicatoria. Lo levantó de la mesita.

—Andrew...

—¿Sí?

Le enseñó la página con las líneas manuscritas.

—Grace... ¡Sí que parece tener algo que ver con este apartamento! —dijo.

—Dedicado a mi querida amiga Grace Miller —leyó Andrew, y miró a Viktoria, que cerró el libro y lo dejó de nuevo en su sitio—. Tienes razón.

Registraron el salón y miraron también en el dormitorio y el vestidor. Como no encontraron nada más que un par de prendas de ropa sueltas, se dirigieron al estudio, en cuya pared había una hilera de armarios estrechos.

—Todo cerrado con llave —dijo Viktoria mientras intentaba abrir las puertas—. ¿Se te ocurre dónde podrían guardar las llaves?

—Si tenemos mala suerte, estarán en algún llavero y no aquí —repuso Andrew, que ya estaba buscando en los cajones.

Al final miró en los recipientes de plata con filigranas del escritorio, que contenían lápices y un abrecartas.

Nada.

Viktoria, mientras tanto, se puso de puntillas y pasó la mano por el borde superior de los armarios.

—Andrew, creo que he notado algo, pero lo he empujado hacia atrás sin querer y ahora no lo alcanzo...

Él se acercó al instante y palpó con cuidado el lugar que le señaló Viktoria.

—Aquí hay algo. ¡Sí! —Retiró la mano y, en efecto, tenía en ella una pequeña llave.

Ella rio satisfecha.

—Estupendo.

Probaron a abrir. La llave entraba en todos los armarios.

Se apresuraron a revisar los archivadores bien rotulados.

—Parece que se trata de contabilidades antiguas —señaló Andrew después, decepcionado.

—Me extraña mucho —repuso Viktoria—. ¿Qué valor podrían tener esas contabilidades para que las guarden bajo llave?

—En eso tienes razón.

Sacaron un archivador tras otro y registraron su contenido. Los primeros dos armarios eran los de las contabilidades de años anteriores; entre otras cosas, contenían recibos de gastos exorbitantes en ropa, zapatos y maquillaje, restaurantes y pequeños viajes.

—Esto le pega a Grace. Vive a todo trapo —comentó Viktoria.

Él asintió.

Siguieron buscando.

—Mira esto. —Andrew, que estaba con el tercer armario, había encontrado un archivador con facturas de abogados.

—Uy, sí —repuso Viktoria—. Ese tenemos que estudiarlo con más detalle.

Andrew lo abrió.

—Son facturas del bufete de Carollo. Y muy elevadas.

Viktoria percibió decepción en su voz, y al mismo tiempo vio reforzada su propia desconfianza en el abogado.

—Grace las autorizó todas.

—Pues va a tener que contestar algunas preguntas —dijo Andrew.

—Deberíamos comprobarlo mejor y compararlo con los documentos de nuestra contabilidad. Después podrás hablar con ella. —Viktoria seguía revisando papeles—. Y esto... ¡son los contratos de préstamo del Hudson Bank!

—Son copias —confirmó Andrew—. Copias compulsadas. ¿Qué están haciendo aquí?

—Si el apartamento lo alquiló Grace...

—Déjame ver. —Andrew le quitó los contratos de la mano y los leyó con atención—. Muy bien, se corresponden con los originales. O al menos eso creo. Si Grace tiene aquí un pequeño refugio, es probable que se haya traído algo de trabajo, claro.

—¿Y eso de ahí qué es? —preguntó Viktoria señalando un sobre que resbaló de entre dos hojas. El sujetapapeles que lo había mantenido unido al contrato se había caído.

—*Madam? Sir?*

—¡Es el portero! —susurró Viktoria.

Cerró el archivador a toda prisa y lo metió en el armario mientras Andrew se guardaba la carta y salía al encuentro del empleado.

—Parece que todo está en orden —le dijo, y llevó al hombre al baño—. ¿Ve? Ya no gotea, y la habitación está bastante seca.

—Bueno, entonces no hay problema —oyó Viktoria que decía el portero mientras ella cerraba el último armario y volvía a dejar la llave en su sitio. Salió al vestíbulo a la vez que los dos hombres.

—Madre mía, Andrew —improvisó cuando vio que el portero la miraba extrañado—, ¡pero si estábamos invitados a casa de los Frazier! Ahora sí que tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde a la cena.

Andrew no se inmutó.

—¡Tienes razón! —exclamó.

El portero volvió a dedicarle a él toda su atención.

—Entonces, los acompaño abajo ahora mismo. —Esperó a que ambos salieran del apartamento y luego cerró la puerta.

SweetCandy Ltd., 29 de diciembre de 1936

—¡TRAIGO LA CORRESPONDENCIA! —exclamó Viktoria mientras se acercaba a su escritorio—. ¿Quieres que revise también la tuya?

—Por mí, estupendo —repuso Andrew—. Ahora mismo he quedado con un nuevo proveedor. Comercializa unos granos de cacao extraordinarios, de Nicaragua y Ecuador.

—Fantástico. ¿Todavía no habéis negociado el precio?

—No de forma definitiva. Supongo que es lo que tocará hacer hoy.

—¡Que no se aprovechen de ti! —comentó ella guiñándole un ojo.

—Eso aún no lo ha conseguido nadie, señorita Rheinberger —repuso Andrew con una sonrisa.

Viktoria rio, revisó los sobres al vuelo y los dejó en su mesa. Andrew se le acercó y le acarició el pelo.

—Si no te tuviera a ti, cariño, hace tiempo que habría perdido la empresa.

—Pues sí —se burló ella, y entonces recordó algo—: Ah, quería preguntarte una cosa. ¿Cuándo comprarás los billetes para Stuttgart?

—En cualquier momento —contestó Andrew—. Iba a consultarte en qué barco prefieres viajar y qué día te parece mejor. Aunque, en cualquier caso, no podré acompañarte.

—¿Ah, no? —Viktoria parecía contrariada—. ¿Y eso por qué?

—Gracias a la fianza he quedado en libertad hasta el juicio, pero no me permiten salir de Nueva York.

Se sintió decepcionada.

—No quiero ir sin ti, Andrew. Una travesía transatlántica, sola y además en invierno...

—Me encantaría ir contigo, créeme. —La miró a los ojos—. Pero deja que te dé un consejo: ve de todos modos. Quién sabe cuándo volverás a ver Stuttgart. Y para tu madre seguro que será más agradable no tener que hacer sola el viaje hasta Nueva York.

—Eso es cierto. —Se reclinó contra él—. ¿Qué ocurrirá con nuestra casa cuando mi madre venga a Nueva York?

—No lo sé, cariño. Tal vez podríais alquilarla. Y a largo plazo, cuando estéis seguros de que tu madre no va a querer regresar a Stuttgart, deberíais contemplar la opción de venderla con determinadas condiciones.

Viktoria asintió y apoyó la cabeza en el hombro de su futuro marido.

—Por un lado sería bonito que mi madre se quedara aquí, pero vender nuestra Mansión de los Chocolates...

Andrew percibió su nostalgia y le acarició el cuello y los hombros con suavidad.

—Todavía no es nada definitivo, cariño. Y cuando llegue el momento, tendréis que decidir el destino de la mansión entre toda la familia.

—La Mansión de los Chocolates —repitió Viktoria con un suspiro, y levantó la cabeza—.

Tienes razón, debo regresar a casa una última vez. Lo mejor será ir a mediados de enero. A mi madre también le va bien por entonces.

—De acuerdo.

—Y regresaremos a principios de febrero. Así no estaré fuera mucho tiempo.

—¡Estupendo! —Andrew le sonrió—. No podría aguantar más sin ti.

CUANDO ANDREW SALIÓ, Viktoria se sentó ante su escritorio para revisar el correo. Facturas, encargos, ofertas... Una nota de Eleanor, que volvía a felicitarla por su éxito. Lo clasificó todo y metió una parte en sobres de correo interno que luego remitiría a los empleados correspondientes a través de una de sus secretarias. Le dictó dos propuestas más para bufés de chocolate a otra de las chicas de administración, y por último se ocupó de la correspondencia importante.

Había reunido en una pila las cartas que iban dirigidas a Andrew y, cuando la secretaria salió del despacho, ella se levantó para dejárselas en su escritorio, justo al lado. Al hacerlo, le llamó la atención el sobre que habían encontrado en el London Terrace. Andrew lo había dejado junto al teléfono, sin abrir. Viktoria se hizo con él y le dio varias vueltas en la mano.

No era muy abultado, no llevaba dirección y olía un poco a agua de colonia masculina. ¿Y si lo abría?

El día anterior, después de visitar el London Terrace, Andrew había vuelto a casa mientras ella se quedaba en la empresa un buen rato, ocupada con la preparación de un bufé de chocolate que había encargado la esposa de un gran promotor inmobiliario para una fiesta privada de Año Nuevo. Sencillamente se habían olvidado del sobre. Y cuando ella regresó al fin y se acurrucó bajo las sábanas con él, ya no pensaron en ninguna otra cosa.

Esa mañana, Andrew debía de haberlo sacado de la chaqueta y lo había dejado allí para abrirlo después de la reunión. La curiosidad de Viktoria no hacía más que crecer. Se sentó delante del escritorio, sacó el abrecartas, rasgó el sobre y desdobló las hojas que contenía.

—¿QUÉ OCURRE, VIKTORIA? —preguntó Andrew, preocupado, cuando ella interrumpió su reunión.

—Tengo... Tengo una noticia importante. ¡Siento mucho molestarte! —Estaba sin aliento porque había ido a la sala de reuniones corriendo a toda prisa.

—¿Me disculpa? —le dijo Andrew al proveedor, y siguió a Viktoria al pasillo.

—De verdad que lo siento, pero no puede esperar.

—Habría terminado dentro de un cuarto de hora como mucho —señaló, y cerró la puerta de la sala de reuniones sin hacer ruido—. ¿No podía esperar hasta entonces?

Viktoria negó con la cabeza.

—Creo que Carollo juega a un doble juego. —Y le enseñó lo que había sacado del sobre.

Andrew tomó las dos páginas de aspecto formal y les echó un vistazo.

—¡No puede ser! ¿De dónde has sacado esto?

—Es lo que encontramos ayer en el London Terrace.

—¿Has abierto el sobre?

—Sí, no sé por qué...

—No pasa nada. De todas formas quería ver qué contenía después, contigo. —Andrew volvió a doblar las hojas y se las entregó—. ¿Me esperas aquí un momento? Enseguida me despido del

señor Smith.

Viktoria asintió.

Unos minutos después, Andrew volvía a estar con ella.

—Vayamos al despacho. —Le puso una mano en la espalda con delicadeza.

—Pero ¿eso está siquiera permitido? —preguntó Viktoria mientras recorrían los pasillos—. No acabo de entender qué es lo que tiene que ver Carollo con esos hermanos Harvey.

—Harvey Brothers es un banco de inversión. Hará unos tres años que se escindió del Hudson Bank, porque en aquel entonces obligaron a desvincular el negocio de la inversión del de la banca general. Fue una consecuencia de la Gran Depresión.

—¿Harvey Brothers es un banco de inversión? No había oído hablar de esa clase de bancos.

—Se dedican a la administración de patrimonios y al comercio de valores.

—¡Ah! Entonces, creo que ya me hago una idea. —Viktoria apretó el botón del ascensor.

—Según se desprende de estas cuentas, Carollo perdió mucho dinero —comentó Andrew cuando entraron en la cabina—. Aunque todavía se me escapa por qué adjuntó estos documentos a los contratos de préstamo del Hudson Bank.

—Tenemos que leerlos atentamente otra vez.

—Ahora mismo iré a buscar los originales —dijo Andrew mientras subían dos plantas en el ascensor.

—Hazlo, sí. Y, sobre todo, debemos descubrir si sus apuros económicos eran tan grandes como para dejarse arrastrar a negocios turbios.

Andrew le puso una mano en la mejilla.

—Tú nunca has confiado en Carollo, ¿verdad?

—Yo no diría tanto. Quizá solo lo veía con ojos imparciales porque no lo conocía de nada. Pero sí es cierto que a menudo me ha dado mala espina, como una sensación de alarma interior, por decirlo así.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—A partir de ahora, haré más caso a tus intuiciones —le prometió cuando entraron en la antesala compartida de sus despachos—. Durante la próxima hora no queremos que nos interrumpan bajo ningún concepto —pidió a las secretarias.

Se encerraron en el despacho de Andrew y repasaron primero los documentos del banco de inversión para después estudiar de nuevo los contratos de préstamo del Hudson Bank.

—Debe de existir alguna relación, aunque aquí no se aprecie —opinó Andrew al final—. Si no, ese sobre no habría estado adjunto a las copias de los contratos.

—Por el momento, lo que significa es que seguramente existe un vínculo entre Carollo y Grace —sostuvo Viktoria—. O no habríamos encontrado esto en el apartamento.

—Es cierto —dijo Andrew, dándole la razón—. ¿Crees que ella lo está sobornando?

—Es una posibilidad.

—Pero ¿por qué habría de hacer eso?

Viktoria se encogió de hombros.

—¿Tal vez porque también ella necesita dinero?

—Pero si con nosotros gana un buen sueldo. Además, Carollo no parece tener un centavo. No sé ni cómo consigue pagar el costoso alquiler de ese bufete que tiene.

—Al final resulta que Grace sí tenía algo que ver con las estafas de este último año.

El joven sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué? Habría podido venir a verme si tenía algún problema.

—¿Quizá no confiaba en ti lo suficiente?

Andrew se levantó y se guardó los documentos de Harvey Brothers en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Ven conmigo!

—¿Adónde quieres ir?

—Nos falta un eslabón de la cadena. Vamos a buscarlo.

Dos horas después, en un taxi entre Chelsea y el Upper East Side

—TODAVÍA NO ENCAJAN todas las piezas —dijo Andrew—. Si partimos de que fue Grace quien permitió la manipulación de SweetCandy a gran escala... entonces Carollo debió de tener algún motivo para dejarse involucrar.

—Tal vez fuera Carollo quien se aprovechó de Grace —repuso Viktoria.

—Mmm...

—Hace rato que le estoy dando vueltas a una cosa, Andrew: ¿no podría el propio Carollo ser de la mafia?

—Es una pregunta interesante y no es fácil de contestar. Tiene raíces italianas, pero supongo que, entonces, habría pagado sus deudas de otra forma. En casos así, esas familias se mantienen unidas.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro? Bueno, en realidad no tengo mucha idea de cómo se hacen las cosas en esos círculos. Solo he oído rumores.

—Considerándolo de manera cronológica, llevaban más de un año intentando provocar la quiebra de SweetCandy. Si mi madre no hubiera intervenido, seguramente no habrías conseguido conservar la empresa, ¿no es cierto?

Andrew respiró hondo.

—Aunque me cueste reconocerlo. Pero sí, hace tiempo que no habría podido seguir adelante. Sobre todo porque mi abuelo no estaba dispuesto a invertir más cantidades de su fortuna personal.

—Pero entonces regresaste de Alemania conmigo y muchas cosas cambiaron. Hemos encontrado nuevas áreas de negocio...

—Y tú has llamado la atención de las grandes familias de Nueva York con tus bufés.

—Es posible.

—No, es cierto. Desde entonces SweetCandy está en boca de todos.

Viktoria encogió los hombros con timidez.

—Pero, sobre todo, mi madre saldó los préstamos y con eso se convirtió en propietaria mayoritaria de la compañía.

—Y de paso eliminó la posibilidad de especulación inmobiliaria.

—Exacto. Poco después te detuvieron...

—Carollo pudo tenerlo preparado desde hace tiempo para quitarme de en medio cuando el Hudson Bank se hiciera con el solar —reflexionó Andrew—. Porque meter a alguien entre rejas tampoco es tan fácil. Se necesita cierta preparación.

—A menos que tengas contactos en la mafia.

—Pero eso vuelven a ser suposiciones. —Andrew se llevó una mano a la nuca—. Es probable que fuera un intento de deshacerse de mí al menos por una temporada. Porque, si en el

traspaso de titularidad a tu madre se hubieran producido contratiempos, el Hudson Bank habría reclamado el solar a causa del cambio de situación. Suponiendo que además existiera alguna conexión con Harvey Brothers, habría sido un negocio más que lucrativo.

—Es cierto. Hay motivos de sobra. —Viktoria se acercó a él, buscando su calidez—. Tengo curiosidad por saber cómo reaccionará tu abuelo a nuestra visita.

—Eso si es que nos dirige la palabra —puntualizó Andrew.

—No le quedará más remedio. —Miró por la ventanilla del coche. Ya estaban de camino al Upper East Side.

Cuando el taxi por fin se detuvo ante la impresionante casa de estilo neoclásico, Viktoria tuvo que contener un ápice de inseguridad; las fachadas opulentas no significaban nada, lo importante era lo que había tras ellas.

Cuando Andrew llamó al timbre, les abrió la puerta un mayordomo vestido con una librea que los hizo pasar a un vestíbulo no demasiado grande cuyos suelos de mármol brillaban con discreción. Unos valiosos jarrones chinos flanqueaban un espejo que llegaba hasta al suelo y agrandaba el espacio gracias al efecto óptico. Viktoria notó el nerviosismo de Andrew mientras esperaban a que Robert Miller los recibiera.

—O sea que antes vivías aquí —dijo en voz baja—. Hasta que te mudaste a Greenwich Village.

Él asintió.

—En la segunda planta.

—¿Y en qué planta tiene Grace su vivienda?

—En la tercera.

—Me gustaría echar un vistazo.

—Estará cerrada con llave.

—Se lo preguntaremos a tu abuelo.

Andrew negó con la cabeza.

—Podemos darnos por satisfechos solo con que acceda a vernos.

El mayordomo regresó.

—El señor Miller los recibirá ahora.

—¿Lo ves? —Viktoria le dio un empujoncito en el costado para animarlo.

Siguieron al hombre hasta la primera planta por una escalera cubierta con una gruesa alfombra. Viktoria pensó que, en Alemania, esa zona de la vivienda se denominaría «planta noble».

El mayordomo les abrió la puerta y, con una breve reverencia, les indicó que pasaran. Entraron en la sala.

Robert Miller los esperaba junto a un secreter instalado en una biblioteca bien nutrida. Tenía un libro en la mano y parecía estar leyéndolo.

—¿Qué ocurre, Andrew? —preguntó sin levantar la mirada.

—Abuelo... —Se quitó el sombrero y se aclaró la garganta—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Has venido hasta aquí solo para saber cómo me encuentro? —Robert Miller dejó el libro —. Bueno, pues me encuentro como es de esperar en estas circunstancias.

—Ah. —Aunque intentaba aparentar tranquilidad, Andrew no dejaba de toquetear el ala de su sombrero—. Abuelo, estoy buscando a Grace.

—¿Por qué?

—Tengo un par de preguntas que hacerle.

—¿Y qué quieres preguntarle?

—Si podemos contar con que retome su trabajo en SweetCandy este próximo año.

—Mmm...

—No consigo dar con ella, abuelo, y tenemos que hacer planes.

El anciano arrugó la frente.

—¿Y por qué iba a saber yo dónde está Grace?

—Bueno, al fin y al cabo vive en tu casa.

—Ya es mayorcita. Puede hacer y deshacer lo que quiera.

Viktoria reparó en que Robert Miller ni siquiera había insinuado que Grace estuviera en Boston.

—Y además —volvió a intentarlo Andrew— quería preguntarte si puedo contar con tu ayuda en SweetCandy. —Igual que la consulta sobre Grace, Andrew y Viktoria habían acordado con antelación seguir esa táctica para intentar sacar a Robert Miller de su cascarón—. No debemos olvidar que somos una familia, abuelo. Y el panorama ha cambiado, la empresa ha superado la recesión y ahora va por buen camino.

—¿Quieres dinero? —Robert Miller rio y se irguió en su asiento—. Tú, que has llevado a SweetCandy a la ruina y has permitido que... —señaló con el dedo a Viktoria— ... esas alemanas se hagan fuertes en ella. ¿De verdad crees que vas a ver un solo dólar mío?

Viktoria reparó en que Andrew entornaba los ojos.

—Lo ocurrido este último año ha escapado a mi control. Es posible que Grace esté involucrada en ello.

—¿Grace? ¿Ahora le echas la culpa a tu prima? Dime... —Robert Miller le lanzó una mirada de soslayo a Viktoria—, ¿cuánta influencia ejerce esa sobre ti?

—Malinterpretas la situación, abuelo —repuso Andrew con frialdad—. Los Rheinberger no son el problema, son la solución para conservar la empresa. ¿No era amigo tuyo el abuelo de Viktoria?

—El viejo Rheinberger era un hombre decente. Su prole, en cambio, intenta robarnos nuestro legado. Despierta de una vez, Andrew.

Este sacudió la cabeza sin dar crédito.

—¿Cómo lo ha conseguido Grace, abuelo? ¿Cómo ha podido distanciarnos tanto?

Viktoria vio un asomo de dolor en los ojos del señor Miller, pero el hombre lo convirtió en severidad al instante.

—El error fue mío, Andrew. Confié en ti y, sin embargo, siempre ha sido Grace quien ha actuado teniendo en cuenta mis intereses. Ya hace años que me advirtió en tu contra. Por desgracia, tardé mucho en hacerle caso.

Andrew enarcó las cejas.

—Ha hecho un trabajo muy concienzudo.

—El caso es que me ha abierto los ojos para que vea cómo eres en realidad. —Volvió a hojear su libro—. No esperes nada más de mí. Que pases un buen día.

Viktoria vio a Andrew allí plantado, con los brazos caídos a los costados, como si no fuese capaz de creer lo que acababa de oír. Con cuidado, puso la mano en la de él.

—Vamos —le susurró—. Marchémonos ya.

ANDREW ESTABA A punto de bajar por la escalera hacia la salida cuando Viktoria se detuvo.

—Andrew...

—¿Qué ocurre? —Parecía muy afectado—. Tengo que salir de aquí.

—Lo entiendo muy bien, pero ¿no íbamos a echar un vistazo en el apartamento de Grace?

Él se detuvo.

—Tienes razón. Tal vez encontremos alguna otra pista. Aunque intuyo que ella ya se habrá largado. Posiblemente con una generosa renta concedida por mi abuelo.

—Eso no lo sabes. Pero, sobre todo, seguirás estando en peligro mientras no descubramos qué relación hay entre ella, Carollo y otros posibles maquinadores.

—Sí. ¡Venga, vamos!

Subieron juntos la escalera hacia la tercera planta. Viktoria sintió que su ánimo batallador se despertaba. Había luchado con Andrew por SweetCandy y su futuro, con él había sentido esperanza y había sufrido. Era un hombre valiente e íntegro al que querían destruir. Si existía alguna posibilidad de aclarar todo ese asunto, tenían que aprovecharla.

Se detuvieron ante la puerta del apartamento de Grace y miraron alrededor.

—Parece que todo está igual que siempre.

—Pero ¿cómo podemos entrar? —preguntó Viktoria.

—¡Todavía tengo una llave! —recordó él, y se sacó el llavero del bolsillo de la chaqueta—. Ni mi abuelo ni Grace pensaron en pedírmela en su momento, cuando me marché. Si no han cambiado las cerraduras, abre todas las viviendas de la casa.

Buscó la llave y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con un chasquido.

—Se sienten tan seguros que no han hecho ningún cambio —dijo Viktoria en voz baja.

—No. —También él bajó la voz sin querer cuando entraron y cerraron la puerta—. Yo iré delante. Primero comprobaremos que no haya nadie.

Fueron avanzando con cautela por una serie de amplias salas, pero encontraron el apartamento, decorado con mobiliario moderno, completamente vacío. Ni en el salón ni en la sala de estar había nadie, igual que en la cocina y el baño.

Viktoria respiró tranquila.

—Todavía nos quedan la biblioteca y el dormitorio —señaló Andrew.

—Primero la biblioteca —propuso ella.

Él asintió y se adelantó para entrar en una habitación con altas estanterías repletas de libros.

—Qué extraño... El apartamento casi parece abandonado, pero alguien debe de haber estado aquí en las últimas horas —comentó Viktoria señalando un cenicero lleno—. No creo que vuestra sirvienta lo haya dejado varios días sin vaciar.

—Seguro que no —repuso Andrew, y recorrió la habitación contemplando las estanterías y luego se acercó a un delicado secreter que había junto a uno de los enormes ventanales.

También ella miró alrededor. Tenía la sensación de que en cualquier momento podía entrar

alguien.

—Es posible que Grace no haya ido muy lejos.

—Pero ahora seguro que está fuera del edificio. Aprovechemos el tiempo para mirar bien.

Mientras Andrew se ocupaba del secreter, Viktoria registró las estanterías llenas de libros.

—¡Esto podría ser algo! —De repente, el joven tenía en la mano un sobre grueso sin ninguna inscripción.

—¿Qué es? —Ella se acercó de inmediato.

—Estaba en el secreter. Debajo de un montón de revistas. —Abrió la solapa, que solo estaba remetida, y sacó un papel.

—«Miller contra Miller» —leyó—. ¡No puede ser!

—Tal vez arrojemos por fin luz en la oscuridad.

—Veamos. —Andrew fue al gran sofá de piel color burdeos que había ante una de las estanterías, se sentó y sacó todos los papeles que contenía el sobre.

Viktoria tomó asiento a su lado. Juntos revisaron los documentos y la inquietante verdad se fue desplegando una página tras otra.

—Esto es una copia de la denuncia que por lo visto se interpuso contra mí. —Andrew revisó los diversos folios—. Como denunciante, sin embargo, aparece otra persona cuyo nombre no reconozco... Aunque aquí hay un escrito de...

—¡John Carollo! —murmuró Viktoria. Tomó uno de los papeles que había detrás—. Y, aquí, le da a Grace instrucciones precisas sobre cómo proceder.

—¡No puede ser verdad! —Andrew leyó el siguiente documento—. Todas estas acusaciones son falsas. Dicen que he provocado la quiebra de SweetCandy incurriendo en desfalcos y que me he enriquecido personalmente. —Dio unos golpecitos con un dedo en el papel—. Grace prestó testimonio sobre casi todos los cargos, mi abuelo sobre parte de ellos, y estos de aquí los ratificó el contable al que despedimos. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo. —Le puso una mano en el brazo—. Podemos rebatir todo esto punto por punto.

—Esa habría tenido que ser la labor de Carollo.

—Pues parece que no era lo que le interesaba. Visto así, me extraña que se ocupara de que salieras en libertad bajo fianza.

—Seguro que no pudo evitarlo. —Andrew señaló otro documento que se encontraba entre las demás hojas—. Si no he leído mal, ha solicitado un juicio rápido. Para verme pronto entre rejas otra vez.

Dejó los expedientes en el sofá, a su lado, y sacó varios papeles que estaban unidos.

—¿Y esto qué es?

—Parece... un contrato —afirmó Viktoria.

—Es... —Él negó con la cabeza—. Creo que es la pieza que nos faltaba del puzle.

—¡Habla!

—Se trata de un acuerdo adicional. En este caso, concierne a los contratos de préstamo entre SweetCandy y el Hudson Bank. —Andrew continuó leyendo.

—¿Y por qué existe ese acuerdo adicional? —preguntó Viktoria.

Él le pasó el documento, que parecía un contrato normal y corriente.

—Resumiendo, dice que Carollo, en caso de que el Hudson Bank acabara siendo propietario del solar de SweetCandy, se llevaría una comisión considerable.

—¿Y eso está legalmente permitido? —preguntó Viktoria, y leyó varios párrafos por encima

—. Pero si es como... aprovecharse de su posición.

—Desde luego, y sin duda está penado.

—Entonces, ya es nuestro.

—Exacto. Además, en caso de que en el solar de SweetCandy se construyera un edificio de viviendas, también recibiría en exclusiva los derechos de comercialización de todos los apartamentos.

—¿Un edificio como el London Terrace?

—Supongo que sí. —Andrew se levantó—. Ven, Viktoria. Nos llevaremos esta carpeta e iremos a...

En ese mismo instante, ella oyó un ruido.

—¡Calla, Andrew!

—¿Qué...?

Viktoria sacudió la cabeza y se asomó con cautela por la puerta de la biblioteca, que habían dejado entreabierta.

—Yo no oigo nada —dijo él.

—Que sí. Shhh...

Entonces lo oyeron con claridad: el suspiro de una mujer y el gemido de un hombre.

—Ay, madre mía... —dijo ella—. No me extrañaría que encontráramos a Grace en el dormitorio.

—Déjame ver —se ofreció Andrew—. Esto no es algo para jovencitas.

Viktoria no pudo contener una risa ahogada.

—Tan, tan jovencita ya no soy, la verdad. ¡Voy contigo! —Y lo siguió hasta que Andrew se detuvo ante una puerta al final del pasillo—. Me pregunto quién estará con ella...

—¡Enseguida lo sabremos!

Y abrió la puerta de golpe.

GRACE SOLTÓ UN grito agudo. El hombre que estaba tumbado sobre ella rodó a un lado y se incorporó. Su rostro expresaba incredulidad.

—¿Cómo demonios han entrado aquí?

—Por la puerta, señor Carollo —dijo Andrew con desdén mientras Grace alcanzaba la colcha para tapar su desnudez.

—¡Fuera de aquí, Andrew! —exclamó—. ¡Este es mi apartamento privado!

—Primero tenemos unas cuantas cosas que aclarar.

—No tiene usted derecho a entrar aquí de esta manera —protestó el abogado, que sin sus trajes de sastrería de pronto parecía muy poca cosa. Estaba empapado en sudor, y el pelo castaño, que solía llevar peinado con una raya bien hecha, le caía alborotado ante la cara.

—Le damos tres minutos para que se vista —repuso Andrew, impasible—. Mientras tanto, informaremos a la policía.

—¿Y qué va a decirles? —Pese a su desnudez, enseguida recuperó el tono legalista—. ¿Que he pasado la tarde con mi amante?

—De eso ya pondrá usted a los agentes al corriente —replicó Andrew—. Yo, por mi parte, declararé que ha realizado trabajos sucios para el Hudson Bank a fin de llevar a SweetCandy a la ruina.

—¿Cómo... cómo voy a haber hecho yo eso?

—Ay, Carollo, no intente hacerse el inocente.

—Esto es una desfachatez...

—Todo habría salido a pedir de boca, ¿verdad? —prosiguió Andrew—. Solo que entonces entraron en escena Judith y Viktoria Rheinberger.

—Señor Miller, ¿quién cree usted que...? —insistió el abogado, pero Andrew lo interrumpió.

—No finja no saber de qué le hablo.

—¡Cómo se atreve, Miller! —exclamó el abogado—. Está poniendo a su prima en un compromiso y lanza unas acusaciones que no tienen ningún fundamento. Además, ha cometido allanamiento de morada.

—Bah... —rio Andrew—. El que ha puesto a Grace en un compromiso ha sido usted. Y en cuanto a esas acusaciones: podemos demostrar sin lugar a dudas que conspiró usted con el Hudson Bank a la espera de recibir una buena parte del pastel. La venta de un solar en Manhattan es muy rentable; cualquiera podría sentirse tentado. Y si además puede conseguir los derechos de comercialización de un rascacielos...

—No sé cómo pretende demostrar semejantes patrañas. —El hombre se levantó de la cama y buscó su camisa.

Andrew sacó despacio el acuerdo adicional del bolsillo interior de su chaqueta y lo desdobló.

El otro respiró con pesadez.

—¿Y bien?

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó el abogado sin inflexión alguna en la voz.

—Lo sabe usted muy bien. Cuando se quiere dar un golpe, Carollo, uno no puede permitirse fallos de principiante.

El hombre miró a Grace.

—Ya te había dicho que...

—Iba a llevarme los documentos a Boston hoy mismo...

—Entonces, ¿esto era una cita de despedida? —preguntó Andrew con un sarcasmo desacomodado en la voz—. ¿Le costó mucho convencer a Grace para que colaborara en sus planes?

—No pienso decir nada más.

—Está usted en su derecho, Carollo. Sabe cuándo ha perdido una batalla, ¿verdad?

De pronto, Grace fulminó a Viktoria con la mirada.

—Tú... ¡Tú lo has estropeado todo! Si hubierais vendido vuestros derechos al Hudson Bank... —Se mordió los labios.

Viktoria, en lugar de contestar, miró un instante a Andrew, que seguía sin apartar los ojos del abogado.

—¡Precisamente tú, Viktoria, deberías comprender lo que es sentirse ignorada! —prosiguió Grace—. Mi abuelo ni siquiera se planteó dejarme participaciones de la empresa u ofrecerme un puesto como vicedirectora. Todo era para Andrew. ¡Fue una injusticia! Durante estos años me he ocupado de obtener beneficios y he mantenido SweetCandy en pie... solo para que Andrew pudiera regodearse en el éxito.

—De modo que es cierto —dijo este con serenidad, aunque sin perder de vista a Carollo—. Fuiste tú quien intentó manipular nuestras operaciones de forma que la empresa tuviera que declararse en quiebra. Obraste a conciencia y con premeditación.

Viktoria vio que a Grace se le encendían las mejillas más aún de lo que ya estaban a causa del juego amoroso.

—¿Y qué habrías hecho cuando SweetCandy quebrara? —preguntó Andrew.

—Yo... ¡le habría demostrado al abuelo que soy por lo menos tan buena como tú!

—Eso habría resultado difícil —opinó Viktoria, y ella misma percibió la burla en su voz—. ¿De verdad crees que habrías remontado la empresa tan deprisa?

—Con el dinero del abuelo...

—Tu amante jamás habría permitido que te hicieras cargo del negocio, Grace. Solo te ha utilizado —afirmó Andrew sin miramientos.

Ella apretó los labios.

—No. No te creo.

—¿Es que no lo ves, Grace? —preguntó Viktoria—. Todas las estafas a las que te ha empujado tuvieron siempre como objetivo arruinar SweetCandy para conseguir el solar. No para darte a ti un puesto más importante ni para convencer a tu abuelo de tu capacidad. Carollo quería destruir la empresa, nada más.

—¡John! —apeló Grace a su amante—. ¡Dime que no es cierto!

El abogado guardó silencio.

—Es más, si mi madre le hubiera vendido el préstamo convertible al Hudson Bank, para él habría sido más sencillo aún —añadió Viktoria.

—Venga, Grace, si es muy evidente... —dijo Andrew—. ¿Desde cuándo dejas que se meta en tu cama? —Hizo un gesto con la mano en dirección a Carollo, que se había puesto los

pantalones y la camisa y estaba intentando peinarse un poco con las manos.

—¡Eso a ti no te importa! —vociferó su prima.

—Está bien. —Andrew descolgó la bata de Grace del gancho de la pared y se la lanzó—. Vístete, por favor. No querrás que la policía te encuentre desnuda cuando llegue.

—Pero ¿qué interés podía tener John en utilizarme?

—Realizó malas inversiones y perdió mucho dinero.

—Eso no es más que otra de sus afirmaciones, Miller —objetó Carollo, que ya estaba vestido y de pie ante la cama.

—En 1929 perdió mucho dinero —constató Andrew—, y hace dos años le volvió a ocurrir. La presión era cada vez más insoportable. Qué suerte que Harvey Brothers le ofreciera una salida... A cambio, tenía que encargarse usted de que el solar de SweetCandy acabara en manos del Hudson Bank. Así, Harvey Brothers se habría enriquecido, y usted también, gracias a la venta de la propiedad inmobiliaria.

Grace negó con la cabeza.

—No me creo nada de todo eso.

—Tú también has actuado sin escrúpulos, Grace. No te hagas la inocente, por favor —replicó su primo con frialdad—. Os conchabasteis para perjudicar a otros. Ahora los dos habéis perdido.

Viktoria se percató de que Grace por fin empezaba a comprender hasta qué punto la habían utilizado.

—Creías que lo tenías todo controlado, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—No pienso decir nada más.

—No hace falta —repuso Andrew, tranquilo—. Conoces tus derechos y puedes esperar a tener un abogado a tu lado.

Grace se debatía visiblemente consigo misma.

—Ni te imaginas lo que se siente cuando la vida siempre te pasa por alto.

Su primo pareció sorprendido.

—¿Que la vida te ha pasado por alto? Esa expresión me resulta algo patética, Grace.

—¿Lo ves? Justo como ahora. Se levantó y se puso la bata—. No me tomas en serio. —Se ató el cinturón con gesto furioso—. Mientras a ti la abuela te mimaba, yo tuve que crecer con una madre que era incapaz de organizar su vida. Tú tuviste todas las oportunidades y una formación de primera. ¿Y yo? Desde niña he cargado con responsabilidades. El abuelo nos enviaba dinero, por supuesto. No nos faltaba qué llevarnos a la boca y teníamos un techo bajo el que dormir. Lo más importante lo teníamos asegurado, pero yo quería más.

—Y has conseguido mucho. Te he dado todas las oportunidades.

Grace soltó una carcajada.

—¿Lo dices en serio, Andrew? —Lo miró de hito en hito—. Vine a Nueva York, aprendí y trabajé duro. Le demostré al abuelo de lo que soy capaz. Y de pronto... ¡tú recibiste toda la empresa! Yo habría seguido siendo una simple empleada toda la vida.

—Tenías amplios poderes. Llevabas la contabilidad y las compras. Confiaba en ti.

—Pero no es lo mismo. Tú eras el director. En caso de duda, debía dirigirme a ti. Mi despacho estaba una planta por debajo del tuyo, y nunca fui más que la buena y hacendosa Grace.

—¿Por qué no viniste a hablar conmigo? ¿Por qué, en lugar de eso, intentaste destruirme?

Ella se encogió de hombros.

—Porque lo querías todo —constató Andrew con amargura—. Pero ¿sabes lo que más me ha dolido?

Grace no mostró ningún sentimiento.

—Que engañaras al abuelo a conciencia y le hicieras creer que soy incapaz de dirigir SweetCandy. Eso ha sido muy duro.

Viktoría se dio cuenta de que Grace se estremecía. Esta apretó los labios y miró más allá de él, hacia el espejo del tocador. Ese momento simbolizaba el callejón sin salida que Grace había elegido tomar; había tropezado consigo misma y con su vanidosa ambición.

Le costó sentir compasión por ella.

—Esa historia de la mafia, por cierto, fue una idea muy inteligente, Carollo —dijo Andrew en el silencio que siguió, y volvió a mirar al abogado—. Así nos metía el miedo en el cuerpo para tenernos bien asustados. Ni siquiera habríamos tenido oportunidad de descubrir si era cierto o no, porque nadie se mete con un adversario como la mafia. Habríamos aceptado la pérdida de SweetCandy y nos habríamos contentado con haber salvado la vida.

El hombre no reaccionó.

—Ahora llamaremos a la policía. ¿Quiere ponerse en contacto con un abogado, Carollo?

Apartamento de Andrew en Greenwich Village, a la mañana siguiente

SONÓ EL TIMBRE.

—¿Quién será? —preguntó Andrew, que se estaba afeitando—. ¡Si todavía no son ni las siete!

Llamaron otra vez.

—No tengo ni idea —contestó Viktoria, que se ciñó bien la bata—. Voy a ver.

Bajó la escalera. El frío se le colaba por entre la fina tela de seda y, helada, abrió la puerta.

—¿Señor... Miller?

—Buenos días, señorita Rheinberger. —Robert Miller se quitó el sombrero con educación—.

Disculpe que los moleste a estas horas, por favor, pero querría hablar con Andrew.

—Sí... Sí, por supuesto. Pase, por favor.

Acompañó al hombre al pequeño salón.

—Si quiere esperar un momento, voy a avisar a Andrew.

—Gracias.

La joven, sacudiendo la cabeza con incredulidad, fue a buscar a Andrew al baño.

—Tu abuelo está aquí.

La cuchilla de afeitar hizo un movimiento no calculado.

—¡Ay!

—Te has cortado —dijo Viktoria, y le pasó una toalla.

Él la apretó contra el punto que sangraba.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Te espera en el salón.

Dejó la cuchilla en el borde del lavabo.

—Enseguida voy.

Se vistieron y él regresó al baño para curarse la herida mientras Viktoria iba a la cocina a preparar café. Poco después, cuando el cálido y especiado aroma salía de la cafetera, por la puerta abierta oyó que Andrew se reunía con su abuelo en el salón.

Al principio, ambos parecían algo cohibidos. Intercambiaron un saludo y hablaron sobre el clima invernal de Nueva York, hasta que por fin Robert abordó lo que había ido a decir:

—Quiero disculparme, Andrew.

—Me alegro mucho de que hayas venido a verme, abuelo. Así los dos podremos empezar de nuevo.

—Para mí... es algo muy necesario. —Miller carraspeó—. La conducta de Grace ha sido inexcusable.

—Ha obrado de una forma irresponsable, en eso estoy de acuerdo. Por otro lado, también la veo como una víctima. De Carollo y de su propia ambición.

—Tendría que haberme dado cuenta —murmuró el hombre—, pero estaba demasiado

decepcionado contigo. Y luego, cuando también entraron en escena las Rheinberger, me sentí... engañado.

—Grace se aprovechó de todo ello —repuso su nieto.

—Debería haber confiado más en ti, Andrew.

—Sobre todo, deberías haber sentido que podías hacerlo, abuelo. Al fin y al cabo me conoces desde que era pequeño; tú me educaste. ¿Por qué creíste las mentiras de Grace?

Viktoria sirvió dos tazas de café caliente y fue con ellas al salón, donde las dejó en una mesita auxiliar. Cuando iba a retirarse, Andrew la detuvo asiéndola de la mano.

—Por favor, cariño, siéntate con nosotros.

Miró a Andrew, luego a Robert, y tomó asiento.

El hombre le devolvió una mirada serena y abierta. Era la primera vez, o eso le pareció a ella, que la contemplaba sin prejuicios. Después, volvió los ojos otra vez hacia su nieto.

—Grace es... No sé explicártelo, Andrew. Tiene la habilidad de hacer bailar a todo el mundo al ritmo que marca.

—Ella misma ha sido una marioneta —dijo Viktoria con cautela—. Y Carollo movía los hilos.

Robert Miller asintió.

—Sí. Una alianza funesta.

—Para mí, sin embargo, no es tan importante denunciar todos sus delitos —dijo Andrew, conciliador—. Prefiero dedicar esa energía a nuestra empresa.

—Si necesitáis ayuda económica...

—Gracias, abuelo, aprecio mucho tu ofrecimiento. —El joven tomó su taza y bebió un poco de café—. Pero nos las apañaremos. —En su voz se percibía cierto orgullo.

El hombre asintió.

—Lo entiendo. Pero avisadme si necesitáis ayuda. —Se levantó—. Por favor.

—¿Es que se marcha ya? —preguntó Viktoria.

—Sí. Me he tomado la libertad de venir a visitaros muy temprano y sin avisar, pero es que no he podido descansar desde ayer por la noche. —Se aclaró la garganta—. Aunque de forma inconsciente, he ayudado a llevarte a la ruina, Andrew. Y eso es imperdonable.

—Nada es imperdonable, abuelo. —Se levantó para ponerle una mano en el hombro—. Aunque estas últimas semanas me han costado un esfuerzo enorme y me han llevado al límite, fueron Grace y Carollo quienes removieron cielo y tierra para perjudicarnos. En un sentido más amplio, tú mismo has sido también una víctima.

—No quiero escudarme en ese pretexto.

—Eso te honra, abuelo.

—Hay formas mejores de demostrar honor, pero gracias, Andrew.

—Ahora, por primera vez, Grace tendrá tiempo para poner en orden su vida —opinó este—. Esperemos que una temporada en la cárcel haga de ella una persona mejor.

—Es lo que le deseo. —El hombre se puso el sombrero—. Mi puerta, en todo caso, la encontrará cerrada.

—Por muy tentado de darte la razón que me sienta, abuelo, aun en el caso de Grace, siempre debemos recordar que el perdón es un gran regalo.

Mansión de los Chocolates, Degerloch, 3 de febrero de 1936

VIKTORIA SE PREGUNTABA cuánto solía durar el malestar de la travesía. Anton opinaba que, en realidad, se pasaba nada más volver a poner los pies en tierra firme, pero ya hacía más de dos semanas de eso y ella seguía luchando con los síntomas. Se encontró mal desde el primer día que subió al transatlántico. Por eso se había pasado la mayor parte del viaje metida en su camarote, incluso los días de menor oleaje.

Tal vez no le sentaba bien la comida, o tenía algo en el estómago; en cualquier caso, casi todas las mañanas tenía que vomitar. Cuando pensaba en la inminente travesía de vuelta a Nueva York, la invadían el miedo y la inquietud.

Metió las últimas prendas de ropa en la maleta, la cerró y apretó bien la correa. Después la dejó en el suelo. Esa sencilla actividad la dejó tan agotada que se mareó.

Se sentó en la cama un momento para recuperarse y, al hacerlo, paseó la mirada por su antigua habitación, la que había abandonado hacía casi cinco meses para irse a Estados Unidos. Entonces no le había dado muchas vueltas a cuándo regresaría a casa; el mundo era muy grande y la aventura la tentaba tanto que se había lanzado de cabeza. En aquella ocasión, Andrew solo compró un billete de ida, como si ya intuyese que se quedaría allí. ¿O acaso lo esperaba?

Qué familiar le resultaba todo: el viejo tocador de su madre, donde de niña había probado el pintalabios de Judith y, al hacerlo, no solo se había pintarrajeado la boca, sino que también había destrozado la barra; el elegante secreter con un sinfín de pequeños cajoncitos, donde se escribía alguna que otra carta y se tomaba alguna que otra decisión; el agradable tresillo de la ventana en saledizo, donde le gustaba acomodarse con un buen libro o a charlar con Mathilda; la repisa de la chimenea, sobre la que había toda clase de baratijas que había reunido con el paso del tiempo.

Ese había sido su hogar durante veinte años, exceptuando la temporada que pasó en Voiron. Una infancia protegida, con mucha libertad y mucho amor, que la había ayudado a superar todas las etapas difíciles: la época posterior al incendio de la fábrica, la marcha de Mathilda para estudiar en Bonn, los primeros amores no correspondidos. Solo la muerte de su padre le había dejado una cicatriz duradera que, aunque con el tiempo iba atenuándose, siempre formaría parte de ella.

Durante esos días, Viktoria había paseado mucho por Stuttgart, casi siempre con Serafina. Habían recorrido toda la Königstrasse, habían paseado por el invernial Rosensteinpark y habían visitado los invernaderos y las construcciones de inspiración árabe del zoológico de Wilhelma. Le había resultado especialmente emotiva la última visita a la fábrica de chocolate, que ya volvía a estar a pleno rendimiento y producía muchísimos productos, entre ellos, los chocolates Rothmann. Según explicaba el señor Ebben, Weber se pasaba de vez en cuando por allí para instarlo a que tachara el nombre de Rothmann de su lista de productos, pero Ebben no se dejaba intimidar y seguía adelante con sus intenciones. Para él, igual que para los clientes, el chocolate Rothmann y Stuttgart eran dos cosas inseparables.

En la casa, Viktoria también se había tomado un tiempo para revisar cómodas y armarios en busca de objetos personales. Algunos de ellos los metió en el gigantesco arcón de viaje que iba a realizar la travesía transatlántica por su cuenta, sin su madre y sin ella. Sin embargo, lo más importante, sus recuerdos, los llevaría en el corazón.

Llamaron a la puerta.

—¿Vicky?

—Sí, mamá. Adelante.

Judith entró en la habitación y miró preocupada a su hija, que todavía estaba sentada en el edredón de plumón revuelto de su cama.

—¿No te encuentras bien, cariño?

—Se me pasará. —Se levantó y se esforzó por ocultar el agotamiento que sentía.

Su madre se le acercó y le puso una mano en la frente.

—Fiebre no tienes.

—No, me parece que no. Puede que solo sea por toda la agitación de estos últimos meses. La verdad es que no he podido descansar bien. Y, además, hacer la travesía en invierno...

Judith le puso las manos en los hombros y la miró con atención.

—Tienes las mejillas muy pálidas.

—¿Y te extraña? Si no hago más que vomitar. Esto acabaría hasta con el guerrero más combativo.

—Vicky...

—¿Sí?

—Me gustaría preguntarte algo.

—Claro, pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que te vino el periodo?

—¿Cómo dices? ¿Por qué quieres saber...? —Viktoria tragó saliva—. ¿Quieres decir que tal vez esté... embarazada?

Judith le acarició el pelo con una mano.

—Solo tú puedes saber si es posible —dijo con prudencia.

Viktoria lo pensó. Últimamente no le había prestado demasiada atención a esos días del mes.

—Creo que fue en noviembre —respondió—. Sí, fue a mediados de noviembre.

—Bueno, entonces podría ser —dijo su madre con una sonrisilla.

—¿Te parece divertido?

—Divertido no, sino maravilloso. —Judith la abrazó—. Bueno, si también lo es para ti.

—Yo... No sé qué decir... ¿O sea que voy a tener un niño?

—Si hace tiempo que no te viene la regla y tienes náuseas...

—¿Y mareos?

—Eso también.

—Pero todos los vestidos me entran sin problemas...

—Aún sería muy pronto para que te creciera la barriga.

—Bueno, entonces... —Viktoria no sabía cómo sentirse. Poco a poco se fue dando cuenta de que seguramente su madre tenía razón. También ella había pensado de vez en cuando en esa posibilidad—. Sí, claro que me alegro. Aunque todavía no me lo acabo de creer.

—Verás, Vicky, este momento me recuerda a una situación similar que viví hace más de treinta años. Justo en esta habitación. En aquel entonces, Dora tenía que aflojarme el corsé cada vez un poco más. En algún momento me hizo un comentario muy discreto, insinuando que tal

vez estuviera encinta.

—¿De Martín?

—Exacto. Ahora sabes lo difícil que era mi situación entonces; no podía alegrarme, pero aun así lo hice, aunque al mismo tiempo no sabía qué sería del niño ni de mí, ni si podría quedármelo.

—Pero entonces apareció papá...

Judith sonrió con nostalgia.

—Sí. Luchó por mí, por defenderme. Con todas sus fuerzas y con todo su amor. Si algo te deseo, Vicky, es que encuentres a un hombre cuyos sentimientos sean tan firmes como los suyos.

La muchacha asintió.

—No hace mucho que conozco a Andrew, mamá, pero noto que eso es lo que hay entre nosotros. Nos tenemos mucha confianza, mucho aprecio y mucho amor. Sin él me sentiría... incompleta, en cierto sentido.

—Espero que seas feliz, hija. —La mirada de Judith irradiaba cariño maternal—. Porque entonces también yo lo seré. —Fue hacia la puerta—. Le diré a Gerti que te prepare un caldo sustancioso.

—Qué buena idea. Y... gracias, mamá.

Mansión de los Chocolates, a la mañana siguiente

JUDITH SE PUSO el grueso abrigo de invierno azul oscuro y se colocó un sombrero de fieltro a juego con pequeñas plumas sobre el peinado de suaves ondas. Se miró una última vez en el gran espejo de pie de su dormitorio: varios mechones grises se entremezclaban con el rubio natural, unas finas arrugas le rodeaban los ojos azules, su figura seguía siendo delicada y su aspecto, elegante; era una mujer madura de cincuenta y cuatro años que había vivido tiempos mejores y peores, pero que siempre había intentado mantenerse fiel a sí misma.

Alcanzó los guantes que Dora le había dejado preparados, pero no se los puso. Después paseó la mirada una vez más por la luminosa habitación, salió al pasillo, cerró la puerta y fue hacia la escalera.

Bajó los escalones en curva despacio a propósito y pasó por delante de los dormitorios de sus hijos y las salas de la primera planta donde recibían visitas, aunque ya apenas se utilizaban, antes de llegar al vestíbulo. Desde allí fue al gran salón, y también al comedor, y se asomó por última vez al estudio, cuyo aséptico vacío casi le fue imposible de soportar. En la sala de música, en cambio, se detuvo junto al piano de cola y cerró los ojos. Por un momento le pareció oír una melodía lejana, entrelazada con las risas de días pasados.

Si una casa tenía alma, entonces la Mansión de los Chocolates poseía una más que bondadosa. Había contemplado las peleas del padre de Judith, Wilhelm Rothmann, con su mujer y sus hijos, pero también la alegre vida familiar de Victor, Judith y los niños. Había sido testigo de los terribles años de la guerra, cuando los alimentos escaseaban tanto como las fuerzas de quienes arriesgaban la vida en absurdas batallas. Allí habían celebrado y reído, allí se habían forjado y frustrado planes, se habían destruido sueños y habían nacido nuevas esperanzas; esa casa había sido hogar y remanso de paz, un refugio seguro y un ancla en el mar del tiempo.

Ahora los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas y daba la sensación de que un pesado silencio había caído sobre la propiedad. El ajeteo de los últimos días había enmudecido, sus escenas pertenecían solo a la memoria, y el futuro era incierto.

Judith se despidió. En su interior, la nostalgia y la tristeza se encontraban con la esperanza y la curiosidad, el miedo previo a dar un paso hacia lo desconocido estaba protegido por una fe inquebrantable en el futuro y por la esperanza de que algún día volvería a ver su hogar.

La sábana del gran piano se había resbalado. Judith, pensativa, acarició la lacada superficie negra y lisa una última vez antes de recolocar con cuidado la tela blanca. Después se giró con decisión y salió al vestíbulo.

DORA YA LA estaba esperando. Como había permanecido leal a su lado durante todos esos años, a Judith le resultó fácil decidirse a preguntarle si quería acompañarla a Estados Unidos. Viktoria necesitaría ayuda si esperaba un niño y quería sacar adelante la empresa al mismo tiempo. Por

experiencia propia, sabía lo abrumadora que podía resultar una carga doble como esa, porque a pesar de tener hijos también había trabajado siempre en la fábrica de chocolate.

Ya hacía un par de días que había pasado a ver al señor Ebben para despedirse. Cuando este se enteró de que los Rheinberger tendrían una empresa en Estados Unidos, enseguida se mostró interesado en colaborar con ellos. A Judith la idea le pareció interesante, ya que así mantendrían un vínculo con Alemania. Hablaría de ello con Viktoria y con Andrew, pero primero tenía que realizar el viaje.

—¿Está lista, señora Rheinberger? —preguntó Dora, y puso la mano en el tirador de la puerta principal de la Mansión de los Chocolates.

Judith asintió.

—Estoy lista, sí. Y, por favor, Dora, a partir de ahora llámame Judith. Creo que ya va siendo hora.

La perpleja Dora abrió la puerta, y Judith parpadeó ante el sol de febrero. Cuando sus ojos se habituaron a la luz, vio que había muchas personas reunidas en los escalones de la entrada.

Justo donde empezaba la grava del camino estaban Theo, Gerti y Fanny. Theo se había quitado la gorra de chófer y tenía la cabeza gacha. Gerti lloraba a mares y se sonaba con un pañuelo. Al ver a los dos viejos y leales sirvientes, Judith sintió una punzada en el corazón. Para ella era un consuelo que siguieran viviendo en el ala del servicio de la mansión y cuidaran de la casa durante su ausencia.

En el descansillo, y también con lágrimas en los ojos, esperaba la madre de Judith, Hélène, junto a su marido, Georg. Ambos habían regresado de Suiza con Karl, Elise y los niños para despedirse de Judith y Viktoria.

Martin y Mathilda ya habían partido hacia París a primera hora de la mañana. Judith se había alegrado lo indecible de que Martin hubiera conseguido viajar a Stuttgart entre dos de sus actuaciones.

La noche anterior los había invitado a cenar a todos en el restaurante de la torre de la estación. Desde allí arriba se tenía una vista espectacular de la ciudad, por lo que a Judith le pareció un lugar adecuado para reunirse una última vez. Incluso Josefine Ebinger estuvo con ellos.

Su mirada recayó entonces en el pequeño Oscar, que se había colocado junto a su abuela y le apretaba la mano con fuerza. En ese momento, Emil llegó corriendo por el jardín, se agarró a la otra mano de Hélène y, emocionado, le susurró algo al oído hasta que Oscar se puso un dedo en los labios y lo hizo callar con un contundente «¡Shhh!».

Emil guardó silencio, ofendido, y Hélène le acarició la cabeza para consolarlo.

Judith se aclaró la garganta.

—Es maravilloso que estéis todos aquí —dijo, esforzándose por que no se le quebrara la voz—. Hace apenas un año, no habría podido imaginar que acabaríamos repartidos en distintos continentes.

Karl le sonrió. Rodeaba con un brazo a su mujer, Elise, que sostenía a la pequeña Ursula en la cadera.

—Pero ninguna despedida es para siempre —continuó Judith—. Algún día regresaré, y hasta entonces nos mantendremos en contacto por teléfono y por correo. En la actualidad hay muchísimas posibilidades. Y nuestra Mansión de los Chocolates queda en las mejores manos con Theo y Gerti.

—Espero que no sea durante mucho tiempo —apuntó esta con la voz embargada por la

emoción.

—Esto no es solo una despedida —dijo Anton, quien iba a llevarlas a la estación y ya había sacado el Mercedes—, sino también un renacer. Te deseo, Judith, que encuentres muchas cosas bellas e interesantes en Estados Unidos.

Ella le dio las gracias con un gesto de la cabeza, y Karl aplaudió sin hacer mucho ruido.

—Os alegraréis de haberos marchado —soltó sin tapujos Alois Eberle, que los había sorprendido subiendo desde Stuttgart en el cremallera—. Los preparativos para la guerra son cada vez peores.

—¡Por los clavos de Crisss-tooo! —exclamó *Pepe* con vehemencia desde el asiento trasero del coche, que tenía la puerta abierta del todo. También él las acompañaría en el gran viaje y estaba excitadísimo.

Judith esperaba que no tardara mucho en tranquilizarse; no solo por su propio bien, sino también por el de los numerosos viajeros con quienes compartirían el tren y el barco. Serafina se acercó a la puerta del coche y le dijo algo para calmarlo. Judith no entendió sus palabras, pero sí la respuesta de *Pepe*:

—¡Amén!

Miró a todos los miembros de su familia. Cada uno de ellos seguiría su propio camino. Viktoria se apartó del pequeño grupo que rodeaba a Hélène y Karl, subió la escalera despacio y le hizo una señal a Dora. El ama de llaves asintió, salió de la casa y cerró la puerta.

—Judith —dijo la mujer con vacilación, como si aún tuviera que acostumbrarse a tratar a su señora con tanta confianza—. Tenga... —Y le entregó la llave de la mansión.

—Gracias. —Le sonrió y se volvió despacio hacia la casa.

Cuando quiso meter la llave en la cerradura, la mano empezó a temblarle.

—Mamá —dijo Viktoria—, deja que te ayude.

Judith negó con la cabeza.

—No, cariño. Esto quiero hacerlo yo sola.

—Ya lo sé. —Su hija retrocedió apenas un paso.

Judith tomó aire y logró que la llave encontrara su lugar. Con un leve suspiro, la hizo girar en la cerradura. Después se inclinó y apoyó la frente contra la madera pintada de blanco de la puerta para sentir su frescor.

Todos callaron un momento para dejar que el silencio los reconfortara.

—Vamos, mamá —dijo Viktoria entonces con delicadeza—. Ya es hora.

Epílogo

DURANTE LA TRAVESÍA de vuelta por el Atlántico, Viktoria continuó sufriendo intensas náuseas, así que agradeció tener allí a su madre, que se ocupaba de ella. Por las tardes, cuando se encontraba un poco mejor, recorrían juntas el barco o descansaban en las tumbonas que había en la cubierta de paseo. Si el mar estaba picado, se refugiaba en la biblioteca del transatlántico. Durante la cena, casi siempre se encontraba lo bastante recuperada para disfrutar de los platos con apetito.

Dora realizó el viaje con *Pepe* en clase turista, tal como ella misma había pedido: «¡Imaginaos la que podría organizar *Pepe* en primera clase!». Era un argumento bastante difícil de rebatir.

Cuando Andrew fue a buscarlas al muelle la mañana de su llegada, Viktoria se tambaleó pálida hacia sus brazos, y su estómago se lo hizo pasar bastante mal durante el trayecto en taxi hasta Greenwich Village. Apenas llegaron, tuvo que ir corriendo al baño.

La preocupación de Andrew se transformó en sorpresa y alegría cuando Viktoria le desveló el motivo de su indisposición. No obstante, insistió en que al día siguiente fuera a que la examinara un médico. Cuando este confirmó el embarazo y, además, les comunicó que todo iba perfectamente, Andrew no cabía en sí de felicidad.

En un principio, Judith quería buscar un hotel para Dora y para ella, pero poco después de su llegada, Robert Miller los sorprendió a todos ofreciéndose a hospedarlas en su casa junto con el loro.

—No sabe lo que le espera —comentó Viktoria cuando Andrew se lo comunicó.

—Por lo menos habrá un poco de vida en esa casa —repuso él.

SWEETCANDY PROSPERÓ Y, por deseo de Judith, le cambiaron el nombre a Rothmann's Finest Ltd. El lanzamiento de la chocolatina para deportistas FinestSports con el retrato de Eleanor tuvo un éxito tan arrollador como el de los incontables bufés que preparaba el servicio de restauración de Viktoria. Esta no tardó en fundar con Sally una filial propia para La Reina Alemana del Chocolate. Bajo esa marca ofrecían un selecto y lujoso surtido de bombones, entre ellos las trufas de chocolate blanco y fresa. Sus refinadas y creativas ideas enseguida causaron furor entre los círculos de la alta sociedad neoyorquina.

También hubo otro negocio que resultó muy lucrativo: la reposición de las máquinas expendedoras de chocolatinas que Stollwerck tenía en todo Nueva York.

Viktoria y Andrew compraron una preciosa casa de ladrillo rojo en Brooklyn y se trasladaron allí en mayo de 1937. Ella estaba encantada de tener su propio hogar y lo amuebló con mucho gusto. Judith iba a menudo de visita, pero también le gustaba hacer cosas sola, o con Dora. Robert Miller y ella se llevaban especialmente bien. Con el tiempo, los dos acabaron forjando una buena amistad basada en la confianza.

Una fuerte tormenta de verano, a finales de julio de 1937, marcó el nacimiento de Olivia y

Charlotte Miller. Dos meses antes del parto, Viktoria y Andrew habían celebrado una boda íntima, y poco después se enteraron de que quizá se verían bendecidos por partida doble en cuestión de bebés. En un examen con el estetoscopio, a la comadrona le llamó la atención el sonido de dos latidos.

—¿No querías tener diez hijos? —comentó Andrew con una sonrisa cuando sostuvo a sus hijas en brazos por primera vez—. Como sigamos así, ¿podríamos alcanzar nuestro objetivo en cinco o seis años!

—No es mal comienzo para una dinastía empresarial germanoamericana —repuso Viktoria guiñando un ojo.

—A ver si conseguimos colar a algún chico ahí en medio —dijo el recién estrenado padre, optimista—. Aunque solo sea por una cuestión de equilibrio.

DE MANERA SORPRENDENTE, Judith se adaptó a Estados Unidos bastante deprisa, aunque añoraba Stuttgart. Le gustaba cuidar de sus nietas, pero también puso mucho empeño en ocupar su lugar como propietaria de Rothmann's Finest. Le prepararon su propio despacho y le otorgaron amplios poderes. Supervisaba la contabilidad y la organización interna, de manera que se hizo cargo del trabajo que antes había realizado Grace. También buscó establecer contactos con otras mujeres, entró en una sociedad benéfica que cuidaba de familias pobres, disfrutó de veladas de conciertos y obras teatrales e hizo amplias excursiones por los alrededores de Nueva York. Con el tiempo consiguió olvidar su tristeza. Victor formaba parte de ella y siempre lo haría, pero su doloroso recuerdo se convirtió en uno más cálido, a veces también nostálgico, que al mismo tiempo dejaba espacio para nuevas alegrías.

Anton permaneció en Stuttgart hasta 1938; después, la amenaza de la guerra empezó a ser demasiado grande. Con pesar en el corazón, vendió la fábrica de pianos y se embarcó con Serafina y Emil hacia Nueva York.

Todos se alegraron cuando llegaron allí y adquirieron una casa también en Brooklyn, muy cerca de la de Viktoria y Andrew. Anton dedicó toda su energía a ampliar la fábrica de pianos estadounidense, dirigida de forma competente y previsor por Isaak Stern. Acabaron especializándose en instrumentos únicos para familias ricas y para los grandes escenarios del país.

Así, Anton y los suyos pronto sintieron Estados Unidos como un nuevo hogar. El animado panorama musical de Nueva York fue en gran parte responsable de que, poco después, él afirmara que no deseaba regresar a Alemania nunca más. Anton volvió a tocar en una banda de *jazz* y Serafina tomó clases de canto, pero antes de que pudiera empezar su carrera como cantante se quedó embarazada por sorpresa. Después de años intentándolo, Anton y Serafina ya habían abandonado su deseo de tener un segundo hijo. La pequeña Ella se llevó algo más de dos años con sus primas mellizas, pero pronto quedó demostrado que las chicas formaban un trío imprevisible.

«Típico de las mujeres Rothmann», solía comentar Anton sobre las numerosas ocurrencias de las tres.

MARTIN Y MATHILDA se quedaron una temporada en París, donde vivían bien gracias a las numerosas actuaciones que tenía Martin. Además de eso, daba bastantes clases particulares de piano. Max iba a verlo con asiduidad. Mathilda cuidaba de sus dos hijos, que llegaron al mundo muy seguidos. Su meta de trabajar como abogada se vio frustrada, entre otras cosas, por la entrada de las tropas alemanas en 1940. Martin y ella huyeron con los niños en uno de los últimos trenes que cruzaron España con destino a Portugal, para desde allí tomar uno de los últimos barcos que salieron hacia Estados Unidos. Judith sintió un gran alivio cuando por fin pudo volver a abrazar a su hijo y a su familia. También en esa ocasión, Robert Miller ofreció su techo de inmediato, y así, de pronto, su enorme y lujosa casa volvió a estar repleta de vida.

JOHN CAROLLO FUE acusado de un grave delito de estafa y condenado a una larga pena de prisión. Jamás pudo volver a ejercer la profesión de abogado.

También Grace Miller tuvo que ir a la cárcel, pero tras dos años la dejaron libre por buena conducta. Se marchó a Boston con su madre, donde vivió una vida discreta.

EN SEPTIEMBRE DE 1939 ocurrió lo que se temía desde hacía tiempo: estalló la guerra y Nueva York recibió con gran preocupación las noticias de Alemania y Polonia.

Karl y Elise vivían en la relativa seguridad de Suiza. Gracias a que Hélène y Georg estaban también muy cerca de ellos, Karl y su madre estrecharon lazos tras toda una vida de difícil relación. Él siempre le había recriminado mucho más que Anton que los abandonara de pequeños.

LA FÁBRICA DE chocolate prosperó bajo la dirección de Ebben, hasta que en 1940 dejaron de encontrarse granos de cacao en todo el Reich alemán. Ebben se dedicó entonces a los artículos azucarados y tuvo que producir para la economía de guerra. Sin embargo, cuando el conflicto alcanzó Stuttgart, la fábrica de chocolate quedó muy afectada por una bomba que cayó justo al lado. Ebben cerró la empresa y a partir de ese momento concentró su trabajo en la localidad de Halle an der Saale.

Cuando Ebben informó a Karl de que quería dejar la fábrica de chocolate, este lo habló largo y tendido con Elise, y después lo consultó con Anton y Viktoria por teléfono. Antes del final de la guerra, ya había tomado la firme decisión de regresar a Stuttgart y reconstruir la fábrica de chocolate en cuanto las circunstancias se lo permitieran.

Elise, que al principio se mostró escéptica en cuanto a sus intenciones, accedió finalmente, así que en el verano de 1945 se trasladaron a Degerloch. Mientras Karl invertía toda su energía en hacer resurgir el imperio Rothmann, Elise montó por su cuenta un estudio de diseño de pequeños muebles.

HÉLÈNE Y GEORG mantuvieron su residencia en Suiza, donde ella trabajaba como pintora.

EN LOS PEORES años de la guerra, Alois Eberle regresó a su casita de viticultor de la zona de

Haigst. Tuvo suerte, ya que su taller de la Hauptstätter Strasse resistió casi intacto a los bombardeos. Eberle murió a una avanzada edad, un día de agosto de 1947, ante su último gran proyecto tecnológico: un receptor de televisión perfectamente funcional.

LUC SE LLEVÓ a Robert y Luise Fetzner a Voiron el verano de 1937. Allí, ella trabajó de costurera, como había hecho en Suiza, y él se puso a servir en una granja. Ambos seguían con intranquilidad las noticias de Alemania y, cuando comenzó la campaña francesa, Robert decidió unirse a la resistencia con Luc. Los dos estuvieron a punto de pagar su valentía con la propia vida cuando los alemanes acabaron por controlar también la zona no ocupada. Consiguieron encontrar refugio en Dieulefit. Luise cambió su apellido y permaneció en Voiron. Solo después de la guerra decidió aceptar el ofrecimiento de Mathilda de ir con ella a Nueva York. No regresó nunca a Europa. Robert, por el contrario, encontró trabajo en una fábrica de automóviles francesa y volvió a participar en el movimiento sindicalista. Jamás llegó a superar del todo la pérdida de su familia.

LA MANSIÓN DE los Chocolates de Degerloch, mientras tanto, quedó sumida en el letargo. Intacta tras las terribles noches de bombardeos de 1944, que dejaron incurables heridas en el semblante de Stuttgart, continuó soñando con tiempos mejores. Theo y Gerti la cuidaron con cariño hasta que Karl, Elise y sus hijos volvieron a llenarla de vida.

Personajes

Personajes ficticios

Las familias Rothmann y Rheinberger son totalmente ficticias y no están basadas en ningún personaje real.

Familias Rheinberger y Rothmann

Viktoria Rheinberger: Hija de fabricantes de chocolate de Stuttgart.

Martin Friedrich Rheinberger: Hermano mayor de Viktoria, pianista.

Judith Rheinberger: Madre de Viktoria, propietaria de Chocolates Rothmann.

Anton Rothmann: Tío de Viktoria, propietario de una fábrica de pianos en Stuttgart.

Serafina Rothmann: Mujer de Anton.

Emil Rothmann: Hijo de Anton y Serafina.

Karl Rothmann: Tío de Viktoria, vive con su familia en Berlín.

Elise Rothmann: Mujer de Karl.

Oscar y Ursula Rothmann: Hijos de Karl y Elise.

Hélène Bachmayr, viuda de Rothmann: Abuela de Viktoria, artista que vive en Múnich.

Georg Bachmayr: Marido de Hélène.

In memoriam

Victor Rheinberger († 1936): Padre de Viktoria.

Familia Fetzer

Mathilda Fetzer: Ahijada de los Rheinberger, amiga íntima de Viktoria, abogada.

Robert Fetzer/Leonhard Schnyder: Padre de Mathilda.

Luise Fetzer/Dorli Schnyder: Madre de Mathilda.

Personal de la Mansión de los Chocolates

Dora: Ama de llaves.

Theo: chófer.

Gerti: Cocinera.

Tine: Sirvienta.

Fanny: Sirvienta que sustituye a Tine.

Familia Miller

Andrew Miller: Propietario y director de SweetCandy Ltd. en Nueva York.

Grace Miller: Prima de Andrew.

Robert Miller: Abuelo de Andrew.

Otros personajes

En Francia y Alemania

Luc: Amigo de Viktoria en Voiron.

Maître Bonnat: Propietario de la chocolatería Bonnat en Voiron.

Colette: Amiga de Viktoria y compañera en la chocolatería Bonnat, en Voiron.

Kurt Weber: Jefe de sección local del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán de Stuttgart.

Lydia Rosental: Jefa de administración de la fábrica de chocolate.

Alois Eberle: Inventor suabo y buen amigo de las familias Rothmann y Rheinberger.

Ferdinand Schmitz: Gerente de la fábrica de chocolate.

Isaak Stern: Gerente de la fábrica de pianos de Anton Rothmann.

Otto Scholl: Fotógrafo de Stuttgart con estudio propio.

Señor Lindemann: Cliente de Chocolates Rothmann.

Señor Ebben: Director de la fábrica de chocolate Hallesche, en Halle an der Saale.

Señor Bauer: Abogado de Stuttgart.

En Estados Unidos:

Hudson Bank: Banco de Nueva York.

Harvey Brothers: Banco de inversión de Nueva York.

Sally: Trabajadora de SweetCandy Ltd. y más adelante mano derecha de Viktoria.

John Carollo: Abogado de Nueva York, especializado en derecho económico internacional.

Abogado personal tanto de Robert y Andrew Miller como de las familias Rothmann y Rheinberger durante muchos años. Posee buenos contactos en la banca neoyorquina.

Personajes históricos

Ardenne, Manfred von: El noble y científico alemán fue un investigador infatigable, sobre todo en los campos de la tecnología radiofónica y televisiva y la tecnología nuclear, médica y de plasma, así como en microscopios electrónicos. Numerosos avances decisivos de estos ámbitos tuvieron lugar en su centro privado, el Forschungslaboratorium für Elektronenphysik (Laboratorio de Investigación de Física de Electrones), que fundó en 1928 en el barrio berlinés de Lichterfelde y que dirigió hasta 1945.

Brundage, Avery: Funcionario estadounidense, millonario. Acompañó al equipo olímpico estadounidense a Berlín.

Duff Frazier, Brenda Diana: Debutante neoyorquina, una de las primeras *it-girls* del deslumbrante Nueva York de los años 1930. Al contrario de lo que sucede en la novela, celebró su debut en diciembre de 1938, y no en 1936. Brenda ocupó las portadas de las revistas de la época, enseguida ganó el título de *Belle of her Season* y fue explotada comercialmente por su madre. La presión constante por conservar su atractivo físico hizo que desarrollara trastornos alimentarios que sufrió durante toda su vida. Una vida que, igual que la de muchas hijas de familias famosas, fue inestable e inconstante y estuvo plagada de parejas cambiantes y problemas psicológicos.

El vínculo entre Brenda Frazier y Eleanor Holm es ficticio. No existe ninguna fuente que certifique ningún contacto entre Eleanor y la familia Frazier, aunque un encuentro de esas características habría sido plausible.

También ha sido fruto de mi imaginación el bufé de chocolate preparado por un servicio de

restauración externo con motivo de su debut en el Ritz-Carlton.

En su mayor parte, el debut de Brenda transcurre en la novela tal como aparece descrito en diversas fuentes. Es cierto que bebió leche con Coca-Cola para poder aguantar, ya que la gripe y los pies hinchados se lo pusieron difícil. Aun así, rio y coqueteó y no dejó que nadie notara nada hasta que, ya de madrugada, cayó casi inconsciente en la cama.

Jarrett (de soltera Holm), Eleanor: La exitosa nadadora estadounidense no solo fue una mujer muy atractiva, sino también apasionada. Es cierto que Brundage la suspendió antes de comenzar los Juegos Olímpicos de Berlín porque (según él mismo comunicó) durante la travesía atlántica de Nueva York a Hamburgo prefirió disfrutar en primera clase en lugar de seguir las estrictas reglas que él había impuesto a los deportistas: les hacía entrenar a bordo, les tenía prohibido el alcohol y los obligaba a acostarse temprano. Después de eso, los periodistas que viajaban en el *SS Manhattan* la invitaron a ir con ellos a Berlín como reportera. Eleanor consideraba que Brundage tenía prejuicios previos en su contra: «Yo era todo lo que Avery Brundage detestaba. Tenía algo de dinero y se suponía que los atletas eran pobres. Trabajaba en clubes nocturnos y los atletas no debían hacer algo así. También estaba casada».

En Berlín, Eleanor disfrutó como una estrella de la gran pantalla. Se hospedó en un hotel de lujo y recibió cinco mil dólares por su trabajo como reportera. La invitaron a fiestas donde se codeó con grandes figuras del nazismo y llegó a ser recibida por Hitler, que no entendía por qué la habían suspendido cuando tenía tantas probabilidades de ganar medallas.

A partir de ese momento, puesto que la trama de la novela se traslada a Nueva York, termina todo parecido con la vida real de Eleanor. Nunca llegó a publicar en *Life Magazine*. Tampoco estuvo relacionada con Brenda Frazier ni con su debut. En esos puntos, la Eleanor histórica deja paso al personaje ficticio de la novela.

Jarret, Art: Conocido músico y director de banda estadounidense. Estuvo casado con Eleanor Holm desde 1933 hasta 1938.

Kerlovius, Ida: Artista báltica originaria de Riga. Estudió con Adolf Hölzel en Dachau y Stuttgart, y más adelante en la Bauhaus de Weimar. Vivió y trabajó en Stuttgart. Cuando su estudio quedó destruido en los bombardeos nocturnos de la Segunda Guerra Mundial, se trasladó a Degerloch.

Kuchler, Vitus: Peluquero y dentista de Degerloch en la época de la Mansión de los Chocolates que, antes de extraer una pieza dental, por lo visto tenía más miedo que el paciente. Su pericia odontológica debió de ser limitada, ya que está documentado que, por descuido, extrajo varios dientes equivocados. (Fuente: *Liebes Altes Degerloch*.)

Mayer, Helene: Deportista alemana. En 1936 ganó el oro olímpico en esgrima. Era medio judía, lo cual la convirtió en uno de los pocos deportistas con raíces semitas a quienes los nazis dejaron participar en los Juegos Olímpicos como «coartada».

Owens, Jesse: Atleta estadounidense negro, conocido como «el hombre más rápido del mundo» y favorito del público en los Juegos Olímpicos.

Antes de comenzar, le preguntaron cuántas medallas pretendía ganar:

Reportero: Mr. Owens, ¿cuántas medallas espera conseguir?

Owens: Espero llevarme tres victorias.

Reportero: Tres modestas medallas de oro quiere llevarse, pues, el señor Owens.

Ganó cuatro medallas de oro.

Schilgen, Fritz: Último de los portadores de la antorcha en los Juegos Olímpicos de 1936, fue quien encendió la llama olímpica.

Watriss, Brenda: Madre de Brenda Frazier.

Lady Williams-Taylor, Jane: Abuela de Brenda Frazier.

Glosario

Associated Press: Agencia de noticias y prensa con sede en Nueva York.

Atrapa el sombrero («Fang den Hut»): Juego de mesa alemán creado en 1927 por la editorial Otto Maier de Ravensburg. El diseño del tablero ha llegado a la actualidad sin apenas ningún cambio.

Bata de viticultor: Típica chaqueta de trabajo azul de los empleados de los viñedos.

Belle of her Season: Título que recibía la debutante más guapa del año.

Bonnat: Chocolatería de larga tradición en Voiron, Francia.

Café de los jardines municipales: Local de entretenimiento de Stuttgart.

Cafeteria, restaurante de Manhattan: El funcionamiento del establecimiento neoyorquino Cafeteria, en la calle Cuarenta y dos, está sacado de una crónica de viaje de dos reporteros soviéticos del año 1935. Ambos describían en ella la vida cotidiana de los estadounidenses. Su texto se publicó en alemán en 2011, en el diario *Die Welt* («Auf der Suche nach dem anderen Amerika», 11-09-2011, de Ilja Ilf y Jewgen Petrow).

Cañón de televisión: Cámara Ikonoskop, de Telefunken, fabricada especialmente para los Juegos Olímpicos. Walter Bruch, el camarógrafo, explicó más adelante que, en realidad, el laboratorio donde trabajaba no estaba preparado todavía para un encargo como ese. «El dispositivo Olympia se “improvisó”, por así decirlo, uniendo piezas ya existentes». (Fuente: Deutsches Fernsehmuseum [Museo Alemán de la Televisión].)

Cascada de Urach: La cascada de Urach es una de las mayores atracciones de Jura de Suabia, Reserva de la Biosfera de la UNESCO. En ese punto, el agua cae cuarenta metros hacia las profundidades del valle. En invierno, la cascada congelada ofrece un espectáculo incomparable y, con un poco de suerte, el visitante podrá ver también al mirlo acuático europeo el mismo día.

Champán de Degerloch: Vino espumoso hecho a partir de peras Gelbmöstler y producido por la bodega Weisser de Degerloch. El zumo de pera se almacenaba durante cinco años antes de ser procesado. La lengua popular bautizó este espumoso como «champán de Degerloch», que fue como se lo conoció también en el transatlántico *Imperator*, donde se sirvió la apreciada bebida. También era conocido como «espumoso de Degerloch» o «espumoso de Filder».

Chocolate blanco: Está compuesto de manteca de cacao, leche en polvo y azúcar. La primera tableta la produjo Nestlé en Suiza, en 1930. En Estados Unidos, por el contrario, se considera inventor del chocolate blanco a Kuno Baedeker, quien lo elaboró en 1945 para Merckens.

Chocolate Company. Cabe destacar que el apellido Nestlé significa «pequeño nido» en dialecto suabo. Henri Nestlé fue un boticario suizo de origen alemán.

Chocolate para deportistas (en referencia a la marca Ritter Sport): La tableta de chocolate con forma cuadrada salió al mercado en 1932 de la mano de Alfred Ritter GmbH & Co., y en la actualidad sigue produciéndose en Waldenbuch, desde donde se distribuye a todo el mundo.

Cucurucho de helado: El primer barquillo de helado data seguramente del siglo XIX. El primero de forma cónica y fabricado con medios mecánicos se produjo en Manchester en 1902.

EMHA Martin Hönnecke: Empresa fundada en Leipzig en 1919 que se especializó en aparatos electrónicos y, entre otros modelos, sacó al mercado un taladro de mano con mango de pistola.

Empire State Building: El edificio, construido en un tiempo récord entre 1930 y 1931 en la Quinta Avenida, fue hasta 1972 el más alto del mundo (con 443 metros).

Escort: Acompañante oficial y pareja de baile de una debutante en su *Coming-out Ball* o baile de presentación (el concepto de *coming out* no tenía en aquella época ninguna relación con la orientación sexual).

Diamantes comestibles: Existen, en efecto, de dos tipos: los de gelatina y purpurina, y los de azúcar (que son piedras de azúcar). He utilizado ambos para el bufé de Brenda.

Flädle: Denominación suaba para unas finas tortitas horneadas y sin endulzar que se utilizan en gran variedad de platos. Cortados en tiras, gustan mucho en sopas, sobre todo junto con otros tropezones (por ejemplo, en la *Hochzeitssuppe*, o «sopa nupcial»).

Ganache: Crema hecha con chocolate de cobertura y nata que se utiliza para el relleno y recubrimiento de bombones, pasteles y otros dulces.

Greenwich Village: Barrio de Manhattan ubicado entre Broadway y el río Hudson. La zona no presenta el habitual trazado reticulado de las calles de Manhattan, con lo que pone de manifiesto que su desarrollo tomó un camino poco común en Nueva York: ya a principios del siglo XX, se consideraba centro de la vanguardia y de la cultura bohemia de Estados Unidos. Sus numerosos teatros y clubes nocturnos y de *jazz*, así como una población heterogénea, hicieron que acuñara una cultura propia. Allí abrió el primer club nocturno sin segregación racial. La tolerancia y un estilo de vida alternativo distinguían claramente a Greenwich Village de otros barrios de Manhattan.

Guía de viajes Grieben: Dispongo de una guía de viajes *Grieben Reiseführer STUTTGART* original. De ella he sacado numerosas descripciones para la novela.

Haigst: Nombre de una colina que se encuentra entre Stuttgart y Degerloch, y donde se cultivaban viñas.

Horcher, restaurante de Berlín-Schöneberg: A principios de siglo, el establecimiento ya era uno de los más conocidos de la ciudad. Fundado en 1904, durante los años 1920 fue un lugar predilecto de los grandes del panorama artístico (incluso Charlie Chaplin firmó en su libro de visitas). En los años treinta lo frecuentaban altos cargos nazis, sobre todo Hermann Göring, que era cliente habitual. Los platos que aparecen en la novela se encontraban efectivamente en la carta del restaurante de la Lutherstrasse. El negocio se trasladó a Madrid en 1944, parece ser que gracias a las buenas relaciones del dueño con las autoridades del nacionalsocialismo.

ICC (International Chamber of Commerce): La Cámara de Comercio Internacional fue fundada en París en 1920, y desde entonces ha tenido allí su sede. Se trata de una agrupación de empresas y asociaciones empresariales de más de ciento treinta países, que tiene como objetivo promover las relaciones económicas internacionales y proteger la libre y justa competencia en el tráfico de mercancías y capitales.

Juegos Olímpicos de Berlín 1936: Pierre de Coubertin, que como fundador del Comité Olímpico Internacional en 1894 fue el responsable de la recuperación de los Juegos Olímpicos, los consideraba una competición deportiva en la que los pueblos se unían para medir su rendimiento deportivo al margen de consideraciones políticas, sociales y religiosas. Con los años, los Juegos Olímpicos se convirtieron en un proyecto de estatus para el país anfitrión, y cuando llegó el momento de celebrarlos en Berlín bajo el régimen nazi, muchas naciones expresaron sus dudas sobre si el espíritu olímpico podría mantenerse en semejantes circunstancias. Hubo serias intenciones de boicot, sobre todo por parte de Estados Unidos, y solo cuando este confirmó su participación quedó claro que los juegos tendrían lugar de la forma habitual.

También Stuttgart se dejó llevar por la fiebre olímpica. El veintinueve de julio de 1936, en la Hindenburgplatz se enarbolaron las banderas de todos los países participantes. El 31 de julio, en la Marktplatz se levantó un árbol olímpico de veinte metros en el que ondeaban los gallardetes de las cincuenta y tres naciones que participaban en los Juegos. Coloridas estatuillas de madera representaban los diferentes deportes, y la inscripción del pedestal decía exactamente lo que recuerda Anton: «¡Amigo! Al regresar de las Olimpiadas, proclama que Alemania quiere la paz».

Berlín no fue sede de los Juegos Olímpicos gracias a los nazis, ese honor recayó durante la República de Weimar. Sin embargo, cuando estos se percataron de las posibilidades propagandísticas que les brindaban, aprovecharon la enorme influencia política interior y exterior del gran acontecimiento deportivo para darse autobombo y encubrir sus verdaderas convicciones. El editorial del diario *Schwäbischer Merkur* del dieciocho de agosto de 1936 habla sobre el entusiasmo y la exaltación de la figura de Hitler durante los Juegos y muestra hasta qué punto consiguieron su objetivo: «Ese júbilo, sin embargo, parecía significar aún más para nosotros. Estaba inspirado por un hombre que, ante todo, se ha convertido en campeón de la paz en el mundo incluso más allá del campo de juego olímpico».

En el extranjero, las opiniones eran más comedidas. Aunque el londinense *Daily Express* hablaba de muestras creíbles del «maravilloso cambio en el pensamiento del pueblo alemán», y la prensa internacional alabó la perfecta organización de los Juegos, el balance político resultó claramente desilusionante. Y con razón: las campañas de difamación y las represalias contra los judíos quedaron suspendidas durante las competiciones, pero justo después de la ceremonia de clausura se retomaron con toda su dureza. Como si esas semanas de respiro del verano no hubieran existido. En Stuttgart, por ejemplo, apenas una semana después de los Juegos, a los

judíos se les prohibió la entrada en las piscinas.

Juegos Olímpicos, cobertura informativa: Los Juegos de 1936 fueron el primer acontecimiento de masas que se retransmitió en la zona de Berlín mediante la nueva tecnología de la televisión, en «salones televisivos» llenos hasta los topes. Las retransmisiones radiofónicas informaban de forma continuada y comentaban los sucesos deportivos a través de una emisora montada expresamente a tal efecto, la Olympia-Weltseher. La cobertura informativa que he presentado en la novela sigue el modelo televisivo. Las grabaciones originales de los comentaristas Paul Laven y Rolf Wernicke quedaron destruidas, de modo que ya no disponemos de ellas.

Juegos Olímpicos, 4x100 metros relevos: La retransmisión de la carrera de relevos, tal como la ve Andrew el nueve de agosto de 1936 (a las 15.15 horas), es veraz y sigue —aunque de forma algo abreviada— la toma cinematográfica original.

Karlshöhe, Stuttgart: Karlshöhe es una marcada elevación del terreno en el centro de la ciudad de Stuttgart, con una altura de 343 metros sobre el nivel del mar. La colina se utilizó en un principio para la obtención de arenisca. A partir de 1864 o 1865, la Verschönerungsverein Stuttgart (Asociación para el Embellecimiento de Stuttgart) convirtió la cima de la por entonces conocida todavía como «colina de Reinsburg» en un parque público. Karlshöhe recibió su nombre actual en 1889, por el vigésimo quinto aniversario de la subida al trono del penúltimo rey de Wurtemberg. Numerosas mansiones urbanas realizaban sus laderas e inmediaciones. Mención especial merecen las espectaculares propiedades de la familia del acaudalado empresario Gustav Siegle (cofundador de BASF). De las tres casas originales, con sus amplios y exquisitos terrenos de jardín, solo se conserva la mansión Gemmingen, un noble palacete histórico que Siegle mandó construir para su hija menor.

Life Magazine: Revista de fotoperiodismo con reportajes fotográficos de gran formato a varias páginas. Brenda Frazier consiguió aparecer en el número de noviembre de la conocida publicación el año de su debut, 1938. Eleanor Holm, sin embargo, nunca trabajó para *Life Magazine*. La revista tampoco realizó ningún reportaje sobre *la Reina Alemana del Chocolate*, sencillamente porque es producto de mi imaginación.

London Terrace: Exclusivo complejo de apartamentos en Chelsea, Manhattan, con restaurantes, piscina e instalaciones deportivas. El edificio abrió sus puertas en noviembre de 1930.

Máquinas expendedoras de chokolatinas: En Nueva York había varios miles de máquinas expendedoras de chokolatinas de la empresa Stollwerck (sobre 1900 eran cuatro mil).

Moneda: En 1936, la moneda del Reich alemán era el marco imperial. El préstamo de 80.000 marcos imperiales que Victor concedió a los Miller se correspondería con unos 260.000 euros, según el poder adquisitivo actual. En general, no obstante, la política monetaria de los años treinta fue complicada. En cuanto al dólar estadounidense, valga como orientación la siguiente equivalencia: 1\$ de 1936 se correspondería con 18,21\$ de 2019.

Planta noble: También «planta principal» (o *Beletage*, en alemán). Zona de una casa amueblada

para su lucimiento

Pfitzauf: Dulce suabo. Receta tradicional: formar una masa líquida con 250 gramos de harina, medio litro de leche, cuatro huevos y una pizca de sal. Añadir dos cucharadas de mantequilla derretida. Engrasar bien doce moldes de *Pfitzauf* (o, como alternativa, tazas resistentes al horno o moldes pequeños) y llenarlos de masa hasta la mitad. Hornear los *Pfitzauf* a 200 grados (calor arriba y abajo) durante unos cuarenta y cinco minutos, hasta que estén dorados. Apagar el horno y dejar los *Pfitzauf* dentro cinco o diez minutos más. Después, sacarlos de los moldes, espolvorearlos con azúcar glas y, si se desea, servirlos con compota (tradicionalmente de manzana, cereza o ciruela) o helado de vainilla y nata.

Préstamo convertible: El crédito que Victor Rheinberger ofreció a SweetCandy Ltd. consiste en un préstamo convertible. Se trata de un préstamo que está ligado a la opción de una posible conversión posterior de la deuda (intereses incluidos) en participaciones de la empresa.

Rockefeller Skating Pond: La pequeña pista de hielo del Rockefeller Center, de solo 18 x 27 metros, se inauguró, efectivamente, el día de Navidad de 1936. En la actualidad se la conoce como «Rink at Rockefeller Center» y continúa siendo una de las pistas de hielo más conocidas y románticas de Nueva York. En ella puede encontrarse uno con famosos como Jack Nicholson o Serena Williams.

Rompecabezas Panorama: Especie de puzzles arcaicos de la empresa C. Brandt jr., de Lössnitz. El que aparece en la novela es el número 255 y salió al mercado hacia 1905, es decir, mucho antes de que Viktoria naciera.

Ruinas del castillo de Urach: Erigido entre 1030 y 1050, el castillo fue destruido varias veces y reconstruido de nuevo con el paso del tiempo. En el siglo XVI se utilizó como cárcel. En 1765, la fortaleza de Urach fue derribada y de ella solo quedaron unas de las ruinas más significativas del sur de Alemania. Se encuentran a unos cuarenta kilómetros al sudeste de Stuttgart.

Samichlaus: Versión suiza de San Nicolás. Junto con su ayudante Schmutzli, Samichlaus lleva a los niños suizos frutos secos, manzanas y dulces. La costumbre varía según la región.

Scho-Ko-Kola: En 1936 existió realmente un chocolate estimulante llamado Scho-Ka-Kola, nombre con el que ha vuelto a comercializarse. Además de cacao, contiene café tostado y polvo de nuez de cola, por lo que produce un fuerte efecto revitalizante. Fue inventado por la empresa berlinesa Hildebrand en 1935 y se presentó en los Juegos Olímpicos de 1936 como «chocolate para deportistas». Además de Hildebrand, otro gran productor de Scho-Ka-Kola fue Sprengel, en Hannover. En la Segunda Guerra Mundial recibió el nombre de «chocolate de los aviadores», pero sirvió también para alimentar a unidades de otros cuerpos (como tripulaciones de submarinos o soldados de tierra). No debe confundirse el Scho-Ka-Kola con el Panzerschokolade, que en 1939-1940 debía mantener a los soldados despiertos y listos para la acción, y que contenía metanfetamina, una sustancia que en la actualidad se conoce como «cristal».

Seggl: Insulto suabo para alguien de género masculino.

Sidecar: Cóctel clásico compuesto por 5 cl de coñac, 2 cl de Cointreau y 2 cl de zumo de limón recién exprimido.

SS Manhattan: Transatlántico de lujo de United States Lines, naviera con sede en Nueva York, que realizaba el servicio de línea entre Nueva York y Europa. Las descripciones del barco que aparecen en el libro se ajustan a las fuentes de la época.

Stäffele: Denominación suaba para las numerosas *Staffeln* (escaleras) de Stuttgart. Para cultivar viñas en las empinadas laderas de la ciudad (donde la viticultura se introdujo en el siglo XII), primero se instalaban esas *Stäffele*, unas escaleras muy empinadas que aseguraban el terreno. Más adelante, las escaleras, algunas de las cuales son bastante artísticas, sirvieron para comunicar el fondo del valle con las cada vez más numerosas viviendas construidas en las laderas, como siguen haciendo en la actualidad. Por algo llaman también a los ciudadanos de Stuttgart *Stäffelesrutscher*, algo así como «recorre-escaleras».

Studebaker: Marca de automóviles estadounidense.

Tarta Selva Negra: Existen diversas versiones sobre la invención de la tarta Selva Negra, hoy famosa en todo el mundo, pero no tenemos ninguna prueba de sus orígenes. Según una de esas historias, la creó en 1915 un joven suabo llamado Josef Keller durante su formación como repostero en Bad Godesberg; una segunda versión habla de un pastelero de Tubinga llamado Erwin Hildebrand que creó la receta en 1930 para un café de su ciudad. En cualquier caso, lo que se sabe con seguridad es que la tarta tal como la conocemos hoy seguramente no procede de la Selva Negra (puede que venga de un postre anterior), pero su composición sí tiene alguna relación con ella. Las virutas de chocolate podrían recordar a los densos bosques de abetos, y las cerezas, a las borlas rojas de los sombreros del traje regional. El imprescindible licor de cerezas, de todos modos, sí se elabora en la Selva Negra.

Televisión: La televisión, igual que todos los medios de comunicación que existían ya en la época, fue utilizada por los nazis para su propaganda. El canal Paul Nipkow, que emitió desde Berlín por primera vez en 1935, fue pionero en Alemania y, por supuesto, debía servir también a los objetivos de la propaganda nazi. A lo largo de 1936 consolidó un programa de tarde de unas dos horas. Durante los Juegos Olímpicos, el canal retransmitió los acontecimientos deportivos casi en tiempo real, para lo que su horario se alargó a ocho horas al día. La recepción del canal Paul Nipkow estaba bastante limitada a Berlín, ya que solo tenía un alcance de entre sesenta y ochenta kilómetros. La Segunda Guerra Mundial supuso un parón en el desarrollo de la televisión, aunque solo de manera temporal.

Villa Siegle: Edificada en 1856 siguiendo modelos italianos, la mansión palaciega de Karlshöhe perteneció al acaudalado fabricante Gustav Siegle. Era una de las construcciones más bellas de la ciudad, pero sucumbió a un incendio durante la Segunda Guerra Mundial. Pese a no haber sufrido daños irreparables, fue demolida en 1953.

Voiron: Pequeña localidad francesa del departamento de Isère, no muy lejos de Grenoble.

Winter Garden Theatre: Teatro construido en 1911 en la confluencia de las calles Cincuenta y Cincuenta y uno, en Manhattan. Fue renovado en 1922, cuando pasó a ofrecer un aforo de 1.526 plazas. En el Winter Garden Theatre tuvo lugar en 1953 el estreno de *West Side Story*. El programa de 1936 incluía la revista anual *Ziegfeld Follies of 1936*, la cual van a ver Andrew y Viktoria.

Woodbury Soap: Fabricante estadounidense de productos de higiene corporal. Brenda Frazier anunció productos de la marca, muy conocida por aquel entonces.

Trasfondo histórico

Stuttgart en la época del nacionalsocialismo y los vínculos con la novela

Ambientar una saga familiar como *La Mansión de los Chocolates* en la época del nacionalsocialismo y conservar al mismo tiempo la ligereza y el resplandor que caracteriza esta historia desde el principio, sin eludir del todo el grave conflicto de aquel funesto período, fue uno de los principales retos al concebir y desarrollar esta tercera parte. Por eso me decidí a ambientarla en el año 1936. Los Juegos Olímpicos hicieron que Alemania se abriera al mundo. En su libro *16 Tage im August* (TB Penguin, «16 días de agosto»), Oliver Hilmes describe esa época como «el último destello de la República de Weimar». Sin embargo, solo fue una fachada tras la cual se escondía una ideología destructiva. En aquel tiempo, de todos modos, todavía no se notaba prácticamente nada en la vida pública; las represalias contra judíos y detractores eran menos visibles, la propaganda estaba diseñada para mostrar que aquella Alemania rebosaba fuerza pero no representaba ningún peligro. Una burla, si se tiene en cuenta la exitosa ocupación de la zona desmilitarizada de Renania del marzo anterior.

El eslogan *Die Diktatur macht Pause* («La dictadura en pausa») resume con bastante acierto los sucesos de aquellos días de agosto. El bello y a la vez monstruoso resplandor de los Juegos ocultó todo lo que los camisas pardas al mando del Reich alemán se habían atrevido a hacer... y de lo que hasta ese momento el mundo no se había dado por enterado.

Berlín mostró, por tanto, su rostro más alegre. El escritor estadounidense Thomas Wolfe comentó: «La gente paseaba bajo los árboles de la Kurfürstendamm, las terrazas de los cafés estaban abarrotadas y el aire de esos días dorados parecía vibrar como la música».

También podía decirse lo mismo de la vida nocturna. Bandas de *swing* y de *jazz* tocaban una música que en realidad estaba prohibida, los berlineses bailaban con los visitantes al son de esos ritmos proscritos por considerarse «danzas de negros». Elegante, pacífico, liberal; así se presentó el Reich alemán, consciente de que engañaba al mundo y a su propio pueblo.

Con la extinción de la llama olímpica murió también la esperanza de conseguir otra Alemania. El odio y la persecución regresaron, igual que la incansable maquinaria propagandística, enfocada en convertir al pueblo alemán en un sumiso instrumento para los planes de Hitler. Con un desenlace trágico, tal como nos ha enseñado la historia.

Stuttgart no se libró de la *Gleichschaltung*, la estandarización nazi de la sociedad; también allí tuvieron lugar terribles injusticias. Hubo denuncias y deportaciones, pero también personas que intentaron seguir los dictados de su conciencia y con ello se convirtieron en salvadores. Que esa época nos sirva de advertencia.

Las mansiones de Stuttgart

Los inicios de la construcción de mansiones en Stuttgart datan de mediados del siglo XIX, cuando

Christian Friedrich von Leins diseñó Villa Berg por encargo del príncipe heredero de Wurtemberg, Karl, y su consorte, Olga. El edificio se erigió entre 1845 y 1853, siguiendo el estilo del Renacimiento italiano, y pronto encontró imitadores entre la burguesía. Empresarios, banqueros, editores, comerciantes, todos descubrieron la zona de Halbhöhenlagen y la hicieron suya para exhibir allí, con sus representativas propiedades, la fortuna y la creciente influencia que ostentaban. Las villas y mansiones de Stuttgart caracterizan una época de impetuosa industrialización y el nuevo estrato social que esta trajo consigo, la burguesía adinerada. Por eso no es de extrañar que los primeros automóviles llegaran enseguida a sus cobertizos, y que en sus salones no solo se discutiera de arte, música y literatura, sino que también se celebraran allí grandes fiestas.

Las villas de la trilogía de *La Mansión de los Chocolates* están inspiradas en *Der Villen- und Landhausbau in Stuttgart 1830-1930* («Las villas y mansiones de Stuttgart 1830-1930»), obra fundamental de Christine Breig, publicada en el año 2000. Las casas que aparecen en las tres novelas se basan en edificios descritos en ella, pero no existieron como tales en la ciudad.

El Nueva York de los años treinta

En Estados Unidos, la década de 1930 estuvo muy marcada por la Gran Depresión. El *crack* de la bolsa neoyorquina de 1929 provocó una crisis económica que duró muchos años y se hizo notar en todo el mundo. La producción industrial y el comercio internacional se hundieron, se originó una espiral de deflación, el sector bancario cayó en crisis. Muchas empresas se declararon en quiebra y el desempleo masivo provocó miseria social.

Mientras tanto, había quien intentaba superar la difícil época. Algunos inversores, a pesar de la crisis económica mundial, pusieron en marcha grandes proyectos arriesgando no pocas veces todo lo que tenían. El Empire State Building, por ejemplo, se construyó en un tiempo récord entre 1930 y 1931, y se presentó como «el edificio más alto del mundo». Aun así, no resultó rentable hasta 1950. Durante aquellas primeras décadas, obtuvo ingresos sobre todo gracias a que, poco después de su inauguración, se convirtió en un imán para turistas.

Cada país superó la crisis a un ritmo diferente. Mientras que Alemania volvía a anunciar el pleno empleo de su población en 1936 —aunque bajo las falseadas premisas de una dictadura—, en Estados Unidos la crisis duró hasta finales de la década de 1930.

Sin embargo, pese a una miseria y una escasez terribles, el panorama neoyorquino también contaba con una riqueza sin precedentes. Grandes familias como los Rockefeller o los Vanderbilt se encargaron de darle glamur al Nueva York de los años treinta. Los debuts de las hijas de familias acomodadas se convirtieron en grandes acontecimientos sociales para los que nadie reparaba en gastos. Cada vez más, la vida de la alta sociedad fue objeto de la cobertura informativa de numerosas revistas, que en lo sucesivo se encargaron de que el público pudiera compartir el esplendor, los dramas y los escándalos de los ricos. Más aún: forjaron personajes y opiniones. Las primeras *it-girls* que marcaron las modas de los años treinta fueron producto de ese tipo de prensa.

Nueva York nunca tuvo a ninguna Reina Alemana del Chocolate. Una verdadera lástima.

Agradecimientos

LA TRILOGÍA DE *La Mansión de los Chocolates* no solo narra una historia, sino que también posee la suya. Estábamos a principios de septiembre de 2017 cuando me encontraba en el parque de Wiener Prater, contenta de poder pasar unos días de vacaciones en Viena, aunque también cansada del largo viaje en tren. Mientras paseábamos, nos detuvimos delante del Museo del Chocolate que hay allí porque nuestros hijos querían ir a la feria de enfrente. En ese momento me sonó el móvil. No reconocí el número de Múnich que aparecía en la pantalla, por lo que aún me sorprendió más que se tratara de la agencia literaria Agence Hoffman, que mostraba interés por mi manuscrito de *La Mansión de los Chocolates*. Se lo había enviado hacía tan solo unos días. En ese instante, uno de los grandes sueños de mi vida se hizo realidad.

Dos semanas después, mi agente, Uwe Neumahr, a quien quiero volver a dar las gracias de todo corazón, me ofreció un contrato. Apenas ocho semanas después, supimos que la editorial Penguin, del grupo Random House, publicaría *La Mansión de los Chocolates*. Cuando la adjudicación del libro ya estaba firmada, me senté sola en mi estudio con una cajita de bombones Lindt sin poder creer aún lo que había ocurrido.

Tenía en mis manos tres contratos para escribir tres volúmenes. Estos años junto a la saga de *La Mansión de los Chocolates* se me han pasado volando. Al principio me parecía casi increíble poder narrar una compleja historia familiar en tres partes. Hoy, vuelvo la mirada hacia ese intenso período de mi vida llena de felicidad y gratitud.

No solo resultó ser un gran acierto la elección de mi agente, sino también la de la editorial. Y es que un *best seller* no se escribe solo. Por ello, me gustaría hacer llegar un sentido agradecimiento a mi editora, Britta Claus, directora editorial en Penguin. Querida Britta, sacas lo mejor de mí. Tu revisión sería y profesional, así como nuestras constructivas discusiones, han hecho de esta saga lo que es: un relato familiar sobre varias generaciones, repleto de historia, amor, emoción y chocolate, todo fundido en un delicado placer lector. Esta obra es de las dos, ya que detrás de un buen libro no solo está su autor, sino también un editor magnífico.

Mi redactora, Sarvin Zakikhani, ha dedicado muchísima energía y toda su capacidad a darle los últimos retoques al tercer volumen. Suya fue la idea de incluir a Bonnat en Voiron, e incluso horneó la receta de *Pfitzauf*. ¡Muchas gracias por todo!

El libro salió al encuentro del mundo con gran ímpetu gracias a la distribución del grupo editorial Random House, para el que también va un sentido y enorme gracias. Ha sido un maravilloso juego en equipo, y me ha encantado notar vuestro entusiasmo por el libro.

Un hurra para mi equipo de Penguin: Eva, Laura, Stef, Katharina, Maren, Laura y también Barbara, de audiolibros. ¡Nos lo hemos pasado en grande! Vuestro apoyo ha sido grandioso, siempre me he sentido muy respaldada.

Desde luego, la creación de esta trilogía de ficción tampoco ha pasado inadvertida en mi entorno personal. Por eso quiero enviar un abrazo enorme a mis dos hijos, y también a mis padres y mis hermanos. Todos vosotros sois y seréis mi puerto en la tempestad.

No sé si a pesar de los libros, o gracias a ellos, he podido conocer a muchísimas personas, y en este punto quisiera expresarles a todas ellas mi enorme gratitud: Michaela, Michi, Steffi del taller y tienda de chocolate de Bernau am Chiemsee, Ines, Marion, Lucinde Hutzenlaub, Andrea Schmidt, Gabriele Diechler, Steffi, Oliver, Jørn Precht, Monika Pfundmeier, Anya Peter (quiero agradecerle la información sobre Samichlaus) y mi querida Bettina Storks. Un sentido agradecimiento a Simone Gerken, Petra Luipold y Susanne Edelmann, que hicieron realidad los numerosos grupos de fans de *La Mansión de los Chocolates* y los mantienen con mucho entusiasmo.

Ha llegado el momento de despedirse de *la mansión* y de sus habitantes. Una tarea nada sencilla, pues han formado parte de mi vida durante mucho tiempo. Pero todo final conlleva también un nuevo inicio, así que pongo fin a la saga con una cita de Hermann Hesse:

Y todo comienzo contiene una magia
que nos protege
y nos ayuda a vivir.

Mi camino sigue, ya ha encontrado un nuevo comienzo y pronto me alegraré de poder compartir con vosotros otra historia. ¡Dejaos sorprender!

De todo corazón,
Maria Nikolai

Notas

[1] Sonríe con un triste beso de despedida / Cuando las nubes se disipen iré contigo / Y el cielo parecerá más azul
/ En la calle de los enamorados, mi amor / Sonarán alegres campanas de boda / Y cada lágrima traerá un recuerdo
/ Así que espera y reza por mí cada noche / Hasta que volvamos a vernos

Sobre Maria Nikolai



Maria Nikolai es una autora alemana que ya había escrito cinco libros cuando el éxito le llegó gracias a la trilogía de *La mansión de los chocolates*, en la que confluyen su pasión por los temas históricos, los grandes romances y el chocolate.

La mansión de los chocolates, *Los años dorados* y *Los años inciertos*, las tres novelas protagonizadas por la familia Rothmann, han tenido un enorme éxito en Alemania y en todos los países donde se han publicado.

www.marianikolai.com



MAEVA

Título original: *Die Schokoladenvilla. Zeit des Schicksals*

© 2020 Penguin Verlag, una división de Verlagsgruppe Random House GmbH, Múnich, Alemania – www.randomhouse.de

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción: Marta Armengol Royo y Laura Manero Jiménez

© MAEVA EDICIONES, 2021

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño de cubierta: OPALWORKS BCN sobre imágenes de © Elisabeth Ansley/Trevillion (mujer) y © Lee Avison/Arcangel (mansión)

Fotografía de la autora: © Sebastian Berger

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-18184-80-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

